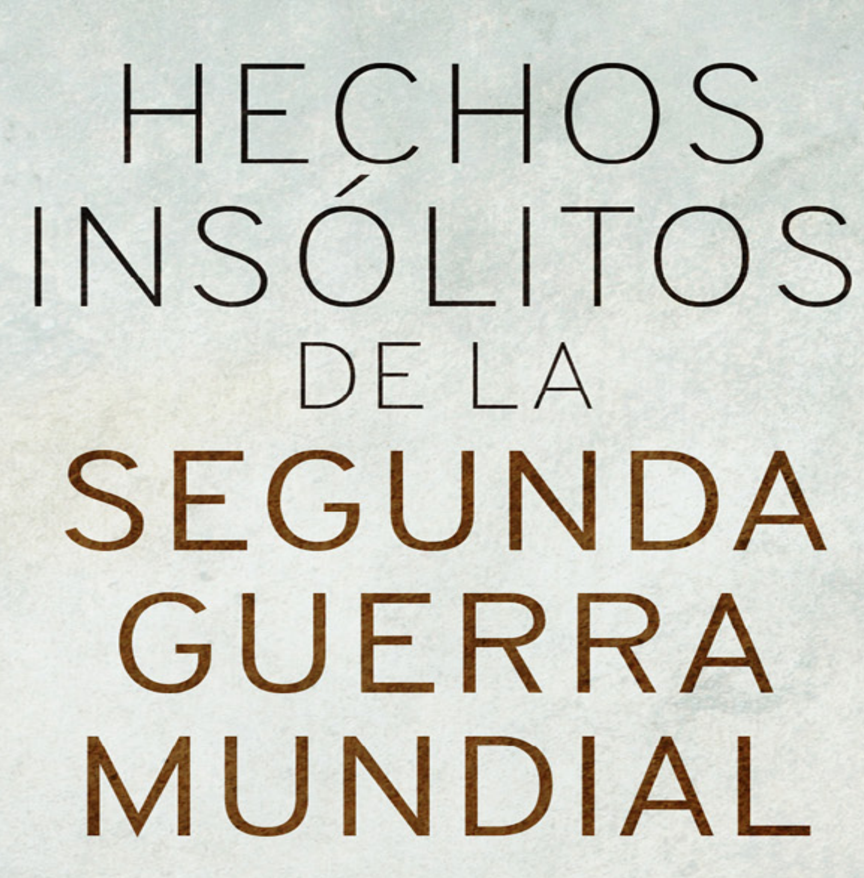
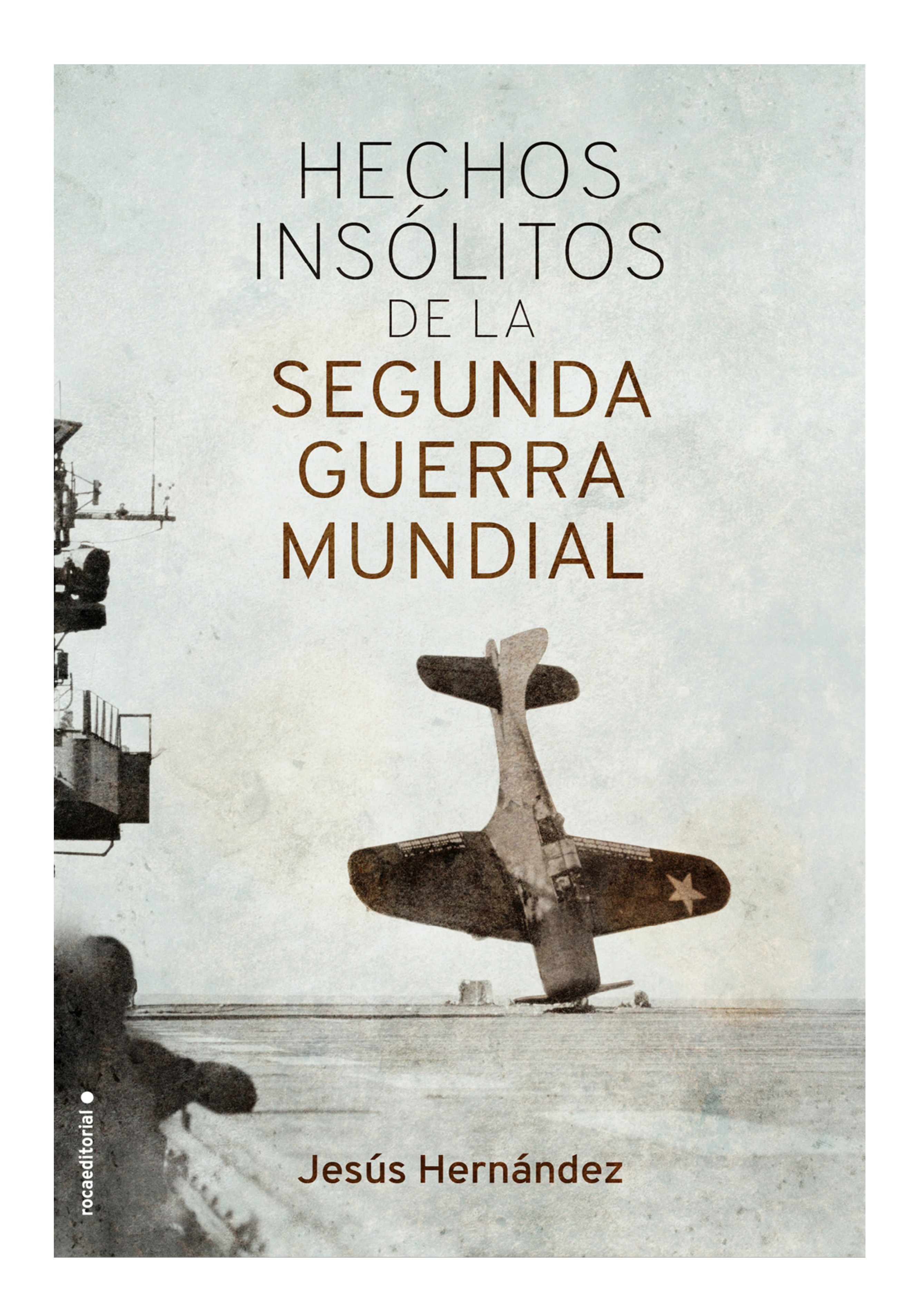


HECHOS INSÓLITOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



Jesús Hernández

rocaeditorial


HECHOS INSÓLITOS DE LA
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
Jesús Hernández
rocaeditorial

Hechos insólitos de la Segunda Guerra Mundial

Jesús Hernández



Rocaeditorial

HECHOS INSÓLITOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

JESÚS HERNÁNDEZ

A lo largo de la historia, el hombre ha mostrado su carácter más despiadado cuando se ha enfrentado a otros hombres. La Segunda Guerra Mundial se convirtió en el punto culminante de esa siniestra evolución del mal. No obstante, como cruel paradoja, esa catástrofe sin precedentes estuvo también acompañada de la anécdota, el suceso inesperado o el episodio heroico.

Son este tipo de historias las que conforman este libro. Aquí el lector descubrirá cómo puede uno convertirse en sospechoso de ser espía nazi por no tirar de la cadena del baño o el truco que empleó un joven casi ciego en su examen médico para lograr alistarse en el Ejército norteamericano.

Fue precisamente un espía invidente (!) el que proporcionó informaciones que fueron decisivas para el éxito del Día D. Aunque para hechos insólitos, el más increíble fue la caída libre de un piloto británico desde seis mil metros de altura, sin paracaídas, que se saldó con una leve torcedura de tobillo...

Todas estas historias, narradas de forma amena y divertida, conforman un amplio panorama de un conflicto, la Segunda Guerra Mundial, en el que la comedia y el drama estuvieron más entrelazados que nunca.

ACERCA DEL AUTOR

Jesús Hernández (Barcelona, 1966) es licenciado en Historia Contemporánea y en Ciencias de la Información, y también asesor editorial y colaborador habitual en publicaciones especializadas como *La Aventura de la Historia, Clío* o *Muy Historia*. Sus obras de divulgación histórica se editan en una veintena de países y han sido traducidas a una docena de idiomas, incluyendo el chino, el lituano o el islandés. Entre los veinte títulos que ha publicado, destacan: *Enigmas y misterios de la Segunda Guerra Mundial, Todo lo que debe saber sobre la Primera Guerra Mundial, Norte contra Sur, Operación Valkiria, Todo lo que debe saber sobre la Segunda Guerra Mundial, El Reich de los Mil Años, Breve Historia de Hitler, Bestias nazis, Los magos de Hitler* o *Pequeñas grandes historias de la Segunda Guerra Mundial*. En Roca Editorial ha publicado: *100 Historias secretas de la Segunda Guerra Mundial, Las 50 grandes masacres de la Historia, El Desastre del Hindenburg, Las cien mejores anécdotas de la Segunda Guerra Mundial* y *¡Es la guerra! Las mejores anécdotas de la historia militar.*

ACERCA DE LA OBRA

«En esta obra se narran decenas de historias que, sin duda, sorprenderán al lector. Pese a que realmente tuvieron lugar, algunas de ellas parecerán el producto de la imaginación del mejor novelista, demostrándose una vez más que la realidad siempre supera a la ficción.»

JESÚS HERNÁNDEZ, EN LA INTRODUCCIÓN

Índice

A mi hijo Marcel

«Es un fenómeno general en nuestra naturaleza humana que lo que es triste, terrible e incluso horrible, nos atrae con una fascinación irresistible.»

FRIEDRICH SCHILLER, escritor alemán (1759-1805)

Introducción

Cuando publiqué mi primer libro en 2004, *Las cien mejores anécdotas de la Segunda Guerra Mundial*, era consciente de que estaba planteando una propuesta arriesgada. El afrontar de forma desenfadada la contienda que asoló el mundo entre 1939 y 1945 era una apuesta no exenta de interrogantes. ¿Cómo reaccionaría el lector al ver tratado el trágico fenómeno de la guerra desde su vertiente humorística?

La excelente acogida que el público le dispensó me libró de esa preocupación y demostró que el lector sabe distinguir entre esta original visión de la Segunda Guerra Mundial y una posible banalización de aquel conflicto que, no lo olvidemos, provocó la muerte de más de cincuenta millones de seres humanos.

Una vez que la sociedad ha asumido que la guerra no ha de ser el medio para resolver las disputas humanas, es hora de zambullirnos sin reservas en la cara más insólita de la Segunda Guerra Mundial. Teniendo siempre presente el respeto a las innumerables víctimas que el conflicto produjo, es el momento de disfrutar con las historias inverosímiles que se dieron durante aquellos trascendentales años.

En esta obra, al igual que en *Las cien mejores anécdotas de la Segunda Guerra Mundial*, se relatan episodios insólitos sucedidos durante la contienda. Así pues, en las siguientes páginas se narrarán decenas de historias que, sin duda, sorprenderán al lector. Pese a que realmente tuvieron lugar, algunas de ellas parecerán el producto de la imaginación del mejor novelista, demostrándose una vez más que la realidad siempre supera a la ficción.

Mi deseo es que estas historias sean accesibles a cualquier lector, independientemente de su nivel de conocimientos acerca de la Segunda Guerra Mundial, por lo que en esta obra he procurado no dar nada por

supuesto. Por tanto, he intentado dar las explicaciones oportunas para que todos puedan complacerse en la lectura de estos episodios sin la necesidad de poseer un bagaje previo. Así, para cubrir ese posible desconocimiento, he abierto cada capítulo con una breve introducción a los principales hechos en los que se enmarcan las historias que figuran a continuación.

Por otra parte, no está de más señalar la dificultad que entraña conocer con exactitud cómo discurrieron los acontecimientos entonces. Si hoy día existen divergencias entre las versiones que presentan los medios de comunicación sobre sucesos actuales, no es de extrañar que esas diferencias sean mayores en hechos que sucedieron hace más de siete décadas. Por tanto, en esta obra he optado por reflejar la versión que he considerado más verosímil; en los casos en los que las disparidades son mayores, dejo constancia de ello.

Así pues, pese a que este trabajo es un conjunto de relatos que pretende ser ameno y entretenido, todos los datos que en él se ofrecen han sido contrastados y tienen un respeto escrupuloso por la verdad. Solo cuando existen dudas fundadas de que lo que se explica pudiera no ajustarse a la realidad, el lector es advertido para que permanezca en guardia sobre la veracidad de lo que se expone.

Finalmente, quiero dejar claro el propósito de la presente obra. Este volumen no pretende explicar en detalle los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, ni analizar el desarrollo de los diferentes frentes o describir las batallas, ni exponer los hechos y circunstancias que llevaron al resultado final de la contienda. En el amplio mercado bibliográfico existe una gran cantidad de obras que cubren ampliamente ese objetivo, y el lector interesado en esas cuestiones no tendrá ninguna dificultad en acceder a ellas. El propósito de esta obra es mucho más modesto. Simplemente trata de entretener y, de paso, despertar, consolidar o alimentar el interés por el apasionante tema de la Segunda Guerra Mundial.

Por lo tanto, espero que las siguientes páginas sirvan para que el lector pase un buen rato descubriendo estos hechos insólitos. Ese es mi objetivo; nada más, pero también nada menos…

Barcelona, abril de 2018

1

Un relámpago recorre Europa

«Os prevengo del modo más solemne de que Hitler, ese hombre nefasto, conducirá a nuestro país al abismo y a nuestra nación a un desastre inimaginable. Las generaciones venideras os maldecirán en vuestra tumba por haberlo permitido.»

El general alemán ERICH LUDENDORFF (1865-1937), en una carta dirigida a Paul von Hindenburg después de que este nombrase a Hitler canciller el 30 de enero de 1933.

*H*ay quienes aseguran que si uno desea apropiarse de un salchichón que no le pertenece tiene dos opciones. La primera es arrebatárselo a su dueño sin más miramientos; en ese caso, sobre todo si el primero es más fuerte, se corre el riesgo de recibir el correspondiente castigo por semejante osadía.

El otro método necesita más tiempo y dedicación, pero se ha demostrado más eficaz. El plan consiste en reclamar una pequeña parte del embutido, basándose en unos supuestos derechos sobre el mismo y acompañando esta petición con veladas amenazas. El propietario, convencido de que no vale la pena un enfrentamiento por tan escaso botín, decide conceder ese pedazo a cambio de que cesen las molestias causadas por la insistente reclamación.

Pero esta concesión no pone fin al contencioso. La porción de salchichón no logra acallar las exigencias del agraviado y sigue la petición de otro trozo. Ante la promesa de que esta será la última solicitud, el dueño accede a entregarlo. El proceso se repite así una y otra vez.

El amo del embutido acabará contemplando como este va menguando poco a poco, mientras que las amenazas del reclamante son cada vez más violentas, envalentonado por el éxito de su treta. El desenlace es fácil de

prever: al final, el salchichón ha sido arrebatado por completo y su ya expropietario acaba arrepintiéndose de su ceguera cuando permitió la primera concesión…

Esta es la conocida como «táctica del salami»,[1] y fue la que siguió Hitler para apoderarse de Austria y Checoslovaquia sin disparar ni una sola bala.

Sus intenciones ya quedaron claras en octubre de 1933, a los nueve meses de ser nombrado canciller, cuando Alemania se retiró de la Sociedad de Naciones. Su primer desafío fue instaurar el servicio militar obligatorio en marzo de 1935, violando el Tratado de Versalles, y admitir la existencia de la Luftwaffe, las Fuerzas Aéreas germanas. Las potencias occidentales prefirieron mirar hacia otro lado.

Ese mismo año se dictaron los decretos antisemitas de Núremberg, que establecían de modo oficial la persecución de la población judía, y se recuperó la región del Sarre mediante un plebiscito. Hitler convocó también un referéndum en que logró un sospechoso 99 por ciento de los votos, pero ni Gran Bretaña ni Francia consideraron que el Tercer Reich constituyera aún una amenaza para la paz.

En marzo de 1936, los alemanes entraron con tan solo cuatro batallones en la zona desmilitarizada de Renania, fronteriza con Francia. Hitler confesó que si los franceses hubieran reaccionado en ese momento, hubieran arrollado al ejército germano, entonces aún muy débil, pero eso no sucedió.

Aunque estaba específicamente prohibida por el Tratado de Versalles, Hitler consiguió en marzo de 1938 la anexión de Austria (*Anschluss*), como resultado de las amenazas que había empleado con el país vecino, incluido el asesinato de su canciller en 1934, pero nadie se atrevió a salir en defensa de la independencia austriaca.

La siguiente exigencia de Hitler fue la anexión de la región checa de los Sudetes, integrada por población de origen alemán. Tras tensas negociaciones, británicos y franceses decidieron, el 29 de septiembre de 1938 en Múnich, desmembrar Checoslovaquia para entregar esa región a Alemania. Tan solo Winston Churchill levantó la voz contra su gobierno, dirigido entonces por el conciliador Neville Chamberlain, por haber claudicado ante Hitler, diciendo: «Hemos sufrido una derrota total y absoluta».

Pese a que el Führer había proclamado en Múnich que «esta es mi última

reclamación en Europa», lo que había quedado de Checoslovaquia sería absorbido por el Reich en marzo de 1939, ante la pasividad de los que firmaron aquel acuerdo, convertido en papel mojado.

Polonia sería el siguiente objetivo de la voracidad nazi. La antigua ciudad germana de Danzig, territorio polaco desde el final de la Primera Guerra Mundial, se convirtió en la excusa para poner de nuevo a prueba a las democracias occidentales.

Hitler recurrió a sus habituales amenazas para obtener el dominio sobre este «corredor», que separaba el territorio prusiano en dos. Pese a que afirmó por enésima vez que era «su última reivindicación», ya nadie le creyó. La «táctica del salami» había quedado agotada, pero comenzaba una nueva que proporcionaría unos resultados aún más espectaculares: la *blitzkrieg*, la guerra relámpago.

Polonia caería en 26 días. Dinamarca capituló en menos de veinticuatro horas. Los noruegos lograron resistir veintiocho días. Holanda fue invadida en cinco días. Los belgas se rindieron tras dieciocho días de combates. Finalmente, Francia, la nación que Alemania no había conseguido derrotar en la Primera Guerra Mundial tras más de cuatro años de lucha, pidió el armisticio en solo treinta y cinco días.

Gracias a la guerra relámpago, Hitler se convirtió en menos de diez meses en el dueño de Europa.

La guerra no comenzó el 1 de septiembre de 1939

En todos los libros de historia figura como fecha de inicio de la Segunda Guerra Mundial el 1 de septiembre de 1939, el día que las tropas de Hitler atravesaron la frontera polaca.

Aunque es innegable la trascendencia histórica de esta fecha, hay que tener presente que, como ya se ha indicado, los ciudadanos austriacos cayeron bajo el dominio nazi el 12 de marzo de 1938 y que los checoslovacos fueron definitivamente sometidos el 16 de marzo de 1939, por lo que, para ellos, en cierto modo la Segunda Guerra Mundial había comenzado ya.

Tampoco hay que olvidar que la población china sufría el expansionismo militar japonés desde que el 7 de julio de 1937 estallase un enfrentamiento entre las tropas de ambos países en el Puente de Marco Polo, cerca de

Pekín. Desde esa fecha, las fuerzas niponas se embarcarían en una sangrienta campaña de ocupación que sería calificada eufemísticamente en Japón como el «Incidente de China», y que se prolongaría hasta mayo de 1945, cuando se ordenó la evacuación de las tropas, que llegaron a sumar un millón de hombres.

Pero ni tan siquiera 1937 podría ser considerado con exactitud como el año de inicio de la guerra, pues para muchos japoneses esta se remonta a 1931, cuando sus tropas irrumpieron en Manchuria, inaugurando así lo que ellos llaman el *kurai tanima*, o «valle oscuro», que se extendió hasta el 2 de septiembre de 1945.[2]

Si aún existen dudas sobre el momento en que se considera que comenzó la guerra, tampoco hay acuerdo en cuanto al nombre que debe recibir. Los rusos se refieren a ella como «la Gran Guerra Patriótica», mientras que en Japón se la conoce como «la Mayor Guerra del Este Asiático». Ni tan siquiera entre los países anglosajones hay unanimidad; en Gran Bretaña es «The Second World War» pero en Estados Unidos es simplemente «World War II».

De todos modos, está comúnmente aceptado que el conflicto comenzó aquella fatídica jornada del 1 de septiembre de 1939. Sin embargo, las acciones armadas contra Polonia comenzaron en realidad una semana antes, en la madrugada del 26 de agosto. Se trataba de una operación destinada a sabotear las defensas polacas y facilitar de este modo la inmediata entrada de las tropas alemanas.

Esta misión, encomendada al teniente Hans-Albrecht Herzner, tuvo lugar ese día tal y como se había planificado, pues la invasión de Polonia estaba prevista para esa misma jornada a las 4.45 h.

El grupo tenía como objetivo tomar el túnel de Jablunka, en el interior de Polonia, para evitar que fuera volado por los propios polacos. No estaban solos, ya que varios grupos de sabotaje se encontraban dispersos por el país para facilitar con sus acciones la llegada de las tropas alemanas. Cuando Hitler dio marcha atrás en el último momento, hubo tiempo para parar las acciones de los diversos grupos, pero no así el de Herzner.

Por lo tanto, en esa madrugada, el grupo de saboteadores logró tomar la estación de tren de Mosty, ocupar el túnel y sacar las cargas explosivas que estaban dispuestas en su interior. En los enfrentamientos, las tropas polacas sufrieron una baja y los hombres de Herzner un herido leve. Cuando ya

habían conseguido hacerse con el control de la situación, les llegó la comunicación desde el cuartel general de que debían abandonar inmediatamente la zona, al haberse aplazado la invasión prevista.

Así lo hicieron y por la tarde ya estaban de regreso. De cara al exterior se intentó restar importancia a la incursión, asegurando que el único responsable era un oficial alemán que había perdido los nervios. En los días siguientes, el túnel recibió una gran cantidad de refuerzos del ejército polaco para impedir otra operación de este tipo.

Los alemanes pretendieron borrar estos hechos, que contradecían la excusa alemana de las «provocaciones» polacas para justificar la invasión de ese país. Para conseguirlo se procedió a la destrucción de todos los documentos relativos a esta operación. Pero el teniente Herzner, desobedeciendo órdenes, guardó en la buhardilla de su casa los papeles y las notas escritas de que disponía, para que el éxito de su misión no quedase relegado al olvido.

En 1942, Herzner se ahogó en la piscina de un hospital en el que estaba ingresado; como no se conocen las circunstancias concretas del suceso, no es difícil imaginar que detrás del supuesto accidente pudiera estar algún agente de la Gestapo. Por suerte, sus documentos no fueron encontrados por los agentes del servicio secreto nazi y salieron a la luz una vez acabada la guerra, gracias a lo cual hoy disponemos de la documentación que ilustra esa primera acción armada de la misma.

El estallido del conflicto, propiamente dicho, comenzaría a las 4.45 h del 1 de septiembre de 1939. Aunque la credibilidad internacional de Hitler no estaba en su mejor momento, el dictador pretendía convencer al mundo de que respondía militarmente a una agresión polaca.

Con tal fin, el jefe de las SS, Heinrich Himmler, orquestó un montaje para el que contó con la colaboración forzosa de un grupo de prisioneros procedentes de un campo de concentración, que recibieron el significativo nombre en clave de «carne enlatada». Estos presos fueron asesinados fríamente y vestidos con uniformes polacos. Sus cadáveres fueron esparcidos alrededor de una emisora de radio alemana instalada en Gleitwitz, cercana a la frontera con Polonia.

A las ocho de la tarde del 31 de agosto, los alemanes anunciaban que esa estación de radio había sido atacada por insurgentes polacos. Era el *casus belli* que Hitler deseaba para lanzar a sus tropas contra Polonia nueve horas

después. En realidad, la orden de invasión había sido decidida por el Führer a las 14.40 h de ese 31 de agosto.

Al día siguiente, los corresponsales extranjeros en Alemania fueron invitados a visitar el lugar donde presuntamente se habían producido los combates por la emisora de radio. Allí se les intentó convencer, sin demasiado éxito, de que los polacos habían iniciado las hostilidades al intentar asaltar esas instalaciones, por lo que la invasión de Polonia no era más que un acto de defensa propia.

Naturalmente, nadie creyó la inverosímil versión alemana, pero poco importaba ya. A las once de la mañana del domingo 3 de septiembre, Gran Bretaña declaraba la guerra a la Alemania nazi, mientras que Francia hacía lo mismo a las cuatro y media de la tarde, por lo que también se podría considerar que la Segunda Guerra Mundial comenzó ese día. A partir de entonces, la humanidad viviría una pesadilla que no vería su final hasta seis años después.

Si no hay críquet, es que hay guerra

El tópico asegura que los británicos muestran su carácter flemático en todo momento y sean cuales sean las circunstancias, incluso ante las más adversas. La verdad es que el 1 de septiembre de 1939 la flema inglesa pasó una dura prueba: acababa de estallar la guerra en Europa.

Antes de conocerse la noticia, dos miembros de la Cámara de los Lores asistían esa mañana de viernes a un encuentro de críquet, uno de los deportes más populares del Reino Unido. Aunque el ambiente que se respiraba en la capital británica no era el más adecuado para las celebraciones deportivas, debido al temor a que estallase el conflicto que se venía larvando desde hacía varios años, el partido se estaba jugando con total normalidad.

El cielo de Londres estaba sembrado de globos cautivos destinados a impedir las incursiones de aviones enemigos en caso de guerra. Los londinenses estaban más preocupados por adquirir alimentos y proteger sus hogares que en el campeonato de críquet, lo que quedaba demostrado por la escasa presencia de aficionados en las gradas.

En un momento del encuentro, el partido fue suspendido y los jugadores regresaron a los vestuarios. Esa decisión era sorprendente, ya que un partido

de críquet solo se detiene a la hora de la comida o del té, cuando llueve, falta luz o, según marca la tradición, si se produce una invasión de abejas (!). Como la suspensión no era debida a ninguno de esos casos, ambos lores entendieron que el motivo debía de ser grave.

Así, uno de ellos le dijo al otro, manteniendo un tono cercano a la indiferencia:

—Creo que lo mejor es que acudamos de inmediato al Parlamento. Si el partido de críquet ha sido suspendido, eso significa que hay guerra.

No se equivocaba en su apreciación. Pocas horas antes, Hitler había invadido Polonia. Tres días más tarde, su país declararía la guerra a Alemania.

Una curiosa carrera de coches

Las visitas de Hitler al frente durante la campaña de Polonia se convirtieron en un quebradero de cabeza para el general Erwin Rommel, que en aquellos momentos era el comandante encargado de coordinar estos viajes del Führer.

A los tres días del inicio de la guerra, Hitler llegó a Polonia en su tren oficial y se dispuso a hacer un recorrido por los lugares en los que se habían producido los primeros enfrentamientos con el ejército polaco. El líder germano se acomodó en su Mercedes y el resto de oficiales se apresuró a encontrar vehículos para seguirle. Al poco rato se había formado una caravana de unos treinta automóviles viajando a gran velocidad por las polvorientas carreteras de la zona.

Rommel no salía de su asombro al comprobar cómo se adelantaban unos a otros, compitiendo por situarse lo más cerca posible del coche de Hitler. El riesgo de estas maniobras era tal que faltó muy poco para que se produjesen varios accidentes. En cuanto el camino era lo suficientemente ancho, los coches se colocaban uno al lado del otro, acelerando para remontar posiciones antes de que se estrechase de nuevo.

Finalizada la visita, el secretario personal del Führer, Martin Bormann, se dirigió con malas maneras a Rommel, haciéndole responsable del vergonzoso espectáculo de que había sido testigo. El prestigioso militar no agachó la cabeza ante el hombre de confianza de Hitler:

—Lo siento, pero yo no soy un maestro de parvulario, ¡encárguese usted

de llamarlos al orden! —respondió orgulloso Rommel.

El 20 de septiembre, el dictador germano regresaba a Polonia para visitar de nuevo los campos de batalla en los que las divisiones panzer habían derrotado a las valerosas tropas polacas.

Rommel no deseaba que se repitiesen las lamentables escenas vividas dos semanas antes, así que dispuso que tras el coche de Hitler se formase una caravana en doble fila. De este modo, sería mayor el número de vehículos que tendrían el privilegio de estar en cabeza de la comitiva y además se evitarían los peligrosos adelantamientos, al ocupar la mayor parte de la calzada.

Pero Rommel fracasó en su desesperado intento de evitar el desorden que se había producido en la visita anterior. Cuando la caravana llegó a un estrecho puente en el que los vehículos debían pasar de uno en uno, tras el Mercedes de Hitler ya no pudo atravesarlo ninguno más, debido a que nadie estaba dispuesto a permitir el paso del coche que compartía la posición en paralelo. Así pues, al cabo de un rato, Hitler tuvo que ordenar detener su vehículo al observar, sorprendido, que nadie le seguía.

Finalmente, no sin violentos intercambios de insultos y amenazas, los coches fueron pasando de uno en uno y el grupo pudo volver a reunirse. La jornada terminó con la visita a un hospital de campaña, donde se interesaron por el estado de los soldados heridos.

Al regresar al cuartel general, Rommel tuvo que sufrir de nuevo las diatribas de Bormann, que le dirigió unas palabras muy duras ante varios testigos. No obstante, en esta ocasión Rommel prefirió no hacer ningún comentario, consciente de la inutilidad de discutir con el insolente secretario.

«¡No miren hacia arriba!»

En el mes de septiembre de 1939, la guerra recién iniciada suponía una inquietante novedad para la población civil, que aún no sabía cómo actuar en caso de un ataque aéreo.

Como Gran Bretaña había sido ya atacada desde el aire durante la Primera Guerra Mundial, sus habitantes eran muy receptivos a cualquier advertencia que les ayudase a evitar los presumibles bombardeos que, tarde o temprano, les iban a llegar nuevamente desde Alemania.

Esta situación dio pie a que un buen número de supuestos expertos se atreviese a impartir consejos para hacer frente a los ataques. Uno de ellos, que decía haber sido piloto durante la Primera Guerra Mundial, recomendó a la población que no mirase hacia arriba en caso de un ataque aéreo. El motivo era que, según él, desde el avión se podía distinguir el color claro de las caras, por lo que si se reunía un buen número de personas quedaba marcado el objetivo.

Pese a que el consejo era a todas luces absurdo, no fueron pocos los que se cubrían la cara cuando miraban al cielo al oír el sonido de un avión, para no atraer la atención de los aviadores germanos.

La primera víctima británica

La primera persona en fallecer a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial en Gran Bretaña fue un policía llamado George Southworth, la noche del 3 de septiembre de 1939, cuando aún no se habían cumplido las primeras veinticuatro horas desde que su país había entrado oficialmente en la contienda.

Las autoridades habían ordenado el oscurecimiento total de las ciudades en caso de alarma aérea. Sin embargo, en una casa de Harley Street, en Londres, la luz continuaba inexplicablemente encendida después de sonar la sirena. El agente Southworth, encargado de que se cumpliesen a rajatabla las órdenes de oscurecimiento, llamó al timbre para instar a su propietario a que apagase la luz inmediatamente, pero nadie contestó a su llamada.

Como la ventana estaba abierta, el policía no tuvo otra ocurrencia que encaramarse por la fachada para entrar por ella y apagar él mismo la luz. Para ello se sirvió de un tubo de desagüe por el que comenzó a trepar.

Cuando seguramente estaba a punto de llegar arriba, algún mal gesto le hizo perder el apoyo en la cañería, lo que le hizo precipitarse contra el suelo, muriendo de forma instantánea al impactar su cabeza contra un bloque de piedra.

Por desgracia para él, su encomiable decisión de cumplir con su deber aún a riesgo de su propia vida no hubiera servido de nada, pues finalmente resultó ser una falsa alarma, causada por un avión francés que había perdido el rumbo.

Curiosidad insatisfecha

En los primeros meses de la guerra, los aviones de la fuerza aérea británica, la RAF (Royal Air Force), solían lanzar de vez en cuando octavillas de propaganda[3] sobre las ciudades alemanas. En ellas se instaba al pueblo germano a derrocar al régimen nazi y buscar la paz con los Aliados. Las razones de que, en lugar de bombas, cayesen panfletos sobre Alemania hay que buscarlas en la petición que había hecho el gobierno francés al británico de no provocar a Hitler, debido a que las fábricas de armamento y munición del norte de Francia no disponían todavía de protección ante ataques aéreos.

El primer lanzamiento de este tipo se produjo el 3 de septiembre de 1939. Unos seis millones de octavillas, con un peso total aproximado de trece toneladas de papel, fueron arrojados sobre las ciudades germanas, encabezadas con un absurdamente formal «Comunicado al Pueblo Alemán».

El efecto de esta «guerra psicológica» fue prácticamente nulo entre los habitantes del Reich. Según los expertos británicos, lo único que consiguieron estas misiones fue alertar a los alemanes de la posibilidad de ser alcanzados por los bombarderos británicos, lo que estimuló la fabricación de cañones antiaéreos.

No obstante, hubo militares que se mostraron partidarios de emplear una mayor dureza contra el Tercer Reich. El general Spears declaró que era «una ignominia responder con una guerra de confeti a un enemigo tan despiadado», mientras que el mariscal del aire Arthur Harris, posteriormente conocido como *Bomber* (Bombardero) Harris, fue más explícito sobre la utilidad de esa campaña incruenta; según él, lo único que habían conseguido los británicos había sido cubrir los suministros de papel higiénico de la población germana para los próximos cinco años…

Esta acción de los aviones ingleses, además de servir para alertar a las defensas alemanas, sirvió para poner al descubierto la absurda maquinaria burocrática del ejército. Cuando la noticia del lanzamiento de las hojas volantes apareció en la prensa, un sencillo ciudadano británico sintió curiosidad por leer una de esas octavillas, por lo que se dirigió a las autoridades para solicitar que le dejasen ver una. Al cabo de unos días se pusieron en contacto con él para comunicarle que su petición había sido rechazada.

La razón esgrimida podría entrar en los anales del humor surrealista; le contestaron que no era posible por motivos de seguridad, pues la información allí contenida «podría caer en manos del enemigo».

Prohibidos los calzoncillos blancos

En el primer año de la guerra, los soldados británicos tuvieron que enfrentarse, además de a los alemanes, a la inexperiencia propia de los inicios en un conflicto de estas características. El diseño de los uniformes respondía a las necesidades del camuflaje, pero las autoridades militares olvidaron un pequeño detalle.

Mientras que la ropa militar era de color caqui,[4] las prendas interiores y los pañuelos conservaban las características de la vestimenta civil, luciendo un impoluto color blanco. Siempre y cuando los hombres permaneciesen en el cuartel no había ningún problema, pero en el campo de batalla era muy diferente. Cuando un grupo de soldados británicos ocultos en un bosque decidía poner su ropa a secar, el color blanco de sus calzoncillos y camisetas lograba alertar de inmediato a un observador enemigo atento.

Después de sufrir algunas experiencias desagradables, los soldados pidieron que su ropa interior también fuera del mismo color que el uniforme, una petición que fue aceptada. Las autoridades pusieron un gran cuidado en proteger a sus tropas, por lo que se decidió también que el papel higiénico fuera de color caqui. Se llegó incluso al extremo de confeccionar los paños para limpiar las gaitas de los regimientos escoceses en ese mismo color.

Aunque la mayoría de los ejércitos adoptaron este tipo de medidas, hubo un cuerpo que mantuvo el curioso privilegio de mantener el color blanco en sus prendas interiores. Fueron los marines norteamericanos.

Aunque se desconoce si algún observador japonés localizó algún grupo de marines por esta razón, la realidad es que un grupo de ellos salvó la vida en la isla de Guadalcanal en noviembre de 1942 gracias al color blanco de sus camisetas. Rodeados por tropas niponas, y sin posibilidad de llegar a la zona controlada por los norteamericanos, dibujaron un enorme HELP (socorro) en un claro de la jungla, formando las letras con sus camisetas extendidas.

Esta llamada de auxilio fue vista desde un avión que sobrevolaba la zona,

lo que permitió enviar las tropas necesarias para rescatarlos. En este caso, sí que importó lucir la ropa interior luminosamente blanca.

El rey de Dinamarca planta cara a los nazis

Las tropas alemanas ocuparon Dinamarca el 9 de abril de 1940. El motivo era aprovechar su posición estratégica para la invasión de Noruega y, de paso, evitar que los británicos se planteasen desembarcar en este pequeño país.

Hitler sentía un profundo desagrado hacia los daneses. Según aseguró en 1946 Rudolf Mildner, que había sido comandante de las SS en Dinamarca en 1943, esa actitud tenía una tan curiosa como improbable explicación.

Según este oficial, el Führer no perdonaba a los sometidos daneses que su rey, Cristián X, se hubiera mostrado descortés con él tras enviarle una felicitación de cumpleaños en 1943. Parece ser que la respuesta del monarca danés a la atención de Hitler fue un lacónico «Muchas gracias», lo que fue interpretado por el dictador germano como un desprecio. Al recibir esa escueta y gélida nota, Hitler montó en cólera y prometió que se vengaría aumentando la opresión sobre la población danesa.

Aunque es más que dudoso que este presunto agravio desencadenase la represión que sufrieron los daneses, ya que el autócrata nazi no necesitaba excusas para dar rienda suelta a su odio, en los meses posteriores se ordenaron medidas desproporcionadas para evitar cualquier insubordinación.

A partir de entonces, cualquier acto de sabotaje en la industria o una agresión a un soldado alemán podía acarrear el asesinato de varios daneses, aunque no tuvieran ninguna relación con el suceso. Se elegían víctimas al azar entre los detenidos por actividades políticas y su muerte era publicada en los periódicos como advertencia, indicando que habían sido «abatidos» cuando pretendían huir.

La represión llegó también a los seis mil judíos que residían en Dinamarca. La mayoría de ellos eran descendientes de judíos portugueses llegados en los siglos XV y XVI, por lo que su integración en la sociedad danesa era total, gozando del respeto y el aprecio de todos sus compatriotas.

A mediados de 1943 llegó desde Berlín la orden de «evacuar» a la población judía danesa, lo que significaba detenerlos para su inmediato

envío a los campos de exterminio. El primer paso fue disponer que los ciudadanos hebreos debían identificarse por medio de un distintivo amarillo en forma de estrella de David, con el propósito de segregarlos y luego proceder a su deportación, tal como había sucedido en otros países que habían caído bajo el dominio nazi.

Los carteles donde se daba a conocer el bando fueron colocados durante la mañana, ante las miradas llenas de preocupación de los daneses. Esa misma tarde, el rey Cristián realizaría su acostumbrado y siempre puntual paseo a caballo partiendo de palacio hacia las afueras de Copenhague. Cuando los portales se abrieron, los ciudadanos que se habían congregado allí para mostrar su apoyo a la casa real en esos difíciles momentos contemplaron con incredulidad al soberano, que, montado sobre un caballo blanco, lucía sobre su pecho la insignia amarilla de la estrella de David. Por la noche, toda la población del país llevaba sobre sus ropas el infame distintivo.

Los nazis, perplejos ante este multitudinario gesto de valentía, se vieron incapaces de reconocer a sus víctimas. Por este motivo, resultó casi insignificante la proporción de judíos daneses que fueron deportados.

Sin embargo, esta historia, que aparece en innumerables ocasiones relatada como un hecho histórico, se ha demostrado que es falsa. Aunque sin duda merecería ser verídica por suponer un ejemplo aleccionador, no se ha encontrado ningún testimonio directo de este suceso.

Las razones de este mito hay que buscarlas en la resistencia del pueblo danés ante la invasión germana. Teniendo en cuenta la inutilidad de una oposición armada organizada debido a la enorme desproporción de fuerzas, los daneses apostaron por demostrar su superioridad moral ante los ocupantes.

Circularon de boca en boca numerosas historias de este tipo, que ayudaban a fortalecer la moral del pueblo en esos años de infortunio. Poco importaba si habían sucedido en realidad o, por el contrario, eran inventadas; merecían ser reales, por lo que se iban agregando detalles a esos hechos hasta que adquirían una veracidad aceptada con entusiasmo por los ciudadanos.

¿Cuál fue el origen de esta heroica anécdota protagonizada por el rey danés? Unos aseguran que se trató simplemente de una maniobra de propaganda aliada, pero es poco probable. La hipótesis más plausible es que

el rumor naciese por imitación de un hecho sucedido en la vecina Noruega, que había sufrido la agresión germana el mismo día que Dinamarca.

En este caso, el rey Haakon VII, precisamente hermano de Cristián X, consiguió escapar de Oslo refugiándose en una remota aldea que fue bombardeada por los alemanes. Finalmente fue rescatado por los Aliados y trasladado a Londres, desde donde dirigiría la resistencia noruega.[5]

Aunque cualquier manifestación de apoyo al rey exiliado estaba prohibida por los nazis, muchos ciudadanos noruegos se atrevieron a exhibir una flor amarilla en el ojal como símbolo de apoyo a su monarca. Es posible que este método de resistencia fuera conocido por algunos daneses, que decidieron atribuirlo también a su rey, para que sirviese como ejemplo al conjunto de la población.

La realidad es que la mayor parte de los judíos daneses pudieron escapar de los nazis, pero no por el hecho de que la población luciese el mismo brazalete que ellos, sino por la encomiable actitud de dos comandantes de las SS, Rudolf Mildner y Werner Best, que advirtieron a dos ministros daneses con los que tenían una estrecha relación del inminente plan para deportar a los judíos.

Aunque resulte desconcertante, estos dos integrantes de la organización criminal de las SS se convirtieron en los salvadores de los judíos daneses. Si bien no hay que descartar que pudieran albergar motivaciones de tipo humanitario, también hay que tener en cuenta que, al estar encargados del orden público, eran conscientes de que una medida de este tipo iba a encontrarse con la oposición de los ciudadanos. Si la deportación se llevaba a cabo, preveían que aumentarían los actos de sabotaje, por lo que consideraron que no era conveniente agitar los ánimos innecesariamente.

Gracias al aviso de Mildner y Best, la noticia circuló de inmediato, por lo que se comenzó a buscar refugio para todos los miembros de la comunidad hebrea. A los pocos días llegaron al puerto de Copenhague dos cargueros procedentes de Oslo, en los que estaba previsto confinar a los judíos con destino a los campos de concentración, en una operación coordinada por el teniente coronel de las SS Adolf Eichmann.

El 1 de octubre llegó un telegrama de Himmler ordenando dar comienzo a las detenciones de judíos, pero la mayoría de ellos ya estaban ocultos o habían escapado gracias a la colaboración de la población danesa. Muchos de los que habían logrado huir habían embarcado en pequeños botes de

remos rumbo a Suecia, distante tan solo tres kilómetros de la costa danesa, donde serían acogidos hasta el final de la guerra.

De los seis mil judíos que los alemanes esperaban capturar, tan solo unos cuatrocientos fueron detenidos. El fracaso de la deportación llegó a conocimiento de Hitler, que estalló de ira, al igual que Himmler y Eichmann, enfurecidos porque no se había mantenido el secreto de la operación. Al no haber sido posible detener a todos los judíos, se dictó una orden para confiscar los bienes de todos los que habían conseguido escapar.

De todos modos, hay que lamentar el destino al que se tuvieron que enfrentar los cuatrocientos judíos que no lograron huir a tiempo. Tal como estaba previsto, se les confinó en uno de los dos barcos que habían llegado con este fin y fueron transportados a Oslo. De allí viajaron por mar hasta Stettin, desde donde fueron trasladados por ferrocarril hasta el campo de concentración de Theresienstadt, en Checoslovaquia, para ser exterminados.

Pese a que la satisfacción no pudo ser completa, el pueblo danés se sintió feliz por haber conseguido salvar la vida de la mayoría de sus compatriotas judíos. El éxito de esa operación de rescate fue el símbolo de que los daneses supieron mantener intacta su dignidad durante los oscuros años de la ocupación nazi.

Göring contrata los servicios de un brujo

Antes de lanzar la gran ofensiva en el oeste en la primavera de 1940, que implicaba la invasión de Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia, una de las mayores preocupaciones de Hitler eran las condiciones meteorológicas.

En la *blitzkrieg* era fundamental el apoyo de la aviación a las tropas de tierra, tal como había sucedido en la invasión de Polonia. Pero si hacía mal tiempo y los aviones no podían volar, la aplastante superioridad germana podía verse en peligro. Para que las tropas alcanzasen el éxito esperado, era imprescindible que los cielos permaneciesen despejados durante cinco días, una circunstancia nada fácil si se tienen en cuenta las abundantes lluvias que suelen caer en esa región en primavera.

Esta cuestión llegó a obsesionar sobremanera al mariscal Hermann Göring, el jefe de la Luftwaffe. Durante el mes de abril, Göring se reunía a diario con el meteorólogo Heinz Diesing, esperando que le pudiera predecir cinco días sin lluvia, pero el científico no se atrevía a garantizar un

pronóstico que fuera más allá de tres días. La inestabilidad del tiempo en la zona llegó incluso a poner en entredicho la palabra de Diesing, al producirse cambios imprevistos con un solo día de diferencia, por lo que Göring pasó a mostrarse enormemente irritado.

Los preparativos para la invasión ya estaban hechos, pero el único detalle que escapaba al control de la maquinaria de guerra nazi era el tiempo, que podía arruinar todo el plan. En estas circunstancias, llegó a oídos de Göring la existencia de un «hacedor de lluvia» con poderes sobrenaturales para influir en el tiempo meteorológico. Se trataba de Hans Schwefler, quien se presentaba como un brujo capaz de atraer la lluvia o despejar las nubes para que luciese el sol. Aunque cueste de creer, Göring, totalmente desesperado, decidió contratar sus servicios.

Las invocaciones de Schwefler para llamar al buen tiempo no resultaban precisamente baratas, al exigir el pago por adelantado de cien mil marcos. Göring, que tenía acceso ilimitado a los fondos del Reich, no regateó el precio y le hizo llegar la cantidad estipulada.

Sea debido a las invocaciones del brujo o a la casualidad, el 10 de mayo se presentó con un tiempo excelente. Ese día, 2.500 aparatos despegaron de los aeródromos alemanes para iniciar la gran ofensiva en el oeste. Tal como requería la Luftwaffe para desplegar todo su poder, durante cinco días las lluvias estuvieron ausentes de la región. Las tropas de tierra pudieron disponer de apoyo aéreo en esas jornadas decisivas para la suerte de la ofensiva, que acabaría siendo victoriosa.

Göring quedó muy satisfecho con la labor de Schwefler y le felicitó personalmente. Lo que no sabemos es qué le hubiera sucedido al brujo si la lluvia hubiera aparecido durante esos días; seguramente Schwefler ya contaba con esa posibilidad y se encontraba en esos momentos muy lejos de allí, con su dinero a buen recaudo.[6]

El jefe de la Luftwaffe recurriría en alguna ocasión más a soluciones poco ortodoxas. En los peores momentos de su fuerza aérea, recibió un ofrecimiento para procurarle un «rayo de la muerte». Desesperado por conseguir un arma definitiva, Göring aceptó esa propuesta, en la que invirtió también fuertes sumas de dinero. Igualmente, Göring fue sorprendido en otra ocasión tratando de localizar sobre un mapa las defensas aliadas en el frente occidental con la ayuda de un péndulo.

Róterdam, invasión en tranvía

El nombre de Róterdam quedará siempre ligado al brutal bombardeo de que fue objeto por la aviación alemana el 14 de mayo de 1940. La parte antigua de esta ciudad holandesa quedó reducida a cenizas. Fue el triste capítulo final de la guerra relámpago lanzada por Hitler contra este país.

La parte principal del ataque a Holanda fue encargada a los paracaidistas, que debían tomar los puntos clave para facilitar la invasión, principalmente puentes y vías de comunicación. Durante estas operaciones se produjo un hecho anecdótico, que fue el contrapunto a la tragedia que acontecería después.

Uno de los grupos de paracaidistas, el que tenía al teniente Horst Kerfin al mando, cayó en un punto alejado del objetivo, en las afueras de la ciudad. Para llegar al lugar previsto para la acción debían atravesar todo el barrio de Feyenoord. Eran las 6.30 y en ese momento la población civil no tenía conocimiento de que las tropas alemanas ya estaban cayendo sobre la ciudad.

Así pues, los cincuenta hombres de Kerfin se quedaron sorprendidos al comprobar cómo los escasos ciudadanos que en ese momento había en la calle los miraban con indiferencia. El motivo era que los paracaidistas no eran fácilmente reconocibles como soldados germanos, al utilizar un uniforme y un casco distintos al del resto del ejército alemán, por lo que los confiados paseantes creían que se trataba de soldados holandeses.

Tras caminar unos minutos, Kerfin consideró que se encontraban todavía muy lejos del centro y ordenó tomar algún vehículo. En ese momento apareció un tranvía y, aprovechando que uno de los soldados hablaba holandés, convencieron al conductor para que les llevase a su destino.

El empleado, creyendo que eran compatriotas, no dudó ni un momento y les hizo subir, pero cuando les oyó hablar entre ellos se percató de que en realidad eran alemanes. Ya era tarde para negarse a conducir el vehículo y fue amenazado para que cumpliese con su cometido. De esta manera, en un transporte tan inusual como un tranvía, fue como el grupo de Kerfin consiguió llegar al punto donde debían combatir.

La lucha en Róterdam fue terrible; pese a ser conscientes de su inferioridad, los holandeses se defendieron heroicamente, sin ceder ante el empuje alemán. Sin embargo, se estaba gestando la tragedia que ocurriría al

día siguiente. Los alemanes advirtieron a los defensores que la ciudad iba a ser bombardeada si no se rendía. El jefe de la guarnición de Róterdam, el coronel Pieter Scharroo, creía que todavía tenía posibilidades de resistir, así que dio largas a las negociaciones, mientras los alemanes intentaban convencerle de que se rindiese, ya que sabían las sangrientas consecuencias para la población civil que tendría el bombardeo.

Mientras tanto, los escuadrones de la Luftwaffe iniciaron el despegue, teniendo como prioridad la ciudad de Róterdam y, en el caso de que esta se rindiese a tiempo, continuando hacia Amberes. Los pilotos recibieron la orden de variar el objetivo en el momento en que viesen luces rojas procedentes de la ciudad, la señal convenida para avisar de que los holandeses se habían entregado.

A las 13.20, los primeros de los noventa aviones que participarían en el ataque comenzaron a sobrevolar la ciudad. Se había dado un ultimátum que expiraba a las 16.30, y los alemanes que estaban en tierra, conscientes de que el bombardeo era ya innecesario pues los holandeses estaban a punto de capitular, decidieron encender rápidamente las luces rojas para evitar la acción.

Algunos de los aviones consiguieron ver las luces a través de una inoportuna neblina y variaron el rumbo, pero los demás no fueron capaces de ver la señal y dejaron caer su mortal cargamento de bombas. Toda la parte antigua de Róterdam comenzó a arder debido a que la mayoría de casas estaban construidas de madera, provocando una masacre entre los habitantes de la ciudad holandesa.

Aunque los Aliados situarían la cifra de víctimas en más de 30.000, se calcula que el número de muertos ascendió a unos novecientos. Además, unas 85.000 personas se quedaron sin hogar y se destruyeron veinticuatro iglesias y sesenta y cuatro escuelas. De este modo, Róterdam pasó a formar parte del trágico listado de ciudades mártires, víctimas de los bombardeos sobre la población civil.

La arena salva a los ingleses en Dunkerque

En cierto modo, se puede asegurar que la primera victoria de los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar en Dunkerque. Pese a que es difícil calificar de victoria una retirada, la realidad es que el éxito al

conseguir reembarcar más de 338.000 soldados, la mayoría de ellos británicos, supuso un gran alivio para los Aliados, además de conllevar la primera decepción para los alemanes.

Se ha escrito mucho sobre las razones del fracaso germano a la hora de aniquilar la bolsa que se había creado alrededor de esta ciudad costera francesa. El principal error fue dejar en manos de la Luftwaffe una misión que podría haber tenido éxito si de ella se hubieran encargado los blindados que rebasaron las defensas francesas días antes.

Pero como la historia depende en ocasiones de pequeños detalles, no hay que pasar por alto un elemento que pudo marcar la diferencia entre la victoria y la derrota. Su protagonista es la arena de la playa de Dunkerque.

El jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring, se había comprometido ante Hitler a destruir por completo las fuerzas aliadas concentradas en la costa. El blanco del ataque no podía ser más fácil: un número ingente de soldados en una superficie poco extensa. No cabía duda de que un bombardeo masivo de esa reducida zona provocaría una auténtica carnicería. Sin embargo, no fue así.

Los expertos de la Luftwaffe no habían contado con las profundas arenas de la playa de Dunkerque, capaces de engullir las bombas que caían sobre ella. Estas penetraban lo suficiente como para que tanto la metralla como la onda expansiva fuesen absorbidas por la arena, que en este caso se convirtió en una aliada de los británicos.

Tras cada uno de los ataques de los aviones germanos, en los que la playa era el escenario de violentas explosiones, los soldados comprobaban sorprendidos como, en muchas ocasiones, no había que contabilizar ningún muerto y ni tan siquiera un herido. El mismo Churchill reconocería más tarde que si la costa hubiese sido rocosa, el efecto de los bombardeos habría sido realmente mortífero. Con toda seguridad, las bajas hubieran sido enormes, poniendo en serio peligro el propio reembarque de las tropas, al tener que transportar también un buen número de heridos.

La ineficacia de los bombardeos acabó por envalentonar a los soldados, que perdieron el miedo a los ataques aéreos. Cuando se acercaban los aviones germanos, se limitaban a protegerse detrás de una duna y esperar pacientemente, esperanzados en volver a casa lo más pronto posible.

Nunca se sabrá hasta qué punto la arena de Dunkerque desequilibró la balanza del lado aliado, pero la realidad es que muchos británicos salvaron

la vida gracias a ella.

2

Francia, entre la resignación y la resistencia

«Francia ha perdido una batalla, pero no ha perdido la guerra. Nuestra patria está en peligro de muerte. ¡Luchemos todos para salvarla! ¡Viva Francia!»

Proclama del general francés CHARLES DE GAULLE (1890-1970), transmitida por la BBC a las 18.00 del 18 de junio de 1940

La estrepitosa derrota de Francia en junio de 1940 es, aún hoy día, difícil de entender. Antes de la invasión, la igualdad de fuerzas con Alemania era prácticamente absoluta. Además, Francia contaba con una extraordinaria muralla defensiva, la Línea Maginot.

Posiblemente, la clave de la victoria germana fuera la mentalidad innovadora de sus generales. Mientras que los militares galos se encontraban anclados en las tácticas empleadas durante la Primera Guerra Mundial, sus adversarios habían sabido descubrir todas las posibilidades que ofrecía el avance de una unidad de blindados apoyada por la aviación. Sorprendidos una y otra vez, los franceses se vieron superados por un ejército, el alemán, más rápido, más eficaz y, sobre todo, con claro afán de victoria.

El general Charles de Gaulle señaló en sus *Memorias de Guerra* esta circunstancia como la principal razón que explicaba la derrota: «Si el Estado hubiera hecho lo que debía hacer; si hubiera orientado su sistema militar hacia la acción, no hacia la pasividad (…), nuestros ejércitos habrían tenido su oportunidad y Francia habría reencontrado su alma».

Una vez firmado el armisticio, y bajo el gobierno colaboracionista del general Pétain, Francia intentó buscar su acomodo bajo el paraguas de

Hitler. Pese a la antipatía que despertaban los ocupantes nazis, sorprende comprobar cómo la población gala asumió con resignación el dominio alemán, una actitud que se extendería sobre todo durante los dos primeros años.[7]

A partir del verano de 1942, cuando los alemanes comenzaron a sufrir los primeros reveses en El Alamein y, más tarde, en Stalingrado, los franceses comprobaron que el Tercer Reich no era invencible. Era posible desprenderse del yugo alemán, pero no iba a ser un camino sencillo. La Resistencia acosaba a los soldados alemanes allá donde estuviesen, lo que provocaba castigos indiscriminados de las autoridades germanas sobre la población civil que, a su vez, alimentaban el apoyo popular a los guerrilleros.

Esta brutal represión, así como el reclutamiento forzoso de trabajadores con destino al Reich o las deportaciones de miles de judíos rumbo a los campos de exterminio, hicieron que la ocupación se convirtiese en una tragedia para el pueblo francés. Pero harían falta dos años más de sufrimientos para que en París se pudiera volver a entonar *La Marsellesa* en libertad.

El destino soñado

Si hubieran podido elegir destino, la inmensa totalidad de soldados alemanes habría escogido Francia como el lugar donde cumplir con sus obligaciones militares.

Los que eran enviados al país galo se sentían enormemente afortunados. El clima, el encanto de sus mujeres y la excelente calidad de los alimentos que allí se podían disfrutar hacían de Francia el paraíso soñado en tiempo de guerra. Se calcula que más de un millón y medio de botellas de vino salieron de territorio francés con destino a Alemania, sin contar todos los exquisitos caldos que fueron consumidos allí mismo. Por lo tanto, nada podían temer más los soldados germanos que recibir de repente la orden de trasladarse al frente ruso.

Sin duda, los alemanes supieron aprovechar las oportunidades que les ofrecía la dulce Francia para disfrutar de los placeres de la vida. El ejemplo que representa mejor esta vida de lujo, inusual en tiempos de guerra, es que los oficiales germanos llegaron a usar champán como loción para después

del afeitado.

Escoceses a la fuga

Dos soldados escoceses, miembros del cuerpo expedicionario británico enviado a Francia para luchar contra los alemanes, se encontraban confinados en un campo de prisioneros alemán en territorio francés. Aprovechando un descuido de sus vigilantes, lograron saltar la alambrada y esconderse en un bosque cercano.

Una vez libres, comenzaba el auténtico reto, que consistía en regresar a casa. Normalmente, la ruta más segura era la que pasaba por la Península Ibérica. Caminando de noche y escondiéndose de día, los fugados acababan llegando a los Pirineos, donde entraban en contacto con algún guía que les facilitaba el camino para atravesar la frontera. Una vez en territorio español, gracias a las gestiones que solía realizar la representación diplomática británica en Madrid, podían regresar sin más contratiempos a su país.

Los dos soldados escoceses consiguieron llegar hasta los Pirineos, pero no encontraron a ningún lugareño que los guiase por los intrincados caminos que conducían al otro lado de la frontera. Así pues, decidieron arriesgarse y pasar al otro lado del modo más sencillo: atravesando el río Bidasoa, que delimitaba la línea fronteriza. Aunque de este modo se evitaban varias jornadas de camino, debían afrontar el peligro de ser descubiertos por los alemanes, que vigilaban atentamente las orillas del río.

Tal como relató más tarde uno de los dos fugados, John T. Whittaker, ambos caminaron por la orilla hasta encontrar un bote con remos que les serviría para cruzarlo. Cuando ya se habían subido en él y estaban a punto de dejar el embarcadero, sus temores se vieron confirmados: dos soldados alemanes aparecieron súbitamente detrás de ellos. Como los escoceses no iban armados, creyeron que su fuga había llegado al final. Habían tenido la miel en los labios, tan solo unos metros los separaban de su objetivo, pero en el último momento habían sido descubiertos.

Resignados a su mala suerte, dejaron los remos y se dispusieron a salir del bote, cuando uno de los alemanes, hablando un francés rudimentario, les preguntó si podían unirse a ellos. Los dos fugados se quedaron estupefactos; en efecto, se trataba de dos desertores que preferían huir a continuar luchando a las órdenes de Hitler.

Ante este giro inesperado, los escoceses reaccionaron de acuerdo con el tópico que les caracteriza como tacaños: les permitieron escapar con ellos en el bote, pero cobraron a cada alemán cinco francos por el viaje.

Oculto en un burdel de Montmartre

Con el transcurso del tiempo, los Aliados fueron creando una compleja red de ayuda en Francia, con la inestimable colaboración de la Resistencia, para facilitar la huida de los pilotos que habían sido derribados en suelo francés.[8] Lo mismo sucedía con los prisioneros que conseguían escapar de los alemanes y que se enfrentaban al reto de atravesar toda Francia sin documentación, sin dinero y la mayoría de veces sin conocer el idioma.

De este modo se evitaba la obligada improvisación a la que los fugados debieron recurrir en los primeros meses de la ocupación, tal como sucedió con los dos escoceses del episodio anterior. La Resistencia contaba con colaboradores que iban ocultando a los fugitivos y les facilitaban el transporte a la siguiente ciudad, donde contactaban con otros compañeros que les proporcionaban alojamiento hasta el día que pudieran proseguir su viaje.

Aunque lo más habitual era encontrar refugio en casas particulares, en el barrio parisino de Montmartre existía un lugar de acogida más original, ni más ni menos que un burdel. La propietaria de la mancebía colaboraba con la Resistencia, por lo que se ofreció a permitir que los fugados pudieran esconderse en esa casa. Obviamente, a nadie podía sorprender la presencia de un buen número de personas en el lugar, ni tan siquiera que un hombre llamase a la puerta a altas horas de la madrugada, por lo que era el sitio idóneo para ocultar a los pilotos y prisioneros que llegaban a París en busca de un lugar seguro.

Sin embargo, una noche un cliente observó algo extraño. Notó que otro de los presentes era un muchacho que no hablaba francés y se encontraba extrañamente cohibido ante la presencia de las mujeres que trabajaban allí. Se trataba de un joven piloto británico que, debido a sus convicciones religiosas, se sentía muy incómodo en un lugar de esas características. El hecho no hubiera tenido mayor trascendencia si no hubiera sido porque ese cliente era un confidente de los alemanes.

A la noche siguiente, alertado por el delator, un agente de la Gestapo

entró en el local vestido de paisano para no levantar sospechas y poder observar a la clientela. Aun así, la propietaria se dio cuenta de inmediato de que se trataba de un alemán. Había que actuar rápidamente; así pues, una de las chicas se llevó al piloto británico a una habitación.

Parecía que el peligro había pasado, pero no era así. El agente nazi, convencido de que allí sucedía algo extraño, acabó pidiendo la documentación a todos los clientes presentes en la casa, entrando incluso en las alcobas. Tarde o temprano acabaría descubriendo al piloto. Finalmente, alguien tuvo una idea; disfrazarían al joven de prostituta. En un primer momento el muchacho intentó resistirse, pero al comprobar que su vida corría peligro, se puso en manos de la propietaria, que acabaría haciendo un buen trabajo.

El plan funcionó; el agente de la Gestapo interrogó a todos los clientes, pero no se le ocurrió pedir la documentación a las mujeres. El piloto pudo respirar tranquilo cuando el alemán se marchó. Gracias a su improvisado disfraz, había podido librarse de las garras de la Gestapo.

Un viejo destructor con sorpresa

Un obsoleto barco de guerra, el *Campbelltown*, fue el protagonista de una de las más brillantes operaciones especiales que llevaron a cabo los Aliados en suelo francés. Se trataba de un destructor que había sido arrendado por los norteamericanos a la marina británica. Aunque sus características ya no lo hacían apto para misiones importantes, se pensó en usarlo para inutilizar el dique seco del puerto de Saint-Nazaire. Estas instalaciones tenían una gran importancia para la marina germana, la Kriegsmarine, al ser las únicas capaces de albergar al colosal acorazado *Tirpitz* en caso de que necesitase ser reparado.

La función del *Campbelltown* era impactar contra la puerta de este dique seco. Para ello se formó un grupo compuesto por 630 hombres, entre comandos[9] y marineros, distribuidos en dieciocho lanchas, que acompañaron al destructor en su último viaje.

El encargado de coordinar y dirigir la operación fue el capitán de fragata R.E.D. Ryder. El barco fue camuflado como si de un integrante de la Kriegsmarine se tratase, recortando sus chimeneas para imitar la silueta de una torpedera alemana, con sus correspondientes banderas de guerra.

La noche del 28 de marzo de 1942 fue la fecha elegida para la incursión. El extraño convoy se aproximó a Saint-Nazaire logrando confundir a las patrulleras de vigilancia, pero el engaño fue detectado cuando se encontraban a un kilómetro y medio del objetivo.

La artillería del puerto comenzó a disparar, pero nada pudo impedir que el *Campbelltown*, a toda máquina, penetrase entre los muelles y se estrellase contra la puerta del dique seco. Aprovechando la confusión, las lanchas se dedicaron a atacar el resto de instalaciones. Unos comandos consiguieron destruir las bombas de agua que hacían posible el vaciado del dique seco, así como toda la maquinaria encargada de abrir y cerrar las compuertas.

Una vez pasados los primeros momentos de pánico, los alemanes se reorganizaron e iniciaron un fuego cruzado sobre las lanchas. Bajo las balas de las ametralladoras, las inestables embarcaciones se hundían en las aguas del puerto, mientras que sus tripulantes nadaban desesperadamente hacia los muelles. Poco antes de las tres de madrugada, al contemplar ese trágico panorama, el capitán Ryder ordenó la retirada. Solo ocho embarcaciones lograron salir del puerto, con 271 hombres a bordo. Las diez restantes se hundieron, condenando al resto de marineros a la muerte o al cautiverio.

¿La operación había sido un éxito o un fracaso? Teniendo en cuenta el gran número de bajas, podía considerarse que se había pagado un precio demasiado alto por infligir unos daños de efectividad dudosa.

A estas dudas había que añadir, aunque en ese momento los británicos no estaban al corriente, la sensación de alivio y triunfo que tuvieron los alemanes al contemplar, bajo la luz del amanecer, la patética estampa del viejo *Campbelltown* encallado en el muelle, con la proa destrozada, una imagen que fue captada por los fotógrafos germanos para su utilización propagandística. Pero lo que no sabían era lo que el obsoleto destructor guardaba en su interior.

A media mañana, mientras los alemanes inspeccionaban el buque, unas cargas de dinamita escondidas en su interior hicieron explosión. Los comandos habían pertrechado el barco con bombas de espoleta retardada. La detonación fue tan grande que partió al *Campbelltown* en dos, destruyó completamente el dique seco y provocó además la muerte de dos centenares de soldados alemanes.

El objetivo se había cumplido: las vitales instalaciones portuarias quedaron reducidas a escombros. Se tardaría un año y medio en volver a

disponer de ellas, tras laboriosas y costosas reparaciones. El capitán Ryder fue condecorado con la Victoria Cross (Cruz Victoria); aunque fuera a costa de un buen número de vidas humanas, la marina alemana había sufrido un duro golpe moral.

De todos modos, la propaganda germana se encargó de distorsionar el indudable éxito de esta brillante operación empleando las fotografías que mostraban el *Campbelltown* antes de explotar; así presentaron la misión como un fracasado intento de atacar el puerto. Pese a ello, la dura realidad es que la Kriegsmarine se quedaba sin un punto vital para el mantenimiento y reparación de su flota, gracias al valor y la audacia de los hombres de Ryder.

Pero no todas las operaciones llevadas a cabo en Francia por los comandos británicos cumplieron con su objetivo. La primera misión, realizada nueve meses antes, resultó un completo fracaso. En la noche del 24 de junio de 1940, un grupo formado por 115 hombres recibió el encargo de atacar cuatro puntos de la costa francesa al sur de Boulogne, para poner a prueba las defensas alemanas y, si era posible, capturar a unos cuantos enemigos.

El hecho de que el betún negro para camuflar el rostro hubiera sido proporcionado por el sastre de un teatro de Londres ya auguraba el carácter cómico que iba a adoptar la expedición.

Los comandos llegaron desde la costa británica en cuatro botes de los empleados para rescatar pilotos de la RAF. Uno de ellos llegó a tierra y sus tripulantes se dedicaron a recorrer una zona desértica, sin encontrar rastro de ningún soldado alemán; tras deambular un buen rato entre las dunas, decidieron subir de nuevo al bote y regresar.

La segunda lancha acabó llegando a un embarcadero de hidroaviones alemanes; sus tripulantes, al verse en clara inferioridad en caso de que se entablase un combate, optaron también por volver a la costa inglesa.

El tercer bote, al menos, consiguió eliminar a dos centinelas alemanes. Los soldados británicos, llevados por la euforia, regresaron de inmediato, pero pronto vieron que su acción había sido completamente inútil: no les habían registrado los bolsillos para obtener algún documento de valor y ni tan siquiera habían descubierto qué estaban vigilando.

Los tripulantes de la cuarta lancha no estuvieron mucho más afortunados. Con problemas en su brújula, casi se metieron de lleno en el puerto de

Boulogne, fuertemente defendido por los alemanes. Llegaron por fin a una playa donde desembarcaron, pero de repente fueron descubiertos por una patrulla de alemanes en bicicleta. Se entabló un tiroteo en el que un soldado británico resultó herido, pero pudieron alcanzar la embarcación y poner rumbo a Inglaterra.

El regreso de los botes no fue precisamente heroico. Al tratarse de una misión secreta, las autoridades portuarias no habían sido avisadas de la llegada de las lanchas. A una de ellas se le negó la entrada a puerto hasta que se comprobase la identidad de los tripulantes. El tiempo de espera fue aprovechado para dar buena cuenta de unas botellas de ron que había en el botiquín del bote, destinadas a reanimar a los aviadores que habían caído al mar. Cuando a los soldados se les permitió desembarcar, casi no podían mantenerse en pie. Esta circunstancia levantó sospechas en la policía militar de que se tratase en realidad de desertores, por lo que acabaron durmiendo la mona en un calabozo.

Cuando los detalles de esta operación llegaron al Ministerio de la Guerra, se llegó a la conclusión de que los comandos británicos necesitaban una nueva orientación. Los cambios efectuados acabaron dando su fruto, como lo demostraría al año siguiente la exitosa incursión del *Campbelltown*.

Mensaje dentro de una bicicleta

La Resistencia —como hemos podido comprobar en el episodio del burdel de Montmartre— desempeñó un papel fundamental a la hora de posibilitar la huida de los aviadores británicos que se veían obligados a saltar en paracaídas sobre suelo francés, tras haber sido alcanzados sus aparatos.

Los alemanes, por su parte, sospechaban que existía una organización dedicada a rescatar a esos pilotos, como lo demostraba el hecho de que a mediados de 1942, tras una operación aérea de cierta importancia contra las instalaciones portuarias de Cherburgo, tan solo se hubiera capturado a unos pocos ingleses cuando habían visto saltar a las tripulaciones de varios bombarderos.

Las pesquisas de la Gestapo estaban centradas en la pequeña población de Torigni-sur-Vire, desde donde se creía que se coordinaba el rescate de los aviadores. Aunque las sospechas giraban en torno al cura del pueblo, el padre Émile Gauraud, los alemanes no encontraban el hilo que los

condujese a desenredar la madeja de la organización.

De todos modos, la Gestapo no erraba en sus impresiones porque, efectivamente, la iglesia de Torigni era el centro neurálgico de la red de ayuda a los aviadores. Las celebraciones de la misa eran el momento idóneo para las improvisadas reuniones, donde se intercambiaba en voz baja información sin que los alemanes pudieran hacer nada por impedirlo. Además, los sótanos de la iglesia solían servir como refugio en caso de emergencia; allí ocultaban a algún aviador al que no se le había conseguido encontrar un lugar seguro para esconderse.

El ayudante del sacerdote, un disminuido psíquico apodado Touchette, era el elemento más activo de la organización. Debido a su descuidada apariencia y su aspecto inofensivo, solía ser objeto de las bromas de los alemanes, que él aceptaba de muy buen humor, por lo que acabó entablando una cierta relación con ellos que le facilitó escuchar sus conversaciones y extraer información. Pero su retraso mental no era más que un disfraz; en realidad se trataba de un agente canadiense enviado por los británicos para establecer la red de evasión.

Los alemanes estaban convencidos de que en Torigni se facilitaba el traslado de los pilotos a Saint-Lô, y de ahí por vía fluvial a Cherburgo, para atravesar después el canal de la Mancha en un barco de pesca. Si esto era así, debía de existir algún tipo de comunicación secreta entre los miembros de la Resistencia de ambas localidades, separadas por dieciocho kilómetros. La coordinación era indispensable; cuando por la noche un aviador atravesaba a pie la distancia entre ambos pueblos, era recibido por otro miembro de la organización en un lugar previamente acordado, para llevarlo a un refugio seguro donde poder aguardar el momento de embarcar rumbo a Inglaterra.

Los mensajes remitidos desde Torigni solían interesarse sobre la disponibilidad de estos refugios para enviar a algún piloto, mientras que desde Saint-Lô indicaban cuándo estaban libres y podían recibir un nuevo huésped.

Los agentes de la Gestapo sabían que estas comunicaciones eran fundamentales para el buen funcionamiento de la red de evasión, por lo que incrementaron los controles militares. La exhaustiva vigilancia de los caminos entre Torigni y Saint-Lô no daba frutos, pero estaban convencidos de que debía de existir ese canal que permitía coordinar las acciones de

rescate.

El secreto residía en los vehículos que atravesaban una y otra vez los controles instalados por los alemanes en caminos y carreteras sin ser sometidos a ninguna inspección. Se trataba de las bicicletas que utilizaban algunos muchachos de Torigni; aunque su aspecto era exactamente igual a las que se solían ver en Francia, en realidad habían sido fabricadas en Gran Bretaña y lanzadas en paracaídas. Lo que las convertía en singulares era el espacio que ofrecían en el interior del tubo metálico para poder albergar un mensaje en su interior. De esta manera, las comunicaciones se realizaban de manera ágil y rápida, sin temor a que los alemanes las interceptasen.

Pero en octubre de 1942 se produjo un desgraciado accidente que daría al traste con este, hasta entonces, seguro método para ocultar los comunicados. Una muchacha pedaleaba en su bicicleta transportando uno de estos mensajes cuando, de pronto, perdió el control en una pendiente y acabó impactando contra un coche que se encontraba allí estacionado. La mala suerte se cebó en la chica, porque el vehículo pertenecía a un agente de la Gestapo que acababa de subirse a él para emprender la marcha. El alemán, al sentir el impacto en la carrocería, salió para ver lo que había ocurrido. Al encontrar a la joven en el suelo, se inclinó para interesarse por su estado. De repente, se quedó estupefacto al ver cómo el tubo de la bicicleta se había abierto y del hueco se deslizaba un papel enrollado. Inmediatamente detuvo a la muchacha y la llevó al cuartel de la Gestapo en Saint-Lô. El destino que le esperaba es fácil de imaginar. Allí los alemanes la sometieron a todo tipo de torturas para que revelase sus contactos.

Para frustración de sus captores, pese a los tormentos recibidos la chica no delató a la persona que le había entregado el papel. Aun así, al descubrirse el sistema para enviar mensajes, los soldados alemanes se dedicaron desde ese momento a inspeccionar todas las bicicletas que veían, y detuvieron a otras tres chicas. Trasladadas a Saint-Lô, sufrieron también las crueldades de la Gestapo pero, pese a su juventud, supieron mantenerse firmes en su silencio. Los alemanes, rabiosos por la entereza de las muchachas después de una semana de incesantes torturas, decidieron finalmente darles muerte, ametrallándolas por la noche junto a una zanja que acabaría siendo su tumba.

La noticia de la muerte de las cuatro jóvenes llegó a Torigni, causando una gran impresión. Tanto el padre Gauraud como Touchette plantearon la

posibilidad de suspender indefinidamente las actividades de la organización para evitar la muerte de más inocentes, pero todo el pueblo coincidió en que el mejor homenaje que se les podía hacer era continuar con la encomiable labor que ellas habían llevado a cabo con tanta valentía.

Al día siguiente, otras cuatro muchachas se presentaron en la iglesia dispuestas a transportar mensajes a Saint-Lô. Pero ya no podían emplear el escondite en el interior de las bicicletas, por lo que era necesario inventar un nuevo procedimiento.

Después de mucho pensar, alguien tuvo la genial idea de utilizar perros para este menester; ellos serían ahora los encargados de burlar a los alemanes. Una vez aceptado el plan, se entregó un perro a cada chica para que se familiarizaran con él y acabasen siendo inseparables.

Al cabo de unas semanas, ya estaban todos preparados para transportar los mensajes a través de los caminos vigilados por los alemanes. Cuando una de aquellas chicas, acompañada de su perro, tenía que cruzar un puesto de control, los soldados la registraban de arriba abajo, advertidos de que podían emplear un nuevo método para enviar comunicaciones. Pero a ningún alemán se le ocurrió nunca inspeccionar a los perros. Y ellos eran los que llevaban los mensajes, en el interior del collar.

Gracias a esta ingeniosa ocurrencia, la red de evasión pudo funcionar como una maquinaria bien engrasada, sin que los alemanes llegasen a descubrirla nunca. El éxito hizo que este método fuera empleado también en otros lugares de Francia. En total, en los primeros meses en que los perros sustituyeron a las bicicletas como mensajeros, 31 pilotos británicos pudieron volver a casa.

Francia y Bélgica, bajo fuego amigo

Uno de los capítulos de los que no suelen existir muchas referencias, por las implicaciones éticas que conlleva, son los bombardeos aliados sobre países amigos, como Francia, Bélgica y Holanda.

En estos casos, era fundamental para minar el potencial militar alemán destruir vías férreas, carreteras o industrias dedicadas al esfuerzo de guerra. Aunque los Aliados ponían el máximo cuidado en evitar que la población civil resultase afectada por las miles de toneladas de bombas arrojadas sobre esas infraestructuras, es obvio que en más de una ocasión esto no fue

posible e, incluso, en los cruciales días posteriores al desembarco en Normandía no se trató lo suficiente de salvaguardar la vida de ciudadanos inocentes, a fin de conseguir una pronta victoria sobre las tropas alemanas.

Una de las ciudades francesas que más sufrió con los ataques aéreos aliados fue Caen. Situada a unos cuarenta kilómetros de las playas del desembarco, se convirtió en un punto de resistencia desesperada de los alemanes tras el Día D. El 7 de junio de 1944, una formación de 467 bombarderos atacó la zona norte de Caen, pero afortunadamente se produjeron pocos daños entre los civiles, pese a que se habían arrojado 2.200 toneladas de bombas. Los intentos de tomar la ciudad por tierra fracasaron. Caen continuó resistiendo durante cinco semanas, lo que ponía en peligro todo el avance aliado hacia París. Para eliminar de forma drástica este obstáculo, el 18 de julio se ordenó una operación de proporciones casi apocalípticas en la que se dejarían caer siete mil toneladas de bombas sobre el casco urbano. La monumental iglesia de Saint Gilles, construida a lo largo de tres siglos, fue reducida a polvo en pocos minutos, al igual que el edificio barroco del ayuntamiento, de gran valor artístico. Lo más grave es que unos trescientos civiles franceses que no tuvieron tiempo de huir perdieron la vida aquel día.

Hechos similares a los sucedidos en Caen no fueron infrecuentes. Debido a la gran importancia que tenía conseguir puertos en la costa francesa para poder desembarcar material, las ciudades costeras fueron sometidas a intensos bombardeos con el fin de eliminar la resistencia de los alemanes, también conscientes de la relevancia estratégica de esos puntos. Las misiones aéreas sobre Boulogne, Le Havre o Calais ocasionaron unos seis mil muertos entre sus habitantes. Otras ciudades que fueron objeto de bombardeos indiscriminados fueron Nantes, Lille o Lorient.

De carácter distinto, pero igualmente mortífero, fue la misión llevada a cabo sobre la ocupada Copenhague para liberar a unos cuarenta miembros de la resistencia danesa que se encontraban detenidos en un cuartel de la Gestapo. Tras muchas dudas, la aviación británica accedió a realizar un plan dirigido a bombardear ese recinto para que, aprovechándose de la previsible confusión, los prisioneros pudieran escapar entre los muros derribados.

La misión, para la que se emplearon dieciocho aviones Mosquito, fue un éxito, pues logró abrir las paredes del edificio y permitió la huida de los resistentes daneses. No obstante, el ala de uno de los aparatos chocó con un

poste en un vuelo rasante, provocando que el avión se estrellase en un colegio religioso situado en las cercanías. Murieron decenas de niños, además de varios maestros y monjas. Una vez acabada la guerra, un oficial de la RAF acudió a la escuela para pedir excusas a los padres, asegurándoles que el sacrificio de sus hijos había sido necesario para liberar Dinamarca de la opresión nazi.

Un hecho similar ocurrió en la población holandesa de Brielle. El 4 de marzo de 1943, un bombardero británico que había participado en un ataque contra la estación de ferrocarril de la ciudad alemana de Hamm dejó caer varias bombas durante el viaje de regreso. Es probable que el avión hubiera resultado dañado durante la operación y necesitase desprenderse de las bombas sobrantes para ganar altura, pero con tan mala fortuna que fueron a caer sobre una escuela de esa localidad holandesa. En total murieron veintisiete personas, la mayoría niños.

La Haya también fue víctima de los bombarderos aliados. El 3 de marzo de 1945, 69.000 kilos de bombas cayeron sobre la capital holandesa, matando a centenares de civiles. El objetivo era destruir los emplazamientos móviles utilizados por los alemanes para lanzar los misiles V2 sobre Londres, que eran montados y desmontados en pocas horas en las calles de La Haya, convirtiendo a sus habitantes en escudos humanos. Pese a la magnitud del ataque, esas instalaciones no se vieron afectadas.

Las acciones de las fuerzas aéreas aliadas sobre países amigos ocupados por los alemanes produjeron también un buen número de víctimas civiles en Sofía, Milán, Turín, Roma, Génova o Ámsterdam. En un ataque a la estación ferroviaria de Bucarest, el 17 de abril de 1944, fallecieron unas 12.000 personas.

En junio de 1943, una operación de este tipo estaba a punto de llevarse a cabo. En los alrededores de Bruselas se hallaba un importante aeródromo utilizado por la Luftwaffe para atacar desde allí suelo británico. La fuerza aérea norteamericana recibió el encargo de inutilizar ese campo de aviación. Para ello reunió medio centenar de bombarderos pesados que partirían con la misión de lanzar sus explosivos sobre el objetivo, pero con el máximo cuidado para no afectar a la cercana ciudad.

Los aviones partieron de una base británica, atravesaron el canal de la Mancha y se aproximaron al aeródromo sobrevolando Bruselas. El primer avión de la formación era el encargado de señalar el objetivo dejando caer

sus bombas marcadoras sobre él. Mientras estaban pasando sobre un pequeño parque de la capital, este bombardero abrió sus compuertas para realizar un simulacro de lanzamiento, tomando como objetivo el rectángulo verde que se adivinaba entre las nubes. Ante la sorpresa de la tripulación, una de las bombas se soltó de la abrazadera y cayó al vacío. Inmediatamente, el resto de aviones comenzó a lanzar también sus bombas sobre la zona del parque, creyendo que se trataba del auténtico objetivo. Los tripulantes del primer bombardero, paralizados por el gravísimo error cometido, tardaron en reaccionar. Cuando las indicaciones por radio para que cesara el ataque llegaron a todos los aviones, la tragedia ya se había consumado. La mayor parte de las viviendas que rodeaban el parque se encontraban envueltas en llamas. Los muertos civiles debían de contarse por centenares.

Avergonzados por el trágico desenlace de la misión, los cincuenta aviones pusieron rumbo a Inglaterra. Al llegar a la base, comunicaron las circunstancias que habían llevado a ese trágico error, aunque sabían que las consecuencias que deberían afrontar por semejante imprudencia serían muy graves.

Sus temores no eran infundados. La tripulación al completo de cada uno de los aviones fue citada para el día siguiente en el cuartel de la fuerza aérea ante el general Robert Williams, que tenía fama de intransigente.

El aviador que decidió abrir las compuertas sobre el parque era quien tenía más razones para estar intranquilo; ante las preguntas del general, contestó apesadumbrado que «reconocía toda la culpa del incidente» y al final añadió, entre sollozos, que «se arrepentía de haber nacido».

El general Williams observó con gesto grave a todos los presentes, que miraban fijamente al suelo esperando el duro castigo que, sin duda, se les iba a imponer. Sin embargo, Williams tomó la palabra diciendo que «los resultados de esta misión aérea no han sido tan malos como parecía en un principio». Ante la perplejidad de todos los aviadores, Williams explicó que los servicios secretos habían interceptado algunos mensajes en los que los alemanes se lamentaban de los efectos del bombardeo sobre las tropas que mantenían ocultas en los edificios que rodeaban el parque.

En efecto, toda aquella zona había sido desalojada de civiles para esconder un buen número de soldados germanos y ponerlos a salvo de los ataques de la aviación aliada, que no podría imaginar que se encontrasen

dentro del núcleo urbano. Además, los alemanes suponían que, en el caso de conocer este hecho, no se atreverían a bombardearlos por temor a dañar a la población.

Según las informaciones obtenidas por los Aliados, la operación había causado más de mil bajas ente los soldados germanos y tan solo unos pocos belgas habían resultado heridos. Además, la misión había supuesto un fuerte golpe moral, ya que los alemanes se habían quedado estupefactos ante la gran precisión del bombardeo, así como por la capacidad de los servicios de inteligencia para obtener información sobre la posición de las tropas.

La sorprendente intervención del general logró que los presentes lanzasen un suspiro de alivio, pues era difícil que los sancionasen después del inesperado éxito de la misión. La alegría fue aún mayor cuando Williams, recogiendo los documentos que tenía sobre la mesa, concluyó diciendo: «El incidente queda cerrado».

Una embarazada engaña a la Gestapo

Durante 1943, los alemanes tuvieron que hacer frente en Francia al aumento de la actividad de la Resistencia. El hecho de que las tropas germanas retrocedieran ya en todos los frentes animaba a los franceses más combativos a atacar a los ocupantes siempre y en todo lugar.

Sin embargo, los alemanes no se quedaron de brazos cruzados. La represión era cada vez más intensa. Cualquiera podía ser sospechoso de pertenecer a la Resistencia; en ese caso el individuo era conducido a un cuartel de la Gestapo y torturado sin piedad.

Uno de estos casos fue el de un hombre llamado Raymond, detenido por la Gestapo de Lyon acusado de supuestas actividades de sabotaje. En esta ocasión los alemanes no andaban desencaminados, pues se trataba de un ingeniero de minas que proporcionaba cartuchos de dinamita a miembros de la Resistencia para que volasen infraestructuras ferroviarias.

Raymond fue condenado a muerte. Quedó confinado en una prisión de la que nadie había logrado huir, para esperar allí el día de la ejecución.

Su mujer, Lucie, que ya tenía un hijo de dos años y estaba embarazada del segundo, no se resignó a la suerte que iba a correr su marido, así que, decidida a rescatarlo, se puso en contacto con la Resistencia e ideó un brillante plan de fuga.

Para que la treta funcionase, debía hacerse pasar por una joven ofendida, así que se dispuso a interpretar ese papel. De la convicción que demostrase representándolo dependía la vida de su esposo.

Así pues, unos días más tarde, Lucie se presentó en el cuartel de la Gestapo de Lyon. Exhibiendo claramente su embarazo, aseguró que era una chica soltera que había tenido un encuentro con el detenido, Raymond. Los alemanes, perplejos, observaron a la joven y le preguntaron qué deseaba exactamente. Ella, alterada, exigió que aquel hombre aceptase públicamente la paternidad del niño que esperaba y eso no podría hacerse de otra forma que casándose. Una vez celebrado el matrimonio, le era indiferente la suerte que corriese ese hombre, pero prefería ser viuda que no madre soltera, algo que ella consideraba como «una vergüenza».

Los alemanes escucharon atentos a la joven, entre divertidos y asombrados por la curiosa historia que les estaban contando de repente. Entre risas, decidieron que la mujer fuera a buscar a un sacerdote y luego irían a la prisión para celebrar la improvisada ceremonia en la celda en la que se encontraba Raymond. Lucie rompió a llorar desconsoladamente, balbuceando que no pensaba pasar por la humillación de casarse en el interior de un presidio. Al menos, rogaba que les concediese la posibilidad de hacerlo en el cuartel.

Mirándose entre ellos, los miembros de la Gestapo coincidieron en que el hecho de que unos jóvenes franceses se casasen en sus dependencias podía suponer un cierto lavado de imagen ante la población civil. Suficientemente explotado, este hecho podía convertirse en un golpe a la Resistencia, que vería que los alemanes no eran tan malvados como la propaganda antinazi se encargaba de transmitir. Una vez decididos a cumplir la petición de la chica, llamaron por teléfono a la cárcel para que el prisionero fuera trasladado inmediatamente al cuartel. Por su parte, Lucie salió a buscar a un sacerdote, escogiendo, claro está, a uno que estaba al corriente del plan.

Antes de ser detenido, Raymond ya había convenido con su esposa en que, si era capturado, no la reconocería como tal para no ponerla en peligro. Así fue; ambos se encontraron frente a frente en el cuartel, ante la mirada de los alemanes, pero él no mostró una especial sorpresa al verla. Lucie se acercó a él y lo abrazó, susurrándole al oído que sería rescatado por unos guerrilleros en el viaje de regreso a la prisión.

La ceremonia discurrió como estaba previsto. La muchacha había

conseguido su supuesto objetivo. El niño tendría un padre conocido y el honor de la madre quedaba a salvo. Una vez finalizada la boda se despidieron. Pero no sería por mucho tiempo. En el trayecto de vuelta, un vehículo seguía de cerca el camión en el que trasladaban a Raymond. En un momento en que este redujo la velocidad, el coche le adelantó y se colocó a su misma altura; un hombre disparó al conductor, hiriéndole en la cabeza, y el camión, fuera de control, se estrelló contra un poste. Rápidamente, los asaltantes dispararon contra el resto de guardianes y Raymond pudo escapar de ellos, saltó del camión y se introdujo en el vehículo, arrancando a toda velocidad. El plan había salido a la perfección.

Una horas más tarde, Raymond pudo abrazarse de nuevo con Lucie, en un lugar seguro. Los alemanes iniciaron una intensa búsqueda de los dos jóvenes, una vez que comprendieron que habían sido engañados.

La Resistencia se puso en contacto con Londres para explicar el caso, solicitando que se organizase un vuelo de rescate. Así sucedió, y tres semanas más tarde Lucie era madre de una niña, a la que llamaron Catherine, en un hospital de la capital británica.

La extraordinaria aportación de un espía ciego

En numerosas ocasiones hemos conocido impactantes historias que relatan cómo es posible superar las limitaciones de una discapacidad física gracias a la fuerza de voluntad. Durante la Segunda Guerra Mundial también se dieron casos de este tipo; en Francia, un ciego fue capaz de proporcionar a los Aliados informaciones de gran valor para facilitar el desembarco en Normandía.

Para comprender la importancia de sus aportaciones, hay que remontarse a los primeros meses de 1943, cuando los alemanes tenían ya bastante avanzados los trabajos de fortificación de toda la costa norte de Europa. Hitler sabía que, tarde o temprano, los Aliados intentarían asaltar el continente mediante una vasta operación anfibia, y tenía que estar preparado. Del éxito o el fracaso de esa operación dependería el resultado final de la guerra.

Para impedir el previsible desembarco de norteamericanos y británicos se había iniciado la construcción del Muro del Atlántico oficialmente a principios de 1942, aunque con anterioridad ya se habían llevado a cabo

trabajos destinados a proteger la costa de posibles incursiones aliadas. Esta colosal muralla estaba formada por campos de minas, obstáculos en las playas, alambradas, búnkers, casamatas y piezas de artillería.[10] Las defensas cubrían por entero la costa francesa, desde Hendaya hasta Dunkerque, y se extendían luego por Bélgica, Holanda, la propia Alemania, Dinamarca e incluso Noruega.

Las cifras que presenta esta línea de defensa sin precedentes son espectaculares. Cubría un litoral de 3.800 kilómetros y requirió la construcción de 15.000 puestos fortificados permanentes, que debían acoger a un total de 300.000 soldados. Los ingenieros alemanes habían diseñado setecientos tipos distintos de búnker. Se contó con un equipo de artistas que tenía la misión de camuflar las instalaciones militares para que no pudieran ser identificadas desde el aire o el mar.

Para construir esta muralla se necesitó la aportación de un cuarto de millón de hombres —la mayoría de ellos prisioneros de guerra y trabajadores forzados— en turnos de día y noche, empleando un millón de toneladas de acero y más de veinte millones de metros cúbicos de hormigón.

Por su parte, los Aliados necesitaban conocer con exactitud cómo estaban dispuestas las defensas germanas en Normandía, el lugar elegido para el desembarco. Si se quería que los soldados no encontrasen resistencia a su llegada a las playas había que destruir antes los puntos fortificados mediante un intenso bombardeo aéreo y naval, por lo que era fundamental conocer el emplazamiento exacto de cada uno de ellos.

Con tal fin se creó una base de operaciones en Caen, desde donde se coordinaba el trabajo de todos los espías de la región. Una vez que se había recopilado toda la información, consistente sobre todo en planos y mapas, esta era trasladada a París. Desde allí, los agentes se ponían en contacto con Londres para concretar la noche en la que un avión británico debía aterrizar a las afueras de la capital gala, ayudado por señales luminosas efectuadas con linternas, para llevarse toda la información. Estas incursiones las llevaban a cabo aparatos Lysander, capaces de tomar tierra y despegar en un corto espacio de terreno.

Una vez en Londres, todos estos documentos eran estudiados en profundidad para elaborar un detallado mapa de las fortificaciones alemanas. Los británicos lograron identificar con bastante exactitud las

instalaciones situadas en toda la línea costera, pero había un punto del que no existía información: una fortaleza situada al lado de la población de Port-en-Bessin en la que se sospechaba que podían estar emplazados varios cañones de largo alcance. La razón de tal sospecha era el exhaustivo control que los alemanes tenían sobre esa zona, impidiendo el paso a todos los franceses que pretendían acercarse a la costa.

Pero los Aliados necesitaban imperiosamente saber lo que escondían aquellas defensas, localizadas justo en el centro de la franja costera que constituiría al año siguiente el escenario para el Día D, así que ordenaron a los agentes destinados en el norte de Francia dar prioridad absoluta a esta investigación.

Cuando la orden llegó a la base de operaciones en Caen, los agentes y sus colaboradores se pusieron a trabajar para idear un modo de introducirse en la zona prohibida sin levantar sospechas. A nadie se le ocurría un plan factible, hasta que un chico de quince años, François Guerin, tomó la palabra; él sabía cómo hacerlo, aunque para ello necesitaría la colaboración de otra persona, su profesor de música.

Una vez aprobada su propuesta, se dirigió a su pueblo, Bayeux, a unos siete kilómetros de Port-en-Bessin, para explicarle el plan al profesor Arthur Poitevin. En un primer momento, el maestro se echó a reír: el chico pretendía que él se convirtiese en un espía pasando por alto un pequeño detalle, que era ciego de nacimiento. El muchacho le explicó que esa era precisamente la razón por la que podía ser útil, como se comprobaría más adelante.

Unos días más tarde, tras una hora y media de camino, ambos llegaron hasta los alrededores de la fortificación de Port-en-Bessin. De repente, un alemán apareció ante ellos encañonándolos con su fusil, impidiéndoles el paso y ordenándoles que se marcharan de allí. François le explicó con toda tranquilidad que ya sabía que no se podía llegar hasta la costa, pero que su amigo deseaba poder sentir la brisa fresca del mar y escuchar el graznido de las gaviotas. El soldado, extrañado por la petición, vio el bastón blanco que llevaba el profesor y le preguntó si era ciego. Arthur le respondió que sí.

El alemán miró atentamente sus ojos y comprobó que, en efecto, no podía ver a través de ellos. La apariencia inocente del muchacho acabó por convencerle de que no había ningún riesgo en dejarlos pasar a dar un paseo, pero les advirtió que no se acercasen a las instalaciones militares si no

querían que algún vigilante les disparase sin atender a razones. François le dio las gracias educadamente y entraron en la zona prohibida. Lo habían conseguido.

Aunque no podían aproximarse a las defensas costeras, la visión que tenían desde un montículo que se adentraba en el mar era suficiente. Poitevin pidió al muchacho que le describiese con todo lujo de detalles lo que podía ver. François le especificó el número de cañones, su emplazamiento exacto y la orientación, el recorrido de los caminos, los depósitos de munición, los búnkers de hormigón…

Al cabo de una hora, decidieron regresar para no despertar sospechas. Se despidieron educadamente del soldado que les había dejado pasar y volvieron a Bayeux. Inmediatamente se dirigieron al estudio del profesor. Arthur dijo al chico que se pusiese a escribir todo lo que le iba a dictar. Para asombro de François, su maestro recordaba con toda exactitud la descripción pormenorizada que él mismo había hecho de la fortificación. Como Arthur percibió la sorpresa del muchacho, le dijo sonriendo: «Cuando eres ciego, has de mejorar otras facultades, como la memoria, por ejemplo».

Animados por el éxito conseguido, ambos decidieron arriesgarse a realizar un nuevo paseo, esta vez por un lugar diferente que les posibilitase ver las defensas desde otro ángulo. Unos días más tarde volvieron a utilizar el mismo ardid, consiguiendo el beneplácito de los guardianes alemanes para caminar por la costa durante un rato, ávidamente aprovechado para recabar el mayor número posible de detalles.

Después de esta segunda visita, los mismos alemanes les abrieron la posibilidad de acudir a pasear todos los días, si así les apetecía, una invitación que fue aceptada de inmediato. Al cabo de un par de semanas, François y Arthur llegaron incluso a entablar una relación amistosa con varios soldados, deseosos de mantener alguna conversación para romper la monotonía y el aburrimiento a que les condenaban las interminables horas de guardia. Las charlas que sostuvieron amigablemente con ellos fue también una fuente valiosísima de información.

Una vez confeccionados los extensos informes, que incluían mapas con el emplazamiento de todos los cañones, los agentes británicos en Caen los enviaron a París. Desde Londres se envió urgentemente un Lysander con la misión exclusiva de recoger los valiosos documentos. En la capital británica

celebraron por todo lo alto la llegada del dosier, pues gracias a él lograrían completar la pieza que les faltaba en el rompecabezas de la Muralla del Atlántico.

Los expertos británicos se quedaron asombrados de la gran cantidad de datos que se aportaban sobre las fortificaciones, sorprendiéndose sobre todo por incluir el nombre de los soldados alemanes encargados de las baterías costeras. Lo que desconocemos es si los que recibieron la valiosísima descripción de las defensas de Port-en-Bessin[11] sabían que se la había proporcionado un espía ciego.

Fácil rendición en Toulon

Los planes iniciales de los Aliados antes del desembarco en Normandía incluían un ataque simultáneo en el sur de Francia para que los alemanes se vieran obligados a dividir sus fuerzas, que recibió el nombre en clave de Anvil (Yunque).

No obstante, la necesidad de garantizar el éxito del Día D llevó a destinar el mayor número posible de buques de guerra al asalto de las playas normandas, con lo que la Operación Anvil tuvo que ser aplazada hasta que se pudiera contar con el apoyo naval suficiente.

Finalmente, a mediados de agosto, el plan ya podía ponerse en marcha, en este caso con un nuevo nombre: Dragoon. La fuerza anfibia estaba formada por 450.000 hombres —tres divisiones norteamericanas y dos francesas— y contaba con el apoyo de nueve portaaviones y cinco acorazados. Un total de 1.300 lanchas de desembarco se encargarían de llevar ese casi medio millón de hombres a las playas y unos ochocientos buques tendrían la misión de transportar todo el material. El objetivo era desembarcar en Saint Raphael y desde allí tomar los puertos de Marsella y Toulon, lo que facilitaría la llegada de hombres y pertrechos a Francia para avanzar desde el sur, siguiendo la frontera suiza, en dirección a Alemania.

La Operación Dragoon se inició la noche del 14 al 15 de agosto, cuando 5.000 paracaidistas procedentes de Roma y Córcega se lanzaron al norte de Saint-Tropez. Poco después, se simuló un ataque contra Marsella y Tolon, dejando caer muñecos en paracaídas con dispositivos explosivos. Los alemanes, confundidos por el engaño, descuidaron la auténtica zona de desembarco, a la que comenzarían a llegar los primeros hombres a partir de

las ocho de mañana del 15 de agosto. no pudieron oponer demasiada resistencia. Tan solo contaban con siete divisiones de infantería y una acorazada para proteger toda la costa sur de Francia. Además, los doscientos aparatos de la Luftwaffe de los que disponían fueron puestos rápidamente fuera de combate por la aviación aliada.

Aunque los Aliados no tuvieron dificultades para consolidar su posición en las playas, los combates posteriores no serían nada fáciles. Pese a la clara superioridad aliada en todos los órdenes, los alemanes se aferraban con decisión al terreno. Uno de los mayores puntos de resistencia era uno de los dos objetivos, Toulon, donde la guarnición alemana cumplía a rajatabla las órdenes dadas por Hitler a su comandante, el almirante Heinrich Rufhus: resistir hasta el último hombre y la última bala.

Los Aliados no lo tenían nada fácil. Rufhus contaba con unos 25.000 hombres y un centenar de cañones ligeros. Además disponía de dieciséis grandes piezas de artillería y habían minado todos los accesos. La batalla se presentaba larga y costosa. Aunque era inevitable la caída de la posición defensiva germana, al encontrarse aislada y rodeada por las tropas aliadas, se calculaba que sería necesaria una semana, como mínimo, para conseguir la rendición de la plaza.

Pero un coronel francés, que conocía la mentalidad de sus enemigos, apostó por intentar una original treta. Pidió que la línea telefónica germana fuera intervenida y él mismo, que hablaba alemán a la perfección, se puso en comunicación con Rufhus, haciéndose pasar por un oficial encargado de transmitirle órdenes directas de Hitler. El francés le conminó a presentarse con bandera blanca ante las fuerzas aliadas, exclamar tres veces «¡Heil Hitler!» y arrojar las armas al suelo. Ante la sorpresa de todos, el comandante alemán cayó en la trampa y obedeció las supuestas órdenes del Führer, rindiéndose.

Una gripe mal curada

De todos los espías de la Segunda Guerra Mundial, el que disfrutó de una mayor comodidad a la hora de desarrollar su labor fue seguramente el agente norteamericano de la OSS que estuvo destinado en París con la misión de descubrir los planes de la Luftwaffe.

Con este objetivo, se puso en contacto con la portera del edificio que

albergaba el Cuartel General de la fuerza aérea germana en la capital francesa. Los alemanes habían escogido un céntrico inmueble destinado a oficinas, en el que se entraba tras franquear un portalón que daba a la calle y que estaba guardado por una portera que vivía allí desde hacía muchos años. Aunque resulte sorprendente, los ocupantes permitieron que la portera continuase en su casa para encargarse de mantener limpia la entrada.

El agente norteamericano consiguió ganarse la confianza de la señora y le pidió su colaboración. Esta accedió y solicitó a los alemanes permiso para que su «primo» pudiera quedarse un tiempo en su casa, asegurándoles que la de su pariente había quedado destruida por un bombardeo efectuado por aviones británicos.

Un oficial de la Luftwaffe comprobó la documentación —obviamente falsificada— y no puso objeción para que se quedase a vivir con la portera. Para no levantar sospechas, durante varias semanas el agente iba cada mañana a «trabajar» y volvía puntualmente a las seis de la tarde.

Esta rutina siguió hasta que el espía recibió órdenes de Washington de ponerse manos a la obra. El desembarco aliado en Europa era inminente y era necesario conocer los efectivos con los que contaba la fuerza aérea alemana, así como su localización geográfica. Así pues, el «primo» de la portera «enfermó» repentinamente de gripe, viéndose obligado a permanecer en la cama.

El habilidoso agente de la OSS instaló un cable que conectaba su habitación con la pared que lo separaba del cuartel de la Luftwaffe, mediante el cual podía escuchar las conversaciones que allí se producían. Al poseer un perfecto dominio del alemán, podía comprender todas las órdenes que desde allí se impartían. También logró pinchar la línea telefónica, por lo que ningún secreto quedó a salvo.

Los Aliados estaban al corriente de todo lo que sucedía gracias a un pequeño aparato de radio de onda corta que el agente ocultaba bajo las sábanas de su lecho. Por la noche, cuando la mayor parte del personal del cuartel se marchaba, el agente iniciaba la transmisión, que en ocasiones duraba hasta el amanecer.

Durante tres meses, hasta que las tropas aliadas liberaron París, las informaciones del agente con «gripe» fueron decisivas para hacer frente a la aviación germana, especialmente durante los combates para asegurar las cabezas de playa del Día D. Aunque la superioridad aérea de británicos y

norteamericanos era aplastante, el general Dwight Eisenhower reconoció la gran importancia que tuvieron estas informaciones «procedentes del corazón de la Luftwaffe».

Pese a que esta historia es rigurosamente cierta, y así consta en los archivos de la OSS, hay que admirar la capacidad de persuasión de la portera, que logró convencer a los alemanes de que una gripe requiere guardar cama durante tres largos meses.

3

Inglaterra aguarda la invasión

«Preparémonos para cumplir nuestras obligaciones y tengamos en cuenta que, si el Imperio británico dura mil años, los hombres dirán que este fue su mejor momento.»

Fragmento del discurso pronunciado por el primer ministro británico, WINSTON CHURCHILL (1874-1965), ante la Cámara de los Comunes el 18 de junio de 1940

En junio de 1940, el futuro se presentaba amenazador para Gran Bretaña. Una vez derrotada Francia, los alemanes se encontraban al otro lado del Canal de la Mancha, con un ejército que hasta el momento se había mostrado invencible.

Los ingleses estaban completamente solos; Francia había caído en poco más de un mes, la Unión Soviética mantenía un pacto de no agresión con Alemania y los Estados Unidos preferían permanecer fuera de la guerra.

El asalto a la isla, la Operación León Marino, era inminente. Churchill confesó que su gran temor era que los hasta entonces invencibles panzer llegasen a desembarcar en suelo británico, porque no contaban con las armas necesarias para detenerlos en su camino hacia Londres. Con el fin de eliminar a la RAF para que no obstaculizase el desembarco, la Luftwaffe inició un ataque masivo sobre los aeródromos más próximos a la costa. Cuando esta estrategia estaba a punto de dar su fruto, provocando el colapso de la fuerza aérea británica por la escasez de pilotos y de aviones, inexplicablemente los alemanes modificaron su estrategia y comenzaron a bombardear los centros de población, siendo Londres la ciudad castigada

con mayor dureza.

Este cambio de objetivo supuso, contrariamente a las intenciones alemanas, un respiro para la defensa aérea británica. Las pérdidas de aparatos fueron anotándose cada vez más en el lado germano. Aun así, la población tuvo que hacer frente al reto diario de sobrevivir a las consecuencias de los bombardeos, pasando noches enteras en los refugios antiaéreos o en los túneles del metro. Además, los submarinos nazis bloqueaban las líneas de aprovisionamiento de la isla, por lo que comenzaron a escasear los alimentos y las materias de primera necesidad.

La resistencia del pueblo británico al asedio de las fuerzas de Hitler pudo haberse derrumbado, como había sucedido poco antes con la población francesa, pero en ese trance surgió la figura providencial de Churchill.

El providencial dirigente se convirtió en el símbolo que personificaba la voluntad inquebrantable, no solo de resistir, sino de vencer en una guerra que aparentemente estaba perdida.

Los alemanes, en territorio británico

Aunque los soldados germanos no lograrían pisar nunca las islas británicas, en realidad sí que consiguieron tomar una parte, aunque ínfima, del territorio del Reino Unido. En junio de 1940, durante la invasión de Francia, se apoderaron de las islas anglonormandas situadas en el Canal de la Mancha, muy cerca de la costa gala.[12]

Los alemanes fortificaron estas islas a conciencia para que jugasen un papel defensivo importante en caso de un desembarco aliado en el continente. Para realizar los trabajos se recurrió a prisioneros y a trabajadores voluntarios, que se vieron sometidos a unas condiciones de vida inhumanas.

Hitler reconocía la gran importancia estratégica de estas islas, pues, en su opinión, si los ingleses las hubieran conservado, construyendo defensas y dotándolas de aeródromos, les habrían provocado más de un disgusto. Por ese motivo se invirtieron muchos esfuerzos en protegerlas de un ataque británico, que podría resultar decisivo para la suerte de la «fortaleza europea» en que Hitler había convertido el continente. Como ejemplo del carácter vital que tomó la defensa de las islas anglonormandas, una división completa se encontraba acuartelada allí permanentemente.

El Führer rechazó un plan consistente en enviar un contingente de población germana a las islas para convertirlas en un importante centro de explotación ganadera. Sus proyectos estaban, por el contrario, encaminados hacia el turismo; tenía previsto que, una vez finalizada la guerra, los alemanes pudieran disfrutar durante el verano de los balnearios y hoteles allí existentes.

Mientras Hitler se dedicaba a estas ensoñaciones, los Aliados estaban planificando el desembarco en el continente. Sin embargo, las playas escogidas para esta colosal operación anfibia se encontraban lejos de las islas anglonormandas, más alla de la península de Cotentin, por lo que no adquirieron el protagonismo que los alemanes preveían.

Ante las dificultades que podía ocasionar a los Aliados la toma de estas pequeñas islas a causa de las grandes obras defensivas que los alemanes habían construido, se limitaron a someterlas a bloqueo naval y aéreo para impedir cualquier actuación desde ellas.

Los alemanes resistieron en esta pequeña porción del Reino Unido hasta el final de la guerra. De hecho, sus guarniciones tuvieron el honor de ser las últimas en rendirse, junto a la plaza de Dunkerque. Mientras que prácticamente todo el ejército alemán se rindió entre el 7 y el 8 de mayo de 1945, los soldados allí destinados no firmaron la rendición hasta las 7.15 de la mañana del 9 de mayo.

¿Cómo reaccionó la población inglesa de las islas durante los años de la ocupación alemana? La realidad es que la actitud de sus habitantes no puede calificarse de heroica, puesto que no se dieron acciones de resistencia o sabotaje. De todos modos, esta resignación es bastante comprensible, si tenemos en cuenta que la proporción de fuerzas ocupantes era apabullante: un soldado alemán por cada dos habitantes.

La consecuencia de esta presión fue que los lugareños tan solo pudieron expresar su oposición a los alemanes de un modo que entrañaba pocos riesgos, como era realizar pintadas contra los nazis en los lavabos públicos. Entre estas pintadas, la más ingeniosa fue la que animaba a los habitantes de las islas a mantener la dignidad, permitiendo bajarse los pantalones únicamente en ese lugar.

¡Dos impactos directos!

Tras la caída de Francia, los alemanes se encontraban firmemente asentados en Calais. Desde allí, en un día claro, era posible contemplar a través de los prismáticos los blancos acantilados de Dover. Inglaterra se encontraba a tiro, a tan solo 34 kilómetros de distancia. Pero lo mismo ocurría desde el lado británico, desde donde se podía observar también el territorio ahora en poder de los alemanes.

Para alimentar la moral, muy necesaria para afrontar los retos que sin duda se avecinaban, Churchill tuvo una original idea. Ordenó emplazar dos cañones navales en la costa de Dover con la misión de bombardear la orilla francesa del Canal de la Mancha. Aunque los daños que podían causar a las posiciones germanas eran prácticamente nulos, el primer ministro británico creyó que su explotación propagandística podía tener un efecto beneficioso en la población. Además, los alemanes recibirían un inequívoco mensaje de que Gran Bretaña no estaba dispuesta a claudicar ante Hitler.

El día en que las baterías navales efectuaron los primeros disparos, Churchill llamó por teléfono para saber el resultado del bombardeo.

—Hemos efectuado tres disparos y hemos conseguido tres impactos directos, señor —le respondieron.

Churchill, animado repentinamente por esta inesperada respuesta, preguntó impaciente:

—¿Impactos directos? ¿Sobre qué objetivos?

—¡Dos impactos directos sobre Francia, señor!

El Canal de la Mancha en llamas

Una vez asentadas en territorio francés, el siguiente objetivo de las tropas germanas era las islas británicas. A los soldados alemanes no les faltaba valor para abordar el difícil reto del desembarco, pero eran conscientes de que el orgulloso espíritu inglés no doblaría la rodilla tan fácilmente como había sucedido con otros pueblos aplastados por las conquistas llevadas a cabo en el continente.

Aunque Churchill había alentado a la población inglesa a no rendirse jamás, asegurando que al menos cada inglés «podía llevarse por delante a un alemán», en privado reconocía la escasez de medios. A un colaborador le confesó en una ocasión que «si llegan los boches (alemanes), tendremos que golpearles en la cabeza con botellas de cerveza; ¡no tenemos otras

armas!».

Esta exagerada apreciación no carecía de sentido, ya que los ingleses no disponían de un número adecuado de armas. Además, muchos fusiles eran de calibres diferentes, por lo que, debido a las dificultades para proporcionar munición adecuada, en la práctica no tenían ninguna utilidad. Esta carencia se intentó solucionar encargando la compra de grandes cantidades de fusiles en Estados Unidos. Aunque los norteamericanos hicieron todo lo posible para que los pedidos llegasen de inmediato a Gran Bretaña, durante el mes de julio la isla estuvo casi totalmente desprotegida.

La escasez de armas era tan acusada que obligó a acudir a los museos en busca de todo aquello capaz de hacer algún daño al enemigo. Sables, cuchillos, lanzas, mazas de la Edad Media… todo era útil para defenderse de los alemanes. Se pusieron en circulación mosquetes empleados en 1857 para reprimir el motín de Calcuta e incluso se estudió la posibilidad, aunque resulte difícil de creer, de emplear varias piezas de artillería del siglo XVI que habían sido utilizadas por los piratas en el Caribe.

Si Hitler hubiera ordenado la invasión a principios del verano de 1940, las bien pertrechadas tropas germanas se hubieran encontrado frente a defensores armados con estos ridículos artilugios. De hecho, esas eran las únicas armas, además de rastrillos, horcas y palas, con las que contaba una parte de los hombres que tenían la misión de vigilar las costas inglesas.

Temiendo seriamente la posibilidad de que los alemanes superasen sin más contratiempos esta endeble línea de protección, Churchill llevaba siempre consigo un revólver Colt 45; según decía, dispararía todas las balas contra los alemanes, dejando la última para sí mismo.

La precariedad de las defensas llegó al extremo de impedir que se realizasen disparos de prueba para no malgastar munición. En una ocasión, Churchill visitó las playas de la bahía de St. Margaret, cerca de Dover. El general de brigada que estaba al mando del sector le reconoció que tan solo contaba con tres cañones anticarro para cubrir unos siete kilómetros de costa y que su munición constaba de un total de dieciocho proyectiles, por lo que cada cañón podría realizar tan solo seis disparos antes de enmudecer para siempre. En un tono que escondía una actitud desafiante, el general pidió a Churchill permiso para disparar al menos un proyectil, con la finalidad de que sus hombres supieran cómo funcionaban esas piezas de artillería. El premier británico no se dejó impresionar por la irónica petición

y le respondió:

—¡De ninguna manera! No podemos darnos el lujo de hacer disparos de práctica. Quiero que solo empleen la munición contra los alemanes. ¡Ah, y abran fuego cuando estén realmente cerca!

La gravedad de la situación obligó a idear nuevos sistemas para combatir los tanques germanos. Para ello se diseñó una bomba adhesiva que podía ser empleada tanto por soldados como por civiles; era especialmente útil en combates urbanos, al poder arrojarse desde una ventana, quedando adherida al blindaje. También se inventó una bomba de este mismo tipo que podía ser disparada con un fusil adaptado para ser utilizada a distancia.

Pero los alemanes desconocían esta falta de armas y munición y mantenían sus reservas sobre la capacidad de resistencia de los ingleses en su propio suelo. Además, consideraban en su justa medida la amenaza que suponía la incuestionable superioridad británica en los mares, lo que sin duda iba a dificultar enormemente el traslado de tropas a través del canal.

Tan importante como los recursos con los que contaba el ejército británico y el poderío de sus fuerzas navales era la guerra psicológica y, en este caso, los ingleses supieron jugar bien esta carta. Uno de sus artífices fue un locutor de la BBC, Sefton Delmer, que hablaba perfectamente alemán. Lo había aprendido durante su larga estancia en Berlín, donde su padre, de origen australiano, había sido profesor en su universidad.

Los soldados germanos sintonizaban su programa y lo escuchaban con mucha atención. Delmer se hacía pasar por un alemán de nacimiento que se había marchado a Gran Bretaña, desengañado por el cariz que había tomado el régimen nazi. Como conocía perfectamente el carácter alemán, no le suponía ningún esfuerzo representar este papel. El locutor sabía muy bien cómo atraer el interés de su audiencia. Durante el período que pasó en Berlín trabajó para la corresponsalía del *London Daily Express*, lo que le posibilitó entrevistar a los principales dirigentes del Tercer Reich, como Göring, Himmler, Goebbels o incluso a Hitler, además de moverse alrededor de los círculos de poder en los que las informaciones confidenciales estaban a la orden del día. Así pues, sus oyentes escuchaban atentamente las caricaturescas descripciones que Delmer realizaba de estos personajes, añadiendo rumores y chascarrillos que, obviamente, no era posible difundir dentro de Alemania, pero que solían tener una base cierta. Además, el marcado acento berlinés de Delmer proporcionaba veracidad a

sus comentarios.

Naturalmente, el objetivo de la BBC no era entretener y divertir a los soldados alemanes que estaban preparados para la inminente invasión. Los británicos aprovecharon la buena acogida de estas emisiones radiofónicas para intentar debilitar el ánimo de las tropas germanas. Para ello, Delmer se encargó de propagar el método con el que se iba a impedir el desembarco en las playas. El plan estaba bastante avanzado. Los científicos ingleses habían logrado hallar un sistema para cubrir el mar de llamas. Para ello se habían dispuesto unas tuberías que bombeaban gasolina a unos cientos de metros de la costa. Al arder el combustible, el agua se convertía en un infierno de fuego y humo que impediría la aproximación de cualquier lancha de desembarco.[13]

Este sistema de defensa ya era conocido por los alemanes porque los servicios de información británicos lo habían filtrado en los países neutrales, a través de sus embajadas en Ginebra, Estocolmo o Madrid. Pero fue Delmer quien describió a los soldados germanos, con todo dramatismo, la gran barrera de fuego con que los británicos iban a recibirles.

El locutor empleó su proverbial sentido del humor. Con la excusa de radiar un supuesto cursillo de inglés, Delmer les enseñaba a pronunciar en la lengua de Shakespeare frases como «estamos cruzando el canal», «navegamos en una lancha de desembarco» o «no estamos lejos de la playa».

Esa era la primera lección. Pero la segunda ya no era tan inocente; el locutor les animaba a decir «todo está ardiendo», «el agua está en llamas»…

La lección en la que se aprendía a conjugar los verbos era ciertamente bastante desagradable, porque Delmer les hacía repetir: «Yo me quemo, tú te quemas, él se quema…». Pero el locutor añadió una nota de humor al explicarles cómo se dice en inglés «nuestro capitán de las SS está ardiendo de la cabeza a los pies».

De todos modos, aunque los británicos contaban con este sistema defensivo, la realidad es que no hubiera servido de mucho en el caso de una invasión, ya que las tuberías tan solo se habían instalado en unas pocas playas y además no se conocía con exactitud el tiempo que podía mantenerse la barrera de fuego.

Los científicos se plantearon otros sistemas para evitar la llegada de las

tropas alemanas a las playas, como por ejemplo la posibilidad de electrocutar a los invasores mientras estos estuvieran en el agua mediante la introducción de grandes cables eléctricos en el mar. Un cálculo de los voltios necesarios para provocar este efecto fue suficiente para desestimar el plan, ya que se necesitaría toda la capacidad eléctrica del país para conseguir unos resultados que no hubieran pasado de mediocres.

Aun así, no sabemos hasta qué punto las efectistas descripciones de Delmer en la BBC hicieron mella en la moral de los soldados, debido a que los planes de invasión de las islas británicas nunca se llevaron a cabo.

Pero lo que está claro es que los alemanes quedaron convencidos de que, si se atrevían a poner el pie en las playas británicas, les esperaba un caluroso recibimiento…

La voz de Churchill… ¿doblada por un actor?

Winston Churchill fue un personaje absolutamente decisivo para la supervivencia de Gran Bretaña. Aunque muchos historiadores tienden a desestimar las aportaciones individuales en el devenir de los acontecimientos históricos y otorgan más importancia a los condicionantes económicos o sociales, no hay duda de que si Churchill no hubiera estado al frente del gobierno británico durante la guerra, la historia podría haber sido muy distinta.

En contraste con su antecesor en el cargo, el pusilánime Neville Chamberlain, supo advertir desde el principio el peligro que entrañaba para las democracias la Alemania nazi. Cuando los hechos le fueron dando la razón y se atisbaba la posibilidad de que las Divisiones Panzer desfilasen victoriosas por Trafalgar Square, los británicos acudieron a él para que liderase al país en unas horas tan dramáticas.

Entonces Churchill tenía ya 66 años, pero aún mantenía íntegro su espíritu combativo. Es posible que su carácter indomable le viniera de familia. Hay que tener presente que el padre de Churchill estaba emparentado con el duque de Marlborough, el mítico Mambrú de la canción infantil.[14]

En esos momentos en los que la nación estaba al borde del abismo, Churchill no podía expresar su fuerza de otra forma que mediante el uso de la palabra. Sus discursos en el Parlamento y en las emisoras de radio

llenaban de esperanza a los ciudadanos, que por aquel entonces estaban atravesando todo tipo de calamidades.

Pero sus palabras no eran escuchadas solo en las islas británicas. En los territorios ocupados por las tropas de Hitler, miles de personas esperaban cada día poder oír las palabras de aliento que les llegaban desde Londres. Incluso en los campos de prisioneros, algunos de los internos tenían la suerte de poder conectar con la BBC gracias a rudimentarios aparatos de radio construidos artesanalmente. En todos los lugares donde había soldados británicos, desde África a Extremo Oriente, pasando por la India, las alocuciones de Churchill eran seguidas con la máxima atención.

De todos modos, debía de ser una labor muy complicada elevar la moral de la población cuando cada noche Londres era víctima de los bombarderos alemanes. Mientras que los bomberos rescataban a los heridos de entre los escombros y apagaban los numerosos incendios, Churchill estaba allí, en persona, visitando las zonas devastadas y consolando a los afectados.

De esta forma, estando junto a las víctimas, mantenía alta la moral de victoria de todo un pueblo. Sus palabras de aliento no solo iban dirigidas a los que sufrían los bombardeos, sino que, gracias a la radio, sus enérgicos discursos llegaban a todos los británicos, que se veían reconfortados y confiados en el triunfo final.

Pero el hallazgo en octubre del año 2000 de un disco de 78 revoluciones por minuto provocó fundadas dudas de si realmente pertenecía a Churchill la voz que oían los británicos en sus aparatos de radio. La grabación en cuestión fue encontrada de manera casual por Anthony Selley en la residencia de su padre, Norman, un actor de doblaje en los tiempos de la Segunda Guerra Muncial, fallecido en 1980.

El disco estaba fechado el 7 de septiembre de 1942 y en la etiqueta se podía leer: «BBC, Churchill: discurso. Artista: Norman Shelley». En él se oía, en la voz de Shelley, el discurso que Churchill pronunció en su primera comparecencia como primer ministro en la Cámara de los Comunes, cuatro días después de haber accedido al cargo.

En esa alocución, realizada el 13 de mayo de 1940, se incluían frases que luego han pasado a la historia como: «Lucharemos en las playas, en los campos, en las calles y en las colinas. ¡Nunca nos rendiremos!». Aunque, sin duda, la más conocida es la que resumía su realista «programa de gobierno»: «No tengo nada más que ofrecer que sangre, esfuerzo, lágrimas

y sudor».

No obstante, la polémica no era nueva. Desde los años sesenta se venía discutiendo sobre este asunto, abierto precisamente por el difunto actor. Shelley desveló que había grabado los discursos de Churchill, pero nadie le creyó al no aportar ninguna prueba. De todos modos, algunos historiadores se interesaron por el supuesto doblaje, iniciándose un debate que siguió durante décadas. La aparición de ese disco en el 2000 dio nuevos argumentos para que los expertos se enfrentasen en una controversia que no tenía visos de ser aclarada.

Para complicar el panorama, existen también otras grabaciones de los mismos discursos, en este caso efectuadas por el mismo Churchill. Los discos fueron grabados después de la guerra y han sido ampliamente utilizados en documentales y películas. Aunque es de suponer que el dirigente británico accediese a poner su voz para contribuir a la elaboración de un documento histórico de interés para las generaciones venideras, no se descarta que también hubiera una motivación económica.

Un dato que apoya la tesis de que Churchill fue doblado es que en 1940, fecha del primer discurso del premier británico, la radio no tenía acceso al Parlamento para efectuar grabaciones. Aun así, la BBC repetía una y otra vez pasajes de ese discurso para elevar la moral de la población. Por lo tanto, es posible que la emisora recurriese a un actor para que pusiera su voz a esas palabras. En cambio, los defensores de la memoria de Churchill aseguraron que la grabación fue, en efecto, realizada en la BBC, pero que esta emisora jamás emitió el disco. Para estos expertos, el objetivo de la grabación podía ser el de servir de material para algún documental, pero en ningún caso se quiso engañar a los británicos.

Aunque el presunto doblaje de Churchill fuera cierto, no se puede restar mérito al político británico sobre el efecto que causaron sus discursos. El histórico dirigente no delegaba en nadie a la hora de escribir los textos. Sin consultar a ningún experto, Churchill se enfrascaba en la elaboración de sus discursos con la única compañía de su gato, buscando la palabra exacta que tocase el corazón de sus conciudadanos.

De todos modos, con la aparición del disco se abre un interesante campo de investigación. Las grabaciones que hoy día se conservan con la supuesta auténtica voz de Churchill deberán ser analizadas para determinar la autoría real de las mismas.

Como vemos, la historia de la Segunda Guerra Mundial nos reserva curiosas revelaciones como esta. Si se demuestra que la voz que consolaba y animaba a los británicos en aquellas noches de bombardeo era en realidad la de Norman Shelley, sin duda habrá que calificar la actuación de este actor de excelente, en el papel más importante de su vida.

De todos modos, los discursos que habían servido para conducir al país en los oscuros años de la guerra no le fueron de utilidad a Churchill para mantenerse en el poder recién acabado el conflicto. En julio de 1945, los electores británicos apostarían por un nuevo gobernante, el laborista Clement Attlee, para la nueva etapa que se abría.

A partir de entonces, Churchill se dedicó a asistir a todo tipo de homenajes y a escribir sobre su experiencia durante el conflicto, actividad que le hizo merecedor del premio Nobel de Literatura en 1953.

La carrera política de Churchill no acabó en 1945. Seis años más tarde, los británicos volvieron a ponerle al frente del país, cargo del que dimitió en 1955 por problemas de salud. El pueblo británico estuvo siempre agradecido a su extraordinaria labor durante la guerra y le rindió un gran homenaje póstumo a su fallecimiento, en 1965.

Lo que está claro es que, sea suya o no la voz, Gran Bretaña estará siempre en deuda con este gran estadista que supo dirigir a la nación en sus horas más amargas.

Sospechoso por no tirar de la cadena

Tal como estamos comprobando, en el verano de 1940 la población británica vivía bajo el temor constante de una invasión alemana. Las tropas de Hitler estaban ultimando los preparativos del desembarco al otro lado del Canal de la Mancha y en cualquier momento podían aparecer los, hasta ese momento, invencibles soldados germanos junto a sus temibles panzers en las playas británicas.

Pero también había una alerta generalizada para evitar que los espías germanos se introdujesen en el país. Las autoridades habían pedido a los ciudadanos que comunicasen a la policía cualquier movimiento extraño. Esta actitud dio sus frutos, logrando desarticular así algunos grupos de agentes secretos, pero también provocó una ola de denuncias hacia cualquier persona sospechosa de trabajar para los alemanes.

Un inspector del gobierno se encontraba realizando tareas de medición de un campo cuando fue denunciado por unos campesinos, que creyeron que se trataba de un espía germano. Cuando se presentaron los miembros de la Home Guard[15] para arrestarlo, un granjero de 68 años, convencido de la inocencia del inspector, intentó protegerlo, pero uno de los voluntarios armados le disparó, matándolo en el acto.

La tragedia no acabó aquí. El inspector se llevó la mano al bolsillo para sacar la documentación y, creyendo que iba a sacar un arma, otro de los presentes también disparó la suya, provocándole la muerte. Ambos homicidas fueron más tarde sometidos a juicio y condenados a veinte meses de cárcel.

Por desgracia, hechos de este tipo no fueron extraños. Medio centenar de ciudadanos británicos resultaron muertos por disparos fortuitos de la Home Guard. Además, estos voluntarios, es de suponer que con la mejor de las intenciones, fueron los causantes de innumerables incomodidades; por ejemplo, los viajes por carretera podían eternizarse, ya que, en algunas zonas, los controles estaban situados ¡cada quinientos metros! Si algún voluntario consideraba que la documentación no estaba en regla, al automovilista se le impedía continuar su camino. Este celo excesivo fue el causante de que, en una ocasión, los habitantes de una pequeña localidad rural no pudieran desayunar tomando su matinal vaso de leche; la identificación que mostró el lechero a la entrada del pueblo no les pareció convincente a los voluntarios que estaban a cargo del puesto de control, por lo que el hombre tuvo que marcharse, con su cargamento de botellas, por donde había venido.

De todos modos, los que padecían estos retrasos innecesarios en las carreteras inglesas también podían sentirse afortunados si el incidente no llegaba a más. Se dieron varios casos de conductores inocentes que fueron tiroteados al no detenerse a tiempo en un control, un despiste en el que no era difícil incurrir si la noche era cerrada o lluviosa.

Pero los riesgos no afectaban solamente a los ciudadanos, sino que los mismos miembros de la Home Guard fueron víctimas de su escasa preparación. El manejo de armas y explosivos por manos inexpertas provocó unas sangrientas estadísticas, más propias de una auténtica batalla. Un total de 768 voluntarios fallecieron por accidentes de este tipo durante la guerra, mientras que cerca de 6.000 resultaron heridos.

Como ejemplo, basta señalar unas maniobras en las que a los voluntarios se les proporcionaron unas potentes minas con una capa de adhesivo que debían ser adosadas manualmente al blindaje de los tanques alemanes. Sin embargo, convencidos de que se trataba de granadas, las intentaron lanzar como tales, pero su peso las hizo caer rápidamente en el suelo, explotando a escasa distancia y causando la muerte de varios de los reclutas.

Ni tan siquiera las propias familias de los voluntarios podían sentirse a salvo. Como ellos mismos eran los encargados de custodiar sus armas, después de la jornada se dedicaban a limpiarlas en casa. En una ocasión, uno de ellos no se dio cuenta de que quedaba una bala en la recámara mientras limpiaba su pistola en la mesa de la cocina. Al apretar el gatillo, la bala rebotó en la pared y acabó impactando en el cuerpo de su mujer, que falleció.

Los miembros de la Home Guard terminaron por ser peligrosos incluso para los pilotos británicos que protegían el cielo de los ataques de los bombarderos nazis. El aviador James Nicholson, que fue condecorado con la Victoria Cross, tuvo que abandonar su aparato en el aire al incendiarse, y saltó en paracaídas. Cuando se encontraba ya cerca del suelo, un grupo de jóvenes miembros de la Home Guard, creyendo que se trataba de un piloto alemán o de un espía, comenzaron a dispararle. Nicholson gritó todo lo que pudo para advertirles de su error, pero sus compatriotas no podían oírle. Gracias a la escasa puntería de los voluntarios, el aviador tan solo resultó herido.

Pese a todo, los ciudadanos británicos tenían un gran aprecio por los miembros de la Home Guard, porque eran conscientes de que su misión era protegerlos de los invasores nazis. Cualquier detalle sospechoso era de inmediato comunicado a esos voluntarios o, si la certeza era absoluta, se recurría directamente a la policía, que acabó acostumbrándose a la psicosis ciudadana que veía un espía alemán en cada esquina.

Es posible que el caso más significativo fuera el protagonizado por un oficial británico que, destinado en la localidad de Winchester, se alojó durante unos días en casa de un sacerdote. Su sorpresa fue mayúscula cuando llegaron varios miembros de la policía dispuestos a interrogarle. Al comprobar que se trataba de un oficial, le pidieron las correspondientes excusas. No obstante, el militar quiso conocer la razón por la que había despertado las sospechas de la policía. Se quedó de piedra cuando le

comunicaron que la hermana del sacerdote había acudido a la comisaría asegurando que tenían un espía en casa; la pista que le había llevado a esa conclusión era que no había tirado de la cadena después de utilizar el lavabo.

Sin duda, según la hermana del cura, alguien tan maleducado como para no limpiar el retrete no podía ser inglés, lo que le hizo sospechar de inmediato de que el huésped era en realidad un agente nazi…

¡Órdenes son órdenes!

Es bien sabido que en el ejército es esencial la disciplina. Cuando un superior da una orden no hay que plantearse las razones de la misma, sino que tan solo queda obedecer, sin detenerse a pensar en las consecuencias que esa acción pueda tener.

Eso es lo que le ocurrió a un piloto de la RAF que acababa de obtener un permiso. El aviador solicitó unos veinte litros de gasolina —el combustible estaba racionado— para poder viajar en coche hasta la ciudad en la que residía, a unos cien kilómetros de distancia. Sin embargo, al cuartel habían llegado órdenes desde Londres de que no se proporcionase carburante para el uso de vehículos particulares, por lo que la petición fue denegada por el oficial al mando.

Como la prohibición no afectaba a los aviones, el piloto planteó la posibilidad de volar en su aparato hasta el aeródromo más próximo a su ciudad, una petición que fue aceptada por el mismo oficial. Lo sorprendente es que, para ese trayecto aéreo, la cantidad de combustible que se le debía proporcionar era mucho mayor; el piloto de permiso necesitó unos mil litros de gasolina.

Además de esta anécdota, hubo otro caso en que la disciplina tuvo consecuencias mucho más negativas. En noviembre de 1940, un bombardero alemán se había quedado sin combustible y, después de que la tripulación saltase en paracaídas, el aparato acabó estrellándose en una playa situada entre las localidades de Bridport y Dorset. Una unidad del ejército, alertada por los vecinos, llegó hasta el lugar y comprobó que el interior del avión estaba en perfecto estado.

Este hecho era muy importante, puesto que los bombarderos alemanes estaban dotados de un complejo sistema de localización de objetivos que les

permitía actuar de noche con total precisión. Se basaba en las ondas de radio procedentes de dos centros emisores situados en el continente; cuando el avión atravesaba el punto en el que estas dos ondas se cruzaban significaba que se encontraban en la vertical de su objetivo. La RAF deseaba a toda costa hacerse con uno de estos receptores, pero quedaban totalmente destrozados cuando los aviones se estrellaban en suelo británico.

Desde Londres, las autoridades militares dieron instrucciones precisas de que nadie se acercase al bombardero, temiendo que algún espía alemán pudiera destruirlo, y ordenaron a los oficiales presentes que fueran a buscar a un experto para que examinase el interior del aparato. Así pues, dos soldados se quedaron de guardia junto al avión, recibiendo la orden de no permitir a nadie acercarse a menos de diez metros de él.

La búsqueda del experto se demoró más de la cuenta y se produjo un fenómeno natural con el que los oficiales no habían contado: las fuertes mareas que se producían en la zona. El avión, en un principio, estaba lejos de la orilla, pero poco a poco el nivel de las aguas comenzó a subir y a subir…

Los marineros de una base naval cercana, que habían acudido a la playa al ver aterrizar el avión, ofrecieron un vehículo para remolcarlo fuera del agua, pero los soldados se lo impidieron, ateniéndose a las órdenes recibidas. La pleamar fue cubriendo la parte inferior del aparato llenándolo de arena y pequeñas piedras.

Cuando el experto llegó, eufórico por la ocasión pintiparada que se le presentaba para desvelar el gran secreto de los bombarderos alemanes, se quedó estupefacto ante el decepcionante panorama que tenía ante sus ojos. Con el agua hasta la cintura, entró rápidamente en el interior del fuselaje, pero era ya demasiado tarde. El sofisticado sistema de orientación había quedado totalmente dañado por el agua salada y la arena que había entrado en su interior.

Este desgraciado incidente del que no pudieron culpar a los obedientes soldados, retrasó unos meses la respuesta a esa innovación tecnológica; posteriormente, los científicos británicos idearon un sistema destinado a interferir las señales de radio que recibían los bombarderos germanos, lo que a su vez estimuló a los alemanes a inventar más tarde otro aparato con el objeto de contrarrestar esas ondas.

Pero, por el momento, la lamentable pérdida del receptor permitió a los

aviones germanos continuar localizando sus objetivos. Ocho días después, los habitantes de Coventry sufrirían en sus propias carnes la precisión de los bombarderos nazis.

Triste destino para un piloto de la RAF

En tiempo de guerra es difícil mantener la sangre fría. Esa es la conclusión a la que se llega después de lo que sucedió en el verano de 1940 en la ciudad británica de Wapping. Un avión de la RAF fue alcanzado por los disparos de otro de la Luftwaffe y su piloto se vio obligado a saltar en paracaídas. El hombre estaba herido y casi ciego por el incendio que había sufrido la cabina de su aparato, pero aun así consiguió caer en una calle de la localidad, evitando los edificios. En ese momento, los numerosos viandantes en la zona se arremolinaron ante el sorprendente espectáculo.

La gente, al ver sus insignias británicas, se dispuso a ayudarle, pero al intentar comunicarse con él comprobaron que no era inglés. El piloto intentó expresarse en su idioma, pero era inútil, nadie le entendía, hasta que alguien gritó: «¡Está hablando en alemán, es un espía nazi!».

De repente, algunos se abalanzaron sobre él y le propinaron patadas y puñetazos. El piloto intentaba decir algo, pero no le sirvió de nada. La multitud acabó con su vida en pocos segundos. Lo que el aviador pretendía explicar era que se trataba de un polaco al servicio de la RAF. Alguien confundió sus palabras en polaco con el alemán, lo que resultó fatal para el piloto.[16]

Esta actitud contrasta espectacularmente con la mostrada por la población británica en los primeros meses de la guerra, antes de que los aviones alemanes lanzasen sus bombas sobre la población civil indefensa.

En abril de 1940, un bombardero Heinkel He 111 se estrelló cerca de Clacton-on-Sea, falleciendo en el acto sus cuatro tripulantes. Los aviadores germanos fueron enterrados con honores militares en el cementerio de la población e incluso algunas mujeres se acercaron al camposanto para depositar flores en sus tumbas.

La anciana que capturó a un aviador alemán

Durante la Batalla de Inglaterra, un buen número de aviadores alemanes

fueron derribados sobre suelo británico. Muchos de ellos conseguían llegar sanos y salvos a tierra, lanzándose en paracaídas. Los rudos habitantes de la campiña inglesa permanecían alerta ante la posible llegada de un aviador germano. Formaban patrullas compuestas de hombres de avanzada edad y muchachos, todos ellos armados con lo que tenían a mano, como rastrillos, horcas o simples palos. En cuanto divisaban en el cielo un paracaídas, se disponían a llevar a cabo una batida por la zona.

Cuando los localizaban, en la mayoría de ocasiones no era necesario emplear la fuerza, ya que los pilotos solían entregarse de inmediato. Al estar convencidos de que la invasión era inminente, preferían aguardar la llegada de sus compatriotas en un campo de prisioneros a intentar ocultarse durante días o tratar de iniciar una complicada fuga para regresar a su país.

No obstante, el tripulante de un bombardero Heinkel He 111 llamado Joseph Markl no era de esta misma opinión. Fue derribado en plena noche cuando sobrevolaba la ciudad de Newbury, a unos setenta kilómetros al oeste de Londres. Descendió en su paracaídas, cayendo en un bosque cercano. Aunque creía que el desembarco no tardaría en producirse, decidió ocultarse durante ese tiempo de espera, para salir luego al encuentro de las tropas germanas.

Las siguientes jornadas fueron un calvario para Markl. Durante la noche vagaba en busca de comida, evitando los lugares poblados, y de día permanecía escondido entre los árboles. El peor momento fue cuando el perro de un cazador que pasaba por el lugar le olfateó y comenzó a seguirle. El aviador logró subir a un árbol de espeso follaje; aunque el perro arañaba el tronco, el cazador no le dio mayor importancia y le obligó a seguir su camino.

Tras ocho días, Markl estaba desfallecido. Sus planes para sobrevivir en el bosque se habían venido abajo; el único alimento que conseguía era la insulsa corteza de los árboles. Hambriento, sediento y muerto de frío, decidió poner fin a su huida hacia ninguna parte y entregarse a las autoridades británicas.

Pero pronto descubrió que rendirse no era tan sencillo como podía parecer en un principio. Salió del bosque y llegó a una tranquila carretera local, en la que apenas había tráfico. Comenzó a caminar por la calzada hasta que vio que se aproximaban dos hombres en bicicleta.

Agitando los brazos, les indicó que parasen, pero su sorpresa fue

mayúscula cuando vio que le esquivaban y aceleraban el pedaleo, desapareciendo rápidamente. Sin duda, el hecho de llevar más de una semana en el bosque, sin comer y sin poder lavarse, había deteriorado de tal manera su aspecto que, en lugar de un aviador alemán, más debía asemejarse a un loco peligroso.

Al cabo de un rato oyó el ruido de una motocicleta. Markl se situó en el centro de la carretera haciendo gestos para que parase. En un primer momento el motorista fue frenando, pero cuando se encontraba a poca distancia tuvo la misma reacción que los ciclistas. Desconfiando del desagradable aspecto que ofrecía, viró bruscamente, pasando por un lado, y huyó a toda velocidad. Markl, abatido por este nuevo fracaso, prefirió sentarse en el borde de la carretera y esperar.

Una media hora más tarde, un elegante coche Bentley se detuvo a su lado. Se trataba de una limusina con chófer en la que viajaba una anciana aristócrata. Bajando la ventanilla, la señora le hizo señas indicándole que subiera al vehículo, creyendo que estaba haciendo autostop. El perplejo aviador subió rápidamente y se sentó al lado de la señora, que resultó ser una duquesa. Markl se identificó como aviador alemán y le explicó su intención de rendirse.

Sin mostrar la más mínima sorpresa, haciendo gala de la tópica flema británica, la anciana le pidió amablemente que le entregase su arma y las municiones, y ordenó al chófer que se dirigiese a la comisaría de policía más cercana. De este modo, la duquesa se convirtió probablemente en la única anciana que logró capturar un soldado alemán durante la Segunda Guerra Mundial.

Un aprendiz de Jack el Destripador

Para evitar que las ciudades británicas pudieran ser localizadas por los bombarderos alemanes, estas debían permanecer completamente a oscuras. La prohibición de utilizar la luz eléctrica se extendía a todos los ámbitos. Los vehículos debían tapar sus faros casi por completo, permitiendo tan solo iluminar la calle por un pequeño resquicio.

La oscuridad llegó incluso al interior de los autobuses, lo que favoreció la picaresca; como los conductores tenían dificultades para ver el dinero, algunos viajeros pagaban su billete con monedas de menor valor o incluso

extranjeras, tal como comprobaban a diario las compañías de transporte en el recuento de la recaudación.

Aunque, en general, el comportamiento de los ciudadanos fue ejemplar, la oscuridad fue también aprovechada para perpetrar sangrientos crímenes. A principios de 1942, las calles de Londres fueron durante unas semanas el escenario de varios asesinatos, lo que provocó un temor similar al que había suscitado en la Inglaterra victoriana el asesino en serie más famoso de la historia, *Jack the Ripper* o Jack el Destripador.

Sin embargo, si aquel enigmático criminal fue lo suficientemente listo como para no ser atrapado jamás, no se puede decir lo mismo del denominado *Blackout Ripper,* traducible como el Destripador del Apagón. En el lugar de uno de sus crímenes se encontró una máscara antigás, en cuya etiqueta figuraba el nombre del propietario: George Cummins. Una vez localizado por la policía, se halló en su poder el arma utilizada en el asesinato. El ingenuo aprendiz de Jack el Destripador fue juzgado y condenado a morir en la horca.

Un cubo de basura como refugio

En caso de ataque aéreo, cualquier refugio es bueno. Al menos esto es lo que debió de pensar una joven madre cuando fue sorprendida en la calle, con su hijo pequeño, por las alarmas de un inminente ataque aéreo. Al encontrarse fuera de su barrio, y desconociendo dónde se encontraba el refugio más próximo, decidió proteger a su hijo con lo que tenía más a mano, metiéndolo en un cubo de basura.

Después de acomodarlo en tan poco acogedor lugar, se aventuró a buscar un sitio donde refugiarse ella hasta que pasase el bombardeo. Al cabo de unos interminables minutos, la mujer encontró las indicaciones que le condujeron a un refugio.

En cuanto sonaron las alarmas que indicaban el final del ataque, salió del refugio y se dirigió corriendo al cubo de basura. Allí estaba su hijo sano y salvo, en brazos de un transeúnte que había oído los llantos del desconsolado pequeño. La madre lamentó la precipitada aunque bienintencionada decisión, y prometió no volver a abandonarlo nunca más.

Los cubos de basura también protagonizaron otra anécdota, en este caso uno de los grandes recipientes que se encontraban distribuidos por las

ciudades para recoger las sobras de comida con destino a las granjas porcinas.

Una joven salió una noche a divertirse con sus amigos. Al regreso de la sala de baile caminaba con ayuda de una linterna por las calles oscurecidas como precaución por los ataques aéreos. Tal como hemos comprobado con el caso del Destripador del Apagón, aprovechándose de la ausencia de iluminación, los delincuentes veían el campo abonado para realizar todo tipo de fechorías, por lo que se extendió una cierta psicosis entre la población, especialmente entre las mujeres jóvenes, que solían ser las principales víctimas de estos ataques.

De repente, en una esquina, la protagonista de esta historia se topó con un hombre cubierto con un gorro y una bufanda. Sin darle tiempo a reaccionar, le propinó una patada y, de un empujón, lo arrojó en uno de los cubos en los que se recogía la comida para los cerdos.

Llegó corriendo a casa. Su madre se alegró mucho de verla llegar; al ser ya tarde, su padre había salido a buscarla, aunque aún no había regresado. La chica prefirió callarse el episodio que acababa de vivir, para no alarmarla.

Al cabo de un rato, su padre llegó a casa despidiendo un penetrante olor a comida podrida. Una vez tranquilizado porque su hija ya estaba en casa, explicó que al cruzarse con una joven que iba con una linterna, sin mediar palabra esta le había dado una patada y le había empujado dentro de un cubo.

Avergonzada, y pidiendo disculpas a su padre, la chica confesó que ella era la misteriosa joven. Desde ese día, sus padres estaban mucho más tranquilos cuando su hija estaba fuera de casa; sabían lo que le esperaba al que se atreviese a acercarse a ella…

Estos y otros relatos fueron habituales en la prensa británica, que gustaba de dar a conocer historias personales de este tipo para hacer más llevadera la tensión creada por los incesantes bombardeos. Durante las largas horas que la gente pasaba en los refugios o en las estaciones de metro,[17] estas anécdotas circulaban de boca en boca, enriqueciéndose con nuevos detalles imaginarios. Aunque no es posible garantizar la veracidad de este tipo de relatos, la realidad es que ayudaron a mantener el buen humor de la atribulada población londinense.

Un bombardero fabricado con tapones de botella

En la sociedad actual está bien asentada la necesidad de reciclar todo el material que desechamos para no malgastar los recursos naturales. En el inicio de la Segunda Guerra Mundial, al estar la sociedad menos industrializada, no existía esa preocupación ambiental, pero el desarrollo de la contienda obligó a tomar medidas destinadas a aprovechar todos los materiales para sumarlos al esfuerzo bélico común.

Las autoridades británicas, ante la escasez de reservas de metal debida a la dificultad para importarlos, lanzaron una campaña de recogida de todo tipo de artículos metálicos, para fundirlos y poder destinarlos sobre todo a las fábricas de aviones.

El éxito de esta iniciativa fue total. Cada ciudadano se desprendía de sus objetos, entregando cacerolas, sartenes o cubiertos. Incluso la Casa Real, en un gesto simbólico, donó para la causa un juego de lujosas teteras, obsequio del pueblo galés.

El gobierno se sorprendió por el éxito de su petición, aunque tuvo que frenar el ímpetu patriótico de algunos ciudadanos, veteranos de la Primera Guerra Mundial, que estaban dispuestos, si era necesario, a entregar sus piernas ortopédicas metálicas.

La campaña también alcanzó a los tapones de las botellas de leche. Los cálculos de los expertos aseguran que, solo con ellos, se pudieron fabricar medio centenar de bombarderos pesados Avro Lancaster al año.

«¡Tengo a Hitler en mi armario!»

En los días posteriores al inesperado viaje de Rudolf Hess a Escocia del 10 de mayo de 1941, se extendió el temor a nuevas incursiones de paracaidistas germanos. Ningún lugar de la geografía británica estaba a salvo de recibir la visita de alemanes caídos del cielo.

En este tenso ambiente, una mujer inglesa creyó haber conseguido la hazaña más importante de toda la guerra. Si unos campesinos escoceses habían sido capaces de capturar al lugarteniente del Führer, esa señora estuvo convencida durante unos minutos de que había atrapado al mismísimo Hitler.

Esta curiosa historia se inició cuando un empleado de la compañía

eléctrica entró en una casa para anotar el consumo que figuraba en el contador de la luz.[18] Para su desgracia, llevaba el oscuro cabello peinado hacia un lado y lucía un pequeño bigote. Al instante, la dueña creyó que la persona que tenía ante sus ojos era en realidad Adolf Hitler. Así pues, la señora atrajo al trabajador hacia un gran armario empotrado y, aprovechando el efecto sorpresa, le propinó un violento empujón, introduciéndolo en su interior y cerrándolo rápidamente con llave. De inmediato llamó por teléfono a la policía, exclamando a voz en grito: «¡Vengan rápidamente a mi casa! ¡Tengo a Hitler en mi armario!».

Aunque la policía le advirtió de que era bastante improbable que Hitler se dedicase a recorrer Gran Bretaña disfrazado de empleado de la compañía eléctrica, la señora insistió, por lo que finalmente acudieron a su casa más bien con el propósito de tranquilizarla.

Ante la perplejidad de los agentes, la señora abrió el armario, y salió de él el supuesto Führer. El empleado se encontraba, lógicamente, confuso y desorientado, hasta que le explicaron el porqué de su encierro.

Los policías trataron de convencer a la dueña de la casa de que aquel individuo no era Hitler, aunque ella no acabó de quedar convencida de ello por el gran parecido que el hombre tenía con el dictador germano. Lo que sí hizo el trabajador, en cuando llegó a su casa, fue afeitarse el bigote para evitar volver a pasar por semejante trance.

El final de la danza de los siete velos

Cuando Londres estaba atravesando sus días más inciertos, en que los ataques aéreos eran continuos y el racionamiento afectaba a todos los artículos de consumo, en un teatro de la capital británica se representaba una actuación que solía reunir a una buena cantidad de público.

Se trataba de la danza de los siete velos que una bailarina de supuesto origen oriental ejecutaba ante la atenta mirada de los asistentes, deseosos de evadirse de la dura realidad a la que se tenían que enfrentar a diario. La artista, mientras interpretaba la danza del vientre, se iba desprendiendo de los velos, lanzándolos sensualmente a los presentes.

Pese al éxito de público, algunas damas defensoras de la moral y la decencia intentaron que el espectáculo fuera clausurado, pues consideraban que atentaba contra las buenas costumbres. La policía intentó cerrar el local,

pero varios soldados de permiso lo impidieron, por lo que finalmente se permitió que el show siguiera representándose.

Lo que no consiguieron esas guardianas de la moral lo acabó logrando el racionamiento. Al estar regulada la adquisición de ropa mediante unas cartillas, cualquier tejido, por pequeño que fuese, era aprovechado para confeccionar un vestido o un pañuelo. Por lo tanto, cuando la bailarina se desprendía de uno de sus velos de seda, no lo volvía a ver. Esto llevó a que, al cabo de un tiempo, la artista tuviera que suspender sus actuaciones al haberse quedado sin velos.

Fanfarria para el rey Haakon

El uso del lenguaje se presta a muchas confusiones. Cuando dos palabras tienen semejanzas fonéticas, no es extraño que surja alguna anécdota. Así sucedió en la prestigiosa emisora de radio británica BBC, con ocasión de la visita del rey noruego Haakon VII.

El monarca se encontraba exiliado en Gran Bretaña, a donde había logrado escapar después de la ocupación alemana de Noruega, tal como se ha explicado con anterioridad en el episodio dedicado a su hermano Cristián X, rey de Dinamarca.

En 1944, la BBC le invitó a pronunciar un discurso que, gracias a su emisión internacional, podría ser escuchado por sus compatriotas. El productor había previsto que la intervención terminase cuarenta segundos antes de que finalizase el programa, para introducir así una fanfarria de trompetas. Su intención era aportar con este efecto sonoro toda la solemnidad que merecía la intervención del soberano.

El rey Haakon cumplió a la perfección con su discurso y terminó justo cuando quedaban los cuarenta segundos en los que se emitiría la fanfarria. Sin embargo, para sorpresa de todos, en lugar de las trompetas previstas pasó a oírse el inconfundible sonido de un tiovivo, la melodía de un organillo, los gritos de una montaña rusa e incluso una voz que gritaba: «¡Pasen y vean a la mujer barbuda!».

Todos miraron estupefactos al productor del programa, que, a su vez, no comprendía absolutamente nada. Cuando logró articular palabra, se dirigió al muchacho encargado del archivo sonoro, al que había pedido que le proporcionase el sonido de la fanfarria (*fanfare*, en inglés).

El chico le respondió: «¡Ah, perdone! Creí que lo que quería era el sonido de un parque de atracciones! (*funfare*, en inglés)».

Visita inesperada en el palacio de Buckingham

En varias ocasiones se han puesto en entredicho las medidas de seguridad que rodean el palacio de Buckingham. El caso más grave se produjo el 9 julio de 1982, cuando un desequilibrado consiguió llegar al dormitorio de la reina Isabel II para contarle sus penurias, convencido de que ella le entendería. La monarca, sorprendida cuando aún estaba durmiendo, hizo gala de la proverbial flema británica al decirle: «Señor, creo que se ha equivocado de habitación». Mantuvo la calma, llamó por teléfono a la policía y conversó unos diez minutos con el intruso a la espera de que llegasen los agentes. Pero no era la primera vez que aquel hombre entraba en el palacio; tres semanas antes se había introducido a través de una claraboya, había deambulado por los pasillos durante media hora e incluso se había sentado en el trono para descansar.

Ese insólito episodio tuvo un antecedente durante la Segunda Guerra Mundial protagonizado por la madre de Isabel II, la reina consorte Isabel, conocida como la Reina Madre. Una noche, mientras la esposa del rey Jorge VI se encontraba también durmiendo en su habitación del palacio de Buckingham, un hombre entró de repente en la alcoba y se postró a los pies de su cama. Allí le abrazó los tobillos y estalló en lágrimas.

Se trataba de un soldado británico que acababa de regresar del frente. Al ir a visitar a su familia se había encontrado con la triste noticia de que todos habían resultado muertos en un bombardeo. Sumido en una profunda tristeza, no se le ocurrió otra cosa mejor para apaciguar su dolor que dirigirse a la residencia de los monarcas en busca de consuelo.

Mientras tanto, la reina mantuvo la calma, al comprobar que el intruso no llevaba malas intenciones, limitándose a decirle: «Cuénteme lo que le ha sucedido». El soldado le relató su llegada al lugar donde antes estaba su casa y le habló de su mujer y sus hijos entre sollozos. Cuando el soldado se tranquilizó, la reina hizo sonar la campana del servicio.

Al llegar los asistentes se sorprendieron de la sangre fría mostrada por la soberana ante la irrupción del extraño. Isabel, comprendiendo el dolor que sufría el soldado, ordenó que le dejaran marcharse y que no fuera castigado

por esa desesperada acción.

4

El Tercer Reich, en su apogeo

> «No hay nada más fácil que conducir a la gente como si fuera ganado. Me basta con montar una campaña deslumbrante de carteles y cierran filas como corderitos.»
>
> JOSEPH GOEBBELS (1897-1945), ministro de Propaganda del Reich.

*L*os triunfos alemanes durante la guerra relámpago fueron celebrados por la población germana, especialmente la conquista de París. Era el símbolo de que la afrenta sufrida por la derrota en la Primera Guerra Mundial había sido vengada. La firma de la rendición de Francia en el mismo vagón en el que Alemania había firmado el 11 de noviembre de 1918 el armisticio que puso fin a la anterior guerra fue el punto culminante de la gloria de Hitler. El 19 de julio de 1940, las tropas alemanas que habían participado en esta campaña desfilaron por la emblemática Puerta de Brandenburgo entre los vítores y el clamor de los berlineses.

De todos modos, el entusiasmo popular por estos triunfos era solo un espejismo. Ya el primer día del conflicto, la población acogió con frialdad la noticia de la invasión de Polonia. Albert Speer, el arquitecto del Führer, dejó escrito en sus memorias que en esa jornada «las calles estaban vacías, no había muchedumbres gritando *Heil Hitler*», añadiendo que «la atmósfera era de depresión, la gente tenía miedo al futuro». Mientras que al estallar la Primera Guerra Mundial los soldados eran despedidos con flores entre muestras de euforia, en septiembre de 1939 el deseo más extendido era que el conflicto terminase lo más pronto posible.

Los éxitos de la Blitzkrieg ayudaron a soportar mejor los primeros

inconvenientes provocados por la contienda, pero muy pronto los alemanes comprobaron que la guerra no estaba solamente protagonizada por héroes, sino también por víctimas. Las primeras incursiones de los aviones británicos sobre territorio del Reich, aunque tímidas, fueron un pequeño anticipo de las implacables tormentas de fuego que asolaron después las ciudades germanas.

Las rotundas victorias alcanzadas por la Wehrmacht en sus breves y contundentes campañas no tuvieron su continuación en las inacabables estepas rusas, que acabaron convirtiéndose en un vasto cementerio alemán. La llegada del invierno frustró las esperanzas de una guerra corta. La guerra relámpago había dejado paso a una cruel guerra de desgaste en la que Alemania terminaría desangrándose.

Mientras tanto, en el interior de Alemania, la población comenzaba a criticar en voz baja la marcha de una guerra que se presentaba larga, incierta y muy costosa en vidas. La mayor parte de las familias alemanas había sufrido ya la pérdida de un ser querido en la campaña de Rusia. Pero era tarde para poner remedio a los desvaríos del autócrata germano. Los que hubieran podido protestar en voz alta ya no podían hacerlo; o habían sido asesinados por el régimen nazi, o se habían exiliado, o bien estaban recluidos en campos de concentración.

El aeroplano que desafió al Führer

En junio de 1940, Hitler había conseguido imponer su ley de un extremo a otro de Europa. Desde Noruega a los Pirineos, los soldados alemanes marcaban el paso de la oca en un continente que se había rendido a la fuerza incontenible de los panzer sin posibilidades de ofrecer resistencia. Polonia, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia, además de Checoslovaquia y Austria, estaban a merced de las órdenes del victorioso Führer.

Británicos y soviéticos esperaban su turno para soportar las duras pruebas a las que les sometería la hasta entonces invencible máquina de guerra nazi, pero hasta que llegase ese momento, Hitler disfrutaba de las conquistas recién conseguidas.

Pero su felicidad no era completa. Un solitario aeroplano británico se atrevía a desafiar el poderío alemán en Europa. Se trataba de un avión

correo que realizaba el trayecto entre la localidad de Leuchars, en Escocia, y la capital sueca, Estocolmo. Dos veces por semana, este avión volaba hacia la neutral Suecia portando documentos en valija diplomática para la embajada del Reino Unido, además de gran cantidad de material de propaganda antinazi, como libros, revistas, periódicos, películas o carteles.

El propósito de los británicos era que estos elementos fueran distribuidos desde Suecia a otros lugares de la Europa ocupada, con destino a los grupos resistentes. De este modo, el inofensivo avión simbolizaba la esperanza de millones de personas que anhelaban el fin del dominio nazi, algo que no podía dejar indiferente a Hitler.

En efecto, el Führer, enfurecido por este insolente desafío a la hegemonía germana en el continente, ordenó a la Luftwaffe que derribase al avión correo. A partir de ese momento, cazas alemanes con base en Noruega esperaron en el aire el paso del aeroplano, pero nunca conseguían interceptarlo. Posiblemente, temiendo un ataque de estas características, el avión británico variaba la ruta en cada ocasión dando un rodeo, lo que imposibilitaba detectarlo.

Pasaron dos semanas y el solitario aparato llegaba siempre puntual a Estocolmo. Hitler descargó su ira sobre Göring, el jefe de la Luftwaffe. ¿Cómo era posible que un avión correo sin protección lograse atravesar todas las defensas alemanas?

Al comprobar que los aviones germanos no lograrían localizarlo en el aire, la solución pasaba por destruirlo cuando estuviera en tierra. Así pues, Hitler ordenó a Wilhelm Canaris, responsable de los servicios de inteligencia del ejército, la Abwehr, que enviase a algunos de sus agentes con la misión de destruir el aparato en el aeródromo de Estocolmo.

Canaris explicó a Hitler que esa medida era contraproducente porque, gracias a los periódicos y revistas que llegaban con el avión, los agentes alemanes obtenían información muy valiosa. De hecho, sus espías solían comprar estas publicaciones en Suecia y las enviaban luego a Berlín para que fueran analizadas en detalle.

Pero las órdenes de Hitler no admitían discusión, así que Canaris le aseguró que el avión sería destruido. Sin embargo, no se emprendió ninguna operación concreta para llevar a cabo la misión. Este hecho no era nuevo; en numerosas ocasiones, ante una orden del Führer, sus subordinados se retiraban asegurando que la cumplirían de inmediato sin tener la más

mínima intención de hacerlo. Al cabo de un tiempo, Hitler ya se había olvidado por completo del tema al tener su atención ocupada con otro asunto o, en caso contrario, se le aseguraba que habían surgido impedimentos de cualquier tipo.

No obstante, para desgracia de Canaris, el avión correo no desapareció de la mente del Führer, pues se había convertido para él en una auténtica obsesión. Por lo tanto, Canaris se vio obligado a disponer una misión especial encargada de destruir el aparato. Para ello, dos agentes partieron en un pequeño barco, con bandera noruega para no levantar sospechas, desde la costa norte de Alemania en dirección a Suecia. Al llegar al puerto de Estocolmo aseguraron a las autoridades que habían sufrido una avería y que deberían permanecer unos días allí hasta que pudiesen repararlo. Una vez en Suecia, contactaron con agentes locales de la Abwehr que les ayudaron a acercarse al aeródromo sin ser vistos. El avión había llegado por la tarde y partiría al amanecer, por lo que la operación debían ejecutarla sin dilación esa misma noche.

Los agentes llegados desde Alemania prepararon los explosivos que serían colocados en el aparato. Pero, sorprendentemente, el avión estaba rodeado por soldados suecos fuertemente armados. Esperaron durante varias horas, pero los guardianes permanecieron en el mismo lugar sin moverse, para desesperación de los alemanes.

Las primeras luces del alba advirtieron a los agentes de que era la hora de marcharse. Si se quedaban allí podían ser apresados, por lo que decidieron regresar. De nuevo en el puerto, su barco quedó milagrosamente reparado, ante la sorpresa de los suecos, y de inmediato partieron hacia Alemania.

Al enterarse del fracaso de la misión, Hitler montó en cólera y lanzó imprecaciones a todos los que le rodeaban. Un solitario avión correo seguía desafiando impunemente al todopoderoso Führer sin que este pudiera hacer nada por evitarlo.

Aunque la rabia por no poder destruir aquel aeroplano se mantuvo durante unas semanas, no pasó mucho tiempo hasta que preocupaciones más graves atrajeron la atención de Hitler. Estaba a punto de iniciarse la Batalla de Inglaterra, en la que los aviones británicos siguieron proporcionando más de un dolor de cabeza al dictador germano.

La guerra pudo haber sido televisada

Aunque resulte sorprendente, la Segunda Guerra Mundial pudo haberse convertido en la primera guerra televisada de la historia. Ese honor terminaría recayendo en la de Vietnam, dos décadas después, pero no se estuvo tan lejos como parece de que la población alemana fuera la primera en ver en sus hogares los noticiarios ofreciendo la guerra en directo.

Pero retrocedamos a 1935, cuando se realizaron las primeras emisiones experimentales de televisión. La tecnología germana había conseguido ponerse a la vanguardia mundial, creando los primeros televisores. Eran de menor tamaño que los actuales, de forma más redondeada y estaban encajados en un mueble de madera de un metro y medio de altura. En principio, no estaban destinados para el uso doméstico, sino para su visionado público.

El lugar escogido para las emisiones eran algunas oficinas de correos de Berlín. La sala, en la que había una veintena de sillas, permanecía en penumbra para aumentar la escasa luminosidad de la pantalla. Cerca del receptor se sentaba un técnico que, en el caso de que se produjesen interferencias o se perdiese la emisión, sintonizaba de nuevo el televisor.

El auténtico bautismo de fuego de la televisión alemana fueron los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. Hitler quería impresionar al mundo exhibiendo una organización perfecta del evento, y uno de los elementos de propaganda que quiso potenciar fue el de la televisión.

Para ello se creó el concepto de retransmisión deportiva, gracias a unas innovaciones técnicas que permitían emitir en directo una prueba con una diferencia horaria de un minuto y medio. Este era el tiempo que tardaba la película con la que era filmado el acontecimiento en quedar revelada y ser emitida a los estudios centrales, que reenviaban la emisión a todos los receptores.

El laboratorio móvil estaba situado dentro de unos camiones sobre los que se fijaba la cámara. Las imágenes recogidas por ella pasaban directamente al interior del camión, donde se producía el revelado rápido y a través de una antena se enviaban las imágenes.

Llegaron incluso a realizarse transmisiones de partidos de fútbol, pero estas se llevaban a cabo con una sola cámara, por lo que la calidad de la emisión era muy diferente a la que podemos disfrutar hoy. Las oficinas de

correos experimentaron una buena presencia de telespectadores interesados en ver a través de la pequeña pantalla, no solo los encuentros de fútbol, sino las actuaciones de todos los deportistas olímpicos.

Finalizados los Juegos, el interés por la televisión decayó. En esto tuvieron algo que ver los escasos medios con los que contaban los responsables de este nuevo medio de comunicación. Por ejemplo, tan solo disponían de un minúsculo estudio en el edificio de Radio Berlín, de dos metros cuadrados. El presentador debía aparecer de medio cuerpo, con los rasgos acentuados por el maquillaje para aumentar el contraste, dando paso a reportajes filmados en el exterior con película cinematográfica.

Este tipo de programación no despertaba precisamente la atención del público, por lo que se comenzó a explorar la posibilidad de emitir programas en directo en el propio estudio. Evidentemente, para ello era necesario contar con más medios; gracias a su insistencia, sus responsables lograron que se les buscase un nuevo edificio, de cinco plantas, en el que podrían poner en práctica todos sus proyectos.

Pese a este nuevo impulso al incipiente medio de comunicación, la realidad es que los jerarcas nazis no lo apoyaron decididamente en ningún momento. No se sabe el porqué de este desprecio mal disimulado, pero algunos decían que era debido a la actitud personal del ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, que, según se rumoreaba, estaba muy descontento por la imagen que él ofrecía en pantalla. Goebbels prefería la radio para enardecer a las masas, o incluso los noticiarios que se proyectaban en las salas de cine, pero parece ser que ver su imagen distorsionada en un pequeño televisor no le hacía justicia.

Sea por una o por otra causa, los dirigentes nazis no se inmiscuyeron en el funcionamiento de la televisión germana. Aunque sea ilusorio concluir que este medio de comunicación permaneció ajeno a la manipulación ideológica ejercida por el Tercer Reich, la realidad es que los profesionales que trabajaron en aquella época no recordaban haber recibido presiones a la hora de realizar su labor, lo cual resulta bastante sorprendente, teniendo en cuenta el férreo control del ministerio de Propaganda sobre todos los medios de comunicación.

De todos modos, la programación solía incluir plúmbeas informaciones sobre el congreso anual del Partido o entrevistas con dirigentes nazis de segunda fila, así como repugnantes reportajes en los que se insistía en la

pureza racial y el odio a los judíos. Sin duda, los profesionales pretendían así demostrar las posibilidades propagandísticas del medio y de paso ganarse el favor de las autoridades. Sin embargo, el público no prestaba mucha atención a estos programas y las oficinas de correos solamente se llenaban de telespectadores cuando se retransmitían combates de boxeo.

En 1938, los responsables de la televisión germana comenzaron a adaptarla a los auténticos gustos del público. Para ello se inició la emisión de programas de variedades en directo, que eran los que tenían más aceptación; pianistas, cantantes y bailarinas ligeras de ropa atraían la atención de los telespectadores durante las cuatro horas que duraba la emisión, anunciada diariamente en la prensa. También tenían éxito obras teatrales representadas en los propios estudios.

A mediados de 1939, la televisión estaba ya preparada para dar el gran salto. Si hasta entonces había que desplazarse a una oficina de correos para poder verla, aunque algunos dirigentes nazis tenían un aparato receptor en su casa, la técnica permitía ya la fabricación en serie de televisores a un coste asumible por una familia. La empresa Telefunken recibió el encargo de sacar inicialmente al mercado diez mil aparatos. El objetivo era promocionar su venta en Navidad, para comenzar así la definitiva expansión de la televisión alemana.

Pero, como si este medio de comunicación estuviera gafado, el 1 de septiembre se vino abajo este ambicioso proyecto. El inicio de la guerra supuso la interrupción provisional de las emisiones.[19] Durante cinco semanas no hubo programación de ningún tipo. En octubre se reanudaron, pero los planes de popularización del medio quedaron suspendidos.

La razón de este repentino freno fue que el esfuerzo de guerra obligaba a poner todos los medios a disposición de las necesidades bélicas. Por lo tanto, la empresa que debía fabricar los diez mil receptores tuvo que dedicar sus cadenas de producción a elementos destinados a la guerra electrónica, vital para las fuerzas aéreas y navales.

Aun así, la televisión siguió emitiendo los habituales programas de entretenimiento, pero evitando cualquier referencia al conflicto armado. El interés de las autoridades disminuyó aún más, y pronto se llegó a ver la televisión como un pasatiempo que consumía unos medios que podían ser de más utilidad en otro ámbito.

Esta marginación planteó incluso la posibilidad de su desaparición. Sus

responsables temían que en cualquier momento se cursase la orden de desmantelarla. Eran conscientes de que si no demostraban que eran imprescindibles para el esfuerzo bélico, su futuro sería muy incierto. Considerando que lo mejor que podían aportar era entretenimiento, ¿por qué no alegrar las largas horas de convalecencia de los heridos de guerra?

Esta idea resultó providencial, pues garantizó la supervivencia de la televisión durante la Segunda Guerra Mundial. Los dirigentes nazis aceptaron la propuesta. Se instalaron decenas de televisores en los principales hospitales del país. Los que se recuperaban de sus heridas podían presenciar programas especialmente destinados para ellos.

La televisión alemana organizó festivales en un auditorio próximo al Estadio Olímpico de Berlín, que estaba preparado para acoger retransmisiones, tal como se había hecho durante los Juegos. Allí eran trasladados cientos de heridos de guerra para que formasen el público, y asistían a números de cabaret en los que las exóticas danzas ejecutadas por provocativas jóvenes constituían el plato fuerte del programa. No es necesario decir que en los hospitales se arremolinaban los pacientes alrededor de los receptores, encontrando así un modo de distraerse de la monotonía que soportaban a diario.

Además de las variedades, se emitían reportajes dedicados a los soldados heridos. En ellos podían verse ejemplos de hombres que habían pedido una o dos piernas y que eran capaces de correr, saltar o incluso bailar con una chica. Se suponía que estos testimonios debían subir la moral de los pacientes, pero desconocemos si llegaron a cumplir su objetivo.

Estas retransmisiones se realizaban en su mayoría desde Berlín, pero, curiosamente, tras la invasión de Francia, también se llevaron a cabo en París, desde una antena situada en la Torre Eiffel. Las emisiones estaban destinadas a los soldados alemanes ingresados en hospitales de la capital francesa.

La televisión alemana continuó con su programación, superando las dificultades ocasionadas por los continuos bombardeos a los que el país era sometido. Pero en 1944 las condiciones eran ya muy difíciles. Berlín era víctima de ataques aéreos día y noche, por lo que se producían frecuentes cortes de emisión. Finalmente, en septiembre de ese año la señal quedó interrumpida de modo definitivo.

Se ponía así punto final a un camino que había estado plagado de

dificultades. Pese a sus extraordinarias posibilidades, nadie había sabido vislumbrar la gran importancia que iba a tener la televisión en el futuro, y fue tratada poco menos que de una curiosidad técnica.

Es posible que todo hubiera cambiado si la guerra hubiera estallado unos meses más tarde. Con miles de receptores diseminados por toda Alemania, los dirigentes nazis hubieran podido dar un impulso definitivo a la información televisiva.

¿Los telespectadores habrían podido contemplar en directo los avances del Afrika Korps de Rommel por el desierto? ¿Se habrían visto por la pequeña pantalla los panzer cruzando las montañas del Cáucaso? No es más que una especulación, pero quizás no tan disparatada como puede parecer.

Si la técnica hubiera estado suficientemente avanzada, no hay duda de que habría sido una realidad, teniendo en cuenta el extraordinario interés de los nazis por que quedase constancia gráfica de sus campañas victoriosas. Cuando las tropas tomaban una ciudad importante, al cabo de pocas horas un equipo de filmación llegaba para inmortalizar el momento, llegando incluso a utilizar en algunas ocasiones película de color.

Una prueba de la atención del ministerio de Propaganda de Goebbels a la importancia de la imagen fue la filmación que se llevó a cabo de la invasión de Gran Bretaña, la operación conocida como León Marino.

En efecto, los documentalistas alemanes filmaron con antelación el previsto desembarco de las tropas alemanas en la costa británica; las barcazas cargadas de soldados germanos llegaban a la orilla y ponían pie en tierra, sin que se produjera ninguna baja. Poco más tarde, tanques ligeros llegaban también a la playa y avanzaban velozmente por la arena.

Naturalmente, estas imágenes no pudieron rodarse en Inglaterra, sino que se hizo en la costa belga. El equipo de filmación llegó a Amberes en los primeros días de septiembre de 1940 y localizaron exteriores, eligiendo una playa similar a las que iban a encontrar las tropas germanas al otro lado del Canal de la Mancha. Unos días después, los técnicos dirigieron a los soldados saltando a la orilla desde las lanchas, disparando con balas de fogueo y coordinando la llegada de los tanques, todo ello aderezado con convincentes explosiones.

El motivo de esa representación era que estaba previsto que la operación transcurriese por la noche y en las primeras horas de la madrugada, por lo que la iluminación no sería suficiente para que las cámaras captasen ese

acontecimiento histórico, aunque es de suponer que los técnicos alemanes también eran más partidarios de filmar las imágenes en ese simulacro que con fuego real.

Por lo tanto, Hitler, que quería que los ciudadanos del Reich contemplasen en las salas de cine la hazaña que sus tropas iban a lograr, ordenó rodar ese falso desembarco sin reparar en gastos, proporcionando al equipo cinematográfico todos los medios posibles para que fuera proyectado poco después de la inminente invasión.

Se desconoce lo que sucedió posteriormente con los metros de película filmada, pero lo que está claro es que esta superproducción no fue nunca estrenada.

«¡Consígame agua de la bañera de Hitler!»

La propaganda nazi había logrado que, para un buen número de alemanes, la figura de Hitler adquiriese proporciones míticas. El propio dictador se esforzaba en alimentar este carácter casi religioso, cuidando al detalle la efectista escenografía de sus apariciones públicas o renunciando a casarse para, según él, dedicarse en cuerpo y alma a Alemania.

Así se entiende que, para proteger sus hogares, muchos ciudadanos colgasen retratos del Führer en las paredes, en la creencia de que así su casa se mantendría incólume durante los bombardeos.

No pasó mucho tiempo hasta que los ingenuos que habían creído en las presuntas propiedades milagrosas de Hitler comprobasen que las bombas aliadas no hacían distinciones y caían por igual en unas casas u otras.

Pero el fanatismo por su figura llegó a algunos extremos obsesivos, cuando cualquier objeto que había estado en contacto con él adquiría para sus entregados admiradores un valor similar al de las reliquias religiosas. Uno de estos casos fue el protagonizado por una mujer llamada Lina, que tenía por marido a Gustave, un oficial que siempre vestía el uniforme del ejército, incluso en casa.

Lina, hechizada por el mesianismo del Führer, viajó desde la localidad en la que residían, Frankenthal, hasta Bad Godesberg, una tranquila localidad donde Hitler se retiraba en ocasiones a descansar junto a algunos miembros destacados de la camarilla nazi.

Una vez allí, se dirigió al hotel en el que solía alojarse el dictador y

sobornó a un camarero para que le consiguiese agua de la bañera en la que Hitler se hubiera lavado. Para ello llevaba una pequeña botella, que anhelaba ver llena de esa supuesta «agua sagrada».

No pasó mucho tiempo hasta que el dictador germano llegó para alojarse allí unos días. El camarero cumplió con su labor y llenó la botella con el agua en la que Hitler se había bañado. Al menos, eso es lo que le aseguró el asistente, aunque habría que preguntarse cómo la obtuvo, si tenemos en cuenta que normalmente las bañeras son vaciadas después de su uso y es improbable que el camarero entrase para llenar el frasco estando Hitler en el baño…

La realidad es que el empleado del hotel obtuvo el dinero prometido por cumplir el encargo y Lina volvió a su casa exultante por llevar consigo agua que había estado en contacto con el Führer. Ya en casa, le buscó un lugar de honor en la vitrina del salón e invitó a amigos y familiares a contemplar la reliquia.

No había duda de que Lina era una incondicional del partido nazi. En la fachada de su casa había instalado un mástil en el que ondeaba la bandera con la esvástica. Sin embargo, su hijo Richard no compartía las ideas de su madre y, no sabemos si por desprecio a la causa nacionalsocialista o simplemente por gastar una broma a su fanática progenitora, se atrevió a colocar en lo alto del mástil un orinal.

Naturalmente, cuando su madre, como cada mañana, salió a saludar la bandera, se llevó un disgusto de muerte. Richard fue castigado sin piedad hasta que se vio obligado a implorar el perdón de su madre, furiosa por la irreverente actitud de su descarriado vástago.

El fanatismo de Lina acabaría costándole la vida. Cuando las tropas norteamericanas ya avanzaban por el interior de Alemania, la mayoría de ciudadanos se ocultaban en sus casas y extendían una sábana blanca para evitar ser atacados. Sin embargo, Lina se atrevió a salir a la calle agitando su llamativa bandera nazi, insultando a gritos a los soldados aliados. Un disparo acabó con ella, cayendo al suelo mientras sujetaba la enseña del régimen que había provocado aquella inútil destrucción e, irónicamente, su propia muerte.

Beethoven, al servicio de los nazis

Ludwig van Beethoven, el compositor del famoso «Himno a la Alegría», un canto dedicado a la paz y la fraternidad, acabaría estando al servicio de la Alemania nazi. Aunque había transcurrido más de un siglo desde el fallecimiento de ese músico universal, el Tercer Reich utilizó la obra del genial músico en su provecho.

Las conocidas cuatro primeras notas de su inmortal *Quinta Sinfonía* serían utilizadas como código en las transmisiones, ya que su equivalente en el alfabeto morse —tres puntos y una raya— equivale a la V de victoria. Durante los primeros años de la guerra, los alemanes transmitían esas simbólicas notas con orgullo, pues sus tropas no conocían otra cosa que la victoria en los campos de batalla.

Sin embargo, el transcurso de la contienda los situaría sin remedio en el camino de la derrota. Curiosamente, esas mismas notas acabarían siendo las que abriesen los noticiarios de radio para anunciar el desastre sufrido por las tropas germanas en Stalingrado, en febrero de 1943. De este modo, la inmortal música de Beethoven se convertía en el epitafio del dominio nazi sobre Europa.

Además, la V de victoria ya no pertenecía a los alemanes. Esta letra pasaría a representar el futuro triunfo de los Aliados. El gesto formando la V con los dedos índice y corazón sería profusamente mostrado por Churchill para evidenciar su fe inquebrantable en la victoria final.

Hitler ordena bajar la persiana

Las apariciones públicas de Hitler durante los dos primeros años de la guerra, sin ser numerosas, sí que fueron las suficientes para aparentar que existía un contacto permanente con el pueblo alemán.

Sin embargo, con las primeras dificultades en el desarrollo de la contienda, el dictador germano comenzó a espaciar cada vez más su presencia pública, hasta convertirla en muy esporádica. Su temor a los atentados pero, sobre todo, el no querer enfrentarse a una realidad adversa, hizo que Hitler se recluyese en su círculo más reducido.

Mientras que Churchill se dedicó a visitar las zonas bombardeadas, aun a riesgo de su propia vida, para dar apoyo a los afectados, Hitler no acudió ni en una sola ocasión, en toda la guerra, a observar por sí mismo los efectos causados por las bombas aliadas en sus ciudades.

Esta actitud llegó incluso a indignar a algunos ciudadanos, que se dirigieron por carta al ministerio de Propaganda preguntando por qué el Führer no visitaba las zonas que habían sufrido bombardeos. Lo más significativo es que la mitad de los remitentes de estas cartas se atrevían a proporcionar sus datos personales, exponiéndose a posibles represalias.

Es probable que la impensable llegada de estas desafiantes misivas provocase el efecto contrario al buscado, consiguiendo únicamente que Hitler se mantuviese firme en su actitud evasiva, quizás por miedo a alguna reacción airada de los ciudadanos durante una de esas visitas.

La verdad es que Hitler sentía un gran temor ante la idea de que el pueblo alemán dejase de confiar en el régimen nazi. Como ejemplo, hay que señalar sus comentarios sobre el modo de transmitir la información referida a los efectos de los bombardeos.

Al principio, las enumeraciones de los daños causados por las acciones aliadas aparecían claramente manipuladas en los informes de la Luftwaffe, declarando pérdidas muy poco significativas cuando en realidad la ciudad en cuestión había recibido un duro castigo. Tras el bombardeo masivo de ciudades tan importantes como Colonia o Hamburgo, que provocaron un buen número de víctimas y daños materiales, Hitler dio órdenes precisas para que las informaciones reflejasen con exactitud las consecuencias dejadas por los bombardeos, por terribles que estas pudieran ser.[20]

El objetivo de esta inesperada transparencia informativa no era ningún principio ético, sino evitar que la población, al comprobar que se le estaba mintiendo, perdiese su fe en las autoridades. Era fácilmente previsible la reacción que podían mostrar los habitantes de una ciudad al verla completamente destruida mientras que las informaciones oficiales hablaban de que tan solo había sufrido escasos daños.

Aunque es imposible extraer algún aspecto positivo del detestable pensamiento de Hitler, no se puede pasar por alto una afirmación del autócrata nazi durante una conferencia con sus generales, el 12 de diciembre de 1942. En una aseveración de validez universal, y que deberían tener en cuenta todos los gobernantes, aseguró que «la más brutal de las verdades, por cruel que resulte, es más soportable que una situación idílica, pero falsa e inexistente». De todos modos, pese a esta sorprendente muestra de clarividencia, el dictador germano no fue capaz de seguir este principio con todas sus consecuencias y prefirió mantenerse distanciado de la

población que tanto estaba sufriendo en esos momentos.

Aunque cada día recibía, con indisimulado disgusto, información exhaustiva de los bombardeos que se habían producido en suelo alemán en las últimas horas y del balance de víctimas y daños materiales, nunca mostraba demasiado interés en los detalles y no solía pedir informes adicionales.

Por el contrario, prefería centrarse en el desarrollo de las operaciones militares, que eran objeto de largas discusiones en las que solicitaba a cada momento nuevas aclaraciones y todo tipo de datos. Así pues, optó por huir de esa realidad que se le hacía insoportable, refugiándose en su supuesto papel de genial estratega.

El absentismo de Hitler en la vida pública pasó a convertirse en ausencia física. Pasaba la mayor parte del tiempo entre su cuartel general de la Prusia Oriental y su residencia en Berchstesgaden, donde pasaba largos períodos de descanso. Durante 1943, tan solo se vio a Hitler en Berlín durante unos días del mes de mayo.

El rechazo del Führer al contacto con el pueblo germano llegó al extremo de resistirse a hablar por la radio, una actitud que Goebbels intentaba siempre enmendar, recomendándole que se dirigiera a la nación. Según el ministro de Propaganda, las palabras de Hitler ayudarían a mantener alta la moral de la población y así podría enfrentarse con mejor disposición de ánimo a las dificultades con las que debían luchar a diario.

Este consejo de Goebbels cayó en saco roto y no fue tenido en cuenta por Hitler. Mientras que en 1940 pronunció nueve grandes discursos radiados, en 1941 fueron siete, se redujeron a cinco en 1942 y en 1943, después del desastre de Stalingrado, los alemanes tuvieron oportunidad de escucharle en tan solo dos ocasiones.

La anécdota que muestra de forma más descarnada ese alejamiento de la realidad fue la que le sucedió a principios de noviembre de 1942, mientras su tren especial se encontraba detenido en una vía. Al lado se detuvo otro tren, este procedente del frente ruso.

A través de sus ventanas, Hitler pudo ver a los soldados heridos o de permiso que regresaban a Alemania. La visión de sus rostros demacrados, tras meses de duros combates, no debió de resultarle muy agradable, porque, en lugar de bajar del tren para compartir unos minutos de camaradería con ellos con el fin de aumentar su moral, su reacción fue

ordenar a uno de sus asistentes que bajase la persiana.

Dos botellas de Cointreau muy peligrosas

Hitler estaba convencido de que la providencia estaba siempre de su parte y de que le protegía de cualquier mal que pudiera acecharle. No es probable que la providencia, si es que existe, mostrase esa inclinación para proteger a un individuo de su calaña, pero la realidad es que el dictador alemán se salvó en varias ocasiones de ser asesinado gracias a la suerte. Uno de estos casos sucedió el 13 de marzo de 1943, cuando varios jóvenes oficiales pusieron en práctica un plan para acabar con la vida del Führer.

Un mes y medio antes, los soldados que quedaban con vida del diezmado VI ejército del general Friedrich Paulus[21] habían sido hechos prisioneros por los soviéticos en Stalingrado. Era la primera derrota importante en el frente ruso, lo que provocó la sensación generalizada de que la guerra estaba irremediablemente perdida.

De todos modos, ya en el verano de 1942, el general de 41 años Henning von Tresckow y el comandante Fabian von Schlabrendorff, de 36, tantearon al general Von Kluge para que participase en una acción para sustituir a Hitler, lo que, en otras palabras menos eufemísticas, significaba simplemente su eliminación física. Se trataba de la denominada Operación Flash, vista con buenos ojos por el almirante Wilhelm Canaris, el máximo responsable de los servicios secretos germanos.

El objetivo era aprovechar la repentina muerte de Hitler para llevar a cabo un golpe de Estado. A la vez que se organizaría una forma democrática de gobierno, se negociaría la paz con las potencias occidentales para seguir la lucha en el este. En esos momentos, Von Kluge prefirió mantenerse al margen de estos arriesgados proyectos y tan solo se comprometió a apoyar el plan cuando Hitler ya no estuviera vivo.

Esta iniciativa quedó aparcada ante la fría acogida de Von Kluge, pero la derrota en Stalingrado le hizo reaccionar, al igual que a la mayoría de generales destinados en el frente ruso. La obcecación de Hitler en que el ejército de Paulus mantuviese sus posiciones en Stalingrado, resistiendo «hasta el último hombre y la última bala», en lugar de replegarse a una línea defensiva más segura, espoleó la indignación de Von Kluge.[22]

Conscientes de que era el momento idóneo, los conspiradores se

reunieron de nuevo con él y, en este caso, sí que obtuvieron su colaboración activa. Lo único que tenía que hacer Von Kluge era invitar a Hitler a que visitase su cuartel general en Smolensk. El Führer llegaría en avión desde Rastenburg, en Prusia Oriental; el plan era colocar una bomba en el aparato para que explotase en el viaje de vuelta.

De todos modos, también había otra posibilidad, que era disparar directamente sobre Hitler cuando se encontrase en el comedor de oficiales. Para ello se contaba con el teniente coronel Georg Freiherr von Boeselager, al mando de un pequeño grupo de oficiales dispuesto a acribillar a balazos al Führer, aunque era tanto el odio que sentía por el dictador que estaba dispuesto a disparar él mismo.

El día escogido para la visita fue el 13 de marzo de 1943. El Focke Wulf 200 de Hitler llegó al aeródromo de Smolensk al mediodía. Von Kluge y Von Tresckow lo recibieron al pie de la escalerilla para darle la bienvenida, estrechando la mano a un confiado Führer que, aunque era consciente de que se encontraría allí con muchos oficiales de fidelidad más que dudosa, no podía imaginar las intenciones de los generales que en ese momento tenía ante él.

Tras una breve visita a las instalaciones, todos se dirigieron al comedor de oficiales. La prueba de que Hitler no se sentía seguro rodeado de sus generales es que en todo momento estuvo rodeado de una nutrida escolta. Además, un miembro de su guardia personal aseguró a uno de los oficiales que participaba en el complot que Hitler siempre llevaba puesto un chaleco antibalas por temor a un atentado. Al menos en este caso, las impresiones del Führer no iban demasiado desencaminadas.

Aunque el ambiente era tenso, la comida discurrió con toda normalidad. Hitler había llevado consigo sus propios alimentos y a su cocinero para evitar algún intento de envenenamiento. Era el momento de disparar contra él, pero como estaba sentado junto a Von Kluge prefirió no hacerlo entonces para no poner en riesgo la vida del general. Von Boeselager decidió que dispararían contra él cuando saliese del comedor. Pero la suerte se alió con Hitler. Mientras que los tiradores estaban apostados en la puerta que daba directamente al aeródromo, el dictador prefirió salir por otra puerta, dando un rodeo para inspeccionar de nuevo el cuartel. El primer plan para asesinarlo había fracasado.

Mientras tanto, el artefacto que debía acabar con Hitler ya estaba listo.

Aparentemente eran dos botellas envueltas en papel de regalo y atadas con un lazo, pero en realidad el contenido del paquete era muy distinto: se trataba de una potente bomba programada para hacer explosión cuando el avión del Führer estuviera en el aire.

La bomba estaba en manos de estos oficiales desde el verano del año anterior. Era de procedencia británica y estaba compuesta por dos minas adhesivas —llamadas clam— de las que solían ser enviadas a la Resistencia francesa para sus operaciones de sabotaje. Un oficial germano había logrado escamotear varios de estos explosivos encontrados en la playa de Dieppe tras el fracasado raid aliado del 19 de agosto de 1942. Más tarde los puso a disposición de los conspiradores, que pudieron realizar varios ensayos con las minas, comprobando su enorme potencia.

Cuando Hitler dio por terminada la visita, Von Tresckow entregó al coronel Heinz Brandt, un miembro de la comitiva, el paquete que supuestamente contenía las dos botellas, solicitándole que, cuando llegasen al cuartel de Hitler en Rastenburg, lo enviasen al general Helmut Stieff a Berlín.

Para justificar el encargo, le aseguró que se trataba del pago de una apuesta que Von Tresckow había perdido con Stieff. Con el fin de evitar que el aspecto cuadrado del paquete levantase alguna sospecha —teniendo en cuenta que las botellas suelen ser cilíndricas—, le aclaró que se trataba de Cointreau, cuyos conocidos envases de vidrio son de forma cuadrada.

Unos segundos antes de entregarlo en mano, Von Tresckow había activado la cápsula de ignición del mecanismo desde el exterior del paquete. Brandt no puso ningún impedimento para hacerse cargo de las supuestas botellas, al ser habituales este tipo de encomiendas, y subió al avión con ellas, depositándolas en el compartimento del equipaje.

El Führer se dirigió a la puerta del Focke Wulf y, antes de entrar en él, se volvió para saludar al grupo de oficiales. Los que conocían el complot se miraron con un gesto de complicidad, convencidos de que era la última vez que verían a Hitler con vida. El aeroplano rodó por la pista de despegue y se elevó con la bomba en su interior. Pasaban diecinueve minutos de las tres de la tarde.

Schlabrendorff se dirigió a su despacho y comenzó a efectuar unas llamadas telefónicas aparentemente rutinarias. En ellas hablaba sobre el suministro de gasolina o de municiones, pero siempre acababa con la

misma frase: «No olvide presentar mis respetos a su señora». Esas palabras escondían un mensaje en clave; los oficiales a los que telefoneaba estaban al corriente del atentado y la frase significaba que el plan estaba marchando según lo previsto. Tenían que estar atentos a la inminente noticia del fallecimiento del Führer en un «accidente aéreo», para tomar de inmediato el mando de la situación. Los instantes posteriores a su muerte serían cruciales para el éxito de la Operación Flash. Si los incondicionales de Hitler lograban mantener las riendas del Estado, las consecuencias podían ser fatales, mientras que si se actuaba con rapidez y decisión, podrían garantizar para Alemania un futuro libre del terror nazi.

A partir de las cuatro menos cuarto, Von Tresckow y los otros oficiales que habían participado en el complot esperaron impacientes al lado del teléfono una llamada comunicándoles el «accidente» sufrido por el Focke Wulf, lo que quería decir que el artefacto había hecho explosión. En esos momentos calculaban que el avión debía de encontrarse sobre la vertical de la ciudad de Minsk. Mientras tanto, Schlabrendorff aparentaba estar leyendo un voluminoso informe, pero a cada momento miraba su reloj con un indisimulado nerviosismo.

A las cuatro y cuatro minutos, la torre de control del aeródromo recibió un mensaje desde Rastenburg. Un ayudante entró en el despacho de Schlabrendorff y le entregó el papel. El contenido era tan lacónico como concluyente: «Führer llegado sin novedad».

Los conspiradores se quedaron petrificados. No entendían qué era lo que había podido ocurrir. Más tarde se supo que, posiblemente, una borrasca le había salvado la vida; para evitar las turbulencias, el piloto se elevó por encima de la tormenta, lo que provocó que la temperatura descendiese bruscamente en el compartimento donde estaba el paquete. Al helarse el ácido que formaba parte del mecanismo, el fino alambre que sujetaba el percutor y que debía corroerse al contacto con el ácido no cedió, por lo que la bomba no llegó a estallar.[23]

Sin tiempo para recuperarse de su profunda decepción, Von Tresckow cayó en la cuenta de que, al no haber explotado, la existencia del artefacto podía desvelar la operación y tener fatales consecuencias para todos ellos. Sin tiempo que perder, envió un mensaje a Rastenburg en el que advertía que había habido un error y que las botellas destinadas al general Stieff —que era ajeno al complot— eran de coñac francés y no las de Cointreau.

Para poder recuperar los explosivos, aseguró que Schlabrendorff tenía previsto viajar de inmediato a Berlín para unos asuntos personales y que él llevaría personalmente las botellas.

La improvisada excusa funcionó y Schlabrendorff tomó un avión rumbo a Rastenburg. Afortunadamente para él y para los que estaban involucrados en el plan, nadie advirtió nada extraño en el desmesurado interés que habían despertado las botellas y Schlabrendorff pudo hacerse con el paquete explosivo, retirando la prueba que les podía incriminar.[24]

Sin embargo, se encontró con que le habían reservado un pasaje para viajar a Berlín en tren. Se vio obligado a aceptar para no levantar sospechas y fue en ese trayecto en el que, utilizando una cuchilla de afeitar, pudo desactivar el artefacto.

Finalmente, después de su periplo regresó a Smolensk a reunirse de nuevo con sus compañeros. El plan había fracasado, pero al menos no habían sido descubiertos.

Un apodo para cada general

Aunque los generales alemanes solían exhibir un porte aristocrático, eso no les libraba de las chanzas entre sus colegas o el resto del estamento militar. Como el sentido de la crítica en el Tercer Reich estaba muy poco desarrollado, muchos optaban por expresar su disconformidad con alguien refiriéndose a él en privado con cualquier sobrenombre capaz de desprestigiar, herir o humillar.

Así pues, el general Wilhelm Keitel era conocido por todos como Lacayo (*Lakaitel*), por su servilismo exagerado hacia el Führer. Keitel había sido un experto oficial de artillería durante la Primera Guerra Mundial y en 1933 alcanzó el grado de general.

En 1938 asumió la jefatura del mando supremo de las fuerzas armadas, el recién creado OKW (Oberkommando der Wehrmacht). Su mayor momento de gloria lo vivió tras la caída de Francia, cuando fue ascendido a mariscal de campo.

Su sumisa fidelidad a Hitler, colaborando con él hasta el final de la guerra, lo llevó a ser despreciado por los demás generales, que le acusaban de no tener personalidad. Otros humillantes sobrenombres que se utilizaron para referirse a Keitel fue el de general *Jawohl* (sí, señor), general *Ja Ja* (sí,

sí), *ja-mann* (Hombre-Sí) o el de Mozo de garaje de Hitler.

Ahondando en este rasgo servil del personaje, algunos emplearon otros apodos más denigrantes, como el Asno Asentidor. Incluso el propio Hitler lo trató en alguna ocasión con desdén, llamándole Portero de Cine.

Pese a que Keitel alcanzó la cima de la carrera militar, su mayor deseo había sido ser granjero. Al menos, esto fue lo que confesó en conversaciones informales durante el juicio de Núremberg. Keitel aseguró que se hizo soldado para escapar de las penurias que su familia sufría en una pequeña aldea, pero que le habría gustado dedicarse al cuidado de una granja. Según sus propias palabras: «Siempre tuve la esperanza de volver al campo. Ese ha sido siempre mi objetivo, convertirme en granjero».

Un ejemplo del escaso aprecio del que disfrutaba Keitel entre sus compañeros es el exabrupto que le dedicó el mariscal Karl Gerd von Rundstedt. Cuando los Aliados consolidaron sus posiciones en las playas de Normandía y comenzaron a avanzar hacia el interior de Francia, un apesadumbrado Keitel preguntó a Von Rundstedt:

—¿Qué se puede hacer?

El veterano Von Rundstedt, que había participado en las invasiones de Polonia, Francia y Ucrania, le respondió:

—¡Detener la guerra, idiota!

El 9 de mayo de 1945, Keitel el Lacayo fue el encargado de firmar la rendición ante los soviéticos. Juzgado en Núremberg y condenado a muerte, fue rechazada su petición de ser fusilado y acabó en la horca el 16 de octubre de 1946. Sus últimas palabras fueron: «¡Que Dios proteja a Alemania!».

Otro apodo que implicaba un cierto desprecio era el de Werner von Blomberg, conocido como el León de goma (*Gummilöwe*) en referencia a su fiero aspecto, que encerraba en realidad una personalidad maleable, especialmente cuando su interlocutor era el Führer.

Von Blomberg sufrió una deleznable campaña destinada a hundir su carrera militar; al poco tiempo de casarse con su secretaria, mucho más joven que él, aparecieron pruebas de que con anterioridad ella había ejercido la prostitución. Sus enemigos se salieron con la suya y Von Blomberg no volvió a levantar cabeza. De él, Hitler diría al enterarse de su muerte en 1943: «Fue el único militar de carrera que no era un imbécil».

Friedrich Paulus, el general que cayó derrotado junto a medio millón de

hombres en Stalingrado por culpa de la obstinación de Hitler, también fue objeto de las chanzas de sus compañeros. Antes del desastre en la célebre batalla, Paulus solía bañarse y cambiarse de uniforme dos veces al día, algo inusual en el frente, además de utilizar guantes en todo momento para evitar la suciedad. Este atildamiento le llevó a ser conocido irónicamente como el Noble Lord o Nuestro más elegante general.

Sus compañeros tampoco le perdonaban su vertiginoso ascenso; el 20 de enero de 1942 recibió la dirección del VI ejército, cuando nunca había dirigido una división. Tan solo había tenido la responsabilidad de mandar un batallón y una compañía de fusileros.

En un informe interno, se aseguraba que a Paulus «le faltaba decisión». Es posible que sea cierto; si hubiera desobedecido las órdenes de Hitler de resistir en Stalingrado y hubiera intentado romper el cerco por iniciativa propia, posiblemente el VI ejército se hubiera podido salvar.

Pese a que en Stalingrado llevó a cabo una defensa heroica, Paulus tuvo que capitular el 31 de enero de 1943, tras ser ascendido a mariscal por Hitler el día anterior para que optase por el suicidio, pues hasta entonces nunca en la historia militar alemana un mariscal había sido hecho prisionero. Para decepción del dictador germano, tras su captura no tardó en colaborar con los soviéticos, dirigiendo por radio proclamas contra el régimen nazi, aunque su actitud no tuvo seguidores entre los oficiales y soldados alemanes.

Su esposa fue presionada para que renunciara al apellido Paulus, pero se negó a ello, permaneciendo fiel a su vilipendiado marido. En represalia, su hijo fue detenido por la Gestapo. En 1953, Paulus, que no pudo volver a ver a su mujer, se estableció en Alemania Oriental, donde falleció cuatro años después.

Günther von Kluge era una de las figuras más respetadas en el ejército alemán, pero eso no fue obstáculo para que fuera objeto de las envidias de sus compañeros, que lo apodaron Hans el Sabio (*Kluge Hans*), haciendo un juego de palabras con el nombre por el que se conocía a un famoso caballo que, a principios de siglo, había demostrado una asombrosa capacidad para realizar operaciones matemáticas.[25]

Su momento más difícil fue cuando se encontraba a las puertas de Moscú, en diciembre de 1941. Advirtiendo la necesidad imperiosa de una retirada limitada, telefoneó en varias ocasiones a Hitler para que le permitiese

ordenar el repliegue, pero chocó siempre con la irracional obstinación del Führer. Obligado a mantener las precarias posiciones defensivas que ocupaban en ese momento, Von Kluge actuó con decisión y logró evitar que los rusos rompiesen el frente y provocasen una desbandanda en las tropas alemanas.

Pese a su impecable hoja de servicios, Von Kluge se vio salpicado —tal como hemos podido comprobar— por su hipotético conocimiento del intento de asesinato de Hitler con la bomba disimulada en dos botellas de Cointreau. Pero donde su nombre sí se vio involucrado de lleno fue en el atentado del 20 de julio de 1944 y, después de dimitir de sus cargos, fue llamado a Berlín a declarar. Nunca llegó a la capital germana: se suicidó durante el viaje, aunque en su testamento manifestó su lealtad al Führer.

Uno de los generales en los que el dictador nazi más podía confiar era Walter Model, el Bombero de Hitler. Su apodo hacía referencia al hecho de que siempre se le encargaba la resolución de situaciones complicadas, por no decir desesperadas, que requerían una dosis alta de sangre fría y grandes dotes de organización.

Model demostró ser un militar muy eficiente. Participó en las campañas de Polonia y Francia, donde ya dejó constancia de sus grandes cualidades. En la Operación Barbarroja fue comandante de la 3ª División Acorazada, siendo ascendido en 1942 a mariscal de campo.

En agosto de 1943, Model tuvo el atrevimiento de desobedecer las órdenes del Führer de no dar un paso atrás y replegó sus líneas hasta el río Dniéper, única solución para evitar quedar rodeados por los rusos y establecer así una sólida defensa. Sin embargo, el gran aprecio que le tenía Hitler evitó que fuera castigado y tan solo se le impuso un «período de descanso».

El Bombero estuvo acertado en todas las misiones que se le encargarían posteriormente, como retrasar lo más posible el acercamiento del Ejército Rojo a las fronteras del Reich. En agosto de 1944 también logró desplegar con eficacia las fuerzas de reserva en la frontera occidental, evitando una rápida penetración aliada. Pero a partir del 21 de abril de 1945 Model ya no apagó más fuegos: se suicidó al ser sorprendido por una patrulla de soldados norteamericanos.

Algunos gozaron de un reconocimiento generalizado, como Heinz Guderian, conocido como Heinz el Rápido (*Schnell Heinz*) por la legendaria

velocidad que alcanzaban sus panzer penetrando imparables en la línea del frente del enemigo.

De Albert Kesselring, que con unos medios limitados logró hacer del frente italiano una carnicería para los Aliados, se destacaba su agradable trato llamándole el Sonriente Albert.

Otro general ampliamente admirado por sus compañeros fue el mítico Erwin Rommel, bautizado como el Zorro del Desierto (*Wüstenfuchs*). Tuvo el honor de ser el único militar germano alabado públicamente por Churchill, en la Cámara de los Comunes, lo que supuso no pocas críticas para el premier británico. La gran audacia exhibida por el astuto Rommel le permitió convertirse, pese a una endémica falta de armamento y combustible, en la pesadilla de los británicos en el norte de África durante más de dos años.

Otros oficiales se vieron adornados con sobrenombres más o menos épicos. Por ejemplo, la prensa germana se refería al capitán de la Luftwaffe Hans-Joachim Marseille como el Águila africana o la Estrella de África, por sus victorias en la campaña del desierto, donde consiguió derribar 17 aviones en un solo día.

Los ases de la aviación solían acumular sobrenombres de este tipo; Erich Hartmann, poseedor de la marca absoluta de aparatos derribados (352, la mayoría de ellos en el frente oriental), respondía al noble título de Caballero Rubio y tuvo incluso el honor de que los rusos lo apodasen el Diablo Negro.

Otros extraordinarios pilotos, como Adolf Galland, se tuvieron que conformar con diminutivos de su nombre, como Dolpho, o Addi en el caso de Adolf Glunz, mientras que Werner Mölders era conocido como Papi (*Vati*).

De todos modos, los apodos no eran exclusivos de los generales germanos. Otros personajes relevantes del nazismo sufrieron calificativos ofensivos. El lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess, sabía que a sus espaldas se le llamaba Señora Hess (*Fräulein Hess*), además de varios nombres femeninos como Paula, Grette o Emma, reflejando las dudas que existían sobre su orientación sexual.

Al presuntuoso mariscal Göring lo llamaban Hermann Meier. En 1939 había proclamado que estaba tan seguro de que ningún avión enemigo sobrevolaría territorio germano que, si esto ocurría, a partir de ese momento le podían llamar Meier, un apellido muy corriente en Alemania, al igual que

Maier o Meyer. Evidentemente, no pasó mucho tiempo hasta que se pudo comprobar que Göring no podía cumplir su promesa, por lo que cada vez que oía este apodo era un tormento para él, pues le recordaba que la Luftwaffe no había logrado mantener los cielos alemanes a salvo de las incursiones aliadas. Los menos imaginativos se conformaban con un descriptivo El Gordo (*Der Dicke*).

Curiosamente, el odiado secretario personal de Hitler, el implacable Martin Bormann, no inspiró ningún apodo insultante. Lo más parecido fue el empleo del familiar Bormannchen (en alemán, la terminación *-chen* convierte el nombre en diminutivo), es decir «el pequeño Bormann», un adjetivo irónico teniendo en cuenta su corpulencia, que recordaba a la de un toro. De todos modos, el sobrenombre que hizo más fortuna fue el de la Eminencia Parda (*Braune Eminenz*).

En cambio, el cruel y despiadado Reinhard Heydrich, jefe del servicio de seguridad de las SS, sí que coleccionó una buena cantidad de epítetos hirientes. Incidiendo en el hecho más que probable de que, pese a ser rubio, tenía un antepasado judío, sus enemigos lo llamaban El Moisés rubio (*Der Blonde Moses*) o El Moisés blanco (*Der weise Moses*), además de otros nombres propios o apellidos inequívocamente hebreos.

También parece ser que Heydrich tenía la voz aguda y que se reía de un modo muy característico que a algunos recordaba el balido de una cabra, por lo que para referirse a él empleaban el nombre de ese animal (*Die Ziege*), aunque el sobrenombre con el que pasó a la posteridad fue el de La Bestia Rubia (*Das blonde Biest*).[26]

Pero el que excitaba en mayor medida la inventiva de sus enemigos era, sin lugar a dudas, el ministro de Propaganda del Reich, Joseph Goebbels. Sus partidarios, con Hitler a la cabeza, se referían a él como El Doctor (*Die Doktor*). La razón era que en los primeros tiempos del Partido Nazi no militaban en sus filas demasiados intelectuales, una circunstancia que el tiempo no ayudó a corregir. Con el título de Doctor, referido a su doctorado en Filosofía, se destacaba así la presencia de uno de los escasos miembros del partido que había pisado alguna vez la universidad.

Pero el hecho de que Goebbels fuera de corta estatura y tuviera un pie deforme de nacimiento —pese a que él aseguraba que era una herida de guerra— le convertían en un blanco perfecto para sus adversarios, que eran legión. Estos solían verse humillados en las reuniones y comidas a las que

asistía Goebbels, cuya lengua viperina destruía de inmediato la reputación del incauto que intentara llevarle la contraria y provocaba las carcajadas de Hitler, quien disfrutaba sobremanera con las vitriólicas intervenciones de su ministro de Propaganda. Así pues, sus víctimas se encontraban suficientemente motivadas para hallar el calificativo más dañino. El abanico resultante era enormemente amplio; desde el ingenioso pero inocente Mahatma Propagandhi o el irrespetuoso Pequeño Doctor (*Kleine Doktor*), hasta los más ofensivos, como Enano Venenoso (*Giftzwerg*) —compartido con el general Heinrici, Demonio Cojo (*Hinkende Teufel*) o simplemente La Rata (*Die Ratt*). El que demostraba más sentido del humor era el dirigente de las SA Ernst Röhm, que lo llamaba Mickey Mouse.

Pero tampoco Hitler estuvo a salvo de los comentarios mordaces, especialmente por parte de sus generales. Si, como vemos, la incompetencia de Hitler ocasionó grandes perjuicios a la suerte del ejército germano, los oficiales de la Wehrmarcht se tomaron cumplida venganza poniendo de relieve su escasa formación castrense.

Cuando el Führer no estaba presente, claro está, los demás incidían en su poco exitosa carrera militar durante la Primera Guerra Mundial refiriéndose a él como El Cabo Bohemio (*Der böhmische Gefreiter*). Parece ser que el primero que empleó esta expresión fue el mariscal Paul von Hindenburg (quien a su vez era llamado El Viejo, *Der Alte,* por los nacionalsocialistas), que confundió la población natal de Hitler, Braunau am Inn, en Austria, con la Braunau que existe en la región checa de Bohemia.

Otro apodo con el que Hitler era conocido era Grofaz. Estas letras eran las iniciales de la frase *Groster Feldherr aller Zeiten* o «el más grande genio militar de todos los tiempos», un calificativo con el que el que Keitel el Lacayo pretendía adular a Hitler tras la espectacular victoria en Francia y que después, sobre todo tras los desastres en el frente ruso, sirvió para ridiculizar al Führer.

Sus irrefrenables accesos de ira, en los que gritaba arrojando espuma por la boca y golpeando con furia la mesa, eran temidos por todos. Por eso a nadie le extrañó el rumor que corría de que, en alguna ocasión, había llegado a tirarse por el suelo mordiendo lo que tuviera más cerca, ya fuera una madera o una alfombra, lo que le hizo ganarse el adjetivo de Masticador de Alfombras. Sus explosiones de cólera llevaron a Göring a confesar en una ocasión que «Hitler es la única persona que consigue que

me cague en los calzoncillos».

Por otro lado, los más leales al Führer no escatimaban ditirambos. Para Rudolf Hess, Hitler era el Tribuno, refiriéndose a la elocuencia fogosa y apasionada que mostraba en sus discursos, mientras que para el visionario historiador Oswald Spengler era Gustav, comparándolo con el rey sueco del siglo XVIII Gustavo Adolfo. Pero el mismo Hitler eligió el apodo con el que quería ser conocido: Lobo (*Wolf*). De hecho, antes de ser una figura relevante, se hizo presentar en algunas reuniones como el Señor Wolf.

La atracción que despertaba Hitler en muchas mujeres, sin duda acrecentada por su espectacular exhibición de poder, llevó a que las féminas se refiriesen a él como El Bello Adolf (*Der schöne Adolf*).

Tampoco las mujeres se librarían de los apodos hirientes. La esposa de Göring, Emmy, recibió el denigrante mote de La Cerda de Göring.

Del mismo modo, la amante de Hitler, Eva Braun, parecía que no contaba con muchas simpatías en el círculo íntimo del dictador. Pese a que nunca se inmiscuyó en política y se mantuvo al margen de las luchas internas del Tercer Reich, dirigiendo sus inquietudes personales hacia el mundo de la moda y de las estrellas de cine, también se le adjudicó un sobrenombre poco adecuado para una dama. Los prebostes nazis que acompañaban al Führer en las temporadas que pasaba junto a Eva en los Alpes bávaros se referían a ella —siempre que, por supuesto, el irascible dictador germano no estuviera delante— como La Vaca Loca (*Die Blöde Kuh*).

***El irresistible encanto de* Lili Marleen**

Con toda seguridad, ningún lector tendrá dificultad en recordar la melodía de *Lili Marleen*. No en vano esta canción mundialmente famosa ha sido interpretada en 48 idiomas y ha tenido 40 letras diferentes. Artistas tan conocidos como Edith Piaf, Marlene Dietrich o Bing Crosby, entre otros muchos, pusieron su voz a esas notas universales.

Pero ¿cuál es su origen? ¿De qué modo se forjó la leyenda? Como suele suceder en estos casos, se dio una afortunada combinación de circunstancias que convirtieron una melodía sencilla y sin pretensiones en todo un himno, reconocible para millones de personas.

La canción fue compuesta por el pianista y compositor alemán Norbert Schultze.[27] En 1938 llegó a manos de este músico un poema escrito por un

soldado germano de la Primera Guerra Mundial, Hans Leip, titulado «La canción del joven centinela».

En esas líneas, el autor expresaba toda su tristeza y melancolía ante la perspectiva inminente de marchar al frente oriental, dejando atrás todo lo que más quería. Se cree que Lili era el nombre de su novia, mientras que Marleen era el de una joven conocida por la tropa.

Las primeras estrofas del poema, que podrían traducirse como «Ante el cuartel, en la puerta principal, había una farola…», hacen referencia a una noche de guardia, en la que los pensamientos del soldado se dirigen a los seres queridos que posiblemente no vuelva a ver.

Schultze puso música a esta composición poética en un cabaret berlinés. En 1940, el pianista ofreció la melodía a una cantante poco conocida, Lieselotte Helene Berta Bunnenberg, cuyo nombre artístico era Lale Andersen. Nacida en la ciudad portuaria alemana de Bremerhaven Lehe el 23 de marzo de 1913, Andersen cursó estudios en Zúrich, pero se ganaba la vida interpretando canciones de marineros de su ciudad natal en los cabarets de Berlín.

La artista no se interesó en un principio por el tema ofrecido por Schultze, pues en sus actuaciones interpretaba canciones similares que no recibían una buena acogida por el público, deseoso de piezas más alegres. Sin embargo, un día la cantó en directo en un programa de radio y se sorprendió al ver que más tarde era solicitada por los radioyentes, que deseaban volver a escucharla. Entonces se decidió a grabarla en disco para que la pudieran radiar las emisoras.

Durante unos meses la canción sonó con una cierta asiduidad, pero fue un éxito relativo y muy puntual, lo que podríamos decir una canción de moda pasajera, y en muy poco tiempo quedó fuera de la actualidad. Fue arrinconada por canciones más patrióticas, propias del momento bélico que se estaba atravesando.

Aquí pudo haberse acabado la historia de *Lili Marleen*. Los pocos discos que se editaron quedaron archivados en los estantes de las emisoras de radio. Pero la suerte o el destino intervinieron a través de Radio Belgrado, entonces ya bajo el poder de los nazis. Esa emisora, a mediados de 1941, se encargaba de transmitir programas a los soldados alemanes destinados en África del Norte. Uno de los empleados viajó a Viena y se dirigió a la radio de esa ciudad. Necesitaba canciones para variar el repertorio, así que junto

al encargado del archivo seleccionó algunos discos que los vieneses no tenían interés en conservar, al mostrar una etiqueta en la que figuraba la observación «Pasado de moda».

El empleado regresó a Belgrado con su cargamento de discos viejos y comenzaron a emitirlos. Al principio no hubo una respuesta especial por parte de la audiencia, compuesta en su casi integridad por soldados. La respuesta que sí llegó fue la de Berlín. El ministro de Propaganda, Goebbels, consideró que una canción tan sentimental y nostálgica sería contraproducente para mantener excitado el ánimo de lucha, así que ordenó que se dejase de emitir e incluso mandó destruir una de las matrices originales del disco para que no se editasen más copias. Radio Belgrado dejó de radiar *Lili Marleen*, obedeciendo así las órdenes del ministro.

Este pudo haber sido otra vez el final de la historia. Pero ahora no fue la suerte, sino el fervor popular el que impidió que esta canción quedase relegada al olvido. Cuando los soldados alemanes comprobaron que había dejado de repente de sonar en sus receptores, enviaron cartas y mensajes de todo tipo pidiendo que saliese de nuevo a las ondas.

Radio Belgrado accedió a esa petición masiva y convirtió la canción en la sintonía de cierre de su emisión, así que cada día, a falta de cinco minutos para las diez de la noche, los soldados se arremolinaban alrededor de sus aparatos de radio para escucharla juntos.

Los representantes de la emisora explicaron estas circunstancias al ministro y le preguntaron si estaba de acuerdo. Goebbels se enfadó mucho, pero tuvo que resignarse a hacer de la necesidad virtud. Para aprovechar el éxito de la melodía para sus fines, decidió que a partir de ese momento se radiase una versión de la canción con ritmo de marcha militar.

El genio de la propaganda no acertó en esta ocasión y los soldados protestaron airados ante el cambio. Exigieron la versión antigua, cantada por Lale Andersen, y el ministro no tuvo otro remedio que rendirse, aunque fuera a regañadientes, al éxito imparable de *Lili Marleen*.

Las emisoras alemanas tuvieron conocimiento del espectacular triunfo de la canción entre la audiencia de Radio Belgrado y no tardaron en programarla también. El éxito ya era arrollador; llovían las peticiones y llegaba a emitirse hasta una treintena de veces en un solo día.

La fama llegó, claro está, también a su intérprete. Hasta ese momento, Lale Andersen se dedicaba a cantar su repertorio en oscuros bares de

oficiales que le prestaban muy poca atención. De la noche a la mañana, Lale se convirtió en una estrella solicitada por todos. Los soldados le dirigían miles y miles de cartas. No hacía falta saber la dirección de la artista para poderle enviar unas palabras de admiración. Simplemente escribiendo «Lili Marleen, Radio Belgrado» o «Lale Andersen, Berlín», la carta llegaba sin ninguna dificultad a su destino.

Parecía que a la cantante le había sonreído la fortuna con aquel éxito, pero en realidad supuso una fuente de problemas. La Gestapo decidió someterla a estrecha vigilancia, ya que al ser la receptora de miles de cartas desde el frente podía resultar peligrosa si mantenía contactos con el exterior.

La cantante no vio con buenos ojos esta presión y no estaba dispuesta a ser controlada por los agentes nazis. Así que se puso en contacto con un compositor suizo para que la ayudase a huir al país helvético, aprovechando un viaje que tenía que hacer a Italia para cantar ante soldados heridos de guerra. La carta en la que hacía esta petición al músico suizo llegó a manos de la Gestapo, que procedió en secreto a la detención de la cantante. Lale pensó que la trasladarían a un campo de concentración e intentó suicidarse mediante la ingestión masiva de somníferos, pero tras unos días en estado inconsciente, se recuperó.

Mientras tanto, la canción ya empezaba a ser conocida entre los soldados británicos destinados en África del Norte, quienes sintonizaban Radio Belgrado poco antes de las diez de la noche, al igual que sus enemigos situados al otro lado de las trincheras. Aquello molestaba a los generales ingleses, que se disgustaban al encontrar a sus soldados silbando una canción alemana. Así que exigieron a los oficiales que prohibiesen a la tropa tararear la canción.

Naturalmente, aquella absurda orden cayó en saco roto y los generales ingleses tuvieron que reconocer —tal como Goebbels había hecho antes— que no se podía luchar contra *Lili Marleen*. Al comprobar la inutilidad de enfrentarse al unánime gusto de la tropa, los británicos realizaron una versión en inglés que pasó a emitirse desde Radio El Cairo para, al menos, impedir que cada noche tuvieran que sintonizar la emisora alemana.

Cuando las tropas de Rommel conquistaron la ciudad fortificada de Tobruk, los ingleses que en ella resistían se dejaron la radio encendida al retirarse. Por los altavoces se podía oír a todo volumen la popular canción

en su versión en inglés, ante la sorpresa de los soldados del Afrika Korps, que no esperaban encontrarse con ese recibimiento musical.

En Gran Bretaña tuvo bastante eco el hecho de que la cantante alemana estaba atravesando dificultades en su propio país. La artista era ya bastante conocida allí, pues la canción estaba batiendo récords de popularidad. El disco con la versión inglesa se puso a la venta en 1942 y en pocas semanas se vendieron más de un millón de discos. Los británicos incluso realizaron un documental ese mismo año en el que se narraba el origen de la canción.

La BBC de Londres, aprovechando la simpatía que despertaba Lale Andersen entre el pueblo británico, aventuró que la artista se encontraba ya en un campo de concentración y que estaba siendo sometida a crueles torturas. Aunque los informadores de la BBC no iban demasiado desencaminados, Goebbels no dejó pasar la oportunidad de demostrar que los ingleses mentían y ordenó a la cantante que actuase en determinados lugares públicos para que hubiera constancia de que se encontraba en perfecto estado de salud. Eso sí, cada semana debía acudir dos veces a Berlín para presentarse en el cuartel general de la Gestapo.

Tras la derrota en la batalla de Stalingrado, a las emisoras alemanas se les prohibió radiarla, ya que se la consideraba culpable de ablandar el ánimo luchador y bélico que se le suponía al pueblo germano. No les faltaba razón, en este caso, a los responsables de la propaganda nazi, pues los soviéticos estaban aprovechándose del éxito de la canción para lanzar octavillas a los soldados alemanes recordándoles que tenían una Lili Marleen esperándoles en casa.

Pero, naturalmente, esa censura no tuvo ningún efecto sobre el éxito de *Lili Marleen* en el resto de países, en donde el título se tradujo como *Lilli Marlene* o *Lily Marlène*, adaptando la letra a las características de cada país pero manteniendo intacto el mismo sentimiento. Durante el resto de la contienda, todos los soldados, sin importar su origen, sentían como suya esa canción nacida en Alemania pero que ahora pertenecía a todo el mundo.

Como prueba de esa universalidad, basta la anécdota que sucedió unos años después de acabada la guerra, en 1949, en la Riviera francesa. El protagonista fue el entonces exprimer ministro británico Winston Churchill, que se encontraba en esa afamada zona turística para descansar. En su hotel actuaba una orquesta. Sus miembros se dirigieron al político inglés para que solicitase una canción. Sin dudarlo, Churchill eligió *Lili Marleen* y la

orquesta la tocó, obteniendo el cálido aplauso del político británico y sus acompañantes.

Al día siguiente, cuando Churchill apareció de nuevo por la sala de fiestas del hotel, los músicos atacaron los primeros compases de la famosa canción como recibimiento de honor. Pero lejos de agradar esta consideración al veterano estadista, este impidió que siguiesen tocando; Churchill aseguró que al escuchar la melodía la noche anterior le habían venido a su memoria los recuerdos más tristes y trágicos de la guerra.

Por su parte, Lale Andersen pudo disfrutar del triunfo y del reconocimiento que le proporcionó haber sido la primera intérprete. En 1961 participó en el Festival de Eurovisión con el tema «Einmal sehen wir uns wieder» (Nos veremos algún día), aunque no pasó de un discreto 13º puesto.

Más tarde, Andersen escribió una novela titulada *El cielo tiene muchos colores*, que trata sobre una muchacha alemana que alcanza la fama gracias al éxito que le proporciona una canción, entreverada de pinceladas autobiográficas. Este relato sería llevado al cine en 1980 por Rainer Werner Fassbinder con el previsible título de *Lili Marleen*. Lale Andersen murió en Viena el 29 de agosto de 1972.

La historia de *Lili Marleen* tras la Segunda Guerra Mundial solo se ha escrito con palabras de éxito. Los soldados han seguido identificándose con la melodía y la letra de las diferentes versiones, que con distintas palabras expresan un mismo sentimiento: la añoranza del hogar y de los seres queridos en unos momentos tan difíciles como los que se sufren estando en el frente.

Las tropas norteamericanas en la guerra de Vietnam encontraron consuelo a su nostalgia entonando esta canción e, incluso, los cascos azules alemanes destacados en Yugoslavia bajo la bandera de la ONU pudieron escuchar en 1999 las notas de *Lili Marleen* en sus receptores de radio.

A pesar de los años transcurridos, el mito de *Lili Marleen* goza de buena salud. En julio de 2004, el pianista Dave Brubeck, veterano de la Segunda Guerra Mundial, publicó un disco en el que recogía las canciones que recordaba de su presencia en los frentes de Francia y Alemania en 1944 y 1945. Entre los temas seleccionados no faltó, por supuesto, la legendaria canción de Norbert Schultze.

La historia ha acabado dando plenamente la razón a un periódico suizo

que, durante la Segunda Guerra Mundial, aseguró que «la canción se ha convertido, por encima del odio y el fragor de los combates, en un lazo de unión entre los pueblos».

5

Misiones secretas y operaciones arriesgadas

> «Hay unos desgraciados que tienen que hacer este jodido trabajo, ¡y esos desgraciados sois vosotros!»
>
> Arenga del mariscal británico HAROLD ALEXANDER (1891-1969), dirigida a sus tropas

Pocos elementos positivos se pueden extraer de los conflictos armados. Cuando el odio y la destrucción se extienden por todas partes, causando todo tipo de desgracias para los seres humanos, es difícil encontrar algún elemento que nos pueda mover a la sorpresa y la admiración. Sin embargo, es en las guerras cuando se aguza más el ingenio para superar al enemigo, ya sea mediante la imaginación, la perspicacia o el engaño.

Las misiones secretas que se llevaron a cabo durante la Segunda Guerra Mundial podrían llenar varios volúmenes. No faltaban propuestas; aunque presentasen grandes dificultades o fueran claramente irrealizables, la mayoría de ellas se tuvieron en cuenta. En ellas se entremezclan ideas geniales y quiméricas, propósitos ambiciosos y banales, métodos lógicos y absurdos…

Hoy día, es difícil de comprender el riesgo voluntario que corrieron muchas personas para llevar a cabo acciones destinadas a facilitar el camino de la victoria aliada. Son historias rebosantes de abnegación y heroísmo, que difícilmente tendrían cabida en la desencantada y escéptica sociedad actual.

Muchos ciudadanos anónimos, mostrando una valentía inusitada, se atrevieron a desafiar a la implacable máquina represora nazi para ayudar a

los que deseaban liberarles, poniendo en riesgo su propia vida. Aunque llevaron a cabo grandes logros, como la eficaz red de rescate de los pilotos aliados derribados en suelo francés, también tuvieron que soportar brutales castigos.

Pero no solo ellos desafiaron a los alemanes, sino que muchos otros ciudadanos, desde la retaguardia, idearon nuevas formas de combatir a las fuerzas del Eje. En muchas ocasiones, la naturaleza de estas operaciones pone a prueba la credulidad del lector, lo que demuestra que la fantasía del hombre ciertamente no tiene límites. Lo que hay que lamentar es que, en estos casos, la imaginación haya sido puesta al servicio de la guerra.

La misión más sencilla

De todas las misiones de espionaje desarrolladas a lo largo del siglo XX, la que puede considerarse como más sencilla de todas, fácil y exenta de riesgos, fue la que protagonizó el agente nazi Frederick Duquesne en Estados Unidos, unos meses antes de que comenzase la Segunda Guerra Mundial.

Duquesne, nacido en Sudáfrica en 1876, odiaba todo lo que pudiera tener relación con Gran Bretaña, posiblemente a consecuencia de algún episodio sufrido durante la guerra de los bóers.[28] Durante su vida se había puesto al servicio de todos los países que tuvieran alguna cuenta pendiente con los ingleses, por lo que poseía una amplia experiencia de cuatro décadas trabajando para minar los intereses de sus enemigos.

En los primeros meses de 1939 residía en Nueva York, el lugar que consideraba más adecuado para ejercer su labor de espía. Duquesne remitía regularmente a Alemania todo tipo de informaciones, la mayoría recogidas de los medios de comunicación de todo el país. Examinaba especialmente las publicaciones del ejército, en donde se describían nuevas tácticas y armas. En esos momentos, Estados Unidos veía lejana la posibilidad de involucrarse en una guerra, por lo que las medidas de seguridad para controlar la información militar eran escasas.

Prueba de esto es la información que apareció en el *New York Times*, en la que se hablaba de una nueva y misteriosa máscara antigás que estaba siendo desarrollada por el departamento de guerra química del ejército (Chemical Warfare Service of the Army) en un campo de pruebas de Aberdeen,

Maryland.

Duquesne se dio cuenta rápidamente de que esta era una información valiosísima. Si obtenía más datos sobre las características de la máscara, podría saber con bastante precisión el tipo de gases con los que estaba trabajando el ejército norteamericano.

Teniendo en cuenta el flujo de comunicación existente entre Estados Unidos y Gran Bretaña, los alemanes podrían saber a qué tipo de sustancias tendrían que hacer frente en el caso de una posible guerra química y, por tanto, tomar las medidas oportunas para protegerse en un ataque de ese tipo.

El espía sudafricano comenzó a planificar el modo de conseguir esa valiosa información. Viajó hasta Maryland para observar el recinto militar en donde se realizaban las pruebas, pero no podía aproximarse al campo de pruebas sin levantar sospechas. Regresó a Nueva York e intentó encontrar más datos en otras publicaciones, sin obtener ningún resultado satisfactorio.

Cuando estaba a punto de arrojar la toalla, a Duquesne se le ocurrió una idea tan ingenua que a la postre se revelaría como absolutamente genial. Escribió una carta dirigida personalmente al máximo responsable del departamento de guerra química, en Washington. Presentándose como escritor y gran lector, le solicitaba que le proporcionase más datos sobre la máscara antigás, asegurando que tenía una gran curiosidad intelectual y estaba especialmente interesado en las novedades armamentísticas.

Para colmo, el espía firmó con su nombre y su verdadera dirección en Nueva York. A su carta mecanografiada añadió de su puño y letra que «no se preocupe si esta información es confidencial, porque estará en manos de un patriota y buen ciudadano».

Aunque resulte increíble, unos días más tarde la información que solicitaba llegó al buzón de su casa remitida por el ejército, ante la sorpresa del propio Duquesne, que no confiaba en que su audaz petición fuera atendida.

Probablemente, esta solicitud no despertó recelos al suponer que un auténtico espía no emplearía este inocente método para conseguir información, y menos aún revelando su domicilio. También es posible que se llevase a cabo alguna comprobación, y al confirmar que esa dirección correspondía realmente a Frederick Duquesne se optase por remitir esos datos.

Una semana más tarde, el informe sobre la nueva máscara antigás se

encontraba ya sobre una mesa del servicio de inteligencia nazi en Berlín. Duquesne prefirió no explicarles el modo en que lo había conseguido, consciente de que no le creerían.

Pero la ingenuidad norteamericana se terminaría en cuanto estallase la guerra. La labor de los espías germanos sería desde ese momento mucho más difícil. La mayoría de ellos acabarían siendo detenidos antes de que pudieran transmitir cualquier información a Berlín.

Un mensaje muy secreto

Durante la guerra, los gobiernos pusieron un empeño desmesurado en mantener en secreto sus descubrimientos científicos. La hegemonía en el aire o en el mar dependía del tiempo que empleaba el enemigo en conseguir desvelar una determinada innovación técnica. Cuando se capturaba un avión o un buque, de inmediato se estudiaban las novedades que incorporaban para copiarlas o, si era posible, mejorarlas, con lo que el ciclo se iniciaba de nuevo.

En ocasiones, el esfuerzo por impedir que el enemigo obtuviese información sobre los avances tecnológicos rozaba el ridículo, como se demuestra con el siguiente testimonio, aportado por el encargado de una estación antiaérea británica:

«La batería en la que estaba destinado en los primeros días de la Segunda Guerra Mundial estaba equipada con radar, invento que entonces estaba dando sus primeros pasos y estaba clasificado como de alto secreto. Se trataba de un asunto tan reservado que en las conversaciones privadas que manteníamos estaba prohibido referirnos al radar por su nombre.

»Una vez iniciada la Batalla de Inglaterra, un motorista de enlace vino a buscarme para entregarme un paquete marcado con la advertencia de “Alto Secreto”. Entré en mi oficina para leer el vital despacho en privado. Tuve que romper no menos de cinco sobres hasta llegar por fin a una pequeña hoja de papel que decía: “Alto Secreto: la palabra radar ya no es secreta”».

Los italianos descubren la «Clave Negra»

El mariscal Rommel demostró poseer una gran habilidad y astucia en los campos de batalla de África del Norte, lo que le hizo conseguir sonoros

éxitos disponiendo de unos medios inferiores a los de sus enemigos.

La razón de sus triunfos hay que buscarla en sus grandes conocimientos de estrategia militar y su capacidad de liderazgo, lo que unido a su audacia y su desprecio por el peligro hacía de él un adversario temible. Pero un dato poco conocido es que una parte de los laureles que cosechó hay que anotarla en el haber de los servicios secretos italianos.

La aportación italiana, hasta ese momento, no podía calificarse precisamente como un éxito. La guerra en el desierto había comenzado con un intento de invasión de Egipto —entonces en poder de los británicos— por tropas italianas en septiembre de 1940. Llevados por un gran entusiasmo, consiguieron penetrar un centenar de kilómetros en territorio egipcio, pero pronto comprobaron que los ingleses no estaban dispuestos a dejarles reeditar los triunfos militares de las legiones romanas, que eran los que inspiraban los delirios de grandeza de Mussolini.

Como ejemplo de estos insensatos sueños imperiales del Duce, basta con transcribir uno de sus discursos: «Esta es la época en que es necesario sentir el orgullo de vivir y de combatir. Roma es nuestro punto de partida y de referencia, nuestro símbolo común, nuestro mito. Nosotros soñamos con la Italia romana, sabia y fuerte, disciplinada e imperial».

Mientras que las tropas italianas seguían avanzando por tierras egipcias, estos delirantes deseos gozaban de una engañosa credibilidad, pero el peso de la realidad acabaría bruscamente con estos ilusorios proyectos.

Cuando los italianos estiraron al máximo sus débiles líneas de aprovisionamiento se vieron obligados a retroceder, hostigados en todo momento por las tropas aliadas. Pero lo que al principio fue una retirada en orden se convirtió en una desordenada huida. A principios de diciembre de 1940, cerca de 40.000 italianos habían sido ya hechos prisioneros.

Poco después, una división australiana salió en persecución de los italianos que se retiraban, mientras que una división blindada atravesaba el desierto para interceptarles. La maniobra se completó con éxito y los italianos fueron rodeados. En total, una fuerza compuesta tan solo por 30.000 ingleses consiguió capturar a más de 130.000 italianos.

El aluvión de prisioneros fue de tal magnitud que incluso llegó a poner en dificultades a las columnas aliadas que avanzaban rompiendo continuamente el frente. No eran los cañones italianos los que lograban detener el avance aliado, sino las concentraciones de soldados con los

brazos en alto, que dificultaban el tráfico de los tanques británicos.

Los tripulantes de los carros blindados llamaban desesperados a la infantería para que se hiciese cargo de aquellos hombres. Los soldados aliados, una vez allí, no sabían qué hacer con semejante gentío, así que repartían maderas y alambre de espino para que los propios italianos se construyesen su campo de prisioneros. Las previsiones iniciales de los británicos eran de capturar aproximadamente unos 3.000 italianos y se encontraron con que esa cifra se había multiplicado casi por cincuenta.

Pero tampoco hay que ser injustos con el carácter del ejército italiano. La razón de esta actitud en la campaña del desierto no hay que achacarla a la falta de valor, sino a la escasa identificación de las tropas transalpinas con esa guerra innecesaria, promovida por Mussolini.

El desencanto con el Duce era tal que un número importante de soldados italianos no solo no opuso resistencia sino que cooperó activamente con sus captores. Esta colaboración iba desde la ayuda a fortificar posiciones aliadas a la «asistencia gastronómica», en la que los italianos eran unos maestros, gracias a la cual los cocineros británicos, menos versados en el arte culinario, descubrieron todas las posibilidades que ofrecía la cocina mediterránea, una novedad que fue acogida con entusiasmo por la tropa.

Tras la debacle italiana, los Aliados tenían abierto el camino para expulsar de África del Norte a las fuerzas del Eje. Sin embargo, el gobierno británico decidió enviar una parte importante de sus efectivos a ayudar a Grecia, que había sido atacada por los italianos en octubre de 1940.

Esa retirada de soldados aliados del frente africano fue aprovechada por los alemanes para enviar allí el Afrika Korps, con Rommel al frente. A partir de ese momento, los británicos verían perder a manos de las fuerzas alemanas todo el terreno que habían conquistado a los italianos.

Como ha quedado apuntado anteriormente, Rommel contó con la valosísima ayuda proporcionada por los servicios secretos italianos. El SIM (Servizio de Informazione Militare) consiguió infiltrar a uno de sus agentes en la embajada norteamericana en Roma. Ese espía tuvo acceso al código de comunicación que empleaban los informadores estadounidenses para enviar datos a Washington.

Este código era conocido con el novelesco nombre de «Clave Negra». El agente italiano consiguió en septiembre de 1941 robar el libro de claves, sacar una copia y volver a depositarlo en su lugar, sin que los empleados de

la embajada llegaran a sospechar nada.

Desde El Cairo, un agregado militar de los Estados Unidos, el coronel Fellers, remitía puntuales informes a su gobierno sobre las acciones bélicas de los británicos en África del Norte. Los italianos entregaron a Rommel la Clave Negra para que pudiera descifrar esos mensajes, y así lo hizo. Durante los rápidos avances del Zorro del Desierto en enero y febrero de 1942, las operaciones de los ingleses no eran ningún secreto para él, así que jugó con evidente ventaja sobre sus enemigos.

En junio de ese año, Fellers explicó con todo lujo de detalles que los ingleses pensaban atacar por sorpresa una decena de aeródromos alemanes. Rommel, en cuanto se enteró de estos planes, organizó un adecuado recibimiento a los comandos británicos, que fracasaron en su misión.

A finales del mes de junio, los servicios secretos británicos consiguieron descifrar la clave empleada por los norteamericanos. Aunque eran aliados, la Clave Negra no había sido revelada a los ingleses, por lo que estos se habían dedicado a intentar descubrirla por sus propios medios. Cuando lo lograron, dedujeron que los alemanes podían haber hecho ese mismo trabajo.

Lo que los ingleses no sospechaban era que los nazis no habían tenido que romperse la cabeza desentrañando los secretos del código, tal como habían tenido que hacer ellos, sino que se habían limitado a obtenerla de manos italianas.

Al final, fueron atando cabos al recordar cómo los alemanes se habían adelantado en varias ocasiones a los planes de ataque de los británicos y llegaron a la acertada conclusión de que, con toda seguridad, Rommel estaba ya en posesión de la Clave Negra.

Los Aliados reaccionaron con celeridad, modificando los códigos que hasta ese momento se venían utilizando. En cuanto a Fellers, fue llamado por Washington para recibir una fuerte reprimenda por no comprobar la seguridad del canal de comunicación empleado. Sus amplias y detalladas explicaciones habían proporcionado a los alemanes unos conocimientos sobre las acciones de los británicos que habían resultado vitales para el éxito de Rommel en el desierto.

Serpientes sobre Berlín

Con el objetivo de aportar nuevas ideas que pudieran ayudar en la lucha contra la Alemania nazi, los científicos británicos estuvieron abiertos a las propuestas que les llegaban desde la sociedad civil.

Al contrario de los hombres de ciencia alemanes, que confiaban plenamente en su gran dominio de la tecnología, como demostrarían construyendo las revolucionarias bombas volantes, los científicos aliados eran partidarios de emplear la imaginación y de utilizar conceptos sencillos para alcanzar grandes metas. Para ello estaban abiertos a cualquier proposición que les llegase, aunque fuera aparentemente desatinada.

Aunque no llegó a abrirse formalmente un concurso de ideas, al poco de iniciarse el conflicto comenzaron a llegar a Londres numerosos planes encaminados a ayudar a alcanzar una rápida victoria sobre Hitler.

Desde todos los puntos del planeta se remitieron detalladas propuestas que presentaban el arma decisiva que dominaría los campos de batalla. La más espectacular, y quizás más surrealista, fue la idea de lanzar desde un avión toneladas de alguna sustancia suficientemente pegajosa, como la melaza, sobre las tropas enemigas. Era de suponer que este líquido lograría paralizar a los soldados y no permitiría su avance. De todos modos, si no era suficiente para inmovilizarlos se podía recurrir a una solución complementaria; arrojar poco después grandes cantidades de alambre de espino sobre ellos para que quedasen fatalmente enredados. No sabemos si la combinación entre melaza y alambradas hubiera sido efectiva, pero no hay duda de que, al menos, hubiera ocasionado bastante incomodidad a esos sorprendidos soldados.

El hipotético premio a la propuesta más original hubiera estado bastante reñido. Un habitante de la ciudad sudafricana de Durban explicaba en una de esas cartas que él conocía un lugar próximo en el que era posible encontrar miles de serpientes venenosas. Se le había ocurrido la idea de transportarlas hasta Gran Bretaña para lanzarlas por la noche sobre Berlín durante un ataque aéreo. Calculaba que, debido a la gran agresividad de esos reptiles y la potencia de su veneno, podía ocasionar un buen número de bajas entre la población berlinesa.

Los científicos británicos agradecieron estas proposiciones, pero, naturalmente, no consideraron la posibilidad de llevarlas a cabo.

La misteriosa Operación Hornblower

El 8 de agosto de 1941 se armó un gran revuelo en el cuartel general británico en Londres. Todos los hombres disponibles se pusieron a recabar información sobre una operación, de la que nadie tenía la menor noticia, con el nombre en clave de Hornblower. Churchill, en un mensaje emitido desde el barco en el que en esos momentos estaba cruzando el Atlántico, se había referido a ella. Lo paradójico era que esa operación había sido supuestamente planificada por los mismos británicos…

Las razones por las que Churchill se encontraba en medio del océano eran muy importantes. En esos momentos, Gran Bretaña debía hacer frente a una Alemania que era dueña de Europa y que acababa de iniciar la invasión de la Unión Soviética, alcanzando éxitos militares espectaculares.

Aunque se había evitado el peligro de un desembarco germano en las playas inglesas y se había resistido a los despiadados ataques aéreos de la Luftwaffe, aún quedaba muy lejano el día en el que pudiesen liberar al continente del yugo nazi. Además, Churchill no era ajeno al peligro potencial que representaba el expansionismo japonés en Asia, que tenía la vista puesta en las posesiones de Hong Kong, Singapur, Birmania e incluso la India.

Por todo ello, el premier británico se esforzaba en involucrar a Estados Unidos en la guerra, consciente de que solo la presencia del gigante norteamericano podría garantizar la supervivencia de Gran Bretaña. Fruto de su comunicación personal con el presidente Roosevelt, ambos líderes acordaron encontrarse en aguas de Terranova, a bordo del crucero estadounidense *Augusta*.

Para desplazarse al punto elegido para la cita, se puso a disposición de Churchill el moderno acorazado *Prince of Wales*, que zarpó de la base de Scapa Flow el martes 4 de agosto acompañado de una pequeña flota de buques de guerra auxiliares.

Unos días más tarde, en mitad de la travesía, fue cuando llegó un enigmático mensaje a Londres firmado por el propio Churchill: «Hornblower me ha parecido admirable». La comunicación tenía el aspecto de estar referida a alguna operación secreta, pero todas las investigaciones sobre el tema se estrellaban contra el muro del más absoluto desconocimiento. Sin embargo, nadie se atrevía a enviar un mensaje a

Churchill preguntándole sobre la naturaleza exacta de ese plan, para no quedar en evidencia ante el primer ministro.

El enigma continuó durante unas horas más hasta que alguien logró averiguar la verdad, poniéndose en contacto discretamente con un ayudante de Churchill. Hornblower no era el nombre de ninguna operación secreta. Era simplemente el nombre del protagonista de la novela *El capitán Hornblower*, de C.S. Forester,[29] que había sido la lectura favorita del político durante el viaje. Como el mal estado del mar había provocado un retraso, el ocioso y relajado Churchill había terminado el libro antes de tiempo y tuvo la ocurrencia de utilizar el canal de transmisiones para hacer esa peculiar recomendación literaria.

Durante la travesía tuvo también ocasión para ver por quinta vez la película *Lady Hamilton* e incluso de perder siete libras de la época (unos trescientos euros) jugando al backgammon.

El sábado 10 de agosto, el *Prince of Wales* llegó a su encuentro con el *Augusta* de Roosevelt. La conferencia entre ambos líderes discurrió por cauces muy amistosos. A pesar de la sensación de camaradería que ambos transmitían, algunos autores aseguran que Roosevelt albergaba un resentimiento inconsciente hacia Churchill.

Si es cierto que, en una relación personal, la primera impresión deja una huella imborrable, el inicio del trato entre ellos fue un tanto desafortunado. En 1918, cuando Churchill era ya un famoso ministro, ambos fueron presentados durante un banquete. En esos momentos Roosevelt era tan solo un oscuro secretario ayudante de la marina y parece ser que fue prácticamente ignorado por el británico. De hecho, Churchill no recordaba nada del encuentro, mientras que el presidente norteamericano mantenía el agravio muy fresco en su memoria.

Este supuesto resentimiento se refleja en la mayoría de fotografías en las que aparecen juntos, en las que Roosevelt intentaba mantener la cabeza más alta y lucir elegantes trajes para que destacase aún más el pésimo gusto de Churchill a la hora de vestir.

Abundando en esta hipótesis, Roosevelt acostumbraba a llevar en sus encuentros con el británico una larga boquilla en el bolsillo de la chaqueta, un detalle que no pasaba desapercibido para los buenos fumadores, que lo consideraban un detalle de distinción en contraste con los malolientes puros del premier británico.

De todos modos, ambos líderes se entiendieron perfectamente en esta ocasión. Aunque Churchill no logró que Estados Unidos entrase en la guerra, el apoyo moral y material que a partir de entonces recibiría de los norteamericanos sería vital para poder hacer frente a la Alemania nazi. Los acuerdos quedaron simbólicamente plasmados en la que se denominaría Carta del Atlántico.[30]

El *Prince of Wales* zarpó de regreso a Inglaterra el 13 de agosto, llegando a puerto una semana más tarde. No hay duda de que Churchill se sintió muy satisfecho por el compromiso norteamericano. A partir de entonces comenzaría a exhibir su famoso gesto formando con los dedos la letra V de victoria.

¡Atención a los puntos!

Los resultados obtenidos por los espías alemanes en los Estados Unidos fueron un tanto decepcionantes. El éxito alcanzado por Frederick Duquesne antes de comenzar la guerra, que hemos conocido al comienzo de este capítulo, no tuvo continuidad.

Los artilugios y trucos varios utilizados por los nazis eran siempre descubiertos por el FBI, pese a que esta agencia ofrecía un gran nivel de sofisticación. Por ejemplo, mediante unas cerillas aparentemente normales se podía escribir con una tinta invisible que solo se revelaba mediante una sustancia concreta. También disponían de micropelículas escondidas en los lugares más insospechados, como tapas de libros, tacones de zapato, plumas estilográficas…

Sin embargo, el FBI se encontró con un enigma que no conseguía descifrar. A través de sus dobles espías, supo que el alto mando del servicio de inteligencia alemán se iba a comunicar con sus escasos agentes en los Estados Unidos a través de un medio innovador.

Lo único que consiguieron descubrir era que los agentes debían «estar atentos a los puntos» y se hablaba bastante acerca de «un gran número de puntitos pequeñísimos». El contraespionaje aliado se preguntaba qué podía significar eso.

Pese a tanta sofisticación técnica, no era muy difícil detectar a los agentes alemanes. Eso fue lo que sucedió con un viajero que llegó en barco en agosto de 1941. El FBI sospechó de él, lo detuvo y examinó pacientemente

todos y cada uno de los objetos que llevaba encima, desde el cepillo de dientes a los zapatos.

Un técnico del laboratorio se dio cuenta de que uno de los sobres que llevaba consigo, al colocarlo cerca de la luz, ofrecía un casi inapreciable destello en un punto minúsculo. Lo analizó detenidamente y comprobó que era una ínfima partícula incrustada en el papel. Lo asombroso fue que, al colocarla bajo un potente microscopio, resultó ser toda una página mecanografiada, en la que figuraban órdenes precisas para espiar el proceso de fabricación de la bomba atómica. El enigma de los «puntitos misteriosos» se había resuelto.

Los norteamericanos se quedaron boquiabiertos ante la habilidad que habían alcanzado los alemanes en la técnica de la microfotografía. En los laboratorios aliados habían llevado a cabo innumerables intentos para conseguir reducciones de esa calidad, pero siempre habían fracasado. Al parecer, la clave del éxito alemán era un determinado tipo de emulsión que facilitaba el proceso que los norteamericanos no habían descubierto todavía.

A su vez, los agentes alemanes contaban con unos pequeños armarios portátiles en los que disponían del material necesario para microfotografiar páginas, reducirlas a puntos y enviarlas a Alemania incrustadas en inocentes cartas de amor escritas a mano.

Este método era empleado especialmente por colaboradores que vivían en puertos sudamericanos, quienes remitían completos informes de los movimientos de barcos aliados. Estos datos eran fundamentales para coordinar los ataques de los submarinos germanos a los buques mercantes, en especial los que transportaban combustible, tal como veremos en el capítulo dedicado a la guerra en Estados Unidos.

El FBI analizó todos los papeles que estaban en poder de los espías alemanes, pero esta vez ya sabían lo que estaban buscando. Gracias a la lectura de los puntos que figuraban en esos documentos, muchos de esos agentes y sus colaboradores pudieron ser detenidos. De este modo, la red de espionaje que se extendía por Estados Unidos y varios países sudamericanos pudo ser desmantelada.

Operación Pelikan: destruir el Canal de Panamá

Una de las operaciones más espectaculares de la Segunda Guerra Mundial

podía haber sido la destrucción del Canal de Panamá por la Luftwaffe. Al menos eso fue lo que estuvo muy cerca de ocurrir en noviembre de 1943, cuando, en el último momento, se suspendió el viaje de los dos submarinos que debían llevar sendos aviones Ju-87 Stuka a una isla del Caribe para, desde allí, atacar este estratégico punto.

El canal suponía en esos momentos un atajo valiosísimo para los buques aliados. Gracias a él, los buques de guerra podían pasar en poco tiempo del teatro de operaciones del Pacífico al del Atlántico, en función de las necesidades concretas de cada momento. Además, el transporte de materias primas era más rápido e incluso el tráfico de mercancías entre la costa este y la costa oeste de Estados Unidos se realizaba a través de las rutas navales que pasaban por el Canal de Panamá.

El plan alemán, conocido con el nombre en clave de Pelikan, había surgido a mediados de 1943 en el seno de la Oficina de Seguridad del Reich (*Reichssicherheitshauptamt*, RSHA). Una de las siete secciones en las que estaba dividida, la sexta, dirigida por el astuto Walter Schellenberg, ideó esta operación con el objetivo de dificultar el tráfico naval aliado.

Aunque es posible que la inutilización del canal interoceánico no supusiese necesariamente el colapso del transporte marítimo, era previsible que el obligado desvío atravesando el estrecho de Magallanes, en el extremo sur del continente, obligase a los Aliados a realizar un importante esfuerzo suplementario.

El hombre elegido para llevar a cabo esta importante misión fue un agente llamado Erich Gimpel. Se pusieron a su disposición todos los medios humanos y materiales para llevar adelante el proyecto. Pero era necesario contar con información exhaustiva sobre el canal, por lo que se localizó a un ingeniero que trabajó allí de 1903 a 1914. Sus aportaciones serían fundamentales para planificar el ataque.

Al principio se creía que el objetivo debía ser inutilizar las esclusas que permiten a los barcos cruzar el canal, salvando el desnivel del interior del istmo. Pero el ingeniero aseguró que podían ser reparadas en poco tiempo, por lo que, a la postre, el ataque habría resultado inútil.

La clave era destruir el gran dique del lago Gatún, situado a veintiséis metros sobre el nivel del mar, que proporciona el nivel del agua que permite el paso de los navíos. Si de repente esta presa desapareciese, en primer lugar se produciría una riada que destruiría todas las compuertas, que

deberían ser reconstruidas. Además de que el canal se quedaría sin agua, habría que construir un nuevo dique y esperar a alcanzar el nivel necesario para alimentar de nuevo todo el sistema de esclusas. Según el ingeniero, el canal no podría volver a entrar en funcionamiento antes de dos años.

Una vez marcado el objetivo, quedaba por concretar lo más difícil. Gimpel decidió que el ataque lo ejecutarían dos Stukas, cada uno de ellos con dos bombas de media tonelada. Los aviones serían desmontados e introducidos en dos submarinos. Después de atravesar el Atlántico, debían desembarcar en alguna isla desierta cercana a las costas panameñas y proceder al montaje de los aeroplanos. Desde allí despegarían rumbo al canal, en donde arrojarían las cuatro bombas sobre el dique del lago Gatún.

En cuanto al regreso, el plan no era demasiado explícito. Aunque se había previsto que los cuatro tripulantes pudieran volver al submarino para regresar a Alemania, se admitía la posibilidad de que acabasen cayendo prisioneros. Pero la suerte que podían correr los aviadores era un detalle secundario, siempre y cuando consiguieran destruir la presa.

Los ensayos dieron comienzo en un lago austríaco. Se construyó una réplica a escala del Canal de Panamá y los Stukas se entrenaron diariamente para localizar y destruir el dique del lago Gatún. Tras varias semanas de estudio, los aviadores conocían al detalle la geografía panameña y eran ya capaces de identificar el objetivo bajo cualquier circunstancia. Las prácticas también incluyeron el montaje cronometrado de los aeroplanos.

En noviembre de 1943, la Operación Pelikan estaba ya lista para ser puesta en marcha. Pero una información llegó a manos del RSHA; los norteamericanos se habían enterado de los planes germanos y habían enviado varios submarinos para interceptar a los U-Boot en el mar del Norte.

El plan tuvo que ser aplazado hasta que se pudiera garantizar la llegada de los dos sumergibles a Panamá, pero ese momento no llegó nunca. La audaz misión acabó siendo suspendida, si bien Gimpel continuó ideando nuevas acciones, como luego tendremos oportunidad de comprobar.

Un año después, los japoneses tuvieron la misma idea, aunque con algunas variantes. El objetivo no sería la presa de Gatún, como en el plan original germano, sino las esclusas de Miraflores, situadas en el extremo occidental del canal. El ataque sería llevado a cabo por seis aviones, cargados con cerca de una tonelada de bombas cada uno, que serían

transportados en el interior de dos submarinos de gran tamaño, el I-400 y el I-401.

Cuando estaba todo dispuesto, las autoridades militares niponas prefirieron no arriesgar estos sumergibles en una misión tan incierta y se prefirió emplearlos para atacar los buques estadounidenses que amenazaban el territorio japonés.

Aunque un ataque al Canal de Panamá a esas alturas de la guerra ya hubiera sido casi irrelevante para la suerte final del conflicto, continuó existiendo la amenaza sobre esta estratégica vía de comunicación, por lo que los Aliados se mantuvieron atentos ante cualquier posible sabotaje que impidiese el tráfico por el Canal.

Pero, mientras tanto ¿qué había ocurrido con Erich Gimpel?

En noviembre de 1944, Gimpel se introdujo en Estados Unidos para sabotear el Proyecto Manhattan, dedicado a la fabricación de la primera bomba atómica. Ayudado por un nazi norteamericano, William Collepaugh, desembarcó clandestinamente en las costas de Maine después de una travesía en submarino que duró un mes y medio.

Una vez en Nueva York, donde inició sus pesquisas para descubrir el lugar en el que se estaba construyendo la bomba, fue traicionado por Collepaugh, que lo entregó al FBI en enero de 1945. Después de ser interrogado, se le sometió a juicio y fue condenado a morir en la horca por realizar actividades de espionaje, al igual que Collepaugh, al que no le sirvió de nada su delación.

Collepaugh fue ajusticiado el 9 de abril y a Gimpel se le aplazó seis días el cumplimiento de la sentencia. Cuando faltaban tres días para ser ejecutado, el fallecimiento del presidente Roosevelt, el 12 de abril de 1945, le supuso la conmuta por la cadena perpetua, que comenzaría a cumplir en Fort Leavenworth y posteriormente en la mítica prisión de Alcatraz. Diez años más tarde fue puesto en libertad y regresó a Alemania, en donde fallecería en 1996.[31]

Astrólogos unidos contra Hitler

La Segunda Guerra Mundial se jugó en todo tipo de campos de batalla; además del estrictamente militar, hubo otros ámbitos, como el científico o el económico, que estuvieron íntimamente ligados al éxito o el fracaso de las

operaciones bélicas. Tampoco hay que desdeñar el papel jugado por la propaganda o las informaciones destinadas a confundir al enemigo. Lo que es más extraño es que la pugna llegase incluso a plantearse en el terreno de la astrología.

Teniendo en cuenta el innegable interés que siempre despiertan las profecías y vaticinios, aun entre personas que no creen que sea posible predecir el futuro, los servicios secretos británicos decidieron poner en práctica un ambicioso plan para utilizar esos augurios en provecho del campo aliado.

En agosto de 1941, cuando las tropas de Hitler avanzaban imparables por la estepa rusa, la posibilidad de una victoria aliada se contemplaba lejana. Con Francia fuera de combate, la Unión Soviética retrocediendo ante el empuje de los panzer y Gran Bretaña soportando ataques aéreos y un bloqueo marítimo, el panorama no invitaba a ser muy optimista. Este abatimiento era también evidente en Estados Unidos, que no deseaba involucrarse directamente en una guerra en la que tendría que cargar con todo el peso de la responsabilidad de derrotar a la Alemania nazi.

Para cambiar este estado de ánimo, agentes británicos llegaron a la conclusión de que era importante poner en duda la, hasta el momento, incontestable superioridad germana. Para ello inventaron un personaje, Louis de Wohl, un supuesto astrólogo húngaro que viajó a Estados Unidos para hacer públicas sus predicciones. Wohl no era más que un capitán del ejército británico con buenas dotes como actor.

Sus inicios en América fueron espectaculares a la hora de visualizar con antelación algunas operaciones militares alemanas. No podía ser de otro modo, porque Wohl contaba con las informaciones que le proporcionaba el servicio secreto. Ante los periodistas pronunciaba frases referidas a algún suceso inminente. Como este ocurría tal y como había anunciado, el prestigio del adivino iba creciendo ante el respeto y la admiración de la opinión pública norteamericana.

Alojado en un modesto hotel de Nueva York, el falso astrólogo iba recibiendo esas profecías mediante un agente que subía por la escalera de incendios y se la entregaba a través de la ventana. En esos papeles figuraban datos que se habían logrado descifrar de las comunicaciones secretas alemanas y que anunciaban un bombardeo o un avance en determinada zona.

De todos modos, Wohl no anunciaba datos concretos de las operaciones que iban a suceder, para que estas revelaciones no pusieran en peligro las preciadas fuentes de información. Igualmente, se incluían datos sobre acciones aliadas previstas en el norte de África o el Mediterráneo, de carácter localizado y casi anecdótico, tomando las lógicas precauciones para que no fuera una información de la que el Eje pudiera extraer alguna consecuencia.

Estos pronósticos infalibles eran descritos por Wohl en una columna de la que disponía en la prensa diaria, titulada «Las predicciones de las estrellas», y que era ávidamente devorada por todos los lectores. El caldo de cultivo ya estaba preparado para cumplir el objetivo con el que se había puesto en marcha la operación; en una rueda de prensa, Wohl profetizó ante una nube de periodistas que «la derrota de Hitler estaba escrita en las estrellas», basándose en la posición que ocupaba el planeta Neptuno en su horóscopo.

Esta conclusión disfrutó de un amplio eco en toda la prensa norteamericana. Si Wohl había acertado en cada una de sus predicciones anteriores, era de suponer que tendría razón en esa gran apuesta personal por la debacle final del gran enemigo de las democracias occidentales. El resto del mundo no fue ajeno a esta afirmación del ya célebre astrólogo y, como en un efecto dominó, en otros países comenzaron a aparecer otros adivinos que anunciaban la caída de Hitler.

Desde Egipto a China, pasando por España, Suecia o incluso Nigeria, este tipo de historias tuvo su cabida en la prensa, aunque en no pocos casos fue gracias a la influencia de los servicios secretos británicos, interesados en que este reto a la supremacía alemana tuviera el máximo eco posible.

El éxito completo de semejante farsa llegó un mes más tarde, cuando se logró que la Federación Americana de Científicos Astrólogos, reunida en Cleveland, Ohio, dictaminase que las afirmaciones del «distinguido astrólogo húngaro Louis de Wohl eran correctas».

Tras un estudio completo del horóscopo de Hitler, esta asociación coincidía totalmente con las apreciaciones del adivino sobre la segura derrota de la Alemania nazi. La agencia de prensa Associated Press se encargó de que la conclusión llegase a todos los rincones del país, con lo que esta sofisticada operación de propaganda encubierta se saldaba con un rotundo éxito.

Aun así, la confirmación de las predicciones de aquel farsante por parte

de la prestigiosa asociación de astrólogos no tenía tampoco demasiado mérito; ese colectivo era también una invención de los servicios secretos británicos.[32]

Información poco original

Los servicios de inteligencia germanos no estuvieron muy acertados a la hora de obtener información relevante sobre el bando aliado. La consecuencia fue que Alemania no consiguió en ningún momento hacerse una idea fidedigna de lo que sucedía en Gran Bretaña, pero esta ignorancia sería aún mayor en el caso de Estados Unidos.

Para los agentes nazis en tierras americanas era bastante complicado alcanzar los objetivos que se les imponían desde Berlín, como, por ejemplo, hacer la descripción técnica de algunas armas, controlar el movimiento de tropas destinadas a Europa o identificar la composición de un determinado explosivo.

Debido a la dificultad que entrañaba conseguir esos datos concretos, los agentes solían transmitir otras informaciones relativas al ámbito militar para mantener la confianza de sus superiores y justificar de este modo los fondos que recibían desde Alemania. No obstante, estas revelaciones no requerían mucho esfuerzo porque la mayoría de ellas en realidad procedían de revistas que podían comprarse en cualquier kiosco.

En efecto, entre el 20 de enero de 1942 y el 5 de febrero de 1943, los espías nazis enviaron a Alemania 16 mensajes confeccionados con datos que acababan de ser publicados en las páginas de *Time*, así como un total de 72 mensajes inspirados en reportajes de *Newsweek*. Se trataba simplemente de entrevistas a soldados en el frente o de artículos en los que se presentaba una nueva arma, que eran luego reelaborados por los espías para darles la apariencia de que habían sido obtenidos por otros medios más arriesgados.

Sin duda, los agentes pensaron que, en lugar de jugarse la vida infiltrándose en vigiladas bases militares, era más recomendable para su salud limitarse a comprar esas revistas en el puesto de periódicos más cercano, teniendo en cuenta que la pena para los espías capturados podía ser la horca.

Pero había otros agentes que no lo tenían tan fácil para cumplir con su misión. Los espías nazis destinados en Lisboa se veían obligados a realizar

complejas labores de persuasión entre el cuerpo diplomático de los países neutrales para obtener noticias confidenciales que eran luego transmitidas a Berlín.

Este problema quedó también resuelto; al igual que sus colegas del otro lado del Atlántico, se dedicaron a comprar revistas norteamericanas, pero en este caso a los marineros de los barcos mercantes que llegaban al puerto lisboeta desde América. El inconveniente era que, además del consecuente retraso, el precio no eran los pocos centavos que costaban en un quiosco de Times Square; los marineros sabían de la importancia que esas revistas tenían para los alemanes y no vendían cada ejemplar por menos de veinte dólares.

No pasó mucho tiempo hasta que en Alemania se descubrió el origen de esas comunicaciones tan prolijas pero escasamente útiles, al comprobar que los informes que se recibían desde Estados Unidos eran más tarde los mismos que enviaban los agentes destinados en Portugal.

Las veladas advertencias para que los espías mejorasen el nivel de sus fuentes de información no causaron ningún efecto, hasta que, finalmente, en Berlín se vieron obligados a enviar un rotundo mensaje a todos los agentes en el extranjero: «Queremos informes que NO publiquen los periódicos».

Misión en Casablanca

El lector recordará con toda seguridad la mítica película *Casablanca*, dirigida en 1942 por Michael Curtiz e interpretada por Humphrey Bogart e Ingrid Bergman.

Este film estaba ambientado en la ciudad de Casablanca, situada en el Marruecos francés, que durante la Segunda Guerra Mundial se encontraba bajo el control del gobierno de Vichy, el régimen colaboracionista presidido por el mariscal Petain.[33]

Casablanca era el escenario en donde se llevaban a cabo constantes operaciones de espionaje. Tal como relata la película, ese era el punto desde donde se podía viajar con rumbo a Estados Unidos, huyendo del dominio nazi que se había extendido por Europa. La concentración de personajes de todo tipo en la ciudad, ya fuera para escapar de allí o para conseguir información, hacía de Casablanca el lugar idóneo de trabajo para cualquier espía.

Al menos esto fue lo que le dijeron a un empleado de los servicios secretos norteamericanos (Office of Strategic Services, OSS) llamado Donald Coster, en octubre de 1942, durante una inesperada reunión con el máximo responsable de ese organismo, Bill Donovan.

Coster había sido conductor de ambulancias en el ejército francés al principio de la guerra, una tarea para la que se había ofrecido voluntario. Capturado por los alemanes, había sido liberado al tener la nacionalidad estadounidense. Al regresar a su país se alistó en la marina; gracias a su dominio del francés, fue elegido para formar parte de la Oficina de Inteligencia Naval (Office of Naval Intelligence, ONI).

Los Aliados tenían previsto desembarcar en el norte de África antes de que acabase 1942, para conseguir expulsar a las tropas alemanas e italianas de este continente y preparar el asalto a Europa desde el sur, en una operación que recibiría el nombre en clave de *Torch* (Antorcha). No obstante, antes de lanzar el asalto anfibio era necesario preparar el terreno para coger desprevenidos a los alemanes y los colaboracionistas franceses, pues el efecto sorpresa era fundamental para asegurar el éxito de la operación.

Aquí era en donde entraba en juego Donald Coster. Fue llamado a Washington y recibió con sorpresa la noticia de que se le había asignado una misión en Casablanca. Hasta ese momento, Coster no había participado nunca en ninguna misión de espionaje y tan solo había llevado a cabo trabajos burocráticos. Lo único que sabía del mundo de los espías era lo que había visto en el cine, y eso era suficiente para saber que el trabajo que se le iba a encomendar no era nada envidiable.

Su misión era lograr que los alemanes creyesen que el desembarco aliado no iba a producirse en el norte de África, sino en la ciudad senegalesa de Dakar. Aunque pueda parecer lo contrario, esta opción tenía lógica, al tratarse de un punto estratégico para lograr el dominio naval del Atlántico y servir como base terrestre para futuras operaciones en el continente. A esto hay que sumar que entonces Senegal estaba controlado por la Francia de Vichy, por lo que su ocupación por fuerzas francesas libres podía tener un efecto moral muy importante. Además, el hecho de encontrarse a una distancia asequible desde Brasil, que declaró la guerra a Alemania en agosto de 1942, posibilitaba una cómoda invasión desde ese país sudamericano.

Coster debía trasladar esta información falsa al representante alemán

encargado de velar por el cumplimiento en Casablanca de las condiciones del armisticio, el general Theodor Auer. La descripción que Donovan hizo a Coster de este oficial germano no pudo ser más desalentadora; le aseguró que era astuto, despiadado y conocía todos los trucos para atrapar a los espías.

Para colmo, Coster no recibió ninguna indicación de cómo debía desempeñar su trabajo. Tan solo se le dijo que debía emplear su imaginación y su capacidad de improvisación. Naturalmente, lo único que salía de su imaginación en esos momentos eran las brutales torturas de la Gestapo que había visto en el cine.

Aun así, aceptó la misión sin dudarlo un instante. Después de un breve período de instrucción para aprender a utilizar un lenguaje cifrado, se le proporcionó una falsa identidad de vicecónsul y un billete de avión para Casablanca.

Una vez llegado a la ciudad marroquí, entró en contacto con el consulado norteamericano. Allí pidió a los miembros de la legación diplomática que le orientasen para llevar a cabo su misión, pero sus compatriotas reconocieron que no tenían ni idea de cómo forzar el encuentro con los alemanes.

Por lo tanto, Coster, acompañado de otro norteamericano con el que había trabado amistad, optó por el método que seguían los espías que aparecían en las películas, sentándose a leer un periódico en cualquier café o en el *hall* de un hotel y observando atentamente a los presentes, a la caza de algún posible contacto.

Durante varios días se dejaron ver por los locales de la ciudad, pero el balance no podía ser más desalentador. Pese al empeño que habían mostrado, no habían conseguido entrar en conversación con ningún alemán. Coster temía que quizás fuera demasiado evidente su condición de espía y que eso les ahuyentase.

Sin embargo, unos días más tarde la fortuna sonrió a Coster. Mientras se encontraba con su amigo en un atestado café, dos jóvenes de aspecto germánico intentaban buscar asiento. Coster tuvo una repentina intuición y los llamó, invitándoles a sentarse a su mesa.

Los desconocidos se presentaron como austríacos que habían escapado de su país tras la anexión. Refugiados en Francia, aseguraron haber sido encarcelados por la policía colaboracionista, pero habían podido escapar y por el momento se encontraban en Casablanca, a la espera de encontrar un

avión para huir a América.

El agente norteamericano estaba convencido de que aquellos dos individuos no eran lo que decían ser, sino que podían tratarse de dos auténticos espías nazis. Coster les invitó a tomar unas copas y los cuatro bebieron durante un buen rato.

Aprovechándose de que sus invitados mostraban ya signos de euforia etílica, el estadounidense les preguntó si conocían al general Auer. Uno de ellos respondió de inmediato que sí; el otro, consciente de que su compañero había metido la pata, intentó arreglarlo asegurando que lo habían conocido en París, mientras estaban detenidos, y entró en detalles sobre la crueldad que empleaba en los interrogatorios. Abundando en esta confusa versión de los hechos, reconoció que se habían visto obligados a confesar, pero que la información que le habían proporcionado era falsa y destinada a confundir a los alemanes.

Coster ya no tenía ninguna duda. Se trataba de dos agentes de Auer. Esa era su gran oportunidad. Aquellos hombres serían el conducto que haría llegar los supuestos planes de invasión de Dakar al general. Aparentando encontrarse bebido, al agente se le comenzó a «soltar la lengua», explicando con detalle las intenciones aliadas de enviar una fuerza de invasión a las playas de Dakar.

El recién estrenado espía norteamericano no se había equivocado. Tal como se supo más tarde, a las pocas horas el general Auer tenía sobre su mesa un amplio informe sobre las indiscreciones del «vicecónsul», lo que celebró abriendo una botella de champán francés.

Al poco tiempo, las informaciones llegaron a Berlín e inmediatamente se dieron órdenes de reforzar la zona marítima que rodea Dakar. Una buena parte de los submarinos alemanes que patrullaban por aguas del Atlántico se reunieron en las costas de Senegal a la espera de una flota que nunca aparecería.

La invasión real se produciría el 8 de noviembre de 1942 en las costas del Marruecos francés y Argelia, sin que aviones ni submarinos alemanes acudiesen para impedir, o al menos dificultar, el desembarco. Tan solo algunos grupos de soldados franceses leales a Vichy dispararon contra las tropas aliadas, pero su resistencia no duró mucho tiempo, siendo convencidos por los franceses libres para que se uniesen a los Aliados.

Casablanca también sería objetivo del desembarco. Con las primeras

noticias de la llegada de las tropas aliadas a esta ciudad, el general Auer y el resto de miembros de la delegación alemana subieron a sus coches y se dispusieron a escapar de allí a toda velocidad, pero al doblar una esquina se encontraron de bruces con un pelotón de soldados norteamericanos que les rodearon rápidamente. Ya no había ninguna posibilidad de huir, por lo que Auer y sus hombres bajaron de los vehículos con los brazos en alto.

La misión de Coster se había saldado con éxito. Pese a ser un debutante en esas peligrosas tareas, su intuición le había conducido a su objetivo. Los alemanes habían picado en el anzuelo y los Aliados se encontraban ya firmemente asentados en el norte de África.

Un holandés traiciona a los nazis

Para que el desembarco en las playas de Normandía del 6 de junio de 1944 tuviera éxito, era fundamental llevar a cabo la difusión de informaciones falsas con el fin de enmascarar el auténtico lugar de la invasión.

Los servicios secretos alemanes recibieron mensajes sobre presuntas concentraciones de tropas dispuestas para efectuar desembarcos en otros lugares. Para ello se prepararon auténticos montajes teatrales, compuestos de tanques y lanchas hinchables, tiendas de campaña vacías o decorados que simulaban depósitos de combustible, con el objetivo de que los aviones de reconocimiento germanos o los escasos espías con los que contaban sobre el terreno confirmasen la supuesta veracidad de las informaciones.

Los alemanes estaban convencidos de que en ese verano de 1944 los Aliados iban a llevar a cabo la proyectada invasión del continente europeo. Creían que las costas francesas eran el objetivo de las tropas concentradas en el sur de Gran Bretaña, pero las informaciones que hábilmente les hacían llegar los servicios secretos aliados les sumergían en un mar de dudas, al anunciarles que se iba a producir un ataque a gran escala en las costas noruegas.

Hitler no llegó a enviar tropas de refuerzo a Escandinavia, pero ordenó que los efectivos que allí se encontraban permaneciesen en estado de alerta para protegerla de un posible desembarco. Los expertos coinciden en que esa decisión fue crucial para el desarrollo de la invasión en Normandía. Si Hitler hubiera enviado a Francia, con anterioridad al 6 de junio, las tropas que mantenía en Noruega, los Aliados habrían tenido muchas más

dificultades para consolidar las cabezas de playa en la costa normanda.

¿Cómo consiguieron los Aliados que los alemanes llegasen a esa conclusión?

Para encontrar la explicación tenemos que remontarnos al 6 de abril de 1942, cuando un holandés, al que llamaremos Van Loop, entra en el consulado de Estados Unidos en Madrid. Va acompañado de su esposa y desean unos visados para viajar a Norteamérica.

Hasta aquí puede tratarse de la historia normal y corriente, tantas veces repetida, de un europeo que intenta ponerse a salvo de la vorágine de la guerra. Pero lo sorprendente es que asegura al cónsul que en realidad se ha dejado reclutar como espía por los servicios secretos nazis y que le han encargado que se traslade a Estados Unidos para enviar desde allí información que pueda ser de interés para Alemania.

Naturalmente, el diplomático se queda boquiabierto y piensa que es un bromista. Van Loop le muestra entonces todas las instrucciones que ha recibido, así como microfotografías con los datos necesarios para fabricarse una emisora de radio, claves para enviar comunicaciones y descifrar las que reciba, la frecuencia para enviar los mensajes…

El holandés le explica que ha entrado en este juego para poder escapar de Europa. Así, si los estadounidenses le permiten instalarse en su país junto a su esposa, él está dispuesto a colaborar con los Aliados. En sus manos está el aceptar este interesante trato.

El cónsul se ve superado por el alcance de esa insólita propuesta y decide consultarlo con el FBI. Desde allí se realizan una serie de averiguaciones sobre la identidad del espía. Descubren que realmente nació en Holanda, que tiene unos cincuenta años, que está casado con una alemana y que es joyero de profesión.

Sin embargo, algunos detalles les obligan a ser cautelosos con él; por ejemplo, comprueban que ya había realizado labores de espionaje durante la Primera Guerra Mundial, por lo que no se trata de ningún novato. Pese a este inquietante dato, comunican al diplomático que les sellen el pasaporte y se les facilite el viaje a América. El matrimonio Van Loop se embarca en un buque de bandera portuguesa y llegan sin más novedad al puerto de Nueva York.

Nada más desembarcar, el FBI somete al holandés a un intenso interrogatorio, en el que cae en más de una contradicción. Van Loop acaba

confesando a los experimentados agentes que cumplió una condena por robar 7.000 dólares a un amigo. Al final llegan a la conclusión de que su intención de colaborar con los Aliados es sincera, pero que no se puede confiar en que esta actitud se mantenga en el futuro. Alojan a la pareja en un hotel, concediéndoles libertad para ir a donde deseen. Pero en realidad serán sometidos a una estrecha vigilancia.

El plan consistía en instalar la emisora de acuerdo a las instrucciones recibidas por Van Loop y enviar mensajes a Alemania como si fueran remitidos por el holandés. Aunque pudiera parecer sencillo, conseguir engañar a los alemanes en este aspecto concreto era muy difícil. En los servicios secretos nazis había un especialista encargado de certificar la autenticidad de los mensajes enviados por los agentes.

Este experto tenía una cualidad innata que le hacía reconocer el modo de telegrafiar de una persona con las mismas características y matices que puede tener para nosotros la voz humana. Le bastaba intercambiar con alguien unas cuantas frases para identificar su estilo con absoluta seguridad.

El hecho de que este especialista se hubiera comunicado en otras ocasiones con el holandés obligaba a copiar con exactitud su manera personal de telegrafiar. Por ejemplo, Van Loop transmitía los puntos muy largos, casi tanto como las rayas. Así que los norteamericanos dedicaron innumerables horas de práctica a copiar ese estilo personal.

Pero las dificultades no acababan ahí. Había que cambiar la mentalidad lingüística de los que iban a transmitir en lugar de Van Loop. Más horas de práctica lograron que los expertos del FBI se expresasen como lo haría un holandés hablando alemán.

Todo estaba dispuesto para iniciar las transmisiones. El 7 de febrero de 1943 se envió el primer mensaje a Alemania: «Listo para empezar operaciones». La respuesta no llegó hasta cinco días más tarde. En ella se daba luz verde para comenzar la misión y se deseaba buena suerte a Van Loop.

A partir de ese día, los Aliados enviaron regularmente mensajes en los que se incluían datos verdaderos sobre operaciones militares y producción industrial. Las informaciones hacían referencia a buques que se encontraban en puertos norteamericanos o cifras sobre fabricación de armamento. Ni que decir tiene que aquellos datos no tenían prácticamente ninguna relevancia, ya que muchos de ellos eran los que aparecían en la prensa.

De todos modos, los alemanes se sintieron satisfechos con el rendimiento de su espía, haciéndose cargo de la dificultad de encontrar informaciones más importantes al tratarse de un agente aislado en un país enemigo.

El hecho de que los alemanes hubieran picado en el anzuelo abría muchas posibilidades. Una de ellas era descubrir los mecanismos que empleaba el servicio secreto nazi para mantener su red de espías en Estados Unidos. Para ello, se enviaron mensajes en los que el falso «Van Loop»[34] pedía dinero. Desde Alemania se le contestó que se le enviarían 2.000 dólares a la sucursal de un banco suizo en Nueva York.

Para descubrir otras fuentes de financiación, «Van Loop» contestó que consideraba peligrosa esa vía y que temía ser descubierto, así que pidió a Alemania que le enviasen los fondos por otro conducto más seguro. El FBI comprobó en esta ocasión la falta de recursos del espionaje alemán, ya que la única alternativa que se le brindó fue el envío de sellos de correo a través de América del Sur.

Los norteamericanos se dieron cuenta de que los alemanes no habían conseguido crear una red eficaz de financiación de su red de espías, lo cual les tranquilizó. Para conocer aún mejor la capacidad de los alemanes para hacer frente a situaciones imprevistas, «Van Loop» exigió urgentemente el envío de más dinero para poder seguir desarrollando su labor de espionaje. Desde Alemania se optó por mandar un recadero, también holandés, a Nueva York con 6.000 dólares en joyas.

Esta situación podía dar al traste con toda la operación. Si detenían al holandés que traía las joyas, los alemanes podían sospechar que allí estaba sucediendo algo extraño. Si, por el contrario, le permitían entrevistarse con el auténtico Van Loop, todo quedaba en manos de que el espía decidiese cambiar otra vez de bando o que el recadero sospechase que su compatriota ya no estaba al servicio de Alemania.

La solución fue organizar una rocambolesca entrega de las joyas. Para ello, un agente del FBI, haciéndose pasar por Van Loop, se puso en contacto telefónico con el mensajero. Le dijo que se acercaría a él en el vestíbulo de un determinado hotel y le diría una palabra en clave. Entonces, él le entregaría las joyas.

El FBI se encargó de que ese día el vestíbulo del hotel se encontrase lleno de gente. El recadero se abrió paso entre la multitud, hasta que de pronto alguien le susurró al oído la palabra clave. Cuando reaccionó, se encontró

con que el paquete ya le había sido arrebatado y que «Van Loop» desaparecía entre la gente. Cuando intentó seguirle para hablar con él, algunos extras se encargaron de interponerse casualmente en su camino. De todos modos, el mensajero no sospechó nada y comunicó a Alemania que la entrega se había realizado correctamente.

Una vez superada aquella prueba, llegó el momento de cosechar los frutos de toda aquella laboriosa inversión. Como se indicaba anteriormente, era necesario hacer creer a los alemanes que se iban a producir otras operaciones militares lejos de Normandía. Así que «Van Loop» comenzó a transmitir mensajes en los que se repetían insistentemente referencias a Islandia. El holandés explicaba en sus comunicaciones que había oído a unos oficiales hablar sobre las fuerzas de Islandia o que un conocido suyo le había dicho que habían trasladado a su hijo a esa isla.

Los alemanes cayeron de nuevo en la trampa y enviaron inmediatamente aviones de reconocimiento a sobrevolar la isla. Lo que veían confirmaba las apreciaciones de «Van Loop». Desde el aire se podían ver numerosos barracones, listos para acoger un importante contingente de soldados. Lo que no podían sospechar los alemanes es que esas casetas eran tan falsas como su espía holandés.

El engaño estaba servido. Tal y como pretendían los servicios secretos aliados, los alemanes creyeron que se avecinaba una importante operación sobre las costas de Noruega, la única explicación a aquella supuesta concentración de tropas en aquella isla del Atlántico Norte, tan alejada de cualquier otro frente.

Los mensajes de «Van Loop» siguieron reflejando datos que probaban el envío de soldados a Islandia, pero también explicaban que la operación no se preveía inminente, para dar tiempo a los alemanes a que acumulasen más hombres en la zona y empleasen más recursos defensivos. Así que el alto mando germano decidió mantener en el país nórdico parte de los efectivos que tenía previsto enviar a Francia e inició un plan para proteger la costa noruega de la invasión que creían que iba a llegar desde Islandia. En total, 16 divisiones permanecieron estacionadas en Escandinavia.

Cuando la invasión en Normandía seguía su curso y los alemanes llegaron a la conclusión de que el ataque a las costas escandinavas no se iba a producir, se comenzaron a trasladar tropas desde Noruega y Dinamarca hacia el norte de Francia. Sin embargo, esos refuerzos no llegaron hasta

diez días después de que los Aliados tomasen las playas, por lo que ya era tarde para que la llegada de esos efectivos fuera decisiva.

Pese a que las informaciones sobre el supuesto ataque a Noruega solo habían servido para despistarles, sorprendentemente los alemanes no dirigieron ningún reproche a «Van Loop». Las comunicaciones continuaron como si nada hubiera pasado.

Esta inesperada normalidad fue aprovechada por los norteamericanos para enviar informaciones que incumbían a los japoneses, concretamente sobre el aumento del poderío naval de Estados Unidos, unos datos que desanimarían a los nipones en su afán por continuar la guerra. El FBI sabía que los alemanes trasladarían esos mensajes al servicio secreto nipón, así que utilizaron este canal para facilitar la campaña en el Pacífico.

La última comunicación entre «Van Loop» y su contacto en Alemania se produjo el 27 de abril de 1945, tres días antes del suicidio de Hitler. El interlocutor germano le decía apesadumbrado que «debido al presente estado de cosas, nos vemos obligados a interrumpir la comunicación». Aun así, le pedía que permaneciese a la escucha por si se podía retomar el contacto. No sería así. Alemania había sido derrotada y «Van Loop» podía dar por terminado su trabajo.

Mientras tanto, ¿qué había sucedido con el auténtico Van Loop? El FBI se había encargado de organizarle una nueva y rutinaria vida, en la que se limitaba a ir y venir de la casa en la que vivía junto a su esposa a la joyería en la que le habían buscado trabajo. Durante ese tiempo estuvo vigilado muy de cerca, pero en todo momento el holandés se mantuvo alejado de cualquier intención de reemprender su carrera de espía.

Una vez acabada la guerra, Van Loop compró una pequeña joyería en una ciudad de la costa Este, donde vivió apaciblemente con su familia. Su vida de agente doble en la Segunda Guerra Mundial pasó a ser un simple recuerdo.

Los alemanes no cultivan champiñones

El 12 de junio de 1944, una semana después del desembarco aliado en Normandía, los londinenses sufrieron en carne propia los efectos de la primera de las «armas de represalia» con las que Hitler les había amenazado insistentemente: la bomba volante V1.[35] Ese día, tan solo uno de estos

artefactos cayó sobre la capital, de una salva inicial de diez, pero causó seis víctimas mortales.

Más acertados estuvieron los alemanes tres días más tarde, cuando lograron que un total de 73 V1 alcanzasen Londres, pese a que para ello fue necesario el lanzamiento de 244 bombas volantes. El resto habían sufrido fallos técnicos o habían sido derribadas por los aparatos de la RAF o los cañones antiaéreos.

A partir de entonces, estas acciones se repitieron día y noche. El impacto de las V1 sobre Londres provocaba entre cien y doscientas víctimas diarias. Churchill se vio obligado a aumentar el número de baterías antiaéreas y a colocar más globos cautivos, además de proceder a la instalación de nuevos radares.

Este bombardeo inesperado supuso un quebradero de cabeza para los Aliados. Mientras el futuro de la guerra se estaba jugando en la costa normanda, donde algunas unidades germanas oponían una feroz resistencia, la población de Londres se hallaba sometida a un bárbaro castigo. Las V1 de Hitler consiguieron causar en dos semanas miles de víctimas entre la población civil, además de destruir cientos de hogares.

Pero con las V1 no solo se veía afectada la moral de los londinenses, sino que la estrategia a emplear por los ejércitos norteamericano y británico quedaba desarbolada. En principio, era necesario que los Aliados se dirigiesen a la zona del Paso de Calais, el lugar desde el que despegaban las bombas volantes, para poder neutralizar las bases de lanzamiento. Sin embargo, Eisenhower tenía como misión terminar con la guerra cuanto antes, y para esto era necesario forzar al máximo el avance en dirección a Alemania, por lo que no podía desviarse de este objetivo para encaminarse a esa región. Se planteaba así un dilema de difícil solución.

Por otro lado, Churchill también deseaba derrotar cuanto antes a los alemanes, pero mientras tanto no podía cruzarse de brazos contemplando cómo cada día se lanzaban cientos de V1 desde el otro lado del Canal de la Mancha en dirección a la capital británica.

Ante esta disyuntiva, se optó por emplear a la fuerza aérea para tratar de destruir las bases de lanzamiento, aunque fuera apartando a estos aparatos de las misiones que estaban efectuando sobre los cielos alemanes, destinadas a destruir instalaciones industriales.

Nuevamente surgió otro inconveniente: los aviones de reconocimiento no

acertaban a localizar todos los puntos desde donde despegaban las V1. Si alguno de ellos era destruido, poco más tarde aparecía otro en la zona. La clave era dar con los depósitos donde se encontraban almacenadas las bombas volantes.

Mientras esto sucedía, los servicios de inteligencia trabajaban también para eliminar la amenaza de las V1. Un agente británico que respondía al nombre de Wizard (Hechizero) fue enviado desde París a la costa de Calais para recoger información.

Sin saber muy bien cómo iniciar sus pesquisas, el espía entró en un pequeño restaurante de la localidad de Creil. Allí entabló una informal conversación con otro comensal, un campesino de la zona.

Durante la charla, el aldeano le comentó que antes cultivaba champiñones en una gran cueva situada en Saint-Leo d´Esserent, no muy lejos del pueblo. Sin embargo, se lamentaba de que los alemanes le habían expulsado de allí, para pasar a ser ellos los que cultivasen estos hongos.

Wizard, que no estaba prestando demasiada atención a la perorata de su vecino de mesa, saltó de su silla cuando oyó esa curiosa afirmación. ¿Los soldados alemanes se dedicaban ahora a la crianza del champiñón?

Inquiriéndole por más detalles, el campesino le respondió que esa tarea debían de hacerla muy bien, pues incluso habían construido una vía férrea que se introducía en el interior de la cueva para, de este modo, extraer toda la producción de champiñones. Además, añadió que durante un tiempo vio cómo llevaban a cabo obras para reforzar el techo de la cueva, para lo que empleaban grandes cantidades de cemento y de vigas de acero.

Al oír todo esto, Wizard se despidió de su interlocutor, pagó rápidamente la cuenta y se marchó rumbo al lugar en donde los alemanes cultivaban champiñones. La estrecha vigilancia que rodeaba la cueva demostraba que allí no se estaba llevando a cabo una actividad tan inocente.

Al día siguiente, el agente británico exploró toda la zona, hablando con campesinos y granjeros, y confirmó sus sospechas. Con toda probabilidad, aquella cueva era el lugar en donde los alemanes ocultaban las bombas volantes, para distribuirlas desde allí a los diferentes puntos de lanzamiento. Wizard transmitió este mensaje a Londres. Había cumplido con su misión.

Un total de 4.227 bombarderos de la RAF partieron de sus bases el 1 de julio con el objetivo de destruir por completo ese almacén. Las obras de refuerzo que habían realizado los alemanes no habían sido en vano; la

estructura de la cueva soportó perfectamente la lluvia de bombas. Tan solo la entrada se vio afectada por el ataque, quedando tapada por piedras y cascotes.

Pero en menos de veinticuatro horas la entrada de la cueva volvía a estar abierta, pues los alemanes, trabajando a destajo, habían conseguido apartar todo el material que impedía la salida de las bombas. Para desesperación de los Aliados, al día siguiente volvían a caer las V1 sobre Londres.

Aunque la misión había fracasado, se había descubierto el punto débil. Si se concentraban las bombas sobre la entrada de la cueva, seguramente se lograría taponarla de forma definitiva. Dicho y hecho, 330 bombarderos pesados de la RAF despegaron en la noche del 7 al 8 de julio con el único objetivo de acertar justo en el acceso al almacén.

Gracias a que volaban muy bajo, y la buena puntería de su tripulación, varias bombas penetraron en el interior de la cueva, provocando la explosión de las V1 que allí se encontraban. Además, la entrada quedó totalmente impracticable y la vía férrea destruida.

Los Aliados habían logrado apuntarse un gran éxito. Aunque los bombardeos sobre Londres no finalizarían, esta operación supuso un duro golpe a las pretensiones de Hitler de poner de rodillas a los británicos con sus «armas de represalia».

De las 8.892 bombas volantes V1 que fueron lanzadas contra la capital británica, solo 2.419 alcanzaron su objetivo. El balance de personas que perdieron la vida ascendió a 6.184 (otras fuentes indican 5.649). La fría estadística indica que, afortunadamente, las V1 en su conjunto no fueron capaces de conseguir ni tan siquiera una víctima mortal por cada una de las bombas que despegaron rumbo a Londres.

Teniendo en cuenta las esperanzas que Hitler había depositado en esta «arma de represalia» para arrasar Londres, los bombardeos protagonizados por las V1 no se pueden calificar más que de estrepitoso fracaso.

La otra ciudad que se convirtió en objetivo de las bombas volantes, Amberes, tampoco quedó devastada, como Hitler pretendía. Aunque se lanzaron 5.662 cohetes sobre la ciudad belga, entre V1 y V2,[36] el efecto fue similar al que hubiera provocado un ataque aéreo convencional, causando la muerte de 3.470 civiles.

El único logro de importancia que se pudieron anotar las V1 en Amberes fue debido a la casualidad. El 16 de diciembre de 1944, una bomba volante

cayó sobre el cine Rex, situado en la avenida Keuzer, a las tres y media de la tarde, justo en el momento en que la sala estaba llena de espectadores. Más de la mitad de las 1.200 personas que allí se encontraban eran soldados norteamericanos o británicos.

La explosión causó el desplome del techo del local, sepultando bajo los cascotes a buena parte del público. Después de largas horas de desescombro, se contabilizó un total de 587 cadáveres, de los que 296 eran soldados. A esta cifra habría que añadir los heridos graves, 291, incluyendo 194 soldados. Casi la mitad de estos heridos morirían en los días siguientes.

Esta tragedia, como indefectiblemente sucede siempre, dio lugar a una anécdota. En una reunión de Hitler con sus generales, el 9 de enero de 1945, el general Jodl informó al Führer —ya vemos que con cierto retraso— de este suceso, aunque las cifras que presentó, asegurando que habían muerto 1.100 personas de las que setecientas eran soldados, eran exageradas. La fuente, según Jodl, era un informador que los alemanes tenían destacado en Amberes, cuyo nombre en clave era Whisky.

Hitler, decepcionado por la escasa eficacia que estaban demostrando las armas que antes había calificado de «fantásticas», le interpeló:

—¿Es eso cierto? Pues debe de ser el primer lanzamiento que consigue algo. Pero esto suena tanto a cuento de hadas que no creo que sea verdad. ¡Seguro que a ese informador le paga la gente del equipo de lanzamiento! Por cierto, ¿quién es ese tipo?

—Lo desconozco —respondió Jodl—. Solo sabemos que su nombre es Whisky.

—¡Pues mala cosa, si tenemos que fiarnos de un testigo que se llama así!

Las V1 no solo provocaron el desencanto de Hitler, sino que estuvieron a punto de proporcionarle un serio disgusto.

El 17 de junio de 1944, con el fin de coordinar las acciones destinadas a impedir la progresión de las fuerzas aliadas en Normandía, en donde habían desembarcado once días antes, Hitler se entrevistó con los mariscales Rommel y Von Rundstedt en suelo francés.

El lugar elegido para la reunión fue el cuartel de Margival, próximo a la ciudad de Soissson. Esta instalación había sido construida durante la campaña occidental de 1940, pero nunca llegó a ser utilizada por el dictador germano.

La intención de Hitler era permanecer la noche del 17 de junio en

Margival y dirigirse al día siguiente a otro cuartel próximo, pero el siempre imprevisible Führer decidió cambiar de planes y esa misma noche abandonó Margival para regresar a Alemania. En la decisión influyó el hecho de que una V1 sufriese una avería en su dispositivo de orientación y estallara cerca del búnker; apenas se produjeron daños, pero se abrió una investigación para averiguar si se trataba de un atentado.

Paradójicamente, Hitler había estado cerca de convertirse en víctima de sus propias «armas de represalia».

6

La Unión Soviética resiste el empuje alemán

> «Uno ya puede decir que la tarea de destruir la masa del Ejército Rojo se ha cumplido. Por tanto, no exagero al afirmar que la campaña contra Rusia se ha ganado en catorce días.»
>
> Parte de guerra del general alemán FRANZ HALDER (1884-1972), el 3 de julio de 1941

La invasión de la Unión Soviética, la Operación Barbarroja,[37] constituyó la apuesta decisiva de Hitler. El dictador germano había tenido siempre instinto de jugador; en numerosas ocasiones había apostado su futuro y el de su país al todo o nada, pese a las reservas de los que le rodeaban, y siempre había ganado.

En el verano de 1941 tenía ante sí el gran desafío. Aunque Gran Bretaña había alejado el peligro de la invasión, la Wehrmacht se presentaba aún como una máquina de guerra invencible. Al otro lado de la frontera soviética, el Ejército Rojo, cuyos oficiales habían sido diezmados por las purgas estalinistas, aparecía como una masa ingente de soldados escasamente preparados y dotados de armamento obsoleto. La tentación era muy fuerte para Hitler; si emprendía la ofensiva contra la Unión Soviética a principios de verano, en otoño podría hacer su entrada triunfal en Moscú.

Su sueño de conseguir espacio vital para Alemania en el inmenso territorio ruso lo tenía al alcance de la mano. Era inevitable que el Führer ordenase a sus divisiones invadir la Unión Soviética; tan convencido estaba de que se produciría una victoria aplastante que ni tan siquiera reparó en la necesidad de pertrechar a sus tropas con ropa de invierno.

En las primeras semanas todo discurrió según lo previsto. Nada podía frenar a los veloces panzer y los soldados rusos caían prisioneros por decenas de miles. Pero la llegada de las lluvias de otoño convirtió los caminos en ríos de lodo, donde se quedaron encallados tanques y camiones.

El frío heló las carreteras y permitió que continuase el avance. Pero las bajas temperaturas, que se adelantaron al mes de octubre en uno de los inviernos más fríos del siglo, también congelaron los vehículos y las armas alemanas; en el convencimiento de que Moscú sería conquistado durante el otoño, no se había distribuido líquido anticongelante.

Aunque se intentó poner remedio a estos contratiempos, la improvisación no forma parte del espíritu teutón. Ya era demasiado tarde. Los soldados alemanes alcanzaron las paradas de los autobuses que tenían como destino el centro de la ciudad y llegaron a vislumbrar en la lejanía las doradas torres del Kremlin, pero la capital rusa se convertiría en un objetivo imposible.

Hitler había perdido su gran apuesta.

Sebastopol, el «Pearl Harbor ruso»

En la madrugada del 22 de junio de 1941, la ciudad de Sebastopol, situada en el extremo sur de la península de Crimea, a orillas del mar Negro, fue objeto de un ataque aéreo alemán por sorpresa, sin previa declaración de guerra, similar al que seis meses más tarde realizó la aviación japonesa contra la base estadounidense de Pearl Harbor.

Sebastopol ya había sido objeto de una dura pugna durante la guerra de Crimea (1854-1855), cuando las tropas combinadas británicas, francesas y turcas la ocuparon después de un prolongado sitio. Precisamente en esta ciudad combatió León Tolstoi defendiéndola del asedio. Sus experiencias le servirían de inspiración para *Guerra y paz*, el libro que, tal como veremos luego, sería utilizado por los soviéticos para intentar destruir el mito de la invencibilidad alemana.

La Segunda Guerra Mundial no tendría piedad con ella. No solo sería víctima de ese inesperado ataque con el que se iniciaba la invasión de la Unión Soviética, sino que sufriría la ocupación nazi desde julio de 1942 hasta mayo de 1944.

Aunque en junio de 1941 los alemanes habían estado acumulando tropas y material en el este, y numerosos informes aseguraban que se estaba

preparando una invasión, un confiado Stalin creía ingenuamente que Hitler no iba a traicionar el pacto nazi-soviético firmado entre ambos países el 23 de agosto de 1939.

Casi tres meses antes, el 3 de abril, el embajador británico en Moscú había entregado en el ministerio de Asuntos Exteriores un mensaje de Churchill en el que advertía al líder soviético de que los alemanes habían trasladado cinco divisiones Panzer desde Rumanía al sur de Polonia, quedando dispuestas a lo largo de la frontera con Rusia, por lo que —según el comunicado— era inminente una invasión. Debido a la anquilosada maquinaria burocrática, el mensaje no llegó a manos de Stalin hasta el 22 de abril, pero el aviso no solo no provocó la menor inquietud en el dictador soviético, sino que se burló de la conclusión apuntada por los ingleses.

En fechas posteriores se continuaron recibiendo informes, en este caso de espías soviéticos en Alemania, avisando de la proximidad del ataque, además de un nuevo mensaje británico en el que se aseguraba que la invasión se produciría el 21 de junio —en realidad fue tan solo un día más tarde—; incluso el 18 de junio, un soldado germano desertó, atravesó la frontera y comunicó a los soviéticos que los alemanes abrirían fuego el 22 de junio.

A esto hay que añadir que, durante los dos meses anteriores al ataque, los puestos de observación soviéticos informaron de la presencia de vuelos de reconocimiento alemanes en veintidós ocasiones.

Además, un aparato germano con cámaras fotográficas se estrelló en suelo ruso; al analizar las películas se comprobó que el avión había estado fotografiando todas las instalaciones militares soviéticas cercanas a la frontera.

Inexplicablemente, aunque el dictador alemán ya había demostrado que los acuerdos diplomáticos solo los mantenía mientras favorecían sus intereses, Stalin consideraba improbable un ataque. De hecho, el 13 de abril, cuando los alemanes ya habían tomado la decisión de invadir la Unión Soviética, en una ceremonia celebrada en el Kremlin en honor del ministro de Asuntos Exteriores japonés, Stalin abrazó al embajador alemán en Moscú y le dijo en voz alta: «¡Nuestras naciones deben seguir siendo amigas y usted tiene que hacer todo lo posible para que así sea!».

La confianza de Stalin en Hitler continuó literalmente hasta el último momento; aunque resulte increíble, los trenes soviéticos que exportaban

materias primas a Alemania continuaron atravesando la frontera hasta la misma noche del 21 al 22 de junio.

Hasta ese momento, en virtud de los acuerdos económicos firmados entre ambos países en enero de 1941 y que mejoraban los anteriores de febrero de 1940, los soviéticos habían enviado a Alemania casi dos millones de toneladas de cereales, cerca de un millón de toneladas de petróleo y unas 100.000 toneladas de algodón, y estaba pendiente la entrega de un millón de toneladas de aceite que debía completarse en mayo de 1942. Precisamente estas aportaciones, especialmente las de combustible, fueron esenciales para que los alemanes llevasen a cabo la invasión.

Por su parte, los envíos germanos de productos manufacturados se fueron retrasando cada vez más, con diferentes excusas, hasta quedar paralizados unos dos meses antes del ataque. Stalin tampoco advirtió aquí nada sospechoso en la conducta alemana.

Pese a esta desconcertante confianza, los rumores de una invasión alemana no dejaban de correr entre los militares soviéticos desde los primeros días del mes de junio, por lo que se procedió a tomar medidas encaminadas a impedir este hipotético ataque procedente del oeste.

La flota del mar Negro, fondeada en Sebastopol, comenzó a realizar prácticas de oscurecimiento, apagando todas las luces de sus buques para no ser localizada por la aviación enemiga. Además, las instalaciones de tierra también llevaron a cabo ejercicios de este tipo, cubriendo las ventanas o los faros de los vehículos. Pero la imprevisión ya comenzaba a hacerse palpable; dos faros situados a varios kilómetros, abastecidos por equipos electrógenos, no participaron de estas maniobras.

En la noche del 21 de junio, desde Moscú llegó la orden de que toda la flota del mar Negro fuera oscurecida, sin aclarar si se trataba de unas maniobras o de los preparativos para la defensa ante un ataque de los aviones germanos. Así se procedió, excepto con los dos faros; casualmente, esa noche no funcionaba la línea telefónica que comunicaba con ellos, por lo que desde Sebastopol se tuvo que enviar a dos motoristas para darles la orden de viva voz.

A las dos de la madrugada, tanto la base naval como la ciudad de Sebastopol estaban ya totalmente a oscuras. Aun así, todo el personal creía que se trataba de un nuevo simulacro, por lo que no se reforzó la vigilancia.

Una hora más tarde, un oficial que estaba de guardia recibió el aviso de

dos puntos de observación costera que advertían de que varios aparatos se aproximaban a Sebastopol por el oeste. Este oficial, el capitán Rybalko, no le dio mayor importancia a este hecho, pero comprobó rutinariamente la presencia de aparatos soviéticos. De repente, advirtió que en esos momentos todos debían de encontrarse en tierra, por lo que podían ser aviones enemigos.

Aunque pidió más detalles sobre los aparatos, los vigías no pudieron proporcionárselos. Mientras tanto, aquellos misteriosos aeroplanos continuaban su camino en línea recta hacia Sebastopol.

El siguiente paso del capitán Rybalko fue consultar urgentemente con sus superiores. Como nadie quería dar la orden de abatir los aparatos, por temor a que fueran soviéticos, el oficial acabó telefoneando al jefe de la flota del mar Negro, el almirante Eliseyev, que le permitió disparar contra los aviones, pero bajo la responsabilidad de Rybalko.

Una vez obtenido este permiso, el capitán llamó de inmediato al teniente Zhilin, quien estaba al mando de los cañones antiaéreos. Rybalko tropezó de nuevo con la ineficacia rusa, teniendo que soportar que el teniente le dijera:

—Muy bien, ordenaré disparar, pero tenga en cuenta que en el caso de que sean nuestros la responsabilidad será solamente suya. Ahora, para que quede constancia, voy a anotarlo en el cuaderno de operaciones…

—¡Escriba lo que quiera, pero dispare de una vez a esos aviones! —le respondió airado el capitán.

Pero ya era tarde. Cuando los soldados soviéticos estaban a punto de disparar sus cañones antiaéreos, los aviones alemanes lanzaban sus bombas sobre la base naval de Sebastopol. Se estaba produciendo lo que luego sería conocido como el «Pearl Harbor ruso».

Aunque la invasión nazi ya había comenzado, la maquinaria soviética tardaría en responder. Cuando los primeros comunicados que informaban del ataque llegaron a Moscú, los operadores que los recibían creían que se trataba de una broma. Al comprobar que era verdad, en lugar de demandar más información se dedicaban a protestar porque los mensajes no habían sido cifrados, ante la desesperación de los encargados de transmitir las llamadas de socorro.

Casi en esos mismos momentos, en el mar Báltico se producía otro ataque alemán por sorpresa, en este caso a un carguero ruso que transportaba madera procedente de Suecia. Cuatro lanchas torpederas hundieron ese

barco, en una injustificada acción, aún más cruel si se tiene en cuenta que los supervivientes que habían logrado huir en los botes salvavidas fueron ametrallados desde los barcos alemanes.

Por su parte, pese a las evidencias, Stalin seguía sin creer que Hitler le hubiera traicionado. Ante la posterior llegada de informaciones que hablaban de ataques germanos en varios puntos de la frontera, el líder ruso se limitaba a considerarlos como «una provocación de los generales alemanes». Pero no tardaría en darse cuenta de que no se trataba de ninguna escaramuza, sino de una invasión en toda regla, que a la postre acabaría costando la vida de veinte millones de sus compatriotas.

Stalin acogió con incredulidad la noticia de que, durante la madrugada, el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Joachim von Ribbentrop, había entregado al embajador soviético en Berlín una declaración formal de guerra. Las dudas de Stalin quedarían completamente despejadas a las seis de la mañana del 22 de junio, cuando el embajador alemán en Moscú, el conde Von Schulenburg, entregó personalmente al ministro de Asuntos Exteriores, Vyacheslav Molotov[38] una nota oficial de declaración de guerra a la Unión Soviética.

Este escuchó en silencio la explicación del alemán y le respondió:

—Es la guerra. Sus aviones acaban de bombardear más de diez aldeas que no tenían protección. ¿Cree usted que nos merecíamos esto?

Dicho esto, Molotov cogió el papel y después de leerlo, sin mediar palabra, escupió en él y lo rompió. Seguidamente, llamó a su secretario Poskrebichev y le pidió que indicase al embajador germano la salida por la puerta de atrás.[39]

Otro político que tuvo una noche agitada fue Winston Churchill. A las cuatro de la madrugada, un asistente entró corriendo en su dormitorio, anunciando a gritos la invasión de la Unión Soviética. En lugar de celebrar que Hitler había renunciado definitivamente a atacar Gran Bretaña, Churchill —que le daba mucha importancia a las horas de descanso— amonestó agriamente a su colaborador, recordándole que había dejado órdenes estrictas de que tan solo lo despertasen en el caso de que los alemanes estuvieran ya desembarcando en las playas británicas.

Por su parte, Mussolini tampoco pudo conciliar el sueño esa noche. Hitler le envió una comunicación anunciando la inminente invasión a las 2.45 de la madrugada, tan solo un cuarto de hora antes de iniciar las hostilidades. El

Duce se indignó ante esta desconsideración que denotaba la escasa confianza que tenían los alemanes en que los italianos pudieran mantener el secreto.

El ataque por sorpresa a la Unión Soviética puede calificarse como el más colosal de todos los tiempos. Las cifras quedan fuera del alcance de la imaginación. Más de tres millones de soldados alemanes atravesaron la frontera, acompañados de unos 3.600 tanques y 600.000 vehículos motorizados. Además, se destinaron a la invasión 7.000 piezas de artillería y 2.500 aviones.

La respuesta rusa tampoco anduvo a la zaga. En las fronteras occidentales de la URSS había también unos tres millones de soldados rusos, mientras que el número total de tanques superaba los 14.000, pese a que tan solo unos 2.000 de ellos eran suficientemente modernos. Los soviéticos contaban con una superioridad en artillería en una proporción de cinco a uno y poseían el triple de aviones.

Con este descomunal duelo comenzaba una nueva fase de la Segunda Guerra Mundial que acabaría costando la derrota a Hitler. Pero el avance victorioso de los panzer continuaría aún durante unos meses, hasta que el invierno ruso se encargó de derrotar a los que se habían atrevido a desafiar por primera vez al gigante soviético aquella madrugada del 22 de junio de 1941 en Sebastopol.

***Una singular edición de* Guerra y paz**

Aunque pueda parecer lo contrario, la buena literatura no tiene por qué estar reñida con la guerra. O al menos esto fue lo que pensó el embajador soviético en Londres, Ivan Maisky, cuando las tropas alemanas invadían su país casi sin oposición, en verano de 1941.

Los ingleses estaban inquietos porque, pese a que había sido un alivio para ellos que la atención de Hitler se dirigiese hacia el este, las victorias de los panzer en las estepas rusas sembraban serias dudas de que la Unión Soviética pudiera frenar la agresiva expansión nazi en el continente europeo.

Para despejar las dudas de que el pueblo ruso resistiría al invasor, el embajador Maisky decidió promocionar la lectura de la célebre obra maestra de León Tolstoi, *Guerra y paz*, escrita entre 1864 y 1869, donde se

narra el fracaso de Napoleón en tierras rusas, así como la dramática retirada de sus tropas, con lo que se quería establecer el paralelismo con Hitler y sus ejércitos, aparentemente invencibles.

Para reforzar esta comparación, es frecuente oír que Hilter puso en marcha la invasión de la Unión Soviética el mismo día, 22 de junio, que Napoleón mandó a sus tropas avanzar sobre Rusia. No es cierto; el corso ordenó a la Grande Armée cruzar al otro lado del río Niemen el 24 de junio de 1812.

Las fuerzas puestas en liza por Napoleón y por Hitler no tienen comparación. Mientras que el francés reunió 378.000 hombres, el alemán, curiosamente, tuvo a su disposición una cantidad exactamente diez veces superior, 3.780.000.

En las primeras ocho semanas de campaña, Napoleón perdió la mitad de sus efectivos. El 1 de septiembre de 1941, los alemanes habían sufrido poco más de un diez por ciento de bajas, 409.998, pero teniendo en cuenta la cantidad de partida, este número se antoja bastante alto. Más preocupante para Hitler era el estado que presentaba el material; solo el 47 por ciento de los blindados estaba, en esa fecha, en condiciones de ser utilizado. El resto se encontraba averiado o destruido.

Pese a estas diferencias, el diplomático estaba convencido de que establecer ese paralelismo era beneficioso para la debilitada moral de los Aliados. No obstante, Maisky comprobó que, pese a la fama de que gozaba el libro, había pocos ejemplares disponibles de esta obra en las librerías, por lo que él mismo encargó una edición de *Guerra y paz* a un precio asequible para que pudiera alcanzar así la máxima difusión.

Sobre esta inesperada utilidad bélica de la obra de Tolstoi, se desconoce si la original iniciativa para promover la lectura del genial escritor ruso tuvo algún efecto sobre la opinión pública británica, seguramente preocupada por otros aspectos más prácticos, como conseguir comida o escapar de los bombardeos, que por extraer paralelismos históricos de esta monumental novela.

Cómo conseguir unas buenas botas

Antes de iniciarse la invasión de la Unión Soviética, Hitler estaba convencido de que sus tropas derrotarían al Ejército Rojo antes de la

llegada del mal tiempo y que entonces podría retirar dos tercios de las divisiones, manteniendo el resto como fuerzas de ocupación.

Por lo tanto, las previsiones de ropa de invierno tan solo se habían calculado en número suficiente para satisfacer las necesidades de un tercio de las fuerzas. De todos modos, este material invernal llegaría demasiado tarde debido a las enormes dificultades que la Wehrmacht tenía para llevar a cabo cualquier tipo de transporte, a causa de los caminos impracticables y la escasez de vehículos disponibles.

El 30 de noviembre, el general Fedor von Bock se quejaba al también general Walther von Brauchitsch de que los abrigos de invierno para las tropas no habían llegado aún, lo que suponía un retraso fatal teniendo en cuenta las bajas temperaturas que ya se padecían.[40]

Tres semanas después, el general Heinz Guderian informaba a Hitler, en un tono agrio, de que la ropa de invierno no había llegado a sus unidades y que había perdido por congelación más del doble de hombres que por las acciones del enemigo. Tras esa protesta, el Führer dio órdenes de que el Partido iniciase una campaña de recogida de abrigos y mantas en todas las ciudades alemanas.

Mientras tanto, en el frente ruso, los soldados no podían esperar tranquilamente la llegada del equipamiento. Así pues, se veían forzados a quitar la vestimenta a los cadáveres enemigos y a improvisar un calzado adecuado. Los alemanes utilizaban unas botas de cuero de muy buena calidad, pero que no eran útiles en el barro y la nieve. Por su parte, los soldados italianos que luchaban al lado de los germanos empleaban una especie de zapatos de cartón que les aislaban, sin mucho éxito, del frío.

Por lo tanto, una pieza codiciada eran las botas de los soldados rusos, que les eran arrebatadas cuando se les hacía prisioneros. Pero no solo los soldados vivos eran objeto de este expolio, sino que también los muertos eran dejados sin botas, aunque en este caso los alemanes debían enfrentarse a una dificultad: al quedar los cadáveres congelados, era imposible descalzarlos.

El método empleado para hacerse con las botas no podía ser más macabro; las piernas eran cortadas por debajo de la rodilla y luego eran cargadas en un vehículo y trasladadas al campamento. Una vez allí, las piernas, con sus respectivas botas, eran introducidas en el horno durante unos diez minutos o puestas al fuego en una parrilla, hasta que la carne se

ablandaba y era posible extraerla con un cuchillo. Al cabo de unas horas, cada soldado alemán disponía ya de un buen par de botas rusas.

La ocasión en la que se obtuvieron más botas siguiendo este horrendo procedimiento supuso la amputación de las piernas de un total de 73 soldados soviéticos.

Al finalizar el año, la Wehrmacht había sufrido 100.000 casos de congelamiento, más de 14.000 con necesidad de amputación. Al llegar la primavera, la cifra de bajas por congelación se había elevado a 250.000, la mayoría de ellas de gravedad, sin contar miles de casos de neumonía o gripe directamente relacionados con el intenso frío.

En total, la suma de pérdidas alemanas, entre muertos y heridos, ascendió en abril de 1942 a 625.000 hombres. Aunque los rusos habían sufrido más de un millón de bajas, la capacidad del ejército soviético para poder reemplazar esos efectivos sería la que acabaría inclinando la balanza de la victoria a su favor.

Pero no solo los hombres se veían afectados por el intenso frío. Los líquidos de retroceso y los lubricantes de los cañones se congelaban, mientras que los resortes y muelles de acero se rompían como si fueran de cristal. En ocasiones, tan solo uno de cada cinco tanques estaba en condiciones de disparar; el resto tenía sus mecanismos encallados por culpa del frío, lo que les convertía en armatostes inútiles ante los ataques rusos.

Además, los rifles y ametralladoras solían presentar problemas similares, por lo que, tal como pasó en Tikhvin en enero de 1942, los alemanes tuvieron que huir apresuradamente de los soviéticos, pese a tener más y mejor armamento.

La falta de lubricantes adecuados llevó a los alemanes a ensayar con otros líquidos. Se empleó, por ejemplo, el queroseno, pese a que debía ser repuesto constantemente. También se utilizó aceite de girasol, que ofrecía un rendimiento aceptable, pero tan solo pudieron obtenerlo las tropas que operaban en Ucrania. Cuando no era posible otra solución, los soldados acababan haciendo hogueras bajo los cañones para que estos no se congelaran.

Los motores solían fallar muy a menudo. Al principio se intentaban arrancar remolcando el vehículo, pero eso terminaba destrozando los cigüeñales, las cajas de cambio y las transmisiones. Más tarde, se optó también por calentar los vehículos con hogueras durante dos horas por lo

menos, antes de intentar arrancarlos. Durante los períodos de alerta, los vehículos eran mantenidos en marcha durante horas con el consiguiente derroche de combustible. Solo a partir del segundo invierno en Rusia, los alemanes pudieron contar con lubricantes adecuados que evitaron en parte estos problemas. Aun así, la mítica eficacia germana se estrelló contra el invierno ruso, debido a la precipitación de Hitler al decidir una campaña tan compleja.

El general Waldemar Erfurth dejó escrito en sus memorias que, antes de 1941, el Estado Mayor nunca había mostrado ningún interés por la historia de las guerras en el norte y este de Europa; no se habían analizado las guerras de los rusos contra los suecos, fineses y polacos, a pesar de haber sido publicadas en alemán. Según Erfurth, los militares germanos se habían conformado con estudiar posibles campañas contra países fronterizos, como Polonia o Francia y, por lo tanto, nadie se había planteado nunca realizar operaciones militares en regiones más alejadas, como Rusia.

Otro ejemplo de improvisación fue la dispar procedencia del material empleado durante esta campaña. Los alemanes reunieron armas y vehículos de todo tipo. Muchos camiones eran franceses o suizos, fabricados antes de la guerra, y otros habían sido capturados a los Aliados. Todos estos camiones eran apropiados para carreteras asfaltadas, pero inútiles en los caminos embarrados con que se encontrarían los alemanes.

Aún más variados eran los orígenes de las armas. Una buena parte de ellas eran checas, pero también había francesas o noruegas, lo que ocasionaba numerosos problemas a la hora de abastecerlas de munición o piezas de recambio.

Esta situación ya fue advertida en noviembre de 1940, siete meses antes de la invasión, por el general Eduard Wagner, quien aseguró que las grandes distancias impedirían el abastecimiento de las tropas alemanas. Según los cálculos de Wagner, la distancia máxima de penetración en territorio soviético no podría ser superior a quinientos kilómetros sin que se resintiese el avance. Sus apreciaciones se demostrarían acertadas, pero en esos momentos no se tuvieron en cuenta.

Las autoridades militares encargadas de la logística consideraron que no haría falta más munición que la empleada en la corta campaña de Francia. Naturalmente, esos cálculos se revelarían fatalmente erróneos. Igualmente, la capacidad de los canales de transporte tuvo que emplearse casi en su

totalidad para proporcionar combustible y munición a las tropas de vanguardia, por lo que no quedaba espacio para enviar a primera línea algo tan esencial como comida para la tropa o forraje para los caballos. Para obtenerlos, los soldados se verían obligados a practicar el pillaje, lo que provocaría la enemistad de la población civil.

Con todo ello, lo que queda claro es que la Operación Barbarroja se inició acusando una improvisación que la condenaba de forma ineludible al fracaso. Tan solo la torpeza de Stalin al estacionar las mejores unidades de su ejército en la frontera, que fueron barridas por los panzer, estuvo a punto de premiar la audacia de Hitler. En cuanto las líneas de aprovisionamiento se alargaron hasta la distancia crítica e hizo su aparición el previsible invierno ruso, la Wehrmacht penó las trágicas consecuencias de la pésima organización de la campaña.

El olfato es útil en el frente

Las patrullas de soldados alemanes que tenían como misión inspeccionar la línea del frente solían estar integradas por no fumadores. ¿Cuál era la razón?

Aparentemente, puede parecer que de este modo se evitaba la posibilidad de que algún soldado despistado encendiese una cerilla en mitad de la noche para prender un cigarrillo y de este modo revelar su posición a los tiradores soviéticos, pero no es así. Tampoco tiene nada que ver el hecho de que Hitler fuera un enemigo acérrimo del consumo de tabaco.

El motivo hay que buscarlo en el mejor sentido del olfato que poseen los no fumadores, algo fundamental para localizar a los soldados rusos. En efecto, los soviéticos padecían unas condiciones higiénicas deplorables, por lo que su sudor era fácil de detectar a gran distancia.

Aunque hay que imaginar que los alemanes tampoco debían de oler mucho mejor, los soviéticos agravaban esa circunstancia con dos elementos más, que acababan por conformar un cóctel explosivo. Uno era el pestilente humo del tabaco barato que solían fumar en todo momento y el otro el agresivo olor de la loción empleada para eliminar los piojos.

Por todo ello, los alemanes podían descubrir la presencia de soldados rusos en las proximidades con tan solo emplear el sentido del olfato.

La trágica hazaña del Dinamo de Kiev

Durante la Segunda Guerra Mundial, todos los ámbitos de la sociedad se vieron afectados por el desarrollo de la contienda. El mundo del deporte, y concretamente el del fútbol, también sufrió una tragedia que pasó a la historia como un símbolo de la lucha del ser humano contra la opresión.

Los aficionados al cine recordarán, sin duda, la película *Evasión o victoria*, dirigida por el mítico cineasta John Huston.[41] En este film se relataba la propuesta de un oficial alemán a los internos del campo de prisioneros de Gensdorff para jugar un partido en el estadio parisino de Colombes contra una selección germana. Ese día, los Aliados debían limitarse a interpretar el papel de simples *sparrings* ante los jugadores nazis, para que la propaganda de Goebbels pudiera exaltar la prevista victoria del equipo alemán.

Según el guion, los prisioneros decidían aceptar la proposición, pero con el objetivo de aprovechar esa circunstancia favorable para intentar evadirse. El plan era abandonar el estadio durante el descanso. El día del partido, en la media parte, los alemanes estaban por delante en el marcador, por lo que los Aliados se ven en la disyuntiva de evadirse o de continuar jugando para vencer a sus captores.

Como no podía ser de otro modo, y sin querer desvelar el desenlace, la película culmina en un final feliz. Sin embargo, la realidad que inspiró el argumento de *Evasión o victori*a se alejaba bastante de esta historia de ficción. El escenario donde se produjo este enfrentamiento no fue la capital de Francia, sino la de Ucrania, y el equipo que debía jugar contra los alemanes no estaba formado por prisioneros británicos y norteamericanos, sino por los integrantes del equipo profesional del Dinamo de Kiev (Dynamo Kyiv).

Tras la invasión alemana, los jugadores de este histórico club fundado en 1927 se quedaron sin empleo, puesto que las competiciones deportivas habían quedado suspendidas. En 1942, con las tropas germanas asentadas en territorio ucraniano y constituidas en tropas de ocupación, una fábrica de pan decidió acoger en su plantilla a los integrantes del equipo. Cuando finalizaba su jornada laboral, los jugadores organizaban partidos de fútbol en un solar cercano, para mantenerse en forma. Estos encuentros despertaron la curiosidad de los soldados alemanes, que acudían al lugar

para admirar la buena técnica de los ucranianos. En un inaudito gesto de amabilidad, las autoridades militares germanas les dieron la oportunidad de volver a entrenar en el estadio Zenith, lo que fue inmediatamente aceptado con gran alegría por los jugadores.

En ese inesperado clima de cordialidad, alguien tuvo la idea de organizar un partido entre una selección del ejército alemán y el Dinamo, para proporcionar un entretenimiento a los soldados y, de paso, facilitar la aceptación de las tropas ocupantes por la población civil. La propuesta fue bien recibida por los locales, fijándose la fecha del encuentro para el 12 de julio.

Lo que comenzó siendo un simple pasatiempo, con el paso de los días fue tomando un cariz mucho más politizado. Finalmente, el partido se iba a celebrar con una intención distinta del intrascendente propósito inicial; los alemanes acabaron tomándose el reto muy en serio, pues pasó a estar en juego la supuesta superioridad de la raza aria. No hay que olvidar que según el enfermizo pensamiento de Hitler, los ucranianos —al igual que los rusos — eran una raza inferior a la que se podía exterminar impunemente.

El destino que les hubiera aguardado a ucranianos y rusos en el caso de que Alemania hubiera alcanzado la victoria no era demasiado halagüeño. Hitler era partidario de expulsar a la mayor parte de la población autóctona al otro lado de los Urales, dejando tan solo una minoría destinada a realizar los trabajos más desagradables, a las órdenes de colonos alemanes.

En sus conversaciones privadas, el Führer solía referirse en muchas ocasiones a sus planes para estos territorios, afirmando que la única educación que se proporcionaría a los nativos sería el hacerles entender las señales de tráfico para que no supusieran un peligro cuando atravesasen a pie las futuras autopistas por las que circularían los vehículos germanos. Hitler no consideraba tampoco necesario que tuvieran derecho a asistencia sanitaria, para regular de este modo su población.

Como triste anécdota, ante la petición de un oficial para colocar carteles de aviso en los pasos a nivel de las vías férreas en Ucrania para evitar atropellos, Hitler se mostró contrario, aduciendo que no tenía la menor importancia si algún nativo perdía la vida en un accidente de este tipo, demostrando de este modo la nula consideración que le merecían los naturales de esa región.

Curiosamente, en los primeros momentos de la Operación Barbarroja,

mientras las tropas soviéticas se rendían en masa, los soldados germanos eran recibidos por la población civil ucraniana como los libertadores que pondrían fin a la férrea dictadura de Stalin.

Los ingenuos ucranianos creían que los nazis posibilitarían la independencia de su nación. Sin embargo, muy pronto se desengañaron de esta precipitada conclusión, cuando comprobaron que los alemanes no tenían ninguna intención de permitirles vivir en libertad, sino que, por el contrario, sus planes pasaban por apoderarse de sus fértiles tierras, conocidas como «el granero de Europa».

Aun así, la noticia de la celebración del partido fue muy bien acogida por la población de Kiev. Como no se trataba de un encuentro de competición oficial, los ucranianos decidieron alinearse bajo un apelativo distinto. Para esa ocasión serían el equipo bautizado con el nombre de Start. Así pues, las paredes de la ciudad quedaron cubiertas por un insólito cartel en el que se podía leer: PARTIDO DE FÚTBOL. FUERZAS ARMADAS DE ALEMANIA CONTRA EL START DE LA CIUDAD DE KIEV. En el palco de honor estaría sentado el general Kurt Eberhard, al mando de las tropas germanas en la capital ucraniana.

El encuentro se saldó con victoria local por goleada (4-1), lo que fue saludado con gran alegría por la población ucraniana, que lo consideró una victoria moral sobre las tropas ocupantes. Pudieron ser más goles los encajados por el portero alemán, pero, inexplicablemente, el árbitro señaló el final del encuentro cuando aún faltaban cinco minutos para que se cumpliese el tiempo reglamentario. El general Eberhard ya no estaba en el palco; se había marchado muy enfadado al recibir su equipo el cuarto tanto.

Las autoridades militares germanas no asimilaron demasiado bien la derrota, por lo que desafiaron a los jugadores del Dinamo a otro encuentro, a disputar el 17 de julio. Este partido de revancha también acabó con una espectacular goleada de los ucranianos (6-0), pese a que el equipo germano se había reforzado con soldados pertenecientes a otras divisiones, llegados expresamente para jugar el partido.

Para los alemanes, el asunto comenzaba a ser una cuestión de honor que requería una solución definitiva. No era aconsejable disputar un nuevo choque, al haber quedado clara la superioridad de los ucranianos. Por lo tanto, para derrotarles se recurrió… ¡a un equipo húngaro! Hay que recordar que el país magiar era entonces aliado de la Alemania nazi y estaba participando también con material y efectivos en la invasión de la URSS.

Se hizo llegar a Kiev a los jugadores del MSG Wal, que se enfrentaron al Start tan solo dos días después del segundo encuentro. Los húngaros tampoco pudieron escaparse de la consiguiente goleada (5-1). La correspondiente revancha, disputada el día 26, estuvo más equilibrada, pero los locales acabaron imponiéndose por un ajustado 3-2.

Estas continuas humillaciones llegaron a oídos del Führer, que mostró su enojo ante el atrevimiento de los ucranianos y, sobre todo, por la incapacidad de los jugadores alemanes o sus aliados para demostrar su presunta superioridad racial.

Las autoridades militares destinadas en Kiev estaban intranquilas ante las posibles represalias que Hitler podía ordenar en cualquier momento. Decididos a solucionar la cuestión de una vez por todas, la selección del ejército alemán contaría para el quinto partido con grandes refuerzos. Desde Alemania se envió el grueso del equipo del Flakelf, que entonces jugaba en la primera división. Se llevaron a cabo intensos entrenamientos y se estudió con detenimiento la táctica a emplear para vencer al intratable Dinamo.

El gran día había llegado. El 9 de agosto de 1942 el estadio de Kiev se encontraba abarrotado de un público deseoso de derrotar de nuevo a los invasores, pero consciente de que en esta ocasión no sería tan fácil como en los cinco encuentros anteriores. El choque comenzó muy bien para los alemanes; sus jugadores profesionales tomaron el control del partido, consiguiendo inaugurar el marcador.

Los ucranianos se veían superados por sus rivales, pero poco a poco el orgullo y el ánimo que les transmitía la grada les impulsaban a superar una y otra vez a los contrarios. El empate no tardó en llegar, y poco antes del descanso ya habían conseguido que el 2-1 subiese al marcador.

Los alemanes, que en los primeros minutos veían posible la victoria, empezaban a temerse lo peor. Si se perdía ese encuentro, la furia de Hitler podía caer violentamente sobre ellos. Había que ganar a toda costa. Así pues, un oficial germano se dirigió al vestuario del Dinamo y comunicó a sus jugadores que debían perder el partido o, en caso contrario, tendrían que atenerse a las consecuencias…

Cuando el alemán se marchó, un sentimiento de preocupación cundió en el vestuario. Los jugadores sabían que la amenaza era seria y que sus vidas estaban en peligro. Cabizbajos, todos miraron fijamente al suelo, pensando en sus familias, pero también en todos los compatriotas que llenaban el

estadio, felices porque ellos estaban manteniendo la dignidad ante sus opresores.

Nadie se atrevía a tomar la palabra; la segunda parte estaba a punto de comenzar, así que se dirigieron al túnel para saltar de nuevo al terreno de juego.

Una vez reiniciado el encuentro, los ucranianos acusaron las amenazas recibidas unos minutos antes. Obviamente, no estaban concentrados en el juego y eso fue advertido de inmediato por todos los seguidores. El público, que no sabía nada del terrible dilema que sus jugadores estaban afrontando, comenzó a animar aún más, con cánticos y continuos gritos de aliento. Poco a poco, contagiados por su incansable apoyo, los hombres del Dinamo fueron recuperando las fuerzas y volvieron a acorralar a los alemanes en su área.

El fruto de esta presión fue el gol del 3-1, que sentenciaba el encuentro. Pese a la alegría de la grada, los jugadores no se dejaron llevar por el júbilo general; sabían que los alemanes les harían pagar muy cara la satisfacción por haber marcado ese tanto.

Cuando el partido estaba a punto de finalizar, un cuarto gol certificaba la goleada; la hazaña se había conseguido. El Dinamo de Kiev, aunque fuera con el nombre de Start, había vencido al equipo germano.

Durante unos minutos, los jugadores ucranianos se dejaron llevar por la euforia y celebraron junto con el público la hazaña conseguida. Por su parte, los integrantes del once alemán se retiraron a toda prisa a los vestuarios, fulminados por las miradas de desaprobación de los oficiales germanos que habían presenciado el choque desde la tribuna.

Sobre el encuentro se extendió un manto de silencio; a la prensa local se le prohibió publicar ninguna información y, por supuesto, nadie en Alemania supo de la derrota que sus jugadores habían sufrido en Kiev.

La venganza solo tardó unos días en llevarse a cabo. Los jugadores locales fueron arrestados uno a uno. Aquí se pierde la pista de varios de ellos y se desconoce si fueron fusilados o trasladados a algún campo de prisioneros, aunque lo más probable es que todos ellos sufrieran torturas. Tan solo están confirmadas las muertes de cuatro de ellos: Iván Kuzmenko, Mykola Trusevich, Olexiy Klimenko y Mykola Korotkikh, que fueron fusilados en Babi Yar.[42]

Hoy día, delante del estadio del Dinamo de Kiev, una emotiva figura

escultórica recuerda la gesta de esos jugadores. Su único crimen había sido jugar mejor que el contrario.

Las palabras que mejor definen esta tragedia fueron las del escritor ucraniano Anatoly Kuznetsov: «Fue una hazaña realmente inmortal. Ganaron el partido aun sabiendo que iban a morir. Y lo hicieron para que el pueblo no se olvidara de su dignidad».

Pero la represión sobre los jugadores de fútbol no fue exclusiva de los nazis. El régimen totalitario soviético también castigó duramente a los deportistas que consideraba que no servían a sus intereses.

Un ejemplo casi surrealista es el de los hermanos Starostin, que jugaban en el equipo de fútbol del Spartak de Moscú. En 1942, estos cuatro hermanos fueron detenidos, interrogados y enviados a campos de concentración, sin motivo aparente.

Casualmente, los Starostin habían tenido un papel determinante en la victoria decisiva que habían conseguido el año anterior contra su histórico rival, el Dinamo de Moscú, el equipo favorito del tan todopoderoso como siniestro jefe del servicio soviético de inteligencia, Lavrenti Beria.

Aunque pueda parecer que el motivo era nimio, si contemplamos las arbitrariedades que se producían en aquellos años a la hora de detener a algún ciudadano la hipótesis de una infantil represalia de Beria es perfectamente plausible.

Aunque las condiciones de vida que sufrieron los hermanos Starostin en los campos siberianos no eran precisamente envidiables, la realidad es que gracias a su fama como futbolistas pudieron disfrutar de algunos modestos privilegios. Quien tuvo más suerte fue el que gozaba de mayor reconocimiento popular, Nikolái Starostin, la auténtica estrella del equipo.

Teniendo en cuenta que los responsables de los campos organizaban competiciones con equipos formados por prisioneros, todos deseaban contar con Nikolái para derrotar a los otros campos que participaban en esos improvisados campeonatos. Los jefes de los campos utilizaban sus influencias en Moscú para conseguir el fichaje de la estrella del Spartak, que era recibido con todos los honores cuando llegaba a su nuevo destino.

Por desgracia, las represalias contra los deportistas por los regímenes dictatoriales no acabaría con el final de la Segunda Guerra Mundial; todavía en la década de los noventa, los jugadores de la selección de fútbol de Irak sufrieron torturas en castigo por haber caído derrotados en una competición

internacional.

No existen prisioneros rusos

De todos es conocida la inflexibilidad del dictador soviético Josif Stalin con los que consideraba sus enemigos. Durante la década de los años treinta, el zar rojo llevó a cabo sus famosas purgas, en las que ordenó fusilar a todos sus posibles adversarios o incluso a los que él suponía que aspiraban a sucederle algún día.

Esta drástica depuración llegó también a las filas del ejército. La mayoría de los oficiales más destacados fueron también ejecutados, por lo que el Ejército Rojo, al estallar la guerra, acusó la falta de un modelo eficaz de organización.

Estos métodos represivos no fueron empleados solo con sus compatriotas. Como ejemplo de la frialdad de Stalin es significativo el tratamiento que dispensó a los resistentes polacos encuadrados en la Armia Krajowa (Ejército Nacional), que habían luchado contra los alemanes y que, una vez ocupado su país por el Ejército Rojo, no admitían el dominio soviético.

Stalin albergaba sus propios planes para el futuro de Polonia y deseaba tener las manos libres. Así que en marzo de 1945 decidió invitar a esos miembros destacados de la resistencia para que viajasen a Moscú, con el aparente fin de negociar la formación de un gobierno que integrara a las distintas fuerzas políticas, tal como se había acordado con las otras potencias en la Conferencia de Yalta.

Así pues, unos oficiales rusos trasladaron la invitación de Stalin a los representantes de este grupo, dieciséis en total, a esa reunión para discutir el futuro de Polonia. Los resistentes, con el general Leopold Okulicki al frente, acudieron confiados a la cita, pero en realidad se trataba de una trampa.

Los polacos fueron arrestados y trasladados a Moscú, en donde fueron sometidos a una farsa de juicio, acusados de «terrorismo», «espionaje» y «actividades subversivas detrás de las líneas del Ejército Rojo». Además, se calificaba a Okulicki como «una persona de particular malevolencia». De este modo, Stalin resolvía por la vía rápida cualquier debate sobre el camino que debía seguir Polonia. Las enérgicas protestas del gobierno polaco en el exilio de Londres fueron ignoradas.

El destino de los polacos parecía sentenciado, pero la presión británica y norteamericana lograron que las condenas fueran relativamente suaves. A Oculicki se le impuso una pena de diez años de prisión, mientras que las del resto oscilaron entre cinco y ocho años.

Aun así, la mayoría de ellos no volvería a vivir en libertad; los que regresaron a Polonia fueron de nuevo juzgados y condenados en su país por tribunales prosoviéticos, mientras que la pista de Oculicki se pierde en los campos de concentración siberianos.

Aunque se comunicó al embajador norteamericano en Varsovia que Oculicki había sido amnistiado en 1946, nadie volvió a verle; algunas versiones aseguran que el general polaco falleció durante su cautiverio, en 1947.

Los soldados soviéticos que caían en poder del enemigo también comprobaron en sus propias carnes el carácter despiadado del dictador. El primer caso fue el de los rusos que habían sido capturados por los finlandeses. Al acabar esa campaña, en marzo de 1940, los prisioneros soviéticos desfilaron como héroes por las calles de Leningrado, bajo un arco que proclamaba LA PATRIA DA LA BIENVENIDA A SUS HÉROES.

Este recibimiento no fue más que un cruel espejismo; en cuanto finalizó el desfile fueron encerrados en vagones de ferrocarril, rumbo a los campos de concentración de Siberia, de donde muy pocos volverían a casa con vida.

La explicación a tamaña iniquidad era que los soldados que habían estado cautivos podían haber sido contaminados por ideas contrarias a la revolución, y era mejor aislarlos de la sociedad. Stalin temía que, fuera de las fronteras soviéticas, los prisioneros percibiesen de manera clara las contradicciones de su despótico régimen y que adoptasen una actitud crítica.

Lo mismo ocurrió con los prisioneros que estaban en poder de los alemanes. A Stalin no le preocupaba en absoluto la suerte de sus hombres, lo que demostró rechazando la oferta de Hitler de establecer un servicio postal que permitiese que llegasen paquetes de la Cruz Roja a sus respectivos campos de prisioneros. La razón esgrimida por el líder soviético fue: «No existen prisioneros de guerra rusos porque nuestros soldados combaten hasta morir y, si optan por entregarse al enemigo, dejan de pertenecer a nuestra comunidad».

Si la ingratitud de Stalin con los hombres que habían combatido por la

Unión Soviética en los campos de batalla era absolutamente detestable, hay que reconocer que las convicciones del dictador en este terreno eran inamovibles. Su hijo primogénito, Jakob, no se libraría de ser también una víctima de su intransigencia.

Jakob Dzhugashvili había nacido en 1903, cuando su padre contaba con 24 años, por lo que en el momento de la invasión nazi tenía ya 38 años. Su rango era el de teniente, y sus superiores habían recomendado que fuera ascendido a capitán.

Las relaciones con su progenitor no eran demasiado fluidas. La última conversación que mantuvieron fue precisamente el día de la invasión de la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941. En esa ocasión, ambos hablaron por teléfono; cuando le dijo a Stalin que partía para el frente, este se limitó a responderle «ve y lucha».

Una vez en la línea de fuego, el 27 de junio, quedó encuadrado en un regimiento de artillería. Pese a demostrar valentía y buenas dotes para el mando, nada pudo hacer para impedir que el avance de la 3ª división Panzer dejase aislada a su unidad, que fue sometida a un intenso bombardeo aéreo. Doce días más tarde, el 16 de julio, Jakob y miles de soldados más serían capturados por los alemanes cerca de Vitebsk.

En cuanto los nazis descubrieron su identidad, intentaron atraer a Jakob para su causa. Los alemanes sabían que si lograban que el hijo de Stalin renegase de él, se anotarían un tanto decisivo en la no menos importante batalla de la propaganda. Pese a las enormes presiones recibidas para que colaborara, en las que se alternaban tentadoras promesas con humillantes castigos, se mantuvo fiel a su padre y a la Unión Soviética, rechazando las propuestas de sus captores. Incluso llegó a desafiarles, atreviéndose a pronosticar que jamás tomarían Moscú, un vaticinio que se demostró acertado.

Los alemanes, incapaces de ganarse la confianza de Jakob, decidieron utilizarle para doblegar a Stalin y obtener algunas ventajas a cambio de su libertad. Todos estos esfuerzos destinados a rentabilizar tan suculenta captura se estrellaron contra la firmeza del dictador, que no se planteó en ningún momento entrar en negociaciones para conseguir liberarle. Algunos afirman que las exigencias alemanas no eran inasumibles para Stalin, pues se trataba simplemente de forzar un intercambio de prisioneros.

El dictador soviético llevó hasta las últimas consecuencias su

convencimiento de que «no hay prisioneros de guerra, hay traidores». Es significativo que la mujer de Jakob, Julia Meltser, fuera encarcelada y sometida a interrogatorios poco después de la captura de su marido. La nuera de Stalin pasaría dos años en prisión. Afortunadamente, parece ser que Jakob nunca se enteró de la injusta represalia que estaba recibiendo su esposa.

Mientras tanto, la existencia de Jakob no era demasiado agradable. A las terribles condiciones del campo de prisioneros había que sumar el desprecio de sus compañeros. El hecho de ser hijo de Stalin no le procuró ningún privilegio, sino todo lo contrario. Cuando quiso sumarse a un intento de fuga, fue traicionado por otro prisionero. Todos le imploraban que, a través de los alemanes, intercediese ante su padre para que hiciera algo por ellos. Al comprobar que Jakob no se prestaba a ello, recibía las imprecaciones de sus compatriotas, al borde de la muerte por inanición.

Pese a todo, Jakob mantuvo intacta su dignidad; uno de sus compañeros recordaría años más tarde que en muchas ocasiones se negaba a saludar a los oficiales germanos, lo que le acarreaba continuos castigos.

Finalmente, al comprobar los alemanes que, por más que lo intentasen, Jakob nunca se prestaría a colaborar con ellos, fue trasladado al campo de concentración de Sachsenhausen. Allí comprendió que su padre jamás movería un dedo por aliviar su suerte, por lo que cayó en una profunda depresión.

A partir de aquí, las versiones difieren. Una asegura que, tras una pelea entre presos británicos y rusos, Jakob se negó a regresar a su barracón; echó a correr, sabiendo posiblemente que esta acción le podía suponer ser ametrallado, y fue abatido, en efecto, por las balas de los guardianes alemanes.

Otra versión aún más trágica, pero más improbable, afirma que Stalin Jr. se suicidó arrojándose contra la valla electrificada al escuchar por la radio que su padre no solo no estaba dispuesto a hacer nada para rescatarlo sino que incluso se negaba a reconocer que los alemanes habían apresado a su hijo.

La más aceptada afirma que, el 14 de abril de 1943, Jakob se negó a entrar en su barracón y corrió hacia la zona de seguridad que rodeaba la valla, ante los gritos de advertencia de un centinela. Agarrando con firmeza la alambrada, se dirigió desafiante al alemán y le dijo: «¡Eh, tú! Eres un

soldado, no seas cobarde, ¡dispárame!». Jakob fue ametrallado, muriendo en el acto.

Sea cual sea el modo en el que se produjo el desenlace, la realidad es que Jakob buscó acabar con su vida, desesperado por las penalidades que le había ocasionado ser hijo del dictador soviético.

Aunque probablemente nunca lo reconocería, Stalin podía estar orgulloso de su hijo. Jakob supo mantener su dignidad hasta el último momento, pese a la cruel indiferencia que había recibido de su padre.

Cambio de himno

En junio de 1943, Stalin decidió suavizar la imagen revolucionaria que la Unión Soviética tenía ante las potencias occidentales. Para ello creyó conveniente proceder a sustituir el himno de la URSS, que por entonces era «La Internacional», por otra pieza. Inmediatamente se pusieron a trabajar los mejores compositores del país en la histórica tarea de crear las notas que representarían en el futuro a la Unión Soviética.

Al cabo de un mes, el Comité Central se reunió para escuchar las primeras propuestas, pero ninguna consiguió convencer a los presentes. Los compositores continuaron presentando partituras, sin encontrar el himno que despertase la aceptación general.

Fueron pasando los meses, hasta llegar a la primavera de 1944. Stalin se interesó por el proceso de elección del nuevo himno, y al comunicársele que aún no se había encontrado ninguno aceptable, el dictador mostró airadamente su decepción por el trabajo realizado.

Dispuesto a resolver de una vez por todas un asunto que ya se estaba prolongado demasiado, Stalin lo zanjó de golpe. Teniendo en cuenta la sonoridad y el empaque que poseía el himno del Partido, ordenó que a partir de ese momento se convirtiera en el himno nacional, tan solo modificando su letra. Cuando sus colaboradores le preguntaron entonces cuál sería entonces el himno del Partido, el líder soviético pensó unos segundos y encontró rápidamente la solución: ¡«La Internacional»!

De este modo tan sencillo, con un simple intercambio de himnos, el complejo problema quedó solucionado por el siempre resolutivo Stalin.

Castigo a los desertores

La deserción siempre ha supuesto una opción poco recomendable para un soldado. Las autoridades militares nunca han sido demasiado comprensivas con esa decisión personal, pues si sus tropas percibían que no era castigada con dureza, el fenómeno podía extenderse descontroladamente, al considerar que era preferible soportar un juicio y una temporada en la cárcel que perecer bajo las balas enemigas.

Es posible que los soldados más tentados para dejar las armas fueran los estadounidenses; en el ejército norteamericano se produjeron a lo largo de la Segunda Guerra Mundial unos 19.000 casos de deserción, pero tan solo un soldado llamado Edward Slovik llegó a ser fusilado por ello.

En Estados Unidos los desertores no eran calificados oficialmente como tales, sino con la eufemística expresión «Ausentes sin permiso» (AWOL´s , las iniciales de *Absent Without Leave*) para evitar el más descriptivo término de «desertor». Curiosamente, una investigación del ejército realizada por psicólogos militares demostró que los soldados que durante su infancia habían sido más aficionados a saltarse las clases en el colegio eran más proclives a desertar en el campo de batalla.

El caso del Tercer Reich era bien distinto. Los alemanes tuvieron menos consideración con sus desertores; entre 13.000 y 15.000 de ellos fueron fusilados por sus propios compañeros cuando eran condenados por los tribunales. Aunque no hay que descartar que algunos no estuvieran de acuerdo con ejecutar a sus propios camaradas, en general había acuerdo en que la deserción debía castigarse con la muerte. El hecho de que la inmensa mayoría de soldados reprobase esa actitud, tachándola de insolidaria, se debía sin duda al fanatismo nazi inculcado en las tropas.

En las últimas semanas de la guerra, las ejecuciones sumarísimas por presuntas deserciones aumentaron espectacularmente, llevándose a cabo en el mismo lugar en que el desertor era atrapado, lo que dio lugar a numerosos asesinatos arbitrarios.

Además, hay que sumar las decenas de miles de soldados germanos que fueron enviados a batallones de castigo, por subversión o desobediencia en primera línea, lo que suponía en la mayoría de casos una muerte cierta, al convertirse en muchos casos en simple carne de cañón.

Estas cifras contrastan con las que se dieron durante la Primera Guerra Mundial. En el ejército del káiser, tan solo 48 soldados fueron ejecutados por infringir la disciplina militar.

Pero es probable que fueran los soldados soviéticos los que se lo pensasen más veces antes de tomar la difícil decisión de desertar. Si huían del campo de batalla debían hacerlo a toda prisa u ocultarse muy bien porque, si eran atrapados, sabían que debían enfrentarse a un duro castigo. Como decía un sabio proverbio ruso, que acostumbraban a referir los propios soldados: «El perro sabe lo que le puede pasar si roba el tocino».

Las autoridades militares rusas, en los primeros meses de la guerra, consideraban que los desertores debían ser fusilados como escarmiento público ejemplar para que esos casos no se repitiesen. No obstante, debido a que la lucha contra las tropas alemanas requería de la aportación de todos los medios disponibles, no se podía prescindir así como así de ese material humano.

La solución fue emplearlos para desactivar minas. El método era tan tosco como espantoso. Los condenados eran encuadrados en batallones de castigo y enviados a zonas minadas. Una vez allí, eran obligados a avanzar en formación por el campo de minas, provocando la explosión de las que encontraban a su paso. Una vez retirados los muertos y heridos, el batallón continuaba con su tarea suicida en otra zona.

Aunque este trabajo se presentaba bastante desmoralizador, los desafortunados soldados tenían una esperanza: sufrir alguna herida leve; todos los que resultaban heridos por la explosión de una mina eran perdonados y reintegrados en el Ejército Rojo con todos sus derechos intactos, como si nada hubiera sucedido.

Esto no era tan extraño como puede parecer, ya que no eran pocos los oficiales soviéticos que habían estado a punto de ser fusilados por alta traición y, debido a algún hecho fortuito como un cambio en los mandos, al poco tiempo eran condecorados y honrados como héroes, aunque lo más habitual era que este proceso fuera a la inversa.

Los que no tenían la fortuna de quedar heridos de poca gravedad y morían realizando esta ingrata labor también eran perdonados a título póstumo, aunque es de suponer que este aliciente no era muy valorado por estos involuntarios desactivadores de minas.

Caníbales en la tundra

A los soldados alemanes que caían prisioneros de los rusos les esperaba un

largo y terrible cautiverio en los campos de concentración desperdigados por Siberia.[43] En una primera fase, los soldados capturados fueron destinados a campos para prisioneros de guerra. Tras la derrota alemana en Stalingrado, este sistema quedó desbordado y las autoridades soviéticas se vieron obligadas a emplear los campos destinados a presos políticos y delincuentes comunes para acoger también a los soldados del Eje.

La masificación, unida a la penuria en que vivía toda la población de la Unión Soviética, llevó a que las condiciones de vida en estas prisiones fueran insoportables. Sin embargo, escapar de ellas era prácticamente imposible. El motivo no eran las excepcionales medidas de vigilancia, porque muchos prisioneros salían al exterior para trabajar talando árboles o construyendo líneas férreas. La razón de que la huida fuera una utopía era el insuperable reto de atravesar miles de kilómetros hasta llegar a las zonas pobladas. La mayor parte de este territorio, la tundra, estaba compuesto de pantanos infestados de mosquitos y enormes extensiones de tierra que permanecía congelada la mayor parte del año. Los campos se encontraban en las zonas más recónditas de la Unión Soviética, a los que se llegaba después de un viaje en camión, ferrocarril y barco que podía durar varios meses. Realizar este recorrido de vuelta solo, sin comida ni documentación, suponía prácticamente un suicidio.

Pese a estas dificultades, hubo quien consiguió culminar con éxito la fuga introduciéndose en un avión y llegando a una gran ciudad, aunque en muchas ocasiones el individuo era detenido unos meses más tarde, cuando creía que se hallaba a salvo, al intentar ponerse en contacto con sus familiares.

Se dio el caso de algunos prisioneros que escaparon de su encierro pero que, después de vagabundear unas semanas por el exterior alimentándose de hierbas y musgo y pernoctando a la intemperie, regresaban al campo suplicando comida y un lugar donde dormir.

Sin duda, el problema de la comida era el más importante para plantearse una fuga. La escasez de alimentos en los campos no hacía posible acumular la cantidad necesaria para el viaje, además de que una caminata prevista de varios meses requería un volumen de víveres que no era posible transportar.

La solución que encontraron algunos prisioneros sin escrúpulos está a medio camino entre las historias de horror y el humor negro, y cuesta de creer si no fuera porque está documentada. Dos de los internos, que

cumplían una pena por delitos comunes, decidieron escapar del campo, invitando a un tercero a unirse a ellos. Este último sería la «carne» que consumirían a lo largo del viaje; se trataba de un cocinero entrado en kilos, que cumpliría a la perfección su función alimentaria, evidentemente sin saber el papel que iba a jugar en la fuga.

Unas tres semanas después de iniciada la huida, cuando los escasos víveres con los que habían partido ya se habían agotado, los dos prisioneros mataron al cocinero y se lo comieron, con lo que obtuvieron energías para continuar el camino.

Cuando el hambre volvió a aparecer, a los dos supervivientes les pasó por la cabeza la idea de comerse al otro, además del temor a ser asesinado por el compañero con ese fin. Por la noche, uno de ellos degolló al otro, lo descuartizó y llenó una bolsa con los trozos más apetitosos. Finalmente no le serviría de nada, al ser detenido pocos días más tarde. Los dos sacrificios humanos habían sido inútiles.

Este relato, con numerosas variantes, se explicaba en varios campos soviéticos, por lo que es posible que en algunas ocasiones se tratara de historias ficticias, aunque sí que está demostrado que la desesperación de algunos prisioneros los llevó a tomar esa medida extrema.

Una de las consecuencias de este tipo de episodios es que, a partir de ese momento, surgía una lógica desconfianza cuando alguien recibía la propuesta de fugarse con otros dos compañeros; normalmente, la proposición era rechazada, especialmente si uno consideraba que podía tener unos kilos de más…

Durante la Segunda Guerra Mundial se dieron otros casos en los que se recurrió a la ingestión de carne humana. En la isla de Nueva Guinea, el 18º ejército japonés, desesperado por la falta de alimento, acabó matando en 1945 a indígenas de la tribu de los arapesh para poder alimentarse con ellos.

De todos modos, los casos de canibalismo más frecuentes se dieron entre los prisioneros de guerra soviéticos recluidos en campos alemanes. Estos soportaban unas condiciones atroces, que eran objeto de quejas entre los mismos alemanes, pero no por motivos humanitarios, sino porque eso imposibilitaba que pudieran ser utilizados como mano de obra esclava. Se calcula que, de los 3.600.000 rusos en poder de los alemanes, tan solo unos pocos cientos de miles estaban en condiciones de trabajar.

Como ejemplo del inhumano trato que recibían los prisioneros soviéticos,

basta reproducir el escalofriante testimonio del soldado Benno Zieser en un libro que publicaría después de la guerra con el título de *El camino de Stalingrado*.

Aunque hay quien pone en duda que este relato se ajuste a la realidad, al atribuir al autor el deseo de rebajar la humanidad de los rusos a niveles repugnantes, la veracidad de otras descripciones similares hacen que una escena así fuera perfectamente posible :

«Los "ruskis" estaban completamente debilitados. Apenas se podían tener en pie, y mucho menos eran capaces de ejecutar los trabajos físicos que se les exigían. Sin excepción alguna, todos mendigaban un poco de comida o un cigarrillo. Cuando les echamos un perro muerto se organizó un espectáculo capaz de hacer vomitar a cualquiera. Aullando como lobos, los rusos se lanzaron sobre el animal y lo hicieron pedazos con las manos… Los intestinos se los metieron en los bolsillos, como una especie de ración de reserva».

El hecho de que algunos prisioneros rusos desesperados se viesen abocados a la práctica del canibalismo —lo cual no sorprende después de leer el fragmento anterior— no parecía preocupar mucho a las autoridades germanas.

Tan solo en una ocasión fue objeto de atención por parte de los insensibles dirigentes nazis; a comienzos de 1942, el mariscal del Reich Hermann Göring aseguró al yerno de Mussolini, el conde Ciano, que el tristemente habitual canibalismo de los prisioneros soviéticos había llegado demasiado lejos. La razón aducida por el orondo mariscal era que se habían comido a un centinela alemán.[44]

Un párroco norteamericano visita a Stalin

Uno de los episodios más curiosos y enigmáticos de la historia de la diplomacia soviética se dio en abril de 1944, cuando Stanislaw Orlemanski, párroco de la ciudad estadounidense de Springfield, Massachussetts, realizó una presunta visita oficial a Moscú.

Este sacerdote norteamericano de origen polaco llegó a la capital rusa con la misión de entrevistarse con Stalin para conversar sobre el futuro de la Iglesia católica en la Polonia liberada por los soviéticos. Se presentó asegurando que había sido enviado por el máximo representante de la

Iglesia católica norteamericana y que su misión diplomática contaba con el beneplácito del secretario de Estado, Cordell Hull.

Stalin, que no vio la necesidad de efectuar ninguna comprobación, fijó de inmediato una reunión con él; deseaba ganarse la confianza de los católicos polacos a toda costa, al estar estos en contra de la ocupación del Ejército Rojo y ser partidarios del gobierno exiliado en Londres. A su vez, el encuentro podía servir para ganarse el apoyo de los sectores más conservadores de Estados Unidos, así como para suavizar en general la imagen revolucionaria de su país ante las potencias aliadas.

Por todo ello, Orlemanski fue recibido con todos los honores; la fotografía del sacerdote junto a Stalin fue publicada en la portada del diario *Pravda* el 28 de abril, con la lógica sorpresa de sus lectores, que no esperaban encontrarse al dictador soviético acompañado de un religioso.

Por su parte, el párroco supo corresponder al agasajo de su anfitrión declarando en Radio Moscú que «debo reconocer que Stalin es amigo de los polacos. Quiere que sea constituida una Polonia fuerte, poderosa y democrática, capaz de defender con eficacia sus fronteras. Stalin no se propone inmiscuirse en los asuntos internos de Polonia».

Estas afirmaciones, con la perspectiva histórica que da el conocimiento de los hechos posteriores, suponen un trágico sarcasmo. Lo que desconocemos es si el padre Orlemanski creía realmente en la palabra de Stalin o, por el contrario, se avino a convertirse en el instrumento que el dictador necesitaba para cumplir sus maquiavélicos propósitos de dominación de la Europa Oriental.

Tras un periplo de dos semanas por varias ciudades rusas, el párroco regresó a Estados Unidos. Una vez allí, se descubrió que el sacerdote había viajado a título particular, no como representante de la comunidad católica.

Su superior, el obispo O'Leary, lo suspendió de inmediato de sus funciones obligándole a pedir públicamente disculpas por su audaz visita a la Unión Soviética si quería continuar como párroco. El padre Orlemanski se arrepintió de su iniciativa y pudo seguir en el ejercicio de su ministerio.

Es difícil dilucidar si el sacerdote actuó movido por buenas intenciones, deseoso de ayudar al clero polaco, o si se había propuesto tomar el pelo a Stalin. Tampoco sabemos la reacción del líder soviético al enterarse de que el párroco no representaba a nadie, pero es posible que no lo encajase muy bien. Más aún cuando los católicos polacos se enteraron de que el viaje del

sacerdote había sido criticado por la jerarquía católica, desautorizando ese acercamiento a Stalin. Por lo tanto, el efecto buscado al recibir calurosamente a Orlemanski había dado el fruto contrario al esperado.

La extraña visita quedará en los anales de la diplomacia como una de las más estrafalarias que se hayan producido jamás. El representante no oficial del Vaticano en Moscú, el padre Braun, sacerdote de la única iglesia católica de la capital soviética, consideró el suceso protagonizado por Orlemanski como «la broma más divertida que había visto durante años».

Chasco del general De Gaulle en Moscú

La visita de Charles de Gaulle a la Unión Soviética, en diciembre de 1944, tenía como finalidad establecer un vínculo de amistad entre la Francia recientemente liberada y la emergente potencia rusa que acababa de expulsar a los alemanes de su territorio. El líder galo, con este gesto, pretendía hacer oír la opinión de su país en la nueva Europa que estaba surgiendo de las cenizas de la guerra. De paso, De Gaulle, que tenía previsto reunirse con Stalin, esperaba de este modo consagrarse como un pujante líder internacional.

El propio De Gaulle, en una fecha tan temprana como agosto de 1941, ya había iniciado contactos con los rusos, pues estaba impaciente por cooperar con los soviéticos. Para ello, puso a disposición de los rusos las tropas de franceses libres presentes en Siria, pero los británicos vetaron esta propuesta para no debilitar las posiciones aliadas en Oriente Medio.

En abril de 1942, sin que en este caso se opusieran los ingleses, se propuso el envío de sesenta pilotos, lo que fue aceptado por los rusos. Se formó una escuadrilla que llevaría el premonitorio nombre de *Normandie* y que entraría en combate a finales de ese mismo año.

La nota curiosa era la presencia de un aristócrata entre sus filas, el vizconde de La Poype. En un razonamiento no exento de lógica, los rusos no llegaban a comprender los motivos que podía tener un vizconde para luchar del lado de los bolcheviques.

Los miembros de la *Normandie*, aunque tenían un peso simbólico en la enorme maquinaria de guerra rusa, actuaron demostrando un gran valor. De hecho, en la batalla de Kursk murieron en combate dos tercios de sus integrantes. Las bajas fueron cubiertas por nuevos pilotos, que asestaron

golpes muy duros a la Luftwaffe, como los que ocasionaron los combates aéreos entablados sobre Prusia oriental, en que derribaron cien aparatos alemanes en tan solo tres días.

Por su parte, el vizconde de La Poype llegaría a ser honrado con el título de Héroe de la Unión Soviética, junto a tres compañeros más, pero quizás apreció más otra recompensa más deseada y que muchos no lograron: volver sano y salvo a la Francia liberada.

Con esta colaboración con los rusos, De Gaulle pretendía desmarcarse de sus aliados anglosajones para situar a la entonces débil Francia al mismo nivel. Esta estrategia le ocasionaría no pocos enfrentamientos con Churchill o Roosevelt, que se encontraban más cómodos con los franceses jugando un papel secundario.

En el ambicioso imaginario gaullista, Francia debía asumir con personalidad propia el liderazgo de la Europa occidental, para lo que debía contar con el beneplácito de Stalin, con el que preveía compartir la hegemonía continental. Así pues, con su viaje a tierras rusas, De Gaulle aspiraba a ganarse el apoyo de los soviéticos para que su país pudiera sentarse también en la mesa de los vencedores.

Sin embargo, las intenciones del líder galo se vieron defraudadas por la realidad. Stalin miraba con cierta simpatía al general, pero tanto él como toda la delegación rusa no podían disimular una sensación de superioridad ante el minúsculo peso militar de Francia en esos momentos. Por su parte, los franceses encajaban con resignación ese tono de condescendencia que les llevó a pensar en más de una ocasión que los rusos se estaban burlando de ellos.

De Gaulle, antes de llegar a Moscú, fue invitado a visitar Stalingrado. En esta ciudad, el general hizo entrega de una placa conmemorativa «obsequio del pueblo francés». Pero el momento en que los presentes se quedaron perplejos fue cuando De Gaulle aseguró en su discurso que Stalingrado era «el símbolo de nuestras comunes victorias sobre el enemigo». Los rusos se miraron unos a otros preguntándose cuál había sido la aportación de Francia a la victoria en Stalingrado, recibiendo esta *boutade* con un gesto de incomodidad, pero aun así no se llegó a alterar el ambiente cordial que reinaba en la visita.

Dos días más tarde, a su llegada en ferrocarril a la estación de Moscú, De Gaulle estaba impaciente ante su entrada triunfal en la capital rusa. En el

andén fue recibido con todos los honores por el ministro de Asuntos Exteriores, Vyacheslav Molotov, junto a una guardia de honor, así como el cuerpo diplomático al completo. El líder francés no podía ocultar su satisfacción.

A la salida de la estación le esperaba una multitud. De Gaulle se preparó para recibir un nuevo baño de masas como los que había experimentado en la reciente liberación de su país. Sin embargo, avanzó entre la muchedumbre, que le miraba con indisimulada curiosidad, sin escuchar ningún grito de «¡Viva De Gaulle!». Los moscovitas asistían al acto con indiferencia, ante la sorpresa del líder francés, que llegó a la rápida conclusión de que nadie le había reconocido.

En efecto, los viandantes ociosos se habían ido reuniendo en los aledaños de la estación expectantes ante la desacostumbrada visión de los numerosos coches oficiales allí aparcados, sin tener ni idea del personaje que iba a llegar. Para la práctica totalidad de la población rusa, el nombre de De Gaulle no decía absolutamente nada, por lo que era muy difícil que se produjese el caluroso recibimiento al que el general estaba acostumbrado.

Curiosamente, en sus memorias, De Gaulle describe la escena de un modo muy diferente: «Se había reunido una considerable multitud, de la cual se elevó un murmullo de voces en tono de simpatía».

Los testigos allí presentes, en cambio, coinciden en la frialdad con la que fue acogido, por lo que la apreciación de De Gaulle, que sin duda quedó herido en su orgullo, puede considerarse, como mínimo, de inexacta.

Durante su estancia en la capital rusa, el general se entrevistó en tres ocasiones con Stalin, del que tan solo obtuvo buenas palabras. La realidad es que, pese al exquisito tratamiento que recibió la delegación francesa, en ningún momento los rusos llegaron a tomarse realmente en serio las propuestas galas de un pacto franco-soviético de igual a igual.

El último día se firmó una declaración conjunta que no incluía ninguna de las propuestas francesas sobre Polonia, un tema que era considerado esencial, sino tan solo vagas generalidades para salvar el honor de los visitantes. Este hecho ocasionó un último gesto de De Gaulle, que salió con paso firme antes de lo previsto de los salones del Kremlin, donde se estaba celebrando el banquete de despedida.

Es posible que su experiencia en Moscú fuera vivida por De Gaulle como una afrenta permanente. Durante su estancia, en una recepción en la

Embajada francesa, un diplomático inglés mantuvo un significativo diálogo con el general. Comentando la reciente visita a Stalingrado, De Gaulle dijo:

—¡Ah, Stalingrado! Pese a todo, son un pueblo formidable, una gran nación…

Cuando el inglés se disponía a contestar que estaba de acuerdo con esa apreciación sobre el pueblo ruso, De Gaulle le interrumpió para continuar:

—No, no estoy hablando de los rusos, me refiero a los alemanes. Aunque cayeron derrotados, ¡consiguieron llegar hasta allí!

La contrariedad del líder francés estaba, en cierto modo, justificada. Pese a los agasajos de Stalin, la realidad es que no lograría mayores cotas de presencia internacional para su país. De hecho, el dictador soviético no llegó ni tan siquiera a proponer que Francia estuviera representada en la Conferencia de Yalta, que se celebraría dos meses más tarde con el propio Stalin como anfitrión.

Pillaje desproporcionado

Cuando en 1945 las tropas soviéticas avanzaban por territorio alemán, las violaciones y el pillaje indiscriminados sembraban el terror entre la población germana, que huía despavorida.

Aunque esta actitud era absolutamente reprobable, no se pueden pasar por alto las ansias de venganza que albergaba el Ejército Rojo. Conforme iban recuperando el terreno que había sido invadido por los alemanes en 1941, los rusos comprobaban el rastro de destrucción que los nazis habían dejado en su tierra. Las cifras hablan de unos cinco millones de ciudadanos soviéticos deportados, 1.710 poblaciones destruidas, 7.000 aldeas arrasadas, más de seis millones de edificios afectados y unos veinticinco millones de personas sin hogar. El número de muertos provocados por la guerra de agresión de Hitler escapaba ya a cualquier cálculo.

Por lo tanto, la reacción de los soldados soviéticos cuando entraron en el territorio del Reich era previsible. El pillaje fue considerado un derecho y, desgraciadamente, las mujeres alemanas fueron incluidas dentro de esta categoría.[45]

La primera localidad germana en caer en manos de los soviéticos, Nemmensdorf, en el este de Prusia, ya sufrió un terrible anticipo de lo que ocurriría poco más tarde en el resto del territorio oriental del Reich. El 22

de octubre de 1944, como si de un descenso a las épocas más oscuras de la Edad Media se tratase, Nemmensdorf sufrió la violación, mutilación y asesinato de toda su población femenina, llegando algunas de ellas a ser abiertas en canal.

Las mujeres alemanas padecieron un trato brutal por parte de las tropas rusas. Aunque la fría estadística es incapaz de describir el terror que sufrieron, es muy significativo que una de cada cinco berlinesas optase por quitarse la vida.

Aunque en un primer momento eran ellas las que atraían la atención de los soldados, más tarde los soldados fijaban su atención en los objetos que podían ser útiles en su casa. Muchos de ellos procedían de zonas rurales donde no existían las comodidades de que disfrutaban los alemanes. Acostumbrados a sencillos bancos de madera, la visión de un mullido sillón les invitaba de inmediato a ingeniar el modo de poder regresar a casa con él.

Un oficial ruso contempló atónito cómo tres unidades motorizadas compuestas por cosacos[46] iban cargadas hasta los topes con su botín. En tanques y camiones, e incluso atados a motocicletas, podían verse todo tipo de artículos: colchones, mesas, sillas, fregaderos, hornos de cocina…

El oficial, llamado Ivan Krylov, dio el alto a la columna y se dirigió a un capitán que estaba al mando. Interrogado sobre la naturaleza de aquel inusual desfile de camiones de mudanza, el cosaco le explicó que tenían todo el derecho a llevarse consigo aquellos artículos, para poder regresar a casa con ellos.

La razón que adujo era la tradición por la que los cosacos, durante siglos, luchaban en las guerras con la condición de poder quedarse con todo el botín que pudieran acarrear a lomos de sus caballos. En este caso, al tratarse de unidades motorizadas, los cosacos habían interpretado que se les permitía apropiarse del producto de su pillaje que pudieran cargar en sus vehículos.

Aunque la tradición y la lógica estaba de su parte, la excusa del capitán cosaco no fue suficiente para librarse de un arresto. Por su parte, los soldados se vieron obligados a abandonar su botín a un lado de la carretera.

7

Estados Unidos entra en la guerra

«Ya no es prudente que el águila americana siga la táctica del avestruz. Ahora tiene que volar alto y golpear con dureza.»

El presidente norteamericano FRANKLIN D. ROOSEVELT (1882-1945), en el programa de radio *Charlas junto al fuego*, el 23 de febrero de 1942

La mañana del domingo 7 de diciembre de 1941 había amanecido despejada y tranquila en la base naval de Pearl Harbor, en Hawái. Algunos oficiales dormían después de haber estado divirtiéndose toda la noche en la cercana Honolulu.

Aunque, durante esa semana, los soldados norteamericanos destacados en esta isla del Pacífico habían comentado la tensión creciente entre Washington y Tokio, nada llevaba a sospechar que podía estallar la guerra, y mucho menos que lo hiciera precisamente allí, en aquel lugar paradisíaco en mitad del océano.

La despreocupación era tal que los aviones se encontraban agrupados en los aeródromos, los depósitos de munición estaban cerrados, las redes antitorpedos se hallaban en un almacén y, lo más grave, los ocho grandes acorazados norteamericanos permanecían alineados, ofreciendo un blanco tan sencillo como atractivo.

Las alarmas no sonaron ni siquiera cuando los primeros 183 aviones nipones que habían despegado del portaaviones *Akagi* se aproximaban a su objetivo; la formación fue confundida con otra de aparatos norteamericanos procedentes del *Enterprise*.

A las 7.55 h de la mañana daba comienzo el ataque. Una lluvia de bombas

y torpedos cayó sobre los 96 buques de la flota norteamericana que se encontraban ese día en Pearl Harbor. Tan solo dos pilotos estaban disponibles para hacer frente a los aviones nipones; habían estado jugando al póker toda la noche y se encontraban todavía despiertos en ese momento.

Mientras tanto, en los acorazados, los marineros tuvieron que aserrar las candados que cerraban las cajas de municiones y cortar con cuchillos de cocina las lonas que cubrían los cañones.

En total, los japoneses hundieron 18 barcos y destruyeron 188 aviones. El desastre pudo haber sido mucho mayor si se hubieran atacado los depósitos que almacenaban el combustible previsto para un año, o los talleres y diques secos que permitieron posteriormente la reparación en poco tiempo de los buques dañados.

La guerra en el Pacífico comenzaba con una clara ventaja para el imperio del Sol Naciente. Mientras que la máquina de guerra nipona se encontraba totalmente engrasada y lista para extenderse por Oriente como una mancha de aceite, el ejército norteamericano era en esos momentos, por su número de efectivos, tan solo el decimosexto del mundo, justo por detrás del rumano.

Aunque la noticia del ataque a Pearl Harbor fue recibida en Estados Unidos con rabia e indignación, Churchill supo ver las consecuencias que tendría la repentina entrada en liza de la potencia norteamericana: «El destino de Hitler estaba sellado, habíamos ganado la guerra», afirmaría más tarde en sus memorias.

El veterano político no se equivocaba; en tan solo dos años, el ejército norteamericano se convertiría en la primera fuerza militar y su aportación sería totalmente decisiva para desequilibrar la contienda.

Un improvisado «Día de la Infamia»

El bombardeo nipón sobre Pearl Harbor había cogido por sorpresa a toda la nación. La mayoría de los ciudadanos se enteró por la radio. Las emisoras interrumpieron sus emisiones para ofrecer la noticia pocos minutos después de las tres de la tarde, hora de Washington. En la CBS se pudo escuchar un escueto «los japoneses han atacado Pearl Harbor».

Una hora y veinte minutos antes de que la radio se hiciera eco, el presidente norteamericano, Franklin D. Roosevelt, tuvo conocimiento del

ataque. El mandatario estaba comiéndose una manzana, tras almorzar en su despacho, cuando recibió una llamada urgente del secretario de marina. Su interlocutor le dijo, con voz entrecortada: «Señor presidente, parece que los japoneses han atacado Pearl Harbor».

Roosevelt, en un primer momento, creyó que se debía tratar de un error. Pero el secretario de marina le confirmó la veracidad de lo sucedido, leyéndole un comunicado telegráfico procedente de Honolulu: «Ataque aéreo contra Pearl Harbor. No son maniobras».

Décadas más tarde, la mayoría de ciudadanos norteamericanos recordaría con exactitud lo que estaban haciendo en el momento en el que se enteraron de la noticia.

Si a Roosevelt le sorprendió comiéndose una manzana, el futuro presidente John F. Kennedy, que entonces era un joven alférez de la marina, tuvo conocimiento del hecho al sintonizar la radio de su vehículo cuando regresaba a casa después de asistir a un partido de fútbol americano en el que los Washington Redskins habían vencido por 20-14 a los Eagles de Filadelfia. Su hermano Robert, de dieciséis años, con el que acabaría compartiendo su trágico destino, se encontraba descansando en el internado en que realizaba sus estudios cuando un amigo le comunicó la noticia.

En esos momentos, en Fort Sam Houston, Texas, un entonces anónimo general de brigada llamado Dwight David Eisenhower, del que muy pocos sabían entonces pronunciar correctamente su nombre, intentaba conciliar el sueño en esa tarde de domingo después de unas agotadoras semanas de maniobras, cuando de repente lo despertó el teléfono. Al recibir la impactante noticia, se despidió apresuradamente de su esposa y se dirigió a su cuartel.

Mientras tanto, en una sala de cine de Los Ángeles, un joven abogado llamado Richard Nixon permanecía ajeno a estos acontecimientos, hasta que al salir a la calle se topó con los voceadores de periódicos que anunciaban el ataque a Pearl Harbor.

Otro futuro presidente, el entonces congresista Lyndon B. Johnson, años después no recordaba en dónde se encontraba en esos momentos, pero lo cierto es que el político texano fue el primer miembro del Congreso que se alistó en el ejército tras la declaración de guerra.

Quien años más tarde sí que recordaba aquellos momentos era un entonces actor de segunda fila de treinta años llamado Ronald Reagan. El

que sería luego gobernador de California y máximo mandatario norteamericano confesaría que se pasó todo ese domingo durmiendo, y que no supo de la noticia hasta que se despertó a última hora de la tarde.

La guerra había llegado a Estados Unidos. En esos momentos de desconcierto, era fundamental que el presidente se pusiera decididamente al frente de la nación. Para conseguirlo, no había mejor ocasión que la sesión del Congreso convocada para el día siguiente, 8 de diciembre de 1941.

El discurso que Roosevelt pronunció en el Capitolio ese día para solicitar la autorización para declarar la guerra al imperio japonés sería histórico. Gracias a esas palabras, emitidas en directo por todas las emisoras de radio, el líder norteamericano logró tocar la fibra más patriótica de los representantes del pueblo, ya que tan solo uno se atrevió a votar en contra.[47] Por su parte, los ochenta y dos senadores votarían por unanimidad la propuesta del presidente.

Las palabras pronunciadas aquel día por Roosevelt han pasado a la historia, al reflejar perfectamente el sentimiento de toda una nación. Siempre será recordado por su calificativo del 7 de diciembre como «Día de la Infamia». Pero lo que no es muy conocido es que tanto esta frase como el inicio del discurso fue producto de una improvisación de última hora.

La alocución del presidente comenzaba originalmente de este modo: «Ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que será recordada en la historia mundial, los Estados Unidos de América fueron simultánea y deliberadamente atacados por fuerzas aéreas y navales del imperio japonés».

Poco antes de comparecer ante la Cámara de Representantes, Roosevelt releyó el discurso previsto, pero decidió hacer algunas correcciones con su propia estilográfica. Para proporcionar más dramatismo a sus palabras, sustituyó «simultánea y deliberadamente» por un efectista «sin previo aviso». Del mismo modo, no le acababa de convencer la referencia a una difusa «historia mundial», por lo que la cambió por un impactante «Día de la Infamia».

Por lo tanto, los millones de norteamericanos que en ese momento estaban pendientes de los receptores pudieron escuchar unas palabras que quedarían para siempre grabadas a fuego en su memoria: «Ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que será recordada como el Día de la Infamia, los Estados Unidos de América fueron atacados sin previo aviso por fuerzas

aéreas y navales del imperio japonés».

El efecto de este conmovedor llamamiento no se hizo esperar. Todo el país se puso a las órdenes de su presidente para vengar el ultraje de Pearl Harbor y derrotar al enemigo nipón. Cuando pasaban diez minutos de las cuatro de la tarde de ese 8 de diciembre de 1941, Roosevelt firmaba la declaración de guerra.

Un primer ministro desnudo

Dos semanas después del ataque nipón a Pearl Harbor, Churchill visitó al presidente norteamericano en la Casa Blanca. Allí se quedaría durante tres semanas, trabajando junto a Roosevelt, coordinando las acciones de sus respectivos países con el objetivo de derrotar a las potencias del Eje.

La presencia de Churchill en la residencia oficial no pasó precisamente inadvertida. Al político inglés se le asignó el famoso dormitorio Lincoln, pero no pasó buena noche en esa habitación; parece ser que sintió la incómoda presencia de su antiguo ocupante.[48] Para solucionar la cuestión, decidió por su cuenta trasladar la cama a otra alcoba, la llamada Suite Rosa.

El servicio quedó un tanto perplejo ante las costumbres del premier británico. Nada más despertarse, un mayordomo debía presentarse ante él con un whisky escocés, del que Churchill daba buena cuenta antes de levantarse de la cama. A lo largo del día ya no probaba el whisky, tan solo bebía brandy. Tampoco perdió en América su afición a dormir una reconfortante siesta después de comer.

Entre Roosevelt y Churchill existía una relación amistosa sincera. Por la noche, era habitual ver al inglés empujando lentamente la silla de ruedas del norteamericano, hablando sobre la mejor manera de afrontar el desafío que Alemania y Japón habían planteado a sus respectivos países.

Fruto de estas y otras conversaciones, ambos llegaron a varias decisiones importantes, elaborando una declaración que fijaba claramente el objetivo de acabar en primer lugar con la amenaza del Tercer Reich y continuar luego con el imperio japonés. Para ese documento emplearon la expresión «Potencias Asociadas» para referirse a los Aliados, pese a que no resultaba plenamente satisfactoria para ninguno de los dos.

Pero el día de Año Nuevo de 1942, Roosevelt se despertó con una repentina inspiración. El nombre que mejor definía la alianza contra el Eje

era «Naciones Unidas». Sin pensárselo dos veces, pidió a su asistente que le condujese a la habitación de Churchill, en donde irrumpió sin llamar.

La sorpresa fue mayúscula. Allí estaba el orondo político, completamente desnudo, dispuesto a darse su baño matutino. Roosevelt, azorado, se disculpó e hizo ademán de salir de la habitación, pero el ocurrente Churchill le contestó:

—¡El primer ministro de Gran Bretaña no tiene nada que ocultar al presidente de Estados Unidos!

La declaración sería firmada ese mismo día por ambos estadistas, además del embajador de la Unión Soviética y el ministro de Exteriores de China, formando el grupo que sería conocido como el de los Cuatro Grandes. Al día siguiente, un total de 22 países se unirían a la iniciativa.[49]

De este modo, se formaba el embrión de lo que posteriormente sería la Organización de las Naciones Unidas, constituida el 26 de junio de 1945 con la participación de cincuenta Estados y en la que los Cuatro Grandes poseerían el derecho a veto.

¿Ataque submarino a Washington?

Cuatro días después del ataque japonés a Pearl Harbor, Hitler decidió declarar la guerra a Estados Unidos, cometiendo un error que le costaría muy caro. Si tenemos en cuenta que en esos momentos sus tropas estaban atravesando dificultades a las puertas de Moscú, mientras que los británicos eran capaces de resistir la ofensiva de Rommel en el desierto, es difícil entender los motivos que llevaron al dictador a desafiar al gigante americano.

Se cree que pudo influir en el ánimo de Hitler la idea equivocada que tenía de la sociedad norteamericana; estaba seriamente convencido de que Estados Unidos acabaría abrazando el nazismo. Para ello se basaba en los informes que le remitían desde Washington sus agregados militares, quienes en lugar de advertirle del extraordinario potencial militar estadounidense, exageraban la relevancia de la Liga Germano-Americana, de ideología nazi.

También influyó en su decisión la promesa realizada a Japón de secundarle en su política agresiva si decidían atacar a los norteamericanos y a los británicos, un compromiso alcanzado por el ministro de Exteriores del Reich, Von Ribbentrop, en noviembre de 1941.

En ese escenario, los Aliados se verían obligados a luchar en dos frentes de alcance planetario, una circunstancia que, según los alemanes, relajaría la presión en el continente europeo y el norte de África, además de reducir la ayuda proporcionada a la Unión Soviética. De todos modos, sería aventurado calificar la declaración de guerra de Hitler como el cumplimiento de una promesa, vistos sus antecedentes de violación de todo tipo de compromisos internacionales.

Otra explicación, en este caso de tipo psicológico, se basa en la mentalidad agresiva de Hitler. Es posible que, consciente de que tarde o temprano Estados Unidos declararía la guerra a Alemania, el dictador germano prefiriese ofrecer a su nación y al mundo en general una imagen de seguridad y autoconfianza adelantándose a la decisión norteamericana.

Pero también cabe pensar que en la iniciativa de declarar la guerra fuese determinante el punto de vista de la marina de guerra alemana, la Kriegsmarine, enojada por el apoyo naval que los norteamericanos estaban aportando a Gran Bretaña, lo que había llevado ya a algún enfrentamiento armado que había sido silenciado por ambas partes para evitar una espiral de agresiones.

Los barcos procedentes de Estados Unidos aportaban todo tipo de materias primas y armamento a los británicos, pero formalmente se mantenían en la neutralidad, lo que impedía una acción punitiva a gran escala de los alemanes. La declaración de guerra ofrecía así a la marina alemana la oportunidad de atacar impunemente a los barcos mercantes norteamericanos, que suponían un objetivo indefenso para los submarinos.

Por lo tanto, con todos estos elementos sobre la mesa, Hitler consideró que lo más conveniente era retar a Estados Unidos con la declaración de guerra, presentada formalmente el 11 de diciembre de 1941. A la postre, este sería uno de los principales errores, junto con la decisión de invadir la Unión Soviética el 22 de junio de ese mismo año, cometidos por Hitler en la dirección de la guerra.

Pese a que era previsible que la contienda acabase por involucrar a Estados Unidos en su vorágine, los norteamericanos tardarían aún bastante tiempo en adoptar las medidas necesarias para evitar ataques desde el mar. Por ejemplo, en las ciudades y poblaciones costeras del Atlántico no se procedió al preceptivo oscurecimiento nocturno. Además de servir así de puntos de referencia geográfica, la luminosidad provocaba que la silueta de

los barcos quedase recortada en el horizonte, lo que les convertía en presa fácil.

Como muestra de las ventajas con la que contaron los U-Boote (abreviatura de *Unterseeboot*, submarino en alemán), sirve la experiencia vivida por la tripulación del U-123, a las órdenes del teniente de navío Reinhard Hardegen. Ellos tuvieron el privilegio de ver la ciudad de Nueva York por el periscopio la noche del 13 de enero de 1942.

Al no haber sido oscurecida, pudieron contemplar las luces de los rascacielos e incluso llegaron a apreciar los faros de los vehículos en las calles. La falta de medidas de seguridad le hubiera permitido —según Hardegen— torpedear a los desprevenidos barcos que surcaban las aguas del puerto, aunque también hubiera sido posible atracar con toda tranquilidad en los muelles de Manhattan o cañonear los edificios de la Quinta Avenida.

Pese a estas excitantes posibilidades, el U-123 prefirió cumplir con las órdenes dadas por el almirante Karl Dönitz, que eran destruir el mayor número posible de buques cisterna cargados de combustible. Hardegen pudo apreciar que un petrolero dejaba el puerto con sus depósitos llenos de gasolina, tal como reflejaba su línea de flotación. Sin ningún tipo de oposición, se aproximó al enorme buque y le disparó un torpedo, acertando de lleno.

La noche quedó iluminada por el resplandor de la explosión. Un segundo torpedo lo remató y lo acabó enviando al fondo del mar. Las llamas seguían ardiendo, consumiendo las toneladas de combustible que habían quedado en la superficie. El U-123 se alejó para observar la escena desde una distancia prudencial, temiendo que apareciesen los barcos de la US Navy dispuestos a darles caza. Para sorpresa de Hardegen y sus hombres, tal cosa no ocurrió. Ellos no lo sabían, pero el telegrafista del petrolero había enviado un mensaje en el que aseguraba que la explosión había sido debida al choque con una mina.

La tripulación del submarino alemán celebró la ingenuidad norteamericana y Hardegen decidió no tentar más a la suerte en aguas tan cercanas a la costa. Así pues, regresó a aguas más profundas; junto a otros cuatro submarinos hundirían un total de 25 barcos en quince días de cacería por el Atlántico.

El gobierno de Roosevelt no reaccionó hasta que la situación amenazaba

con colapsar las rutas marítimas cercanas a la costa.[50] De hecho, hasta abril de 1942 no se había logrado hundir un solo submarino alemán. En medio de esta preocupación general por el asedio al que los U-Boote estaban sometiendo al gigante norteamericano, todas las alarmas sonaron de repente en Washington. Se había detectado una enorme flota de submarinos que había logrado introducirse en la bahía de Chesapeake, muy cercana a la capital estadounidense.

Esta bahía, de casi doscientos kilómetros de largo y unos treinta de ancho, se encuentra prácticamente cerrada y tan solo se comunica con el Atlántico por una bocana de unos quince kilómetros de longitud. A través de este mar interior es posible remontar el río Potomac y llegar hasta Washington porque, en este tramo, la vía fluvial se convierte en un estuario.

Los detectores de submarinos no salían de su asombro. Se percibía claramente el ruido de un buen número de naves que se desplazaban por las profundas aguas de la bahía. Conscientes de que, tres años antes, los submarinos nazis habían logrado introducirse en la base naval británica de Scapa Flow, temían que intentasen reeditar ese éxito llegando hasta la misma capital de Estados Unidos. Si no conseguían su audaz objetivo, Baltimore podía convertirse entonces en el blanco de su ataque, al estar situada en la orilla de la bahía.

Cuando el pánico estaba a punto de adueñarse de Washington, las noticias que llegaron desde la costa permitieron a todos lanzar un suspiro de alivio. Se había descubierto que los causantes de la alarma no eran los submarinos alemanes, sino ¡un enorme banco de peces!

Se trataba de millones de peces tigre que acudían, como cada año, a desovar en los ríos que desembocaban en la bahía. Este tipo de peces emite un estridente graznido que, multiplicado por varios millones de ejemplares, conseguía un sonido equivalente al de los motores diésel de una flota completa de submarinos.

«¡Un japo *es un* japo*!»*

Uno de los capítulos más oscuros de la Segunda Guerra Mundial en territorio norteamericano es el de la represión a la que fueron sometidos sus ciudadanos de origen japonés tras la declaración de guerra del 8 de diciembre de 1941.

Pese a que de los casi 130.000 nipo-estadounidenses alrededor de dos terceras partes habían nacido en América, eso no les sirvió para permanecer al margen de los odios expresados por la población autóctona.

Estos ciudadanos de origen nipón no formaban un bloque homogéneo. El contingente más numeroso era el de los *nisei*, ya de segunda generación. Nacidos en Estados Unidos, hablaban un inglés perfecto y compartían con sus compatriotas la afición por el fútbol americano, el jazz o los hot dogs.

Otro grupo menor era el de los *kibei*, que aunque habían nacido también en suelo americano habían pasado largas estancias estudiando en Japón. Muchos de ellos trabajaban en empresas comerciales de ese país, por lo que eran sospechosos de mantener contactos con el enemigo.

El tercer sector lo constituían los *issei*, que eran la gente mayor que había emigrado en su juventud desde Japón. Aunque se sentían integrados en la sociedad de acogida, en su interior seguían guardando fidelidad a su país de origen, por lo que los militares creían que, pese a su avanzada edad, podían representar un peligro para la seguridad nacional.

Lo mismo pensaban los ciudadanos estadounidenses, por lo que fueron habituales los asaltos a los comercios regentados por japoneses, e incluso se llegaron a destruir todos los artículos que tenían grabado el *Made in Japan*. Los nipones-norteamericanos, que hasta ese momento habían disfrutado de todos sus derechos, se encontraron de repente con que no podían canjear sus cheques en los bancos o no les atendían en los comercios. Incluso algunos lecheros dejaron de llevarles la matutina botella de leche. La sinrazón llegó a su grado máximo cuando en Washington fueron talados tres millares de cerezos japoneses que la ciudad de Tokio había regalado al pueblo norteamericano en 1912.

Los ánimos, especialmente en la costa oeste, estaban muy alterados, pero el militar encargado de la seguridad de esta extensa área, el general John L. DeWitt, no contribuyó precisamente a apaciguarlos. En una frase que se haría tristemente famosa, DeWitt solía afirmar que «¡un *japo* es un *japo*!» (*japs are japs!*). Según el general: «Mírese como se mire, eso no lo puede cambiar nadie, y mucho menos porque tenga un trozo de papel en el que diga que tiene la nacionalidad norteamericana».

Aunque las acciones espontáneas de la población norteamericana contra sus compatriotas de origen nipón son reprobables, podrían explicarse en cierto modo por el ambiente patriótico vivido en Estados Unidos durante

esas semanas y la reacción de rabia e indignación por el ataque a Pearl Harbor sin previo aviso. No obstante, es menos comprensible que el 19 de febrero de 1942, el presidente Roosevelt firmase una orden autorizando la instalación de recintos destinados a retener sospechosos de colaborar con el Eje.[51]

Aunque en esta orden no se especificaba, estaba previsto que los ocupantes de estas zonas fueran los norteamericanos de origen nipón. Por su parte, los ciudadanos de sangre italiana o alemana no habían sufrido el mismo rechazo por parte de la población ni un tratamiento similar al dispensado a los japoneses por el gobierno; tan solo unos 5.000 fueron detenidos, pero quedaron libres a los pocos días.

En cambio, unos 112.000 nipones fueron trasladados a estas áreas recién creadas. Aunque no podían compararse a los campos de concentración que en esas mismas fechas proliferaban por la Europa que se encontraba bajo el dominio nazi, estos denominados «campos de agrupamiento» o de «realojamiento», situados muchos de ellos en zonas desérticas, se encontraban rodeados de alambradas electrificadas y estaban compuestos de barracones de madera. Al menos, las familias podían compartir los departamentos en los que se dividían los barracones.

Estos campos no eran precisamente paradisíacos, pero aun así las autoridades norteamericanas hicieron lo posible para dignificar el encierro de sus compatriotas. Dentro de estas áreas existían improvisados hospitales, escuelas y oficinas de correos. Incluso se editaba un periódico en cada campo, confeccionado por los propios internos.

Con el paso del tiempo, el gobierno estadounidense fue desalojando los campos, enviando a las familias a establecerse en los estados del interior del país, los más alejados de una posible acción de guerra japonesa. La vida para ellos no fue tampoco fácil en libertad, pues sus nuevos vecinos solían rechazarlos. Los granjeros se negaban a proporcionarles trabajo y en ocasiones sus nuevas casas eran destruidas cuando se ausentaban de ellas.

Pero las autoridades militares percibieron el potencial que podían ofrecer estos ciudadanos para contribuir al esfuerzo de guerra. Algunos campos se convirtieron en pequeñas factorías para fabricar material de utilidad para los soldados, como uniformes, ropa de trabajo o redes de camuflaje, un trabajo por el que los internos recibían una retribución económica.

La colaboración de los nipo-norteamericanos no quedó ahí. Los más

jóvenes fueron reclutados para luchar en el frente, sumando un total de 8.000 soldados. No obstante, no serían enviados al Pacífico a luchar contra los japoneses, sino a Europa, distinguiéndose sobre todo en la campaña italiana.

El 8 de diciembre de 1944, esos norteamericanos de ojos rasgados tuvieron el consuelo de que uno de los suyos fue condecorado por sus acciones de guerra defendiendo la bandera de las barras y estrellas, aunque fuera a título póstumo. Se trataba del sargento Kazuo Masuda, que había muerto combatiendo en Italia. La ceremonia de imposición de la Cruz de Servicios Distinguidos fue oficiada por el general Joseph Stilwell.[52]

En su discurso, Stilwell relató que Masuda «había avanzado montaña arriba bajo el fuego enemigo, cargado con un mortero y la munición» y que «estuvo disparando durante doce horas». Cuando se quedaba sin munición, el sargento «regresaba a las posiciones aliadas para reabastecerse, lo que hizo en dos ocasiones, rechazando los ataques germanos». Según el general, «permaneció en su posición todo el tiempo que le fue posible para facilitar así el repliegue que sus compañeros estaban efectuando a través de un campo minado». Aunque resistió el tiempo necesario, «finalmente cayó bajo las balas alemanas».

La condecoración le fue entregada a la hermana y a la madre de Masuda, que pocos días antes de la ceremonia se encontraban aún en un campo de internamiento de Arizona, de donde fueron inmediatamente trasladadas a la ciudad californiana de Talbert, el lugar en donde fue homenajeado Masuda.

De todos modos, la mayoría de los nipo-norteamericanos que dieron su vida por el país en el que habían nacido no recibieron ningún homenaje por parte de las autoridades militares.

Al finalizar la guerra, todavía quedaban en los «campos de realojamiento» la mitad de los que ingresaron en ellos en 1942. Al regresar a sus localidades de origen, muchos se encontraron con que sus propiedades habían sido arrasadas y sus negocios saqueados. Se dio la dolorosa circunstancia de que una parte de los que habían estado internados, los de mayor edad, regresaron a los campos por propia voluntad para seguir viviendo en ellos. No se sentían con fuerzas para reconstruir de nuevo su existencia y preferían continuar viviendo en la seguridad que les ofrecían los recintos en los que habían pasado los tres últimos años.

Pese a estar arruinados y sin hogar, los estadounidenses de origen nipón

que decidieron comenzar de nuevo no albergaron rencor ni odio hacia el país que sentían como suyo y la mayoría consiguió reiniciar sus vidas. Pese a esta encomiable actitud, el gobierno norteamericano les ignoró por completo y no les prestó ayuda.

Tan solo en la década de los sesenta, para reparar el agravio histórico cometido sobre estos ciudadanos que habían visto recortados sus derechos durante la contienda, se distribuyeron indemnizaciones por un valor total de cincuenta millones de dólares. No obstante, los expertos calcularon que esta compensación cubría solamente una décima parte de las pérdidas que el internamiento forzoso les había causado.

Una boda entre alambradas

De todas las bodas celebradas durante la Segunda Guerra Mundial, la que probablemente discurrió entre mayores medidas de seguridad fue la celebrada en diciembre de 1942 en la base de la marina en Mount Vernon.

Pocos meses antes, este recinto era un idílico internado femenino de orientación cristiana. En ese lugar residían muchachas procedentes de familias acomodadas, donde, además de cursar sus estudios, podían jugar al tenis o practicar gimnasia. Además, el colegio contaba con una hermosa capilla.

La marina consideró que esas instalaciones eran ideales para situar un proyectado centro de comunicaciones destinado a descifrar las transmisiones del enemigo. La zona se encontraba alejada de los núcleos urbanos, contaba con todas las comodidades para que pudiera residir un buen número de personas y además proporcionaba el relajado ambiente necesario para que los expertos pudieran centrarse en su trabajo.

Por lo tanto, las chicas tuvieron que abandonar el colegio, siendo trasladadas a otros centros. De la noche a la mañana, los soldados rodearon el recinto con alambradas, instalaron casetas de vigilancia y comenzaron a patrullar por los alrededores con permiso para disparar en caso necesario.

Poco después de estas sustanciales modificaciones en el carácter de Mount Vernon, el comandante de la instalación recibió una sorprendente petición procedente de Washington. El subsecretario de la marina había solicitado información para la posibilidad de celebrar una boda en la capilla. El motivo era que a su hija, antigua alumna del internado, le hacía

mucha ilusión casarse en aquella pequeña iglesia.

Suponiendo que todo respondía a una lamentable confusión, respondió que el colegio había pasado a ser un centro militar altamente secreto, que se hallaba rodeado de grandes medidas de seguridad. Para su asombro, el subsecretario en persona le llamó para insistir en que accediese a la solicitud, resultando inútil cualquier intento del comandante de quitarle esa idea de la cabeza. Además, la ceremonia no iba a ser en familia, sino que se esperaba la presencia ¡de más de doscientos invitados!

El responsable del centro no tenía otra opción. La boda iba a celebrarse de todos modos. Así pues, tuvo que ponerse manos a la obra para garantizar la vigilancia de toda la información secreta. No había que olvidar que el edificio en el que se analizaban las comunicaciones del enemigo se encontraba a tan solo treinta pasos del lugar de la ceremonia.

El día de la boda los invitados tuvieron que pasar a través de un estrecho agujero que se había abierto en la alambrada, junto a la capilla. Cada uno de los invitados fue identificado y registrado. Una vez que habían pasado todos al interior, un grupo de soldados armados con metralletas rodeó todo el perímetro de la iglesia. Ante una visión tan intimidatoria, ningún invitado se atrevió ni tan siquiera a salir a fumar un cigarrillo durante la ceremonia.

La boda discurrió con normalidad. Cuando el último invitado desapareció por el agujero practicado en la alambrada, esta volvió a ser cerrada. La hija del subsecretario había cumplido su sueño y el comandante respiraba tranquilo porque los secretos de la Marina continuaban a salvo.

«¡Capturen a Clark Gable!»

Al igual que otros muchos actores de Hollywood, Clark Gable se involucró activamente en la Segunda Guerra Mundial. Algunos de ellos lo hicieron por sincero patriotismo, mientras que otros deseaban mejorar su imagen pública sirviendo a su país en los campos de batalla.

Gable decidió tomar las armas tras el fallecimiento de su tercera esposa, Carole Lombard, en un accidente de avión en 1942, por lo que cabe la posibilidad de que tomase esa decisión influenciado por el estado depresivo en que quedó sumido tras el trágico suceso.

El famoso actor, que se había consagrado con films como *Sucedió una noche* (*It Happenned One Night*, 1934) o, sobre todo, la inmortal *Lo que el*

viento se llevó (*Gone With the Wind*, 1939), deseaba experimentar nuevas sensaciones que le ayudasen a superar la pérdida de su esposa, por lo que decidió alistarse en la fuerza aérea.

Cuando se presentó al servicio, el 12 de agosto de 1942, Clark Gable contaba ya con 41 años, por lo que había sobrepasado el límite de edad, pero aun así fue aceptado. Con toda seguridad, el gobierno vio ante sí la oportunidad de aprovechar esta decisión con finalidad propagandística; en las salas de cine se proyectaron documentales en los que se veía al actor en uniforme, animando a la juventud norteamericana a seguir su ejemplo.

Gable ingresó en una escuela militar de Miami y se graduó como segundo teniente en octubre de 1942. Según algunos veteranos, le costaba mucho aprobar las diferentes asignaturas, por lo que el actor optó por memorizar las respuestas, tal como hacía con los textos de los guiones durante los rodajes.

El actor fue destinado a una unidad de filmación de películas en la que también se encontraban otros actores de Hollywood, como Alan Ladd, Ronald Reagan —el futuro presidente—, George Montgomery o Arthur Kennedy.

A diferencia de otros compañeros, que no salieron nunca de Estados Unidos, Gable solicitó ser enviado a Inglaterra. Una vez allí, quedó asignado al 351º Grupo de Bombardeo, con base en Polebrook, y participó en la filmación de la película *Combat America*. Aunque no estaba obligado a participar en misiones de vuelo sobre Alemania, decidió hacerlo, compaginando estas acciones con su trabajo de interpretación. El famoso actor llevó a cabo varias misiones de bombardeo, en las que ocupaba el arriesgado y solitario puesto de ametrallador de cola.

La presencia de aquella estrella de Hollywood en el escenario bélico no pasó desapercibida para los alemanes, especialmente para Hitler. Clark Gable era uno de sus actores favoritos, lo que dio lugar a una curiosa anécdota. Se asegura que el Führer ofreció una cuantiosa cantidad de dinero a quien lograse capturar a Clark Gable vivo y lo llevase ante su presencia.

Naturalmente, esa recompensa quedó intacta porque el actor nunca fue derribado y no hubo posibilidad de capturarlo, con la consiguiente decepción del dictador germano.

Gable participó en veinticuatro misiones junto a su técnico de cámara y un ingeniero de sonido. Alcanzó el rango de mayor, recibiendo la Medalla

Aérea y la Cruz de Servicios Distinguidos por su participación durante la guerra.

En octubre de 1943, Gable regresó a Estados Unidos y fue relevado del servicio el 12 de junio de 1944, al considerar el gobierno que, teniendo en cuenta su edad, su aportación al esfuerzo militar norteamericano había sido más que suficiente.

Finalizada la contienda, Gable retomaría su carrera en el cine, relanzada tras el reconocimiento conseguido por su aportación al esfuerzo de guerra, aunque ya no sería capaz de superar la popularidad alcanzada con *Lo que el viento se llevó*. Pero si su intención al incorporarse a la fuerza aérea era superar la pérdida de su mujer, no hay duda de que su experiencia en la Segunda Guerra Mundial le fue muy útil, pues se casaría en dos ocasiones más.

Curiosamente, este sentimiento de odio y admiración de los dictadores hacia las estrellas de Hollywood tendría un segundo capítulo después del final del conflicto. En uno de los episodios más surrealistas de la Guerra Fría, el actor John Wayne tuvo que enfrentarse en persona a los esbirros de Stalin, que intentaron asesinarle al menos en tres ocasiones.

Aunque resulte difícil de creer, el autócrata soviético había decidido acabar con la vida del actor, famoso por protagonizar películas del oeste en las que encarnaba siempre los valores norteamericanos más conservadores.[53]

El anticomunismo a ultranza de Wayne le convirtió, a ojos del paranoico Stalin, en un enemigo declarado de la Unión Soviética, por lo que el dictador ordenó en 1949 su «ejecución». Ese año Wayne había sido elegido presidente de la ultraconservadora Alianza Cinematográfica para la Defensa de los Ideales de América.

La misión fue encargada a dos agentes rusos infiltrados en Hollywood, pero el plan fue descubierto por la CIA, por lo que se preparó una trampa para detenerlos, en colaboración con el FBI.

Cuando los dos asesinos se presentaron en el despacho del actor para dispararle, varios agentes del FBI irrumpieron en él y los esposaron. Para dar un buen escarmiento a los dos rusos, fueron llevados esa misma noche a una playa desierta. Una vez allí, Wayne y un amigo, armados con sendos rifles, les obligaron a arrodillarse y les dijeron que había llegado su hora. La dramática escena estaba iluminada por los faros del coche del actor. Los

agentes fueron encañonados y a la voz de Wayne, ambos les dispararon a quemarropa, pero con balas de fogueo.

Ni que decir tiene que en ese momento los dos agentes de Stalin habían perdido ya toda su dignidad, al haber implorado al célebre actor entre sollozos que les perdonase la vida.

Aunque esta primera misión fracasó, la vida de John Wayne siguió corriendo peligro. En 1953, tras la muerte de Stalin, los agentes soviéticos que se encontraban en Estados Unidos no renunciaron al objetivo de segar la vida del actor. Mientras este se encontraba rodando una película en México, la policía local detuvo a varios individuos que estaban indagando sobre el paradero de Wayne con la intención de atentar contra su vida. Al año siguiente, en Los Ángeles, el FBI desarticuló otro grupo que tramaba también su asesinato.

En 1958, el presidente Eisenhower invitó al sucesor de Stalin, Nikita Kruschov, a visitar Estados Unidos. El dirigente soviético confesó a su homólogo norteamericano que era un admirador de Wayne y que deseaba conocerlo personalmente.

Así pues, en una fiesta privada, ambos fueron presentados y el actor aprovechó para exigirle que pusiera fin a los intentos de acabar con su vida. Kruschov le pidió disculpas y le dijo que él había dado la orden de suspender cualquier intento de asesinato, pero que existían agentes incontrolados que aún profesaban devoción a Stalin y que deseaban cumplir la orden que él dio en vida. De todos modos, Kruschov se comprometió a impedir que volvieran a actuar.

La verdad es que, a partir de ese momento, ya no se produjeron más tentativas en suelo norteamericano. Pero todavía le quedaban enemigos. En 1966, después de superar una grave enfermedad, Wayne inició una gira por Vietnam para apoyar a las tropas norteamericanas que se encontraban allí destinadas. Cuando se encontraba en un pequeño poblado tuvo que arrojarse al suelo al oír el zumbido de las balas a su alrededor. Se trataba de un francotirador pero, extrañamente, su único blanco era el actor, no el resto de hombres que le acompañaban.

Los marines lograron capturar al autor de los disparos y comprobaron que se trataba de un francotirador de élite chino. Tras interrogarle, confesó que su propósito era matar al actor, pues Mao Zedong —quien calificaba a Wayne de Gran Demonio Jefe del Gran Satán Americano— había ofrecido

una recompensa a quien fuera capaz de eliminarle.

Hitler, Stalin, Mao… sin duda, los grandes dictadores del siglo XX no permanecieron ajenos a la aureola que rodeaba a los astros de Hollywood. Ya fuera exigiendo su captura o su asesinato, reconocieron con sus actitudes la gran influencia, tanto artística como ideológica, que en todo el mundo mostraba el séptimo arte. Afortunadamente, ninguno de ellos pudo salirse con la suya.

El ciego que logró alistarse

Es bien sabido que cuando un hombre, por fervor patriótico o afán de aventura, decide alistarse en el ejército de su país, es capaz de fingir cualquier tipo de aptitud para poder superar las exigencias que conlleva este trámite.

En la historia de las guerras del siglo XIX y XX abundan los casos de jóvenes que mintieron sobre su edad y, en menor medida, personas mayores que se quitaron años de encima para poder incorporarse a filas, lo que ha servido como fuente de inspiración para innumerables obras de ficción. Curiosamente, este tipo de hechos se dio por última vez en la Segunda Guerra Mundial, pues desde entonces la tendencia ha sido precisamente la contraria.

Igualmente, no es extraño el caso de astutos candidatos a soldado que disimulaban algún defecto físico para que no fuera descubierto durante el examen médico. Posiblemente, el ejemplo más espectacular fue el sucedido en la base militar de Sheppard Field, Texas, poco después de la declaración de guerra a Japón.

Tal como hemos podido comprobar con anterioridad, en esos momentos una ola de patriotismo se extendió por toda la geografía estadounidense. Los jóvenes acudieron en masa al llamamiento que se hizo para nutrir las filas del ejército; algunos de ellos estaban dispuestos a todo con tal de poder lucir el traje militar, y un simple examen médico no podía interponerse entre ellos y el objetivo que querían alcanzar.

El oftalmólogo Albert Meisenbach se encontraba paseando por esa base militar, en la que recibían instrucción los soldados recién alistados que iban a ser enviados al Pacífico. A lo lejos, pudo ver como un hombre de uniforme se caía por unas escaleras. Llegó corriendo para socorrer al

soldado; este le dijo que se encontraba perfectamente e intentó continuar su camino.

El doctor, gracias a su gran experiencia, sospechó inmediatamente que sufría de algún tipo de limitación visual. El recluta alegó que tenía prisa y que debía marcharse de inmediato, pero Meisenbach insistió en que le acompañara a su consulta. Sin escapatoria, se vio obligado a seguirle. Tras una breve exploración, el doctor no salía de su asombro; increíblemente, aquel hombre era prácticamente ciego.

En efecto, tan solo conservaba la vigésima parte de la visión, lo que dificultaba enormemente para llevar a cabo una vida normal. Una vez superada la primera impresión, Meisenbach advirtió que aquel hombre debería haber sido sometido a alguna prueba médica antes de poder ponerse ese uniforme. ¿Cómo había superado la exploración médica? ¿Cómo era posible que un médico no hubiera reparado en su ceguera?

La respuesta se la proporcionó el propio soldado. Deseoso de alistarse al precio que fuera, sabía que no podría cumplir su sueño por culpa de su problema en la vista. Así pues, tuvo la genial idea de buscar las láminas que empleaba el ejército para los exámenes oftalmológicos, en los que aparecían las letras que se debían reconocer. Una vez conseguidas, se dedicó a aprendérselas de memoria.

El día del examen, un amigo le indicó cuál era la letra por la que comenzaba la primera línea, lo que fue suficiente para recordar qué lámina era y, por lo tanto, recitar de memoria ante el oculista la totalidad de las letras. Así pues, en su ficha médica se certificaba una agudeza visual perfecta.

El doctor comunicó el caso a la autoridad militar. La decisión de expulsarle del ejército no era sencilla porque había demostrado que deseaba servir en él, por encima de todo, y además era evidente que se trataba de una persona audaz e inteligente, capaz de engañar a todo un sistema de reclutamiento.

La solución fue propuesta por el propio soldado. Como tenía buenos conocimientos de braille, la escritura basada en símbolos en relieve adaptada para los invidentes, se le confió la misión de ayudar a los heridos de guerra que habían perdido la vista, para que aprendiesen a utilizar este tipo de comunicación.

No fue este el único caso de personas discapacitadas que aportaron su

esfuerzo personal al ejército. En Nápoles, en 1943, ocurrió una anécdota significativa. Un oficial británico y su chófer, un joven norteamericano, se encontraban viajando por los alrededores de esa ciudad italiana cuando recogieron a un soldado estadounidense que estaba haciendo autostop.

Al cabo de un rato, el soldado preguntó al chófer por qué estaba desempeñando esa labor, en lugar de estar en el ejército. El muchacho le respondió que había intentado alistarse pero no había superado el reconocimiento médico, por lo que se incorporó como miembro del personal auxiliar. El soldado, entonces, le explicó que en su campamento había otro joven que tampoco había pasado el examen médico, pero en ese caso porque no tenía brazos. Aun así, cuando llegó al campamento, su superior le animó diciéndole que allí había un lugar para él.

El primer trabajo que le encargó fue ayudar a un par de chicos que estaban bombeando agua en unos barriles; el joven se quedó perplejo y le dijo que sin brazos era imposible poder accionar la palanca.

El oficial le contestó: «No se preocupe, lo único que tiene que hacer es decirles cuándo han de parar; los dos son ciegos».

Un descapotable para los cien primeros

La Segunda Guerra Mundial supuso un campo abonado para que creciesen infinidad de rumores, que se extendían como un reguero de pólvora tanto entre la población civil como entre los soldados.

Teniendo en cuenta que los medios de información pública estaban férreamente censurados, los oídos se encontraban dispuestos a escuchar cualquier rumor en circulación. A su vez, estas supuestas noticias eran relatadas, con lo que se añadían nuevos detalles para añadir veracidad, con lo que finalmente se obtenía una información tan elaborada que todos acababan dando como cierta.

Una de las que merecía haber sucedido en realidad era la que aseguraba que el ejército británico había enviado por vía marítima un encargo de millones de sacos terreros, saliendo de Gran Bretaña llenos de arena. Este hecho ya sería absurdo de por sí, pero no tendría mayor relevancia si no fuera porque el destino era el ejército que combatía en el desierto del Sáhara, un lugar en el que la arena no escaseaba, precisamente.

Los rumores, en ocasiones, eran incentivados por los propios gobiernos

para extender el odio al enemigo. Uno de los casos más sangrantes —y nunca mejor dicho— fue el que atribuyó a saboteadores japoneses la misión de introducir cristal pulverizado en los vendajes destinados a los hospitales de campaña norteamericanos.

Otra historia que circuló ampliamente en Estados Unidos con ese mismo objetivo fue la de una madre que había recibido una carta de su hijo, capturado por los japoneses. En ella, el soldado le explicaba que estaba perfectamente, bien alimentado y que recibía un trato exquisito. Al final, le pedía a su madre que despegase con cuidado el sello para que su hermano pequeño lo pudiera añadir a su colección. La madre, extrañada porque el hermano no coleccionaba sellos, lo levantó con cuidado, descubriendo horrorizada que su hijo había dejado allí escrito: «Me han cortado la lengua».

Este terrorífico relato podía haber sido cierto, pero su imaginativo inventor se había olvidado de un detalle que corroboraba su falsedad; las cartas enviadas por los prisioneros de guerra no llevaban sello.

Curiosamente, esta historia aparece también en otros escenarios de la guerra. Una madre sudafricana recibió una carta de su hijo, capturado por los italianos en el norte de África. En la misiva se aseguraba que sus captores le trataban correctamente y añadía que despegase el sello para añadirlo a su colección. Es fácil imaginar lo que estaba escrito bajo el sello… Lo mismo ocurrió con una madre cuyo hijo estaba preso por los japoneses en Singapur, lo que demuestra la gran popularidad que obtuvo este relato.

Por su parte, los soldados estadounidenses combatían deseosos de acabar con la guerra cuanto antes. Uno de los motivos era la supuesta promesa de la fábrica de automóviles Ford de regalar uno de sus modelos a cada uno de los soldados que habían luchado en la guerra cuando esta finalizase. Pero para algunos no sería necesario esperar a la llegada de la paz; la Ford entregaría un descapotable a los cien primeros marines que desembarcasen en Japón. Naturalmente, la conocida marca de automóviles no sabía nada de estos compromisos, ante la desilusión de los combatientes que se habían creído el rumor.

El premio que recibieron al terminar la contienda fue muy diferente; una carta de agradecimiento firmada por el presidente y un libro conmemorativo.

La trabajadora más fotogénica

Una de las escasas consecuencias positivas dejadas por la Segunda Guerra Mundial fue el gran impulso que dio a la emancipación de la mujer, permitiéndole por primera vez acceder masivamente al mercado de trabajo y liberándola de su tradicional papel de ama de casa.

Las fábricas de todo el país se llenaron de trabajadoras, que cumplían su papel a la perfección. La imagen de Rosie la Remachadora, una mujer sonriente, segura de sí misma, con el mono de trabajo y el pelo recogido en un pañuelo, apareció en miles de carteles que invitaban a las mujeres a entrar de lleno en un mundo que antes solo estaba permitido a los varones.

Aunque, por término medio, el salario de las mujeres era un cuarenta por ciento menor al que percibían los hombres —pese a estar prohibido por ley —, el acceso al mundo laboral les proporcionó una independencia económica que cambiaría para siempre el papel de la mujer en la sociedad.

De este modo, mientras que los hombres combatían en el frente, las mujeres también se sentían protagonistas de la contienda. Para impulsar la moral de las tropas, las revistas solían incluir fotografías de bellas muchachas, manchadas de grasa, trabajando sonrientes en las cadenas de montaje. Así pues, los soldados veían su esfuerzo correspondido en el frente civil y, de paso, se alegraban la vista durante los escasos ratos de ocio.

Una empresa de la localidad californiana de Burbank, la Radio Plane Parts Company, recibió en una ocasión la visita de un fotógrafo llamado David Conover, con la misión de retratar a algunas empleadas. Mientras deambulaba por la nave, vio a una muchacha que estaba aplicando un líquido sobre el fuselaje de un avión; tenía diecinueve años y lucía una belleza que la hacía destacar sobre el resto.

Conover pidió permiso a su encargado y sometió a la chica a una larga sesión de fotos. Durante los tres días siguientes, la hizo posar por toda la fábrica, en la cadena de montaje o relajada en la sala de descanso, en mono o con un sencillo jersey.

La revista del ejército *Yank* publicó algunas de estas instantáneas, obteniendo una excelente acogida por parte de los soldados, que las recortaron para colgarlas en las taquillas de sus cuarteles.

La atracción que despertaba la muchacha no pasó desapercibida para otro fotógrafo profesional, Potter Huerth, que se puso en contacto con la revista

para saber dónde podía localizar a aquella belleza. Una vez puesto en contacto con ella, le propuso realizar otra sesión fotográfica y el producto de este trabajo lo envió a una agencia de modelos, donde se quedaron prendados de su fotogenia.

Su nombre era Norma Jean Baker, aunque después sería más conocida por su nombre artístico: Marilyn Monroe.

8

Lucha a muerte en el Pacífico

«¡Matad japoneses!, ¡matad japoneses! y después, ¡matad más japoneses!»

Lema de las US South Pacific Forces, acuñado por el almirante WILLIAM F. HALSEY (1882-1959)

«Tenéis mi sincera admiración por el exterminio de esos 11.000 idiotas de ojos oblicuos.»

El almirante WILLIAM F. HALSEY, felicitando a sus tropas por la toma de la isla de Peleliu, en octubre de 1944

El ataque contra Pearl Harbor desató una auténtica guerra relámpago nipona. La misma noche del 7 de diciembre de 1941, los japoneses bombardearon la colonia británica de Hong Kong, que capitularía el día de Navidad después de encarnizados combates.

Durante el mes de diciembre, las fuerzas imperiales dirigieron su furia incontenible sobre las islas de Wake y Guam, Filipinas, Malasia o Birmania. Tailandia se entregaría sin lucha a los nuevos amos de Asia. Singapur, considerada inexpugnable por los británicos, caería el 15 de febrero de 1942, mientras que las Indias Holandesas lo harían dos semanas más tarde. El 22 de marzo, los aviones nipones llegarían incluso a bombardear Darwin, en el norte de Australia.

Tan solo cuatro meses después del Día de la Infamia, el imperio japonés era el dueño absoluto del Sudeste asiático y había alcanzado una posición de dominio incontestable en el Pacífico. Habían creado el que ellos denominaban «Gran Espacio Oriental».

Bajo la premisa de «Asia para los asiáticos», los japoneses barrieron de un plumazo la presencia occidental en Extremo Oriente. Norteamericanos, británicos, franceses y holandeses fueron expulsados o sometidos. Una buena parte de los habitantes de estas colonias recibieron a los soldados nipones como libertadores, pero pronto serían víctimas de la crueldad y la explotación de los nuevos ocupantes.

El balance no podía ser más favorable para Japón, al apoderarse en tan poco tiempo de un imperio colonial de casi cinco millones de kilómetros cuadrados, englobando unos doscientos millones de habitantes. Además, se garantizaba el suministro de materias indispensables, como petróleo, caucho o arroz.

Desalojar a los japoneses de sus recién adquiridas conquistas se presentaba como una tarea titánica, pero los Aliados no dudaron nunca de la victoria final. Gracias a esta fe en el triunfo, los soldados supieron enfrentarse a un tipo de guerra tan salvaje y cruel que acabaría marcándoles para siempre. Décadas más tarde, los hombres que participaron en la toma de Tarawa, Peleliu, Iwo Jima u Okinawa seguirían reviviendo cada noche aquel infierno en sus pesadillas.

Amabilidad, ante todo

El 8 de diciembre de 1941, el gobierno del Reino Unido declaró también la guerra a Japón. Esa era la previsible respuesta al raid nipón en la base naval norteamericana de Pearl Harbor y los bombardeos sobre la colonia británica de Hong Kong.

Para ello, Churchill envió una carta urgente al embajador japonés en Londres en la que se denunciaba el ataque, sin ningún tipo de advertencia previa, que había sufrido tanto su país como su aliado estadounidense. En la misiva se recordaba que el ataque infringía el artículo 1 del Tercer Convenio de La Haya sobre el inicio de hostilidades, lo que suponía una violación del Derecho Internacional.

Además de toda esta parafernalia legal, inútil en un caso tan claro de agresión, Churchill comunicó formalmente que el embajador británico en Tokio había recibido instrucciones para informar al gobierno de Japón de que ambos países se encontraban en guerra.

Para finalizar, el premier británico se despedía con un excesivamente

cordial: «Tengo el honor de ponerme, señor, con todo respeto, a sus órdenes».

Esta actitud casi servil recibió muchas críticas por parte de otros políticos, que creían que la nota debía haber sido más dura y reflejar en toda su intensidad la rabia y la indignación que había producido la infame acción japonesa.

Churchill supo salir al paso de los que no estaban de acuerdo con ese estilo tan ceremonioso; se limitó a decir que «después de todo, si uno tiene que matar a alguien, no cuesta nada ser amable».

El primer prisionero japonés

El soldado que tuvo el dudoso honor de ser considerado como el primer prisionero japonés de la Segunda Guerra Mundial fue Ensign Kasuo Sakamaki. Para él, la guerra duró solo unas horas, al haber sido apresado la misma mañana del ataque a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941.

Sakamaki, junto a otro compañero, Kiyoshi Inagaki, formaba la tripulación del HA-19, uno de los cinco submarinos de bolsillo que tenían como objetivo atacar a la flota estadounidense en esa base del Pacífico. El plan era introducirse durante la noche en las aguas del puerto y esperar la llegada del ataque aéreo. Cuando este comenzase, cada uno tenía asignado un buque de guerra para lanzar sus torpedos. Ninguno de ellos cumplió su misión y ni tan siquiera fueron capaces de regresar al submarino nodriza, el I-24. Tan solo se lanzaron tres torpedos, sin que llegasen a acertar en el blanco.

El gran problema residía en que esos artefactos, debido a su pequeño tamaño, eran ingobernables en el mar. El submarino de Sakamaki no lograba avanzar porque la proa subía a la superficie cada vez que ponían en marcha el motor, por lo que tuvieron que acumular lastre en la parte anterior. Los problemas continuaron más tarde, cuando intentaron atacar a una patrullera norteamericana. El mecanismo de lanzamiento del torpedo no funcionó y además sufrieron heridas leves al pretender arreglarlo en un espacio tan pequeño.

Exhaustos por el esfuerzo realizado, no se dieron cuenta de que se dirigían a unos arrecifes de coral, donde embarrancaron. Lograron salir de nuevo a mar abierto y buscaron la entrada del puerto, pero la falta de

oxígeno y los gases del motor les impedía mantener la concentración necesaria. Decidieron regresar al submarino nodriza pero, completamente desorientados, acabaron encallando de nuevo en la costa, esta vez de manera definitiva.

Para impedir que cayera en manos del enemigo, colocaron varias cargas de dinamita en el interior del HA-19. Aunque no les quedaban fuerzas, se lanzaron al agua para escapar nadando, en una decisión desesperada. Al poco tiempo, el compañero de Sakamaki se ahogó, mientras que él perdió el conocimiento. Milagrosamente, al cabo de unos minutos el cuerpo de Sakamaki llegaba a la orilla conservando aún un hálito de vida. Tosiendo y escupiendo el agua que se había tragado, el japonés recuperó la respiración.

No pasó mucho tiempo hasta que un sargento estadounidense, David Abuki, perteneciente al 298 Regimiento de Infantería, lo encontró. Apuntándole con su arma, lo condujo hasta la base de Bellows Field. Era el primer prisionero japonés y a Abuki le correspondía el honor de haber sido su captor.

Después de ser interrogado, Sakamaki sería enviado a un campo de prisioneros, donde estaría hasta el final de la guerra. Al principio aseguraba que prefería estar muerto a pasar por esa vergüenza, pero poco a poco fue asimilando su nueva situación, ayudado por el buen trato que recibió durante su cautiverio.

Mientras tanto, en su país su nombre era ya sinónimo de indignidad; para los japoneses era una deshonra caer prisionero y era preferible la muerte. Este desprecio se tradujo en una pintura conmemorativa que pretendía homenajear la misión de los submarinos de bolsillo en Pearl Harbor; el cuadro reproducía los rostros de todos los tripulantes excepto el de Sakamaki.

Por otra parte, el intento de destruir el submarino no había tenido éxito. Las mechas que habían encendido para que explotaran los cartuchos de dinamita se habían apagado, seguramente por la humedad del interior de la nave. Los expertos norteamericanos no tuvieron excesivos problemas para volver a ponerlo a flote, pero en este caso mejorando su navegabilidad.

Como no podía ser de otra forma, las autoridades militares estadounidenses advirtieron las posibilidades comerciales del submarino y decidieron utilizarlo para aumentar las ventas de los bonos de guerra. Así pues, emprendieron una gira publicitaria por todos los puertos de la costa

oeste, mostrando el trofeo a la curiosidad del público.

Años más tarde, Sakamaki gustaba de recordar el episodio de su captura y no dejaba de traslucir un discreto orgullo por haber pasado a la historia, aunque fuera por esas circunstancias. Según decía: «Pearl Harbor había sido el inicio de la guerra y, para mí, también el final», a lo que solía añadir con una sonrisa que «en mi caso, la Segunda Guerra Mundial fue bastante corta…».

Al contrario de otros muchos soldados japoneses participantes en ese ataque, que pasaron por dificultades personales y económicas en tiempo de paz, Sakamaki sí que alcanzó el éxito profesional, llegando a desempeñar el puesto de jefe de exportaciones de la empresa automovilística Toyota. Falleció en noviembre de 1999, a los 81 años.

Un almirante que no estuvo a la altura

El 10 de diciembre de 1941 fue un día fatídico para el orgullo británico. Los dos mejores buques de la flota del Lejano Oriente, los acorazados *Repulse* y *Prince of Wales*, fueron hundidos por los japoneses cuando salían del puerto de Singapur.

Para ello, los atacantes emplearon varios bombarderos con base en tierra, pertenecientes a la 22ª Flotilla Aérea japonesa. Los dos acorazados tuvieron el dudoso honor de convertirse en los primeros barcos de su clase hundidos exclusivamente por aviones.

El *Repulse* y el *Prince of Wales* constituían, junto a otros buques de apoyo, la llamada Fuerza Z. Premonitoriamente, la última letra del alfabeto representó también el fin de la última esperanza para la guarnición de Singapur; al no contar con una fuerza aérea suficiente para hacer frente a los nipones, fiaban su resistencia en los potentes cañones de estos dos acorazados. El hundimiento de ambos condenaba a Singapur, tarde o temprano, a doblar la rodilla ante los japoneses, como así ocurrió.

Podría resultar injusto atribuir la pérdida de esos dos buques a la incompetencia de un solo hombre, pero la realidad es que el máximo responsable de la Fuerza Z no tomó las precauciones necesarias para mantener la integridad de los acorazados que garantizaban la presencia del imperio británico en Oriente.

Se trataba del almirante Tom Phillips, de 53 años. En su favor hay que

decir que no contaba con ningún portaaviones ni con apoyo aéreo desde tierra. Quizás confiado en la potencia artillera de sus dos acorazados, no consideró que los japoneses se atrevieran a atacar el convoy, pero los nipones demostraron ser más audaces, improvisando un fulminante ataque aéreo.

Al mediodía de aquel trágico 10 de diciembre, los dos barcos se encontraban ya en el fondo del mar. Sin duda, Phillips, que acabó pereciendo en el ataque junto a unos ochocientos hombres, no había estado a la altura de las circunstancias. En este caso, esta apreciación sería literal, debido a la estatura del marino, un escaso metro y medio, por lo que era conocido como *Tom Thumb* (Pulgarcito). El ser tan bajo le impedía asomarse desde el puente de mando, por lo que empleó un cajón para, subido en él, poder disponer de una mejor visión.

Bombardeo de naranjas en Australia

Como vemos, en los primeros meses de la campaña del Pacífico, la expansión japonesa parecía no tener límite. Nadie era capaz de frenar a los ejércitos del imperio del Sol Naciente. Extremo Oriente cayó bajo la órbita nipona sin que norteamericanos ni británicos pudieran hacer nada por impedirlo.

La amenaza sobre Australia era alarmante. Las potencias occidentales debían protegerla a toda costa, pues el continente austral suponía la base de operaciones necesaria para desafiar algún día la, hasta ese momento, incontestable hegemonía imperial. Si Australia caía también víctima de la expansión japonesa, los Aliados contemplarían impotentes cómo el sur del Pacífico se convertía en un lago nipón.

Por lo tanto, los Estados Unidos construyeron bases y pistas de aterrizaje en la parte norte de Australia. Esta vasta zona era prácticamente salvaje, con una presencia mínima de población, que se regía por comportamientos más propios del lejano oeste. Aunque el enemigo más temido era algún ataque aéreo o un posible saboteador, las instalaciones militares debían enfrentarse a un problema que no habían previsto y con el que nada tenían que ver los nipones; el hurto indiscriminado de cualquier objeto, fuera o no de utilidad.

Por ejemplo, en mayo de 1942, desapareció una base militar por completo, recién construida en una zona desértica, cuando estaba a punto de

entrar en servicio. No había que buscar ninguna explicación sobrenatural al extraño fenómeno; un eficiente grupo de amantes de lo ajeno había aprovechado el fin de semana, en el que no había vigilancia, para desmontar todas las instalaciones y marcharse con ellas. ¡No dejaron ni tan siquiera las letrinas!

Las investigaciones posteriores no sirvieron de nada, al toparse con la ley del silencio que reinaba en la región. Pero las víctimas de estos robos no eran solamente los norteamericanos. Un oficial australiano que estaba sirviendo fuera del país regresó a su casa en Darwin durante un permiso, en agosto de 1942, para llevarse la monumental sorpresa de que ¡la casa había desaparecido!

En efecto, en su ausencia habían desmontado pacientemente la casa y se la habían llevado. Naturalmente, al oficial le fue imposible encontrar ningún testigo que le pudiera proporcionar alguna pista sobre los ladrones.

Aunque no se sabe si tenía relación con esta desafiante actitud de los naturales de esas tierras agrestes, las autoridades australianas pensaron que era necesario procurar a esos habitantes unas mejores condiciones de vida.

Las grandes distancias con las ciudades del sur provocaban que hubiese escasez de los productos más esenciales. Para remediarlo, se decidió utilizar los trayectos aéreos de la aviación militar para el transporte de productos. Cuando un avión debía atravesar el continente australiano para trasladar tropas o munición, se aprovechaba la ocasión para llevar consigo mercancías que hubieran tardado semanas en llegar al norte si se hubieran enviado por ferrocarril. A partir de entonces, las bodegas de los aviones se llenaron de cajas de fruta, bebida, o latas de conserva.

Uno de estos curiosos viajes fue el causante del que se conoce como el «bombardeo de Adelaida». Un avión B-24 Liberator, perteneciente al 380º Grupo de Bombarderos de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, despegó del aeródromo de esa ciudad, capital del estado de Australia del Sur, cargado de naranjas y cajas de cerveza y Coca-Cola, además de un buen surtido de bebidas alcohólicas.

Nada más despegar, cuando el aeroplano sobrevolaba el casco urbano, las compuertas de la bodega se abrieron por causas desconocidas y la carga comenzó a precipitarse sobre la ciudad.

En primer lugar cayeron las cajas de botellas. Una de ellas atravesó limpiamente el tejado de un lavadero, pero afortunadamente no había nadie

allí en ese momento. Otro vecino se llevó también una buena sorpresa cuando unas cuantas botellas de cerveza se estrellaron en su patio.

Pero el efecto más espectacular de este insólito bombardeo lo proporcionaron las varias toneladas de naranjas que, como si de granizo se tratase, cayeron sobre esa parte de la ciudad, impactando sobre vehículos, casas o incluso los transeúntes que se encontraban en la calle. No hace falta describir la previsible reacción de perplejidad de los vecinos ante este inusual fenómeno meteorológico.

Charles Edward, uno de los tripulantes de aquel Liberator, recordaría años más tarde el accidente: «Todavía no entiendo cómo pudo pasar. De repente, vimos como las cajas iban cayendo una tras otra por la compuerta y al poco tiempo todas las naranjas que llevábamos comenzaron a precipitarse al vacío. Fueron solo unos segundos, pero suficientes para provocar ese desastre».

Milagrosamente, a pesar de la gran cantidad de mercancías arrojadas sobre la ciudad, no hubo que lamentar víctimas.

Al final todo quedó en una anécdota, pero a partir de entonces, antes de despegar, los aviones que salían del aeródromo de Adelaida se aseguraban de que las compuertas estuvieran bien cerradas.

Flema británica en Birmania

El 8 de marzo de 1942, los japoneses conquistaban la capital de Birmania, Rangún. De este modo, además de impedir la llegada de refuerzos a China, con la que se encontraba en guerra, conseguía amenazar directamente la joya del Imperio británico, la India.[54]

Durante la campaña que llevaron a cabo los soldados ingleses en Birmania para rechazar a las tropas niponas, que se extendería hasta el verano de 1944, se produjo un hecho que confirma el tópico de la flema británica.

En el momento más crítico de la última batalla en la que participó, el teniente coronel Lowther dirigió las operaciones al aire libre, pero sentado en una tumbona de madera y tomando una taza de té, en un lugar desde el que se podía contemplar el desarrollo de las operaciones, a tiro de cualquier soldado nipón. Las órdenes de Lowther sirvieron para derrotar a los japoneses, que acabarían retirándose de la región.

A su regreso a Londres, Lowther sería condecorado con la Cruz de Servicios Distinguidos por la sangre fría demostrada durante el combate.

Corn *Sherill, el piloto fantasma*

En abril de 1942 se dio un tan extraño como inquietante caso en el este de China, cerca de Kienow, que tuvo como protagonista a un aviador capaz de pilotar su avión después de muerto. Se trataba de *Corn* (Maíz) Sherill, un joven norteamericano que debía el original apodo a su afición a beber licor de maíz cuando se encontraba en su hogar de Carolina del Norte.

Pero para conocer la historia hay que ir hasta el aeródromo de Kienow, donde tenía su base un escuadrón de aviones norteamericanos Warhawk P-40, con la misión de ayudar a los chinos en su lucha contra los invasores japoneses.

Una tarde lluviosa, los observadores chinos advirtieron que un avión en vuelo bajo se aproximaba a la zona. Todo hacía pensar que se trataba de un aparato nipón, pero era muy extraño que volase a tan solo unos doscientos metros de altitud. Además de que los japoneses no solían enviar aviones solos, el mal tiempo desaconsejaba misiones de este tipo.

Para resolver la incógnita, dos pilotos norteamericanos despegaron con sus P-40 para interceptar al enigmático aparato. Tras recorrer unos pocos kilómetros, lo vieron en la lejanía y se aproximaron hasta comprobar, estupefactos, ¡que se trataba de otro P-40!

Puestos a su misma altura, miraron hacia la carlinga y vieron horrorizados la cabeza del piloto destrozada, empapada en sangre y apoyada inerme en el cristal. No había duda de que estaba muerto. Entonces, ¿cómo podía seguir pilotando su avión?

Aunque nunca pudieron conocer la razón exacta, lo más probable es que una vez herido de gravedad sujetase los mandos del avión con alguna herramienta o simplemente hubieran quedado aprisionados entre sus rodillas, permaneciendo rígidas tras su fallecimiento y manteniendo así el rumbo de un aparato pilotado por un aviador fantasma…

Gracias a las investigaciones posteriores, más tarde se supo que *Corn* Sherill había partido con su avión desde la isla de Mindanao, en las Filipinas, que no había sido todavía ocupada por los japoneses. Provisto de un depósito adicional de combustible, despegó con la misión de atacar una base naval japonesa en la isla de Formosa, la actual Taiwan.

Tras cinco horas de vuelo desde Mindanao atacó la base nipona,

ametrallando el aeródromo cercano a la base y lanzando una bomba sobre un edificio de oficinas. Cuando los Zero japoneses reaccionaron y salieron en su persecución, Sherill puso rumbo a Kienow, sabiendo que allí se encontraban sus compatriotas. Fue en esos momentos, una vez fijado el rumbo, cuando recibió los disparos que le causaron la muerte.

Aunque su avión sí que estuvo cerca de alcanzar Kienow, ninguno de los dos lo logró. Poco después de que fuera interceptado por los otros P-40, el aparato de Sherill continuó perdiendo altura hasta que finalmente se estrelló en el suelo, produciéndose una gran explosión.

Pese a perder su vida en el intento, *Corn* se ganó para siempre la admiración de sus compañeros, que comprobaron cómo un gran piloto podía seguir siéndolo incluso después de muerto.

Una costilla humana como souvenir

En Estados Unidos, los soldados japoneses eran vistos por la opinión pública como auténticos bárbaros. Aunque en muchas ocasiones los nipones se mostraron sádicos y crueles tanto con sus enemigos como con la indefensa población civil, los rumores de que solían apropiarse de las calaveras de los soldados norteamericanos para, una vez limpias, enviarlas a casa como recuerdo, no eran ciertos.

Lo que la población estadounidense no sabía era que la utilización de cadáveres como objetos de recuerdo estaba siendo llevada a cabo por sus propios soldados. Pese a que estas actitudes extremas no eran generalizadas, la realidad era que no pocos soldados se dedicaron a recoger cráneos nipones para guardárselos como recuerdo.

Estas acciones comenzaron a extenderse de tal modo que las autoridades militares tuvieron que tomar cartas en el asunto. Así pues, en septiembre de 1942, el comandante en jefe de la Flota norteamericana en el Pacífico, Chester W. Nimitz,[55] emitió una orden por la que se prohibía taxativamente que «ninguna parte del cuerpo de un enemigo podrá ser utilizada como *souvenir*».

Tras esta disposición, las cosas no mejoraron apreciablemente. Sí que se consiguió que las calaveras dejasen de ser vistas como simples pisapapeles, pero los dientes de oro de los japoneses continuaron extrayéndose, algunos de ellos incluso aunque la víctima se encontrase todavía con vida.

Pero el caso que demostraba que la orden de Nimitz había sido ignorada, fue el de un marinero que envió por correo una costilla perteneciente a un aviador japonés. Cuando fue descubierto el macabro envío, el marinero se justificó asegurando que su hermana se la había pedido.

Unas letrinas muy reveladoras

Tras la detención del avance japonés en el Pacífico gracias a las victorias aeronavales en el Mar del Coral y Midway (mayo-junio de 1942), los norteamericanos decidieron pasar a la ofensiva. El primer objetivo sería avanzar en Nueva Guinea y las islas Salomón, lo que se alargaría hasta 1943.

En enero de este año, en la Conferencia de Casablanca, se decidió desembarcar tropas en las islas Marshall, pero antes era necesario desalojar a los japoneses de las islas Gilbert, que habían ocupado tan solo tres días después del ataque a Pearl Harbor.

El reto no era nada sencillo. Los nipones se habían atrincherado en uno de los dieciséis atolones que forman las Gilbert, el de Tarawa. El comandante de las fuerzas japonesas, el almirante Shibasaki, había anunciado que «los Aliados no tomarán Tarawa ni con un millón de hombres en un millón de años».

Aunque ese hiperbólico pronóstico se revelaría finalmente erróneo, hay que reconocer que la fortificación era francamente temible. Se había construido una red subterránea de casamatas que comunicaba toda la isla, gracias a la cual era posible cubrir rápidamente con refuerzos cualquier sector que fuera atacado. La orilla estaba rodeada de una empalizada por la que asomaban ametralladoras, situadas a pocos metros unas de otras. Además, hay que tener en cuenta que todas las playas contaban con la protección que le proporcionaba una barrera natural de arrecifes.

Los marines estaban decididos a tomar el atolón, pero desconocían un dato importante: no tenían idea de con cuántos defensores se iban a encontrar. Los servicios de inteligencia se pusieron manos a la obra y enviaron un avión para que sobrevolase la isla y tomase fotografías.

El estudio de las imágenes reveló el número total de letrinas que había dentro de la fortificación. Identificando con precisión los tipos diferentes según fueran para oficiales, suboficiales o tropa, y estimando el número de

hombres que se asignarían a cada letrina, los oficiales de inteligencia norteamericanos concluyeron que los soldados japoneses eran 4.836, que luego se reveló como la cifra exacta. Además, había que contar con unos 2.000 trabajadores civiles coreanos que, en caso necesario, podían tomar las armas.

Estos cálculos tan precisos fueron muy útiles para planificar el desembarco. A las cuatro de la madrugada del 20 de noviembre de 1943, 18.600 marines embarcaron en sus lanchas rumbo al atolón. Tras un intenso bombardeo naval, los norteamericanos pusieron el pie en la isla, destruyendo las defensas para que entrasen en liza los primeros tanques ligeros que iban llegando a la orilla. La batalla se prolongaría hasta el mediodía del 23 de noviembre.

La prueba de la dureza de los combates es que tan solo diecisiete japoneses fueron capturados con vida; no habían podido suicidarse al encontrarse heridos. El resto, o habían muerto luchando o se habían quitado la vida. La carnicería también afectó a los coreanos, pues solo sobrevivieron 148. Por su parte, los norteamericanos perdieron 1.115 hombres y tuvieron 2.292 heridos.

Los marines caídos en Tarawa fueron enterrados en la isla, en un cementerio construido para recordar la batalla. Sin embargo, unos años más tarde los restos mortales de los soldados fueron trasladados a Honolulu, en Hawái. Hoy día, el lugar que ocupaba el cementerio es un parque conocido como el Jardín Conmemorativo.

Batalla perdida contra la burocracia

Las autoridades militares norteamericanas quisieron rendir un homenaje al comandante Robert H. Isely, fallecido cuando encabezaba un bombardeo contra la isla de Saipán, entonces en manos japonesas. Por lo tanto, cuando los estadounidenses lograron tomar la isla, decidieron poner su nombre a la base desde la que despegarían los B-29; a partir de entonces se llamaría «Isely» y así figuraría con grandes letras en el letrero que la identificaba.

Al principio el nombre estaba correctamente escrito en los papeles oficiales, pero algún despistado oficinista deletreó mal el nombre en un documento, intercambiando la E y la L. De este modo lo dejó escrito como «Isley». A partir de aquí, el nuevo nombre fue pasando en cadena de uno a

otro papel, hasta que a Washington llegó el nombre cambiado.

Cuando desde la base hicieron notar a las autoridades militares que el nombre que estaba circulando era erróneo, los burócratas de Washington aseguraron que ya era tarde para rectificaciones. La pesada maquinaria burocrática ya había bautizado a la base con ese nombre y era impensable que pudiera modificarse.

Ante este despropósito, los responsables de la antigua «Base Isely» no tuvieron otro remedio que cambiar el nombre en todos los documentos y modificar los letreros, cambiando el correcto por el erróneo. A partir de entonces, sería «Base Isley», un nombre que en lugar de homenajear al piloto muerto era la prueba palpable de que, en muchas ocasiones, la burocracia está por encima del sentido común.[56] En 1975, la base fue transferida a las autoridades civiles, que la convirtieron en el actual aeropuerto internacional de Saipán.

El disco más escuchado en Japón

Durante los terribles bombardeos que sufrieron las ciudades japonesas en el último año de la guerra, hubo un disco que fue todo un éxito del momento. Pero, claro está, los desdichados habitantes de estas poblaciones que eran arrasadas por la fuerza destructiva de las fortalezas volantes no estaban de humor para ritmos alegres como los que entonces se podían escuchar en los Estados Unidos.

Este disco, de 25 centímetros, era el del sonido de los B-29 grabado durante un bombardeo, para aprender a reconocerlos cuando estos se aproximaban. Cuando los que iban a ser víctimas del ataque escuchaban en la lejanía el peculiar ruido que antes habían oído en el disco, sabían que tenían unos pocos minutos para intentar buscar un refugio, al tener la seguridad de que en breve la ciudad iba a convertirse en un infierno.

Un macabro contador de muertos

La tribu birmana de los kachins luchó junto a los Aliados para expulsar a los japoneses de su país. Unos diez mil integrantes de esta etnia fueron entrenados y armados por los norteamericanos para hostigar a las tropas niponas en todo momento, realizando emboscadas, cortando líneas de

comunicación o volando depósitos de suministros.

En una ocasión, el general Joseph W. Stilwell —quien, como hemos visto anteriormente, honró a título póstumo al soldado Kazuo Masuda— recibió un informe en el que constaba la cifra de japoneses muertos por los kachins. Según los cálculos realizados por los propios nativos, habían acabado, exactamente, con la vida de 5.447 soldados enemigos.

Stillwell desconfiaba de esa cifra, pensando que era imposible que unas personas tan atrasadas llevasen un cálculo tan exacto. Al cabo de un tiempo, el general norteamericano mantuvo una entrevista con un kachin, circunstancia que aprovechó para preguntarle, no sin una cierta displicencia e incredulidad, el método que utilizaban para mantener un registro tan exacto de las bajas ocasionadas a los nipones.

El guerrero kachin se limitó a poner sobre la mesa un tubo de caña de bambú que llevaba atado a la cintura y vaciarlo ante la mirada extrañada del general. Sobre la superficie de la mesa quedó extendido un buen número de pequeños objetos redondeados, de color tostado.

Stillwell, sin comprender nada, le preguntó:

—Y esto, ¿qué es?

—Orejas japonesas —le respondió el kachin—. Solo tiene que dividir por dos y tendrá el número de muertos.

No hace falta decir que, a partir de ese día, los norteamericanos no volvieron a poner en tela de juicio las estadísticas presentadas por los kachins.

9

El cerco se estrecha

«Una Navidad fría y despejada, un tiempo espléndido para matar alemanes.»

El general estadounidense GEORGE PATTON (1885-1945), en la nochebuena de 1944

La primera fase de la guerra, hasta el verano de 1942, acabó con las tropas del Eje firmemente asentadas en el continente europeo, en el norte de África y el Cáucaso. Los Balcanes habían sido ocupados por los alemanes en la primavera de 1941 con la misma rapidez demostrada en Polonia o Francia. La isla de Creta fue invadida en una audaz operación aerotransportada.

Pese al contratiempo sufrido durante el invierno de 1941-42 a las puertas de Moscú, la ofensiva de verano de la Wehrmacht había logrado extender el dominio germano sobre el sur de Rusia para apoderarse de los extensos campos petrolíferos de Bakú. De este modo, el Reich se garantizaba el suministro de combustible.

En África, Rommel, después de capturar Tobruk, se encontraba a un centenar de kilómetros de Alejandría. En El Cairo ya se estaban quemando documentos, ante el riesgo de que los alemanes entrasen en la ciudad en cualquier momento.

No era aventurado pensar que estos dos ejércitos victoriosos acabasen confluyendo en Oriente Medio y, en un futuro no muy lejano, pudieran estrechar sus manos con los soldados japoneses, que ya amenazaban al imperio británico en la India.

Pero tras el triunfo aliado en El Alamein, el Eje iniciaría un retroceso general en todos los frentes. El desembarco norteamericano en Marruecos y

Argelia significó el golpe de gracia al Afrika Korps. Stalingrado se convirtió en la tumba del VI ejército alemán, mientras que la batalla de Kursk fue la última ofensiva protagonizada por los panzer en Rusia. La isla de Sicilia se convirtió en el escenario del primer desembarco aliado en la «fortaleza europea» de Hitler.

Aunque Alemania ya tenía la guerra prácticamente perdida, las playas de Normandía fueron el lugar en el que se jugó el desenlace de la contienda, tal como profetizó Rommel. A partir de ahí, tan solo quedaba esperar la inevitable derrota germana. Hitler intentó reeditar éxitos pasados jugándose sus últimas reservas en una desesperada acción en las Ardenas, pero nada podía salvar ya al Tercer Reich de su destrucción.

«Hospital de la Paz» en Creta

Tras la invasión de los Balcanes en la primavera de 1941, las miradas de los alemanes se posaron sobre la importancia estratégica de la isla de Creta; situada en el centro de las rutas marítimas del Mediterráneo oriental, podía proporcionar una excelente base para acciones aéreas en el norte de África. Los británicos ya habían previsto esta circunstancia y en octubre de 1940 habían enviado allí tropas, con el consentimiento del gobierno griego.

Los efectivos aliados en Creta constaban de unos 28.000 hombres, además de dos divisiones griegas, pero estaban escasamente armados. Tan solo contaban con dos docenas de aviones de caza y un número similar de tanques y cañones antiaéreos.

Ante esta débil fuerza defensora, los alemanes podían enfrentar unos 13.000 paracaidistas, 9.000 tropas de montaña, un millar de aviones, entre cazas y aparatos de transporte, y ochenta planeadores.

La conquista de Creta se inició en la madrugada del 20 de mayo, cuando los paracaidistas de la 7ª División Aerotransportada, a bordo de una impresionante escuadra de 493 aviones, se lanzaron sobre la isla. Entre ellos figuraba una celebridad, el excampeón mundial de los pesos pesados Max Schmeling.

Lo que se preveía como un paseo para estos soldados de élite se convirtió en una brutal carnicería. Muchos de estos paracaidistas llegaron a tierra ya muertos por las balas británicas. Algunos no tuvieron ni siquiera la oportunidad de saltar, ya que quince de esos aviones fueron derribados por

los cañones antiaéreos y se precipitaron al suelo envueltos en llamas.

Los que llegaron en planeadores tampoco tuvieron mejor suerte; buena parte de estos aparatos se estrellaron en tierra o cayeron en el mar debido a un inesperado viento que soplaba desde el interior hacia la costa. De los aproximadamente 10.000 alemanes que participaron en la primera fase de la batalla, casi la mitad resultaron muertos, heridos o capturados.

Haciendo frente a todas estas dificultades, unos 5.000 paracaidistas lograron desplegarse por la isla. El momento decisivo de la batalla sería dos días después cuando, tras encarnizados combates cuerpo a cuerpo contra aguerridos soldados neozelandeses, los alemanes lograron apoderarse de una base aérea que facilitaría el envío masivo de tropas y material.

Durante la campaña de Creta se produjo un hecho sin precedentes que ya no se repetiría. Los británicos habían dispuesto un hospital de campaña en el que acogían a sus numerosos heridos, pero el desarrollo de la batalla hizo que fueran trasladados al campamento un nutrido grupo de paracaidistas prisioneros, que presentaban heridas graves. A los pocos minutos, los médicos atendían a todos los soldados, sin importar que fueran compatriotas suyos o alemanes.

Pese a que las tiendas exhibían una enorme cruz roja, claramente visible desde el aire, las bombas germanas comenzaron a caer sobre el campamento. La razón era la existencia de una antena de radio situada al lado del hospital, que se había convertido en el objetivo de la Luftwaffe, sin que supieran que a pocos metros de donde arrojaban las bombas se encontraban compatriotas suyos.

Inmediatamente, los británicos se dirigieron por radio a los alemanes pidiendo un alto el fuego. Para evitar que el hospital resultase más dañado, se llegó al acuerdo de que la antena sería desmantelada y, de este modo, los aviones cesarían en su ataque.

Los alemanes, al enterarse de la presencia de soldados suyos en el hospital de campaña del enemigo, se ofrecieron para atenderles con sus equipos médicos, una propuesta que fue aceptada por los Aliados.

De este modo se llegó a la insólita escena de ver a médicos y enfermeras germanos realizando su sacrificada labor en el hospital inglés, trabajando codo con codo para salvar la vida al mayor número de soldados. El hecho más significativo de esta asombrosa colaboración es que tanto los doctores alemanes como los británicos atendieron indistintamente a los heridos de

ambos bandos.

Aquel hospital de campaña se convirtió por unos días en un improvisado santuario de paz y amistad, al encontrarse entremezclados en las mismas salas los soldados que poco antes se habían estado disparando unos a otros.

El entendimiento entre ambos contendientes se limitaría a este encomiable episodio. Fuera del hospital, los combates continuaron con la misma virulencia hasta que el 26 de mayo los británicos decidieron que había que evacuar la isla.

La salida de las tropas aliadas se inició el 28 de mayo y finalizaría tres días más tarde. El balance de víctimas estuvo aparentemente equilibrado, al haber sufrido los alemanes 6.000 bajas, cuando los Aliados contabilizaban unas 4.000 entre muertos y heridos, además de perder unos 12.000 soldados que cayeron prisioneros, a lo que había que añadir 2.000 marineros muertos en los ataques aéreos a la Royal Navy.

Pero en realidad las pérdidas germanas eran más importantes, al tratarse de soldados de élite que —tal como señaló Churchill en sus memorias— hubieran podido realizar acciones aerotransportadas en otras zonas mucho menos protegidas como Siria, Irak o incluso Irán, dominando de este modo regiones extensas de gran importancia estratégica.

Aunque los paracaidistas alemanes habían alcanzado el objetivo de conquistar Creta, esta sangrienta batalla supuso su final. El mismo Hitler, que ya se había mostrado escéptico antes de dar comienzo la misión, tras conocer los resultados de la campaña aseguró: «El momento de los paracaidistas ha pasado».

La decepción del Führer por el alto coste que había supuesto la campaña de Creta lo llevó más tarde a rechazar un plan para asaltar el Canal de Suez mediante otra operación aerotransportada.

Llamada por sorpresa

Churchill acostumbraba a seguir muy de cerca las operaciones militares. Para ello solía telefonear sin previo aviso a los diferentes lugares donde estaban destinadas las tropas británicas para que el oficial en jefe le explicase de primera mano el desarrollo de las operaciones.

Un día de junio de 1941, el premier británico decidió ponerse al corriente de lo que sucedía en Siria, lugar en el que Gran Bretaña, ayudada por

franceses leales al general De Gaulle, luchaba contra el ejército francés obediente al régimen colaboracionista de Vichy, para que esta región estratégica no cayese en manos alemanas.[57] Por lo tanto, llamó a la War Office para que le pusieran en contacto telefónico con el oficial al mando de las tropas destinadas en Oriente Medio.

Una vez que su llamada a larga distancia fue atendida, un impaciente Churchill comenzó a bombardear a preguntas a su interlocutor:

—¿Cómo van las operaciones en Siria?

—¡Estupendamente! —le contestó la persona que estaba al otro lado de la línea.

—¿Qué me puede decir sobre el movimiento envolvente realizado por nuestras tropas francesas?

—¡Oh, extraordinario!

—¿Qué táctica vamos a seguir en los próximos días? ¿Cómo están respondiendo las tropas?

—¡Todo irá bien! ¡Seguro!

Churchill, perplejo por las evasivas respuestas que iba recibiendo, bramó:

—Pero… ¡usted no tiene idea de nada! ¿Con qué oficial estoy hablando?

—¡Ah!, pero si yo solo soy el cabo Jones, el oficinista de guardia…

A partir de ese día, Churchill se aseguraría personalmente de que estaba hablando realmente con un responsable cuando pedía ser informado desde el frente.

Ocasión perdida por la ineptitud de un artillero

Los alemanes dejaron pasar a principios de 1942 una excelente oportunidad para poner en aprietos a Gran Bretaña. La mayor parte del petróleo que llegaba a los puertos ingleses procedía de una gran refinería situada en la isla de Aruba, frente a las costas venezolanas, y los alemanes estuvieron muy cerca de conseguir hacerla volar por los aires. De este modo, el suministro de combustible hubiera quedado paralizado durante varios meses, hasta la reparación de esas instalaciones.

Desde este puerto caribeño partían continuamente petroleros rumbo a las islas británicas. Los submarinos alemanes lograban interceptar algunos de estos enormes buques durante su trayecto por el Atlántico, pero el gran objetivo era inutilizar la refinería.

Si eso se conseguía, los británicos se verían con grandes dificultades para aprovisionarse de combustible, en unos momentos en los que sus tropas necesitaban todas sus reservas para resistir las acciones de Rommel en el norte de África. Para el Tercer Reich, era la gran oportunidad para asestar a los Aliados un golpe, si no determinante, sí al menos muy importante.

La misión de destruir la refinería de Aruba recayó en el comandante Hartenstein y su submarino U-156. Los Aliados no creían que los U-Boote pudieran llegar hasta las aguas del Caribe, por lo que esas instalaciones permanecían sin protección. De este modo, la incursión no podía resultar más sencilla. Simplemente había que situarse frente al complejo y bombardearlo con el cañón de 105 mm con el que estaba dotado el U-156. El consiguiente estallido de los grandes depósitos de combustible haría el resto.

Después de una larga travesía, Hartenstein y su submarino llegaron ante las costas de Aruba. Allí estaba la refinería, justo frente a ellos, totalmente desprotegida. El panorama no podía ser más prometedor, pues además había a su alcance dos petroleros con sus depósitos llenos de combustible. El comandante no podía dejar la ocasión de aumentar su curriculum con dos hundimientos más, así que ordenó torpedearlos.

A los pocos segundos, uno de ellos volaba por los aires, ardiendo toda su carga de gasolina. El otro petrolero siguió el mismo destino poco después. La oscura columna de humo advirtió a los trabajadores de las instalaciones petroleras de que estaban siendo objeto de un ataque, pero bien poco podían hacer para defenderse.

Era el turno de la refinería. El submarino salió a la superficie y un marinero se encargó de preparar el cañón con el que iban a destruir la factoría. Hartenstein dio la orden de fuego y… fue el propio cañón el que explotó.

Todo el tubo había quedado desgarrado, siguiendo las estrías del interior. ¿Qué había pasado? No era muy difícil adivinarlo: el marinero había olvidado quitar la tapa metálica que protegía la boca.

El enfado del comandante Hartenstein era imaginable. Habían perdido la gran oportunidad para dejar sin gasolina a sus enemigos por la inoperancia de un marinero. La mítica eficacia germana había quedado en entredicho después de este cómico suceso. A partir de entonces, muy pocas ocasiones como esta se presentarían ante los alemanes para golpear duramente a los

británicos.

El ataque menos costoso

Aunque se trate de unas macabras estadísticas, es interesante calcular el coste económico que supone para un ejército acabar con la vida de un enemigo. El caso más extremo sería el de la guerra de Vietnam, en la que correspondió aproximadamente un total de trescientos kilos de bombas norteamericanas por cada uno de los muertos del Vietcong.

El coste de esta inversión es desproporcionado si tenemos en cuenta que una bomba de aviación de 250 kilos, la más barata del mercado, tiene un precio de unos 2.000 dólares. Un sencillo cálculo nos permitirá deducir que la factura de la munición empleada para eliminar a cada vietnamita ascendió a 2.400 dólares. Si tenemos solamente en cuenta las bombas arrojadas por los bombarderos estadounidenses sobre la ruta Ho Chi Minh a su paso por Laos, el coste se elevaría a un millón de dólares por cada enemigo muerto.

En el otro lado de la balanza tendrían el honor de figurar los conocidos gurkas. Estos hombres nacidos para la lucha, procedentes de las montañas de Nepal, comenzaron a servir como soldados profesionales en el ejército británico desde 1816, pero adquirieron renombre mundial a partir de su participación en la Primera Guerra Mundial, en la que unos 200.000 gurkas lucharon en la mayoría de escenarios de la contienda.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los gurkas combatieron en el norte de África e Italia, así como en Malasia, Singapur y Birmania. En la contienda llegaron a participar cuarenta batallones de gurkas. Contando los que formaron parte de otras unidades auxiliares, sumarían un total de 250.000 hombres.

La mítica ferocidad de estos nepalíes se debe a su especialización en el combate cuerpo a cuerpo, para el cual utilizan su cuchillo curvado característico, el *kukri*, que se ha convertido en su símbolo.[58]

En una ocasión, durante la campaña del norte de África, un grupo de gurkas llevó a cabo con éxito un asalto a una posición alemana del Afrika Korps, que tuvo el honor de ser, posiblemente, la acción armada menos costosa de la Segunda Guerra Mundial.

El informe escrito que presentó posteriormente el oficial gurka que estaba

al mando del grupo así lo atestigua:

«Bajas enemigas: Diez. Bajas propias: Cero. Munición empleada: Cero».

Cien mil gorras de marinero

En una ocasión, un almirante de la Royal Navy británica con base en el puerto egipcio de Alejandría encargó a un proveedor, Xiel Federmann, una partida urgente de cien mil gorras de marinero. La industria artesanal egipcia no estaba en aquel momento preparada para servir esa cantidad, por lo que Federmann tuvo que idear otra solución.

Recordó que en Tel Aviv, la futura capital de Israel entre 1948 y 1950, había un fabricante del tradicional gorro judío, la kipa, que quizás podía asumir el encargo. Puesto en contacto con él, en un primer momento rechazó la petición al sentirse incapaz de cumplir con el enorme pedido, pero Federmann le habló de la trágica situación por la que estaban atravesando los judíos en la Europa ocupada por los nazis. Al final, el fabricante aceptó el compromiso y comenzó a reclutar a todos los artesanos de Tel Aviv para que le ayudasen a entregar a tiempo el ingente pedido.

Tan solo dos semanas más tarde, las gorras ya estaban en Alejandría. Se comprobó la calidad y resultó excelente. Federmann, satisfecho, recibió la gratitud del almirante. El estreno de las gorras sería con ocasión de una ceremonia militar que se celebraría a bordo del buque de guerra *Warspite*, y a la que el orgulloso proveedor fue invitado.

Durante el acto, los marineros ofrecían un aspecto impecable con sus gorras nuevas, pero de repente comenzó a caer una fina lluvia. Aunque los marineros permanecían impertérritos, por sus caras se deslizaban unos finos regueros de una sustancia que no era ni agua de lluvia ni sudor. Algunos de ellos se tocaron disimuladamente el rostro, comprobando, perplejos, que se trataba de pegamento.

Federmann deseó por un momento que le tragase la tierra. Debido a las prisas, el adhesivo empleado no había tenido tiempo de secarse por completo y ahora se estaba derritiendo ante sus ojos por el contacto con el agua de lluvia.

Pese a este fracaso, el proveedor pudo mantener la confianza que la Royal Navy había puesto en él, pero a partir de ese día, se lo pensaría dos veces antes de aceptar pedidos urgentes…

Bedford, un pueblo sin suerte

El desembarco de Normandía, el 6 de junio de 1944, causó un total de 9.386 muertos entre las filas estadounidenses. Este coste en vidas humanas, aunque menor del que se había previsto, inundó lógicamente de dolor a las familias de los soldados, pero también afectó a las localidades de procedencia de esos muchachos que jamás volverían a pisar suelo norteamericano.

Una pequeña población del oeste de Virginia, Bedford, situada en las estribaciones de la cordillera de los Apalaches, fue una de las más afectadas, en proporción, por bajas sufridas durante el Día-D. Pese a tener tan solo 3.000 habitantes, un total de 33 hombres dejaron sus vidas en la playa de Omaha.

Se puede afirmar que los chicos de Bedford, todos ellos muy jóvenes, no tuvieron demasiada suerte. Los 37 que fueron movilizados para tomar parte en el desembarco no habían salido de su pueblo más que para realizar un breve período de entrenamiento militar e inmediatamente fueron enviados a Europa.

A los muchachos de Bedford se les encuadró en la compañía A del 116º Regimiento de la 29ª División de Infantería. Esta compañía fue una de las que se encargó de poner el pie por primera vez en la playa de Omaha, en la que los alemanes conservaban sus defensas en mejores condiciones y en donde los norteamericanos encontraron muchísimas dificultades.

La prueba de la dureza de los combates que tuvo que afrontar el 116º Regimiento es que 180 de sus doscientos miembros fueron bajas, muriendo un centenar. De los 37 vecinos de Bedford, 11 no llegaron ni siquiera a la playa, al morir en las mismas lanchas de desembarco por los disparos de las ametralladoras alemanas, o ahogados al intentar escapar saltando por la borda. Y de los veintiséis que lograron tocar tierra, veintidós fueron acribillados por las balas germanas en los primeros cinco minutos.

Tan solo cuatro consiguieron permanecer con vida hasta el final de la lucha, aunque uno de ellos, Roy Stevens, había perdido a su hermano gemelo Ray. Sin embargo, ninguno de los dos hermanos Hoback sobrevivió a la matanza; ambos dejaron su vida en Omaha.

Cuando las noticias fueron llegando a Bedford, el pueblo se vio sumido en la tragedia. Una treintena de familias habían perdido a sus hijos en las

playas de Francia.

Aunque se asegura que esta localidad asumió con entereza el precio extraordinario que tuvo que pagar para la liberación de Europa, también había quien cuestionaba el papel que habían jugado los jóvenes del pueblo en ese combate. Teniendo en cuenta que su entrenamiento era mínimo y que habían sido enviados a luchar a primera línea, cabe la posibilidad de que hubieran sido utilizados como carne de cañón.

Aunque esta era la opinión mayoritaria, la verdad es que se prefirió calificar su sacrificio como heroicidad y no intentar exigir responsabilidades por la tragedia.

Si alguien dudaba de que Bedford era un pueblo sin suerte, un hecho anecdótico vino a confirmarlo diez años después. Con ocasión del décimo aniversario del desembarco de Normandía, en 1954, se celebró un emotivo acto en el pueblo de recuerdo a los soldados fallecidos, al que asistieron varios generales norteamericanos y franceses.

Los habitantes de Bedford estaban orgullosos porque la revista *Life* iba a publicar un extenso reportaje sobre la ceremonia, con entrevistas a las familias de los soldados, dando a conocer de este modo su historia a todo el país.

Sin embargo, poco antes de cerrar la edición, la repentina muerte del gran fotógrafo de guerra Robert Capa, al pisar una mina en Indochina, alteró los planes de la publicación, sustituyendo el reportaje sobre Bedford por un extenso obituario del famoso reportero gráfico. La aparición del artículo previsto se aplazó para otro número, pero fue nuevamente postergado y finalmente nunca pudo ver la luz.

De todos modos, el destino no ha querido mostrarse demasiado cruel con este pueblo de Virginia y, como compensación, el 6 de junio de 2001 obtuvo por fin su reconocimiento.

El entonces presidente norteamericano George W. Bush inauguró en Bedford un monumento a los jóvenes caídos en Francia, convirtiéndose a partir de entonces en un centro de peregrinación de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Aunque fuera con un retraso de más de medio siglo, finalmente Bedford recibía la gratitud de todo el pueblo estadounidense por su doloroso sacrificio.

Orientación arriesgada

Tras el éxito del desembarco en Normandía, el 6 de junio de 1944, los Aliados creían que la conquista de esa región no les demoraría más que unos días. No obstante, y pese a que el grueso de las fuerzas acorazadas alemanas permanecía en Calais a la espera de un nuevo desembarco que jamás se produciría, las tropas aliadas encontraron una firme resistencia. Además, la especial orografía de la zona no ayudaría a que los soldados aliados avanzasen con facilidad.

Ese terreno, conocido como *bocage*, consistía en una mezcla de pantanos, bosquecillos y tierras abandonadas, separadas por setos de arbustos o montículos de tierra dispuestos de forma irregular sobre un territorio de colinas y depresiones. El origen de estos setos vivos se remonta a más de dos mil años de antigüedad, al haber sido empleados por los primeros campesinos celtas para delimitar sus campos. El tiempo había acabado formando una red de raíces entrelazadas de gran consistencia. Los soldados aliados solían comentar en tono jocoso que, al ser estos setos tan tupidos, podía haber al otro lado un pelotón de alemanes y les sería imposible descubrirlos.

Aunque aparentemente estos parajes no constituían un escenario ideal para combatir, en realidad sí lo eran, pero solamente para los que debían mantener posiciones defensivas, en este caso los alemanes. Estos podían ocultarse en cada seto o recodo del camino, o refugiarse en las pequeñas construcciones de piedra que abundaban en la zona, por lo que, en lugar de tratarse de un combate en campo abierto, en ocasiones adquiría características similares a la temida lucha casa por casa.

Además, para acabar de complicar las cosas, la infantería no podía contar con los tanques; aunque resulte sorprendente, los setos, que podían llegar a los tres metros de altura, impedían por completo la evolución de los carros blindados por el campo, que debían limitarse a las carreteras y caminos anchos.

Este grave inconveniente fue superado por los norteamericanos gracias al ingenio de unos soldados que idearon un sistema para que los tanques pudieran abrirse paso a través de los sólidos muros formados por ramas y raíces. Para ello se hicieron con varias vigas de hierro de las empleadas por los alemanes como obstáculos en las playas y las cortaron en forma de

sierra, soldándolas a la parte delantera de los tanques Sherman.

De este modo, los carros se convertían en improvisadas máquinas cortacésped, pudiendo atravesar los setos con relativa facilidad. Tras unos días de práctica, descubrieron que no era necesario soldar la viga completa ni darle forma quebrada; con tan solo dos secciones, colocadas en punta como si se tratase de los cuernos de un toro, era suficiente para arrancar los setos y pasar a través de ellos.

Por su parte, los alemanes despreciaron este invento, quizás porque no se les había ocurrido a ellos, por lo que sus tanques siguieron encorsetados a moverse por las carreteras, concediendo esta incomprensible ventaja a los blindados enemigos.

Otro problema inherente al *bocage* era la orientación. Al tener que efectuar la mayor parte de operaciones campo a través, los hombres se quedaban sin puntos de referencia. Si no disponían de brújula, e incluso con ella, no era raro que acabasen perdidos en un laberinto de caminos y senderos sin señalizar que se bifurcaban y unían continuamente. En ocasiones, tras una marcha a pie de varias horas, comprobaban con estupor que volvían a estar en el lugar de donde habían partido.

La coordinación del fuego de artillería se hacía así cada vez más difícil: se sabe que al menos en una ocasión un oficial solucionó el problema ordenando abrir fuego sobre lo que se creía que era su propia posición, para luego ver dónde caían realmente los obuses. De este modo, conseguía obtener una referencia exacta en el terreno desde la que poder orientarse. Evidentemente, este heterodoxo método de orientación no llegaría nunca a ser reconocido como tal, debido a su riesgo casi suicida.

El balance para los Aliados de lo que se acabaría conociendo como «el combate del *bocage*» no fue precisamente positivo, al saldarse con más de cinco mil bajas entre la infantería norteamericana.

Desgraciado hallazgo en un cementerio

Aunque durante la guerra se produjeron abundantes anécdotas, no podemos olvidar que la inmensa mayoría de los hechos sucedidos durante la contienda fueron auténticas tragedias.

Uno de ellas ocurrió un mes después del desembarco de Normandía. Un miembro de la mítica División 101ª Aerotransportada, el soldado

norteamericano Fritz Niland, recibió una triste noticia cuando se disponía a embarcar rumbo a Inglaterra, tras haber cumplido con su misión durante el Día D.

Un oficial le comunicó que su hermano William, también paracaidista, había resultado muerto en combate. Fritz, que entonces era casi un adolescente, rompió a llorar, recibiendo el consuelo del sacerdote asignado a su división, el padre Sam. Fritz, una vez repuesto del tremendo mazazo, le pidió que le acompañase al lugar donde estaba enterrado su hermano, para poder dedicarle una última despedida.

El joven soldado y el padre Sam se pusieron en marcha. Subieron a un Jeep y, tras viajar unos treinta kilómetros en absoluto silencio, llegaron al cementerio donde le habían dicho que acababan de enterrar a su hermano. El encargado del camposanto buscó entre sus papeles el nombre del fallecido, pero no lo encontró. Sin embargo, existía otra persona con el mismo apellido. Se trataba de Roland Niland; otro hermano de Fritz.

El golpe anímico fue enorme. Buscando la tumba de su hermano se había encontrado con la terrible noticia de que otro de ellos había dejado también su vida en tierras francesas. Pese al desconsuelo que sufría en esos momentos Fritz aún tuvo fuerzas para averiguar el lugar donde estaba enterrado su primer hermano muerto.

A unos cientos de metros de ese cementerio se encontraba otro lugar donde se estaban abriendo nuevas tumbas. Allí había una sencilla cruz de madera con el nombre de William Niland. Durante unos eternos minutos, ambos hombres, arrodillados, recordaron su memoria.

No obstante, en realidad la tragedia era aún mayor de lo que Fritz pensaba. Dos semanas antes, en una isla del Pacífico, otro hermano suyo había caído bajo las balas japonesas. Sin que en ese momento lo supiera, él era el único superviviente de los cuatro hermanos.

Regreso a Verdún

En la fortaleza de la ciudad francesa de Verdún quedó inscrito un curioso recordatorio. En este lugar, durante la Primera Guerra Mundial, se habían producido importantes combates. En 1918, los soldados norteamericanos también dejaron su sangre en ese lugar.

En la Segunda Guerra Mundial, Verdún no sufrió las encarnizadas luchas

que habían tenido lugar veinte años antes, pero un soldado estadounidense que ya había luchado en la Gran Guerra volvió a pasar por la ciudad. Esta fue la significativa inscripción que dejó en el fuerte de Verdún:

AUSTIN WHITE (CHIGAGO, ILLINOIS), 1918
AUSTIN WHITE (CHICAGO ILLINOIS), 1945
THIS IS THE LAST TIME I WANT TO WRITE MY NAME HERE.[59]

Un curioso pacto nazi-británico

En agosto de 1941, las tropas alemanas habían conquistado Grecia, Yugoslavia y las islas del mar Egeo en una campaña fulminante. Durante los tres años siguientes, las fuerzas ocupantes tuvieron que defender estos territorios de ataques continuos de partisanos que obligaban a los alemanes, ayudados por los italianos hasta septiembre de 1943, a sostener una lucha sin frentes para la que no estaban preparados. Aun así, las tropas germanas, pese a estar formadas por unidades deficientes, lograron mantener el dominio sobre esta región de los Balcanes.

A partir de mayo de 1944, el panorama cambiaría. Los Aliados comenzaron a apoyar desde el aire las acciones de los partisanos. Por otra parte, el Ejército Rojo avanzaba imparable; en agosto sería derrotado el Grupo de Ejércitos alemán del sur de Ucrania, cayendo toda Bulgaria poco después. Por lo tanto, el mismo día de la pérdida de la capital búlgara, el 27 de agosto, Hitler ordenó evacuar las cinco divisiones que estaban destinadas en Grecia y las islas del Egeo.

A lo largo del mes de septiembre, los aviones de transporte germanos no descansaron ni un momento en tierra. En total, desde agosto a octubre de 1944, se habían organizado 2.050 operaciones de traslado para evacuar a los más de 30.000 soldados que estaban destinados en las islas más alejadas del continente.

Sin embargo, sobre toda esta compleja operación de rescate planea una sombra. Teniendo en cuenta la superioridad de los aviones británicos en ese sector, no se entiende el orden y la eficacia con la que los alemanes consiguieron transportar todos sus efectivos.

La explicación la proporcionaría el ministro de Armamento, Albert Speer, unos años después. Al parecer, los ingleses permitieron que los alemanes evacuaran determinadas zonas sin atacarlos. A cambio, para cumplir su

parte de este acuerdo secreto, los alemanes se comprometían a defender el puerto griego de Salónica de los rusos, al menos hasta que llegaran los británicos, que estaban interesados en conservar Grecia fuera de la órbita soviética.

Aunque no existen más pruebas que el testimonio de Speer, en él se asegura que la propuesta surgió del jefe del Alto Mando del ejército, el general Alfred Jodl. El único comentario que hizo Hitler, avergonzado por el bochornoso acuerdo, fue: «Es la primera y última vez que nos prestamos a una cosa así».

Un arzobispo en una fiesta de disfraces

Tras la salida de los soldados alemanes en octubre de 1944, Grecia entró en un período extraordinariamente confuso. Los ingleses consideraron que la opción más conveniente para los Aliados era el restablecimiento de la monarquía, pero la guerra civil que estalló en el país heleno supuso un obstáculo para este fin.

Finalmente, un armisticio con el Frente Comunista de Liberación Nacional Griego, alcanzado el 27 de diciembre de 1944, haría posible el regreso a Grecia del rey Jorge II.[60]

Hasta la celebración del referéndum para la aprobación de la restauración monárquica, el encargado de mantener la paz fue el arzobispo Damaskinos, que desempeñaría el cargo de regente y consiguió formar un gobierno estable, pese a las dificultades. Sin embargo, este proceso, que contaba con el decidido apoyo de los británicos, pudo haberse ido al traste por un malentendido producido dos días antes.

La noche del 24 de diciembre, Churchill se disponía a celebrar la Nochebuena con su familia en Londres cuando le llegaron noticias de que en Grecia se estaban produciendo acontecimientos de especial gravedad. Las tropas británicas se veían impotentes para frenar a la guerrilla comunista.

Era indispensable realizar algún gesto para pacificar el país, y ese no era otro que una entrevista entre el premier británico y el arzobispo Papandreu Damaskinos que, al ser la más alta autoridad de la Iglesia griega de rito bizantino, era el único hombre con fuerza moral para situar a los contendientes en el camino de la paz. Además, durante la ocupación nazi se

había convertido en el símbolo de la resistencia, por lo que era querido y admirado por toda la población griega.

Churchill prefirió no dejar para más tarde la resolución del conflicto y esa misma noche ordenó que le preparasen un avión que le llevaría a Atenas, después de repostar en Nápoles. A su llegada a la capital griega, a mediodía, fue trasladado al crucero británico *Ajax*, que estaba fondeado en el puerto de El Pireo.

Al anochecer, mientras Churchill descansaba en su camarote, la tripulación del *Ajax* celebró la Navidad con una gran fiesta de disfraces. Utilizando los escasos elementos que tenían a mano, pero empleando mucha imaginación, la cubierta del buque se llenó de repente de payasos, cocineros, obreros o policías, además de chinos, pieles rojas o negros, todos ellos cantando y bailando desenfrenadamente, animados por botellas de buen vino griego que, por un día y sin que sirviese de precedente, pasaban de mano en mano ante la vista gorda de los oficiales.

La casualidad quiso que, justo en esos momentos, Damaskinos hiciera acto de presencia en el barco para dar la bienvenida a Churchill. El arzobispo, ataviado con los ropajes y el tocado propio de los altos representantes de la iglesia ortodoxa, subió con gran dignidad por la escalinata del *Ajax* y llegó a la cubierta, esperando encontrarse con una recepción de honor.

Los marineros observaron la llegada del clérigo y, naturalmente, creyeron que se trataba de otro invitado que llegaba a la fiesta con su correspondiente disfraz. En pocos segundos, Damaskinos se vio rodeado por un festivo grupo de marineros borrachos, bailando a su alrededor con entusiasmo, alabando a gritos la originalidad de su vestimenta y ofreciéndole un trago de vino.

El arzobispo, perplejo por el desconcertante recibimiento, interpretó que los británicos se estaban burlando de él y, abriéndose paso entre aquella pandilla de beodos, intentó bajar del buque.

La escena fue vista por un oficial que, intrigado por la dignidad mostrada por aquel extraño personaje, avisó al capitán; Este recordó que era posible que se presentase el arzobispo y corrió para evitar que se marchase. Pudo llegar a tiempo y, después de apartar a algunos marineros que intentaban quitarle su alto sombrero negro, pidió disculpas al ofendido Damaskinos. Al poco tiempo, Churchill se presentó también para arreglar el desaguisado.

Afortunadamente, el arzobispo fue comprensivo y disculpó la actitud de aquellos marineros ebrios. La reunión posterior no pudo ser más productiva y el clérigo aceptó ofrecer su colaboración. Después de difíciles negociaciones, Damaskinos fue nombrado regente el 28 de diciembre.

Aunque la aportación del clérigo fue fundamental para estabilizar el país y evitar que cayese en la órbita soviética, la lucha de los grupos guerrilleros, apoyada por Yugoslavia, Albania y Bulgaria, se prolongaría hasta 1949, cuando se dio por finalizada la guerra civil griega, el mismo año en que Damaskinos falleció.

Cómo se bautiza una batalla

A lo largo de los siglos, los diferentes combates entre ejércitos han recibido un nombre con el que han pasado a la historia. Desde Waterloo a El Alamein, pasando por Gettysburg o el Somme, todas las batallas son denominadas de forma que se las sitúa para siempre en un lugar y tiempo determinado. Pero ¿quién decide el nombre con el que se las va a designar para la posteridad?

En la mayoría de casos, ese nombre aparece sin una reflexión previa, referida a una localidad o un accidente geográfico situado en las proximidades. Pero lo que no es habitual es que se celebre una conferencia para decidir, en base a estudios históricos, cómo nombrar esa batalla y, menos aún, cuando esta acaba de iniciarse y su resultado es aún incierto.

Pues eso es lo que ocurrió en diciembre de 1944, cuando Hitler hizo su última y desesperada apuesta para derrotar, o al menos frenar, a los ejércitos aliados que se aproximaban cada vez más a las fronteras del Reich. El 16 de diciembre, 25 divisiones fueron lanzadas sobre el frente occidental en la zona boscosa de las Ardenas, una región natural que se extiende por el nordeste de Francia, el sudeste de Bélgica y Luxemburgo. Es una zona montañosa, cubierta de bosques y atravesada por los ríos Mosa y Ourthe.

Las cuatro divisiones norteamericanas que protegían la región no pudieron hacer nada para taponar la abertura que los panzer alemanes habían abierto en sus líneas. Durante unos días el pánico se apoderaría de las fuerzas aliadas; un grupo de soldados germanos disfrazados con uniformes norteamericanos se encargarían de cambiar indicadores de carretera, transmitir órdenes falsas o detener vehículos para provocar

embotellamientos.

Casi más graves que esta táctica contraria a los usos de la guerra fueron las reacciones de las autoridades militares aliadas. Cualquier soldado u oficial pasó inmediatamente a convertirse en un sospechoso y se inició una caza de brujas en busca de los infiltrados que obstaculizó aún más la respuesta a la ofensiva germana.

En esos momentos la máxima preocupación era recomponer la línea del frente, pero hubo quien entendió que era una prioridad encontrar un nombre para designar la batalla que se estaba disputando entre los frondosos bosques nevados de las Ardenas.

A última hora del 17 de diciembre, el historiador militar S.L.A. Marshall, que se encontraba en París, recibió una llamada telefónica del cuartel general del comandante supremo, Dwight Eisenhower. Se trataba de un oficial que le comunicaba el hecho de que se estaba produciendo un decisivo combate en las Ardenas y que era necesario encontrar un nombre con el que denominarlo.

Marshall, que ya tenía conocimiento de las operaciones, no tuvo que pensar mucho tiempo para responderle que, considerando que se estaba desarrollando en esa región, lo más pertinente era que pasase a la historia como la Batalla de las Ardenas. Al parecer, ya se había hablado de esa posibilidad en el cuartel general, pero la gran duda era si con anterioridad, en algún momento de la historia, se había producido otro enfrentamiento en esos bosques que fuera conocido con el mismo nombre.

El competente historiador militar le explicó que, a lo largo de los siglos, se habían producido allí algunas escaramuzas, pero el hecho de que se tratase de una zona arbórea de difícil acceso hacía que los combates nunca hubieran tenido la entidad suficiente para considerarlos como una batalla. Por lo tanto, Batalla de las Ardenas era un nombre adecuado.

No obstante, la propuesta de Marshall no acababa de convencer al oficial, que puso sobre la mesa la posibilidad de designarla como la Defensa de las Ardenas. El historiador, un poco sorprendido, adujo que era arriesgado calificar de ese modo la operación militar. Teniendo en cuenta que tan solo hacía dos días que los combates se habían iniciado, no había que descartar que más pronto o más tarde los Aliados pasarían a la ofensiva, con lo que el concepto de «defensa» ya quedaría obsoleto y habría que buscar un nuevo nombre.

Llegados a este punto, el oficial ya no insistió más y aprobó la proposición de Marshall. A partir de entonces la Batalla de las Ardenas tomaba carta de naturaleza. El historiador experimentó un reconfortante orgullo; ni en sus mejores sueños había imaginado ser la persona encargada de elegir el nombre de una batalla que pasaría a la historia como una de las más decisivas de la Segunda Guerra Mundial.

Pero la satisfacción de Marshall duraría muy poco. En esos momentos la batalla ya tenía su propio nombre. Los encargados de buscárselo habían sido los miles de soldados que estaban participando en ella. Como los alemanes habían logrado crear una enorme cuña que penetraba en las líneas aliadas, los norteamericanos la habían calificado como Bulge (traducible como bulto o saliente), con lo que empleaban este nombre para referirse a la batalla.

Día a día, *Battle of the Bulge* se iba imponiendo a la versión del historiador Marshall, hasta que oficialmente se adoptó esta versión popular para nombrar los combates. Aun así, esta denominación tan solo tuvo éxito entre los norteamericanos; en el resto de países se impuso la lógica y los duros enfrentamientos que duraron hasta mediados del mes de enero de 1945 pasarían a la historia como la Batalla de las Ardenas.

La ofensiva alemana estuvo cerca de conseguir el éxito, gracias al factor sorpresa y a la debilidad de las defensas aliadas, pero el fracaso era inevitable. Los planes señalaban que cada tanque alemán dispusiese de cinco depósitos de combustible, pero al final tan solo pudieron ser dos.

Además, estaba previsto que el primer día del ataque se contase con unos 3.000 aviones, pero solo pudieron emplearse trescientos debido a que los demás estaban destinados a defender las ciudades alemanas de los incesantes bombardeos aliados.

El coste de la batalla para los alemanes fue muy elevado. Se produjeron 120.000 bajas, muriendo unos 20.000 hombres. Se perdieron ochocientos carros de combate, 1.200 aviones y más de 6.000 camiones. Eran las últimas reservas con las que contaba el Reich para defender el propio territorio y Hitler las había malgastado en una ofensiva que no había conseguido ningún resultado, pese a asegurar a sus decepcionados generales que «aunque desgraciadamente no se haya producido el éxito resonante que se esperaba, la mejora producida es ya inmensa».

Las bajas norteamericanas tampoco anduvieron a la zaga, lo que

demuestra la dureza de los combates. Las unidades aliadas sufrieron 81.000 bajas, de las que 19.000 correspondieron a soldados muertos en combate.

Aunque las pérdidas de efectivos humanos fueron similares, los alemanes quedaron en una precaria posición tras la batalla debido a su incapacidad para reponer el material destruido durante la ofensiva. Los grandes beneficiados serían los soviéticos, que podrían lanzar su ataque final teniendo ante sí una Wehrmacht muy debilitada.

Un salto desde seis mil metros sin paracaídas

La Segunda Guerra Mundial ofrece un buen número de sucesos que pueden calificarse de inverosímiles. Pero, de entre todos ellos, es posible que el que más merezca el adjetivo de increíble sea el que le sucedió al aviador británico Nicholas Alkemade en la noche del 24 de marzo de 1944.

Lo que ocurrió aquel día cuesta de creer, si no fuera porque está rigurosamente atestiguado y comprobado. Alkemade saltó de su avión en llamas sin paracaídas, a seis mil metros de altura, y llegó a tierra sufriendo tan solo una torcedura en una rodilla. Aunque el lector pueda considerar este relato como un desafío a su credulidad, eso fue lo que sucedió.

La historia comienza ese 24 de marzo, cuando el 115º Escuadrón aéreo de la RAF se dirigía a Berlín para llevar a cabo una misión de bombardeo. Uno de los aviones que lo integraban era el cuatrimotor Avro Lancaster llamado *S for Sugar*, llevando en sus bodegas las seis toneladas de bombas que tenía que arrojar sobre la capital del Reich. En total, trescientos bombarderos pesados se dirigían a Berlín a una altitud de seis mil metros y a una velocidad cercana a los cuatrocientos kilómetros por hora.

El despegue y el trayecto sobre el mar discurrieron sin novedad, pero al aproximarse a la capital germana el panorama cambió bruscamente. Un centenar de cazas de la Luftwaffe salieron al encuentro de la formación de bombarderos. Los reflectores y la artillería antiaérea completaban las defensas alemanas ante el ataque aliado.

En el interior del *S for Sugar*, todos los tripulantes se dispusieron a afrontar el reto de defenderse de los cazas germanos. La mayor responsabilidad recaía sobre el artillero de cola, en este caso el sargento Nicholas Alkemade, de tan solo 21 años. Su misión era manejar cuatro de las ocho ametralladoras con las que contaba el Lancaster.

Aprisionado en una pequeña cabina de plástico transparente, no disponía de espacio ni para llevar el paracaídas puesto. Si había que escoger un lugar dentro del avión, es posible que ése fuera el menos solicitado. Además de la soledad y la incomodidad que se experimentaba en ese puesto de combate, los aviones alemanes solían iniciar el ataque a los bombarderos por la cola, por lo que el artillero de cola era el primero en recibir la bienvenida.

Berlín ya estaba debajo de ellos. Cada uno de los trescientos aviones abrió sus compuertas y las bombas comenzaron a caer sobre el casco antiguo de la capital, la zona que ofrecía mejores condiciones para que las bombas incendiarias encontrasen el combustible necesario para crear una tormenta de fuego. Después de arrojar su carga mortífera y defenderse con éxito de los cazas alemanes, el *S for Sugar* giró para emprender el camino a casa. La misión estaba cumplida.

Pero un solitario Junkers Ju 88 que merodeaba por la zona avistó al confiado Lancaster sobre la medianoche. Sus disparos impactaron en el fuselaje y en la cabina de plástico de Alkemade, pero el joven sargento reaccionó a tiempo y dirigió sus ametralladoras contra el bimotor germano. Una ráfaga logró incendiar el motor izquierdo del Junkers y este cayó en picado. ¡Lo había conseguido!

Alkemade respiró profundamente, aliviado por haberse librado de ese inesperado enemigo, pero de repente le llegó la voz del piloto: «¡Hay que saltar! ¡Vamos, fuera, fuera!».

Mirando hacia atrás, vio que el aparato estaba en llamas. El ataque del avión alemán había incendiado el Lancaster. Moviéndose con dificultad para salir de su cabina, Alkemade intentó alcanzar su paracaídas, pero este comenzaba a ser pasto de las llamas. ¿Qué podía hacer?

Mientras veía cómo sus seis compañeros saltaban en paracaídas, él asumió que su final había llegado. El avión comenzaba a caer y él estaba allí, en su interior. El fuego estaba a punto de llegarle. Sentía en su rostro el calor de las llamas… Instintivamente, pensó que lo único que podía hacer era saltar. Al menos, no había duda de que su muerte sería instantánea. Más tarde, confesaría que lo que le animó a lanzarse al vacío fue el convencimiento de que «más vale una muerte rápida y limpia que asarse».

Así pues, se tiró boca arriba, mirando al cielo estrellado. En ese momento no experimentó temor ante la muerte cierta que le esperaba, sino de tranquilidad. En las declaraciones que realizó posteriormente aseguró:

«Tuve una sensación parecida a la de acostarme en una nube, tumbado en un colchón muy blando. La verdad es que no tuve la impresión de estar cayendo. Recordé que solo faltaba una semana para disfrutar de mi permiso y que ya no volvería a ver jamás a mi novia Pearl. De todos modos, pensé que si eso era la muerte, tampoco era tan malo…».

Alkemade ya no recordaba nada más. Perdió el conocimiento debido al cambio brusco de presión. Cuando volvió en sí no tenía ninguna duda; estaba ya en la otra vida.

Abrió los ojos y vio de nuevo el cielo estrellado. Confundido, lo primero que sintió fue frío. Tocó la superficie sobre la que estaba tumbado y comprobó que era nieve blanda. No se lo podía creer.

¿Había sobrevivido al salto al vacío? ¡Eso era imposible! Miró su reloj y marcaba las tres y diez de la madrugada y él estaba allí, sobre la nieve y rodeado de altos y frondosos árboles.

En cuanto recuperó totalmente el conocimiento, intentó buscar una explicación lógica a lo que le había ocurrido. Lo más probable es que cayese sobre las copas de aquellos árboles. Finalmente, la nieve, de medio metro de espesor, le ayudó a amortiguar su caída.

Aun así, el aviador creyó que seguramente tendría algún miembro roto. Comprobó la movilidad de brazos y piernas y tan solo advirtió una fuerte torcedura en su rodilla derecha que le impedía ponerse de pie. Su cuerpo presentaba ligeras quemaduras por el incendio del Lancaster, además de algunas rozaduras por el fuerte impacto con las ramas de los árboles, pero nada grave.

Había logrado salvar la vida, pero ahora debía plantearse qué hacer. La noche era bastante fría y su traje de aviador no le protegía lo suficiente para permanecer mucho tiempo allí, sobre la nieve. Pensó que la mejor opción era ser capturado como prisionero de guerra, así que sacó su silbato y lo hizo sonar para atraer la atención de los alemanes.

Al cabo de un rato, un grupo de hombres armados aparecieron y lo encontraron allí, fumándose un cigarrillo. Por señas, Alkemade les indicó que había saltado de su avión, pero los alemanes le preguntaron por su paracaídas. Al decirles que se había lanzado sin él, creyeron que les estaba tomando el pelo y que en realidad se trataba de un espía. Al intentar levantarlo, el fuerte dolor que sentía en la rodilla, unido al frío y a las fuertes impresiones que había sufrido, le hicieron perder de nuevo el

conocimiento.

Cuando se despertó, se encontraba en la cama de un hospital de Berlín. Los doctores le preguntaron cómo había ido a parar a aquel bosque. Alkemade les respondió la verdad, pero no le creyeron; o bien aquel aviador era un espía, o bien se encontraba bajo los efectos de algún shock temporal que le llevaba a decir aquella incongruencia.

Una vez recuperado, el sargento británico fue conducido al campo de prisioneros de Dalag Luft, cercano a Frankfurt. Allí fue sometido a interrogatorios para que confesase la verdad. Los alemanes estaban convencidos de que se trataba de un agente infiltrado en la retaguardia y el castigo para los espías era la muerte. Pese a las amenazas, Alkemade seguía defendiendo que había sobrevivido a un salto desde 6.000 metros, lo que acabó por desesperar a sus interrogadores.

El británico comenzó a ser consciente de que su vida corría peligro. Sus captores ya estaban cansados de escuchar una y otra vez su increíble versión y no tardarían en mandarlo ante un pelotón de ejecución. Pero la fortuna se alió de nuevo con él; le llegaron noticias de que había sido hallado el fuselaje del Lancaster.

Si los alemanes querían comprobar si su historia era verdad, tan solo tenían que ir hasta allí y buscar los restos del paracaídas al lado de la cabina de cola. De todos modos, existía la duda de que el paracaídas se hubiera quemado por completo, pero había que correr ese riesgo. Era la única posibilidad de demostrar que lo que decía era cierto y que, por lo tanto, no era un espía.

Pese a la insistencia de Alkemade, los alemanes se negaron a prestar la más mínima credibilidad a su historia y a acudir a revisar el bombardero. Afortunadamente para él, un teniente llamado Hans Feidel decidió desplazarse a los alrededores de Berlín para inspeccionar el Lancaster. Para su sorpresa, junto a la posición del artillero de cola, estaban los restos de un paracaídas.

Feidel regresó rápidamente a Dalag Luft y allí compararon los correajes del paracaídas con los del traje de vuelo de Alkemade. Ambos coincidían, así que el británico había dicho la verdad. Los técnicos de la Luftwaffe, incrédulos, llevaron a cabo todo tipo de comprobaciones y todas llevaban a un mismo punto; la hazaña del aviador era cierta. A partir de ese momento, los mismos alemanes que habían tratado al sargento como un espía pasaron

a considerarle como un héroe.

Sus compañeros de cautiverio, que tampoco le habían otorgado demasiada verosimilitud a la historia, lo convirtieron desde entonces en un mito viviente. Convencidos de que Alkemade, cuando regresase a Gran Bretaña, tendría que enfrentarse a la incredulidad de sus compatriotas, decidieron escribir en las tapas interiores de una Biblia un certificado de que su historia era totalmente cierta:

«Dalag Luft, 25 de abril de 1944.

»Las autoridades alemanas han investigado y comprobado que las declaraciones del sargento Alkemade, 1.431.537 de la RAF, son ciertas en todos sus aspectos. Realizó un descenso de seis mil metros sin paracaídas, al haber ardido en el interior del avión, y llegó a tierra sin sufrir heridas de importancia. Cayó en la nieve después de amortiguar su caída gracias a unos abetos.»

Esta declaración estaba firmada por el teniente H. J. Moore, el sargento R. R. Lamb y el sargento T. A. Jones, que daban fe de su extraordinaria hazaña.

Alkemade regresó a su país en mayo de 1945, concediendo una multitudinaria rueda de prensa en Londres para explicar los pormenores de su insólita experiencia.

Pese a ser un héroe, después de la guerra tuvo que trabajar en una fábrica de productos químicos. Aunque parecía que su regreso a la vida le iba a garantizar una vida más tranquila, la proximidad de la muerte volvió a cruzarse en su camino, pero de nuevo la suerte acudió en su ayuda.

En una ocasión, una viga de acero de más de cien kilos de peso cayó sobre él. Rescataron su cuerpo de debajo de la viga, creyendo que estaba muerto, pero se quedaron perplejos al comprobar que, aunque estaba inconsciente, tan solo presentaba una pequeña herida en la cabeza de la que se restableció al poco tiempo.

En los años siguientes sufrió otros dos accidentes de trabajo que estuvieron a punto de acabar con su vida. Una vez sufrió quemaduras con ácido sulfúrico, de las que también pudo restablecerse, pero más tarde pasó por otra prueba: recibió una descarga eléctrica que le hizo caer en un depósito de cloro. Allí respiró sus gases durante casi un cuarto de hora, pero fue rescatado a tiempo.

Ninguno de estos tres accidentes pudo segarle la vida. Sin duda, no era

nada fácil acabar con alguien capaz de sobrevivir a un salto desde seis kilómetros de altura. Alkemade fallecería por causas naturales el 22 de junio de 1987.

Récord de evasiones

Si evadirse en tiempo de guerra fuera objeto de una competición, es probable que el candidato a alzarse con el primer puesto fuera el piloto norteamericano Grover P. Parker.

El teniente Parker pertenecía al 27º Escuadrón de la Fuérza Aérea de Estados Unidos, 7º Grupo de reconocimiento aéreo. Su récord es difícil de creer; fue derribado tres veces en suelo europeo y las tres veces logró escapar… y todo ello en tan solo seis meses.

La primera vez ocurrió a primeros de septiembre de 1944, cuando su avión fue alcanzado por un caza de la Luftwaffe en el sur de Francia. Una vez en tierra, logró evitar todas las patrullas alemanas, caminando de noche por bosques y montañas, hasta que alcanzó a las tropas aliadas que habían desembarcado tres meses antes en Normandía y que se dirigían a buen ritmo hacia las fronteras del Reich. A los pocos días, Parker cruzaba de nuevo el Canal de la Mancha y volvía a sentarse en la carlinga de un avión.

La segunda ocasión en que su avión cayó sobre suelo europeo no se hizo esperar. El 19 de ese mismo mes de septiembre, la artillería antiaérea germana disparó al P-38 Lightning de Parker cuando sobrevolaba Holanda, durante la Operación Market Garden. Las balas inutilizaron el tren de aterrizaje, lo que le obligó a tomar tierra arrastrando el fuselaje; afortunadamente, se trataba de una playa arenosa y Parker pudo sobrevivir a este aterrizaje de emergencia. Pero no tuvo tanta suerte como en Francia y unos soldados alemanes le apresaron de inmediato.

Trasladado a un campo de prisioneros, el piloto no estaba dispuesto a esperar allí la previsible victoria de los Aliados. Observó que cada noche llegaban nuevos prisioneros al recinto, lo que provocaba unos minutos de confusión. Parker aprovechó uno de esos momentos para subir por unas alambradas y escapar a campo abierto.

Sin saber a dónde dirigirse, Parker pidió ayuda en una casa en la que habitaba una pareja de ancianos, que le escondieron durante diez días. Estos le pusieron en contacto con resistentes holandeses, que le trasladaron

finalmente a las líneas aliadas.

De regreso a Gran Bretaña, se encontró con una disposición que le impedía volar hasta que hubiera pasado un tiempo prudencial desde su evasión, para poder descansar y recuperarse. Aun así, Parker consiguió eludir esta prohibición y poco después ya estaba de nuevo a los mandos de un avión de reconocimiento aéreo.

En febrero de 1945 se encontraba realizando una misión sobre Peenemunde, la base desde la que se lanzaban las bombas volantes V2 sobre Londres. En este caso fue un velocísimo avión a reacción Messerschmitt Me 262 el que le derribó.

Una vez en tierra, la huida no fue demasiado complicada; no tuvo más que dirigirse hacia territorio polaco, donde tomó contacto con las fuerzas rusas y desde allí pudo regresar a Gran Bretaña.

De este modo, Parker se aseguraba pasar a la historia como el piloto más obstinado en sus intentos de fuga en territorio europeo.

Rescatados por un conductor borracho

El cabo Roger Foehringer había sido capturado por los alemanes durante la Batalla de las Ardenas, en la Navidad de 1944. Pertenecía a la 99ª División de Infantería norteamericana, que se había visto rodeada por los blindados germanos.

Pese a que, tal como hemos visto, los Aliados lograron finalmente detener el empuje alemán, un total de 15.000 soldados estadounidenses cayeron prisioneros, siendo más de la mitad de ellos pertenecientes a la 106ª División de Infantería.

Aunque la batalla se había saldado con la victoria aliada, los prisioneros norteamericanos se resignaron a esperar el final de la guerra en poder de sus captores. Para evitar que pudieran ser rescatados por sus compatriotas, los alemanes concentraron de inmediato a todos los prisioneros para trasportarlos por ferrocarril con destino a las regiones centrales de Alemania.

Foehringer y sus compañeros de unidad fueron introducidos en vagones y enviados a un campo de prisioneros cercano a la ciudad de Wurzburg. Curiosamente, el mayor riesgo que corrían no procedía de sus enemigos, sino de sus compatriotas. Los aviones aliados sobrevolaban noche y día la

región, bombardeando los núcleos urbanos y las vías de comunicación, sin distinguir los lugares donde se encontraban en esos momentos sus compañeros, por lo que algunos de ellos tuvieron la desgracia de perecer bajo fuego amigo.

Los prisioneros norteamericanos fueron utilizados para desescombrar Wurzburg. Estaban encargados de apilar los cascotes, pero en muchas ocasiones se veían obligados a realizar una labor mucho más desagradable; debían rescatar los cuerpos que habían quedado sepultados y después transportarlos en carros tirados por caballos.

A medida que aumentaban los bombardeos, llegaban con más frecuencia noticias de que las tropas aliadas se acercaban a la ciudad. El 1 de abril de 1945, el cabo Foehringer y el resto de prisioneros se vieron obligados a trasladarse hacia el este, para evitar que pudieran ser liberados por la avanzadilla norteamericana. Tuvieron que realizar el camino a pie, por la carretera, vigilados en todo momento por soldados alemanes.

Durante un breve descanso, el cabo y cuatro compañeros aprovecharon un descuido de los guardianes para ocultarse detrás de unos árboles. Cuando la columna se volvió a poner en marcha, los alemanes no notaron la ausencia de los cinco norteamericanos, que rápidamente corrieron para ponerse a salvo en caso de que regresasen a buscarlos.

Tras varias horas deambulando por los bosques, encontraron una pequeña cueva que a partir de ese momento se convertiría en su refugio hasta que llegasen las tropas aliadas. Pocos días más tarde fueron descubiertos por dos muchachos de la cercana aldea de Verbach, pero tuvieron la suerte de que no se trataba de dos miembros de las fanatizadas Juventudes Hitlerianas, sino de dos jóvenes anhelantes de que acabase de una vez la pesadilla nazi. A partir de ese momento, les proporcionaron alimentos una vez al día, además de ropa de abrigo.

Una tarde, los dos chicos llegaron a la cueva corriendo. Una vez que recuperaron el aliento dijeron a los refugiados que los americanos habían llegado al pueblo.

Los cinco soldados, eufóricos, les agradecieron la noticia y corrieron sin parar hasta llegar a Verbach. En la plaza del pueblo había un inconfundible Jeep. Estaban salvados.

Allí se fundieron en un abrazo con el único ocupante del vehículo, un sargento, que mostraba claras evidencias de encontrarse en avanzado estado

de intoxicación etílica. Sorprendidos por ello, le preguntaron dónde estaba el resto de la unidad, a lo que el titubeante oficial se encogió de hombros.

Las atropelladas preguntas del grupo fueron obteniendo respuestas más o menos coherentes del sargento, hasta que los soldados pudieron deducir lo que había ocurrido. Al parecer, a su dipsómano liberador le habían encargado una misión en la retaguardia. Una vez cumplida, lo había celebrado bebiéndose alguna botella de vino y seguidamente había emprendido el viaje de regreso al frente. Pero durante el camino se perdió y continuó avanzando por la carretera que iba en dirección a Wurzburg. Sin saberlo, rebasó la línea del frente y siguió su ruta, adentrándose en las posiciones alemanas sin que nadie le saliera al paso.

De este modo, de forma involuntaria, se había convertido en la punta de lanza del ejército norteamericano, conquistando él solo el pueblo de Verbach y rescatando a cinco prisioneros.

De repente, el grupo reaccionó y decidió que lo mejor era marcharse inmediatamente de allí, porque en cualquier momento podían presentarse los alemanes. Subieron todos al Jeep, después de acomodar al sargento en la parte trasera, y emprendieron el viaje de regreso.

Después de circular por carreteras en las que se podía ver el material abandonado por los soldados germanos en su retirada, llegaron a las posiciones norteamericanas. Cuando los hombres de la 42ª División de Infantería escucharon el ruido de un vehículo que se aproximaba desde el lado alemán se pusieron en guardia para rechazar el ataque alemán. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando vieron llegar al sobrecargado Jeep.

Foehringer y sus compañeros lloraron de alegría cuando bajaron del vehículo, mientras que el sargento permanecía dormido. Aunque es poco recomendable ponerse al volante cuando se ha bebido, la verdad es que, en este caso, los cinco soldados le estarían para siempre agradecidos a aquel conductor borracho perdido por las carreteras alemanas.

Vodka y «secretarias rubias»

Conforme el final de la guerra se aproximaba, las tropas anglo-norteamericanas se aproximaban cada vez más a las soviéticas, confluyendo en el centro de Europa. Esta circunstancia dio lugar a alguna descoordinación, como por ejemplo la muerte de un comandante del

Ejército Rojo por la acción de un caza norteamericano, que creía estar atacando una columna de blindados alemanes cuando en realidad eran soviéticos.

Para evitar incidentes de este tipo que pudieran empañar el esfuerzo común para acabar con la Alemania de Hitler, el mariscal británico Harold Alexander envió desde su cuartel general situado en el norte de Italia numerosos mensajes al comandante del Tercer Frente Ucraniano, el mariscal Fiódor Tolbujin, que en esos momentos avanzaba desde Hungría, pidiéndole la celebración de una reunión.

Sin embargo, la desconfianza entre los Aliados era ya evidente, puesto que Moscú ordenaba una y otra vez que ese encuentro no se produjese. Así pues, las excusas de Tolbujin fueron continuas hasta que la insistencia de Alexander doblegó la resistencia soviética. Finalmente, Moscú autorizó el encuentro, pero este iba a tener unas características muy especiales.

Tolbujin se puso en contacto con ellos, invitándoles a visitar su base, sin especificar el lugar exacto. Para desplazarse hasta allí, la delegación, encabezada por el mismo mariscal Alexander en representación británica y el teniente coronel Charles W. Thayer por parte norteamericana, sería recogida por un avión soviético Lisunov Li-2, que les llevaría a un punto indeterminado de la frontera entre Yugoslavia y Hungría. Una vez allí, durante una hora y media viajarían en automóvil por intrincados caminos hasta llegar a su destino, un amplio recinto en el que había un centenar de barracones prefabricados.

Aunque aquellas instalaciones fueron presentadas como el cuartel general del Tercer Frente Ucraniano, los invitados no dejaron de sospechar que se trataba todo de un montaje. No había líneas de teléfono, ni vehículos, ni tan siquiera un número apreciable de soldados.

El mariscal Tolbujin salió a recibirles de manera muy amistosa. Antes de que ingleses y norteamericanos pudieran abrir la boca, ya habían sido conducidos al comedor, donde les esperaba un opíparo desayuno. Aunque era primera hora de la mañana, para beber tan solo había vodka. El festín estaba compuesto de jamón, sardinas, arenques y queso. Una vez acabado el nada frugal tentempié, se inició allí mismo la reunión, aunque los presentes no se encontraban en las mejores condiciones para realizar un estudio serio de la situación.

Las bromas y los comentarios jocosos llenaron la mañana hasta que llegó

la hora de la comida, que también consistió en un abundante almuerzo en el que no faltaron pavos asados y lechones, todo ello regado con champán de Crimea. Al final, los brindis con vodka culminaron el irreal ambiente de camaradería que los rusos habían logrado crear.

Durante la tarde se celebró una reunión entre ambas delegaciones, pero ya fuera por la pesada digestión o por la bebida, no se consiguió crear un ambiente de trabajo que facilitase el alcance de acuerdos. Aun así, Alexander planteó un tema fundamental, como era que los soviéticos le informasen de la situación en las líneas del frente. Ante esta petición, Tolbujin se encogió de hombros y, con resignación, contestó que Moscú no le había dado permiso para compartir esa información.

Para cerrar con un final festivo tan improductivo encuentro, los rusos habían organizado un espectacular banquete de despedida. Además de todo tipo de carne, sobre la mesa había un enorme esturión. Volvía a haber champán y vodka, pero para los postres, cuando se sirvió una tarta helada adornada con banderitas, aparecieron varias botellas de coñac del Cáucaso, de las que los presentes dieron buena cuenta.

Las dificultades idiomáticas quedaron a un lado y al final todos acabaron hablándose a gritos de un extremo a otro de la mesa y entonando canciones populares.

Ya entrada la madrugada, los ingleses y norteamericanos, menos acostumbrados a ese consumo desmesurado de alcohol, pidieron ser acompañados a sus habitaciones. Al llegar a las respectivas estancias, la sorpresa que se llevaron fue mayúscula, cuando observaron que en cada una de ellas había una joven con uniforme soviético.

El mariscal Alexander encontró a una chica durmiendo en la que tenía que ser su cama. Simulando no entender las intenciones de sus anfitriones, preguntó al general soviético que le acompañaba:

—¿Quién es esta joven?

—No lo sé, pero seguramente es este su barracón y ha vuelto inconscientemente…

—Ah, ya entiendo —respondió Alexander—, como una paloma.

—Sí, supongo…

La muchacha fue despertada y la hicieron salir de la estancia.

El teniente coronel Thayer también encontró a otra chica, pero en este caso se le aseguró que se trataba de una «secretaria» que había sido puesta a

su disposición. Thayer no ordenó que la sacasen de la habitación, como había hecho Alexander, sino que permitió que permaneciese toda la noche allí, aunque durmiendo en el suelo envuelta en un abrigo. O al menos eso fue lo que luego Thayer explicó.

Se desconoce si los demás miembros de la delegación tuvieron la misma actitud que Alexander o Thayer, pero la verdad es que a la mañana siguiente sus rostros reflejaban todo el cansancio de una jornada tan intensa. En el comedor les esperaba otro desayuno con vodka para tomar fuerzas antes de emprender el viaje de regreso, pero la mayoría no probó bocado.

A la llegada de la delegación al cuartel general aliado en Italia, Churchill se interesó telefónicamente por las conclusiones que habían extraído de la visita. Naturalmente, la reunión no había sido demasiado provechosa, al menos tal como lo entendía el premier británico.

De hecho, pese a la cálida acogida dispensada por los rusos y a las horas de interminable conversación, los delegados seguían desconociendo por completo cuál era la línea del frente oriental e, incluso, ni siquiera tenían idea del lugar exacto en donde habían estado. Sin duda, gracias a su bien estudiada maniobra, los soviéticos se habían salido con la suya.

«Kilroy estuvo aquí», un grafiti universal

La costumbre de realizar grafitis sobre paredes, carteles, vagones de metro o cualquier otra superficie, no es exclusiva de nuestros tiempos. En la Segunda Guerra Mundial se hizo muy famosa una pintada que simplemente decía *Kilroy was here* (Kilroy estuvo aquí).

Este es el mensaje que se hizo más popular entre los soldados norteamericanos. No importaba dónde se encontrasen, si en un campamento del norte de África o en un cuartel en Inglaterra, en una playa de Normandía o en un atolón del Pacífico. Siempre, indefectiblemente, Kilroy ya había estado allí. Cuando una posición alemana era conquistada, al poco tiempo Kilroy había dejado su marca, el testimonio de su presencia en aquel lugar.

Evidentemente, el misterioso Kilroy no podía estar en tantos sitios a la vez, por lo que la explicación a esta ubicuidad era que los propios soldados se encargaban de extender la leyenda, escribiendo la célebre firma en cualquier lugar, ya fuera sobre muros derruidos, señales indicadoras, proyectiles, tanques, e incluso aparecía inscrita sobre la tierra en los cráteres

producidos por las bombas.

Pero ¿quién era Kilroy? Nadie lo sabía y quizás eso era lo que le otorgaba tanta atracción al hecho de escribir su nombre. Los soldados, cansados de obedecer órdenes y vivir una existencia totalmente reglamentada, experimentaban una cierta satisfacción al realizar un acto tan absurdo como liberador.

Cuando llegaban a un lugar y veían que Kilroy ya había estado allí, se contagiaba el sentido del humor de los que les habían precedido y afrontaban con mejor disposición la sacrificada vida en el frente. O quizás no sea necesario buscar mayores explicaciones psicológicas y admitir que simplemente se trataba de una divertida broma que alcanzó un gran éxito.

La fama del enigmático Kilroy dio lugar a una anécdota sucedida en Londres en 1944. Una anciana apareció asesinada en un apartamento. No había ninguna pista sobre el criminal, excepto que había tenido la ocurrencia de dejar escrito en la pared: «Ha sido Kilroy». Esto centró las sospechas de la policía en los soldados norteamericanos que estaban concentrados al sur del país, esperando el desembarco en las costas francesas. Se estudiaron los historiales médicos en busca de alguno que presentase algún transtorno mental que le hubiera podido empujar a cometer el homicidio.

Pero la solución del caso era mucho más sencilla. El asesino era otro inquilino del edificio, un desequilibrado llamado precisamente Kilroy, que estaba muy sorprendido de que la policía no le hubiera detenido al haber dejado escrita su confesión en la escena del crimen.

En Estados Unidos, una vez acabada la guerra, la identidad de Kilroy siguió siendo un misterio. Como suele suceder, las versiones sobre el origen de las pintadas eran innumerables y existía el convencimiento de que nunca se sabría quién escribió la frase por primera vez.

Para resolver el enigma, un fabricante de coches prometió regalar uno de sus vehículos al que demostrase ser el auténtico Kilroy. Naturalmente, los candidatos no escasearon; unos cuarenta soldados apellidados Kilroy se arrogaron el honor de ser los primeros en haber dejado inmortalizada su firma, pero nadie fue capaz de aportar la prueba definitiva.

Cuando todo apuntaba a que el original concurso iba a quedar desierto, apareció un empleado del ayuntamiento de Boston llamado Jim Kilroy. No era soldado, sino que había pasado toda la guerra como trabajador de unos

astilleros en Quincy. Allí había desempeñado el puesto de supervisor.

Su misión era revisar los remaches de las planchas de acero; cuando comprobaba que todo estaba correctamente, las marcaba con una señal hecha con tiza. Sin embargo, comprobó que en alguna que otra ocasión la marca quedaba borrada, con lo que, además de que le retornaban la plancha para que la volviera a comprobar, disminuían sus retribuciones económicas, pues cobraba también en función de la cantidad de planchas que era capaz de revisar.

Para evitar que este hecho continuara sucediendo, decidió marcar con pintura las partidas ya comprobadas con un inequívoco *Kilroy was here*. Cuando la construcción de los buques quedaba finalizada, su firma era aún visible en muchos lugares. Como esos barcos eran utilizados para el transporte de tropas, el mensaje llegó a miles de soldados norteamericanos, que a su vez se encargarían de reproducirlo cuando llegasen a su destino.

La versión de Jim fue corroborada por otros trabajadores del astillero, lo que supuso la prueba definitiva de que él era el auténtico Kilroy. Así pues, se hizo acreedor al premio y pudo disfrutar de su nuevo coche.

El interrogante había quedado resuelto. Ya se sabía de dónde había surgido la ocurrencia, pero no se pudo evitar una cierta decepción. Paradójicamente, mientras el mítico Kilroy era omnipresente en los peores lugares de la guerra, el auténtico, por el contrario, ni tan siquiera había salido nunca de Estados Unidos.

10

El Ocaso de los Dioses

> «En la guerra, determinación; en la derrota, resistencia; en la victoria, magnanimidad; en la paz, conciliación.»
>
> WINSTON CHURCHILL (1874-1965), en su obra *La Segunda Guerra Mundial*

La Batalla de las Ardenas supuso el auténtico canto del cisne de la máquina de guerra germana. También hubo un decidido intento de reconquistar Budapest a los soviéticos rompiendo el frente en el lago Balatón, pero la aplastante superioridad del Ejército Rojo lo impidió. Tras el fracaso de estas ofensivas, la suerte de la guerra estaba completamente decidida. El final de la contienda era ya tan solo cuestión de unos pocos meses. Si no era ya posible una victoria militar, y ni tan siquiera forzar una paz negociada, la última esperanza de Hitler era un improbable cambio de alianzas que permitiese continuar la lucha.

Los roces entre los Aliados occidentales y la Unión Soviética eran cada vez mayores. La desconfianza mutua amenazaba continuamente con dinamitar la coalición, pero la ingenuidad del presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, permitiendo constantes concesiones a Stalin para mantener la alianza, impidió la ruptura anhelada por los nazis.

La fe de Hitler se mantuvo incólume hasta los últimos días, incluso mientras los rusos se encontraban ya a las afueras de Berlín. La muerte del presidente Roosevelt fue recibida como una señal del destino que anunciaba que la dura prueba por la que estaba pasando Alemania había sido ya superada, abriéndose el camino hacia la victoria. Pero esta engañosa euforia

duró muy poco tiempo. Los cañonazos de la artillería rusa sacaron a Hitler de su ensoñación y le demostraron que la ópera wagneriana de la que él creía ser el protagonista llegaba a su fin.

Era el *Gotterdammerung* wagneriano, el Ocaso de los Dioses; su muerte estaba ya próxima, pero toda Alemania debía perecer con él. Ordenó que se destruyesen las fábricas, que se inundasen las minas, que los puentes fueran volados…

Afortunadamente, la determinación de su ministro de Armamento, Albert Speer, que recorrió apresuradamente la geografía germana para impedir la aplicación de esta orden, evitó que se cumpliese la última y enloquecida voluntad del Führer.

El hombre que se creyó elegido por el destino para fundar el Reich de los Mil Años se disparó un tiro después de morder una cápsula de cianuro. Su cadáver fue quemado con gasolina. Lo único que queda hoy día de su cuerpo es su dentadura y un hueso del cráneo, que reposan en sendas cajas cubiertas de polvo, guardadas en dos archivos de Moscú.

Por su parte, el imperio japonés, que un día soñó con dominar el Extremo Oriente y el Pacífico, tampoco pudo escapar a la destrucción. Aunque el emperador era considerado una divinidad, el pueblo nipón vio cómo el coloso estadounidense estaba dispuesto a reducirlo a su dimensión más terrenal, forzándole a degustar el amargo sabor de la derrota. Dos bombas atómicas acabarían de doblegar la voluntad nipona.

Con la derrota de Japón, firmada a bordo del acorazado *Missouri* el 2 de septiembre de 1945, se puso fin al conflicto más terrible de la historia de la humanidad. Desde entonces, los enfrentamientos armados en un punto u otro del planeta no han cesado, pero al menos no ha vuelto a repetirse una conflagración mundial. Aunque el precio resultó enormemente elevado, la Segunda Guerra Mundial constituye una lección tan amarga como ilustrativa de que una tragedia como aquella no debe repetirse nunca más.

Rendiciones telefónicas en cadena

El avance de las tropas aliadas por territorio alemán en marzo de 1945 fue relativamente rápido debido a la descomposición generalizada del ejército germano. Estas facilidades fueron mucho mayores para los Aliados occidentales que para los rusos porque el temor que inspiraban los

soviéticos obligaba a resistir el máximo tiempo posible, esperando un milagro que ya no se produciría.

En el oeste, norteamericanos y británicos se adentraban en el Reich sin encontrar demasiada resistencia. La última línea en la que los alemanes se habían hecho fuertes era el Rin. Hitler había dado órdenes de permanecer en su orilla occidental a cualquier precio, consciente de que, si los Aliados cruzaban ese río, el camino hacia el corazón de Alemania quedaba expedito. Más de 60.000 soldados alemanes murieron defendiendo el Rin, en un intento desesperado de evitar el desastre que se avecinaba.

Esos temores se confirmaron el 7 de marzo, cuando los norteamericanos pasaron a la otra orilla a través del puente ferroviario Ludendorff, en Remagen, que los zapadores germanos no lograron volar.[61] A partir de ahí, la cabeza de puente se fue ampliando hasta acoger a ocho divisiones. Unos días más tarde, Montgomery cruzaría el Rin a la altura de Wesel, mientras que Patton lo hacía por Oppenheim.

Los Aliados ya no encontrarían grandes bolsas de resistencia. Las tropas alemanas destinadas en la cuenca del Ruhr desaparecían de la noche a la mañana. Numerosos soldados abandonaban sus armas y se escondían en los bosques. Además, la población civil, fatigada y desmoralizada por los intensos bombardeos sufridos en los últimos tres años, recibían a los Aliados con resignación y, en cierto modo, aliviados por el fin de las penalidades sufridas.

El único peligro eran las fanáticas tropas de las SS, integradas en buena parte por muchachos muy jóvenes, dispuestos a todo con tal de impedir el avance del enemigo. Su exaltada resolución les llevaba a fusilar de inmediato a cualquier soldado que se mostrara reticente a seguir combatiendo o incluso a disparar contra los civiles que colocaban sábanas blancas en sus ventanas. En algunas localidades se dio la terrible paradoja de que sus habitantes temiesen más a las SS que a los soldados aliados, que eran acogidos prácticamente como liberadores.

Aunque estaba claro que el final de la guerra estaba muy próximo, los soldados norteamericanos temían que esos últimos días se convirtiesen en un auténtico baño de sangre, luchando casa por casa contra individuos fanatizados que solo dejarían de resistir cuando cayesen muertos. Para evitar esta situación, el capitán Francis Schommer, de la 83ª División de Infantería, ideó un plan para tomar varias localidades sin necesidad de

disparar ni una bala.

Para ello se dirigió a una pequeña aldea en la que no había presencia de tropas alemanas, al mando de un pelotón de soldados y dos tanques. Buscó al burgomaestre —el alcalde— y, apuntándole a la cabeza con su arma, le sugirió amablemente que telefonease a una población cercana para comunicar a su alcalde que en poco tiempo estarían allí.

Gracias a su buen dominio del alemán, al ser Schommer de ascendencia germana, no le costó hacerle creer que, si no se rendían, iba a cumplir su amenaza de convertir aquel pueblo «en un infierno».

El asustado burgomaestre convenció de inmediato a su homólogo de que era inútil resistir, asegurándole que los norteamericanos habían ocupado su aldea con miles de soldados y cientos de tanques y piezas de artillería. Una vez que el otro alcalde comprendió que no tenía alternativa, aceptó entregar la población, anunciando que las ventanas mostrarían banderas blancas.

Inmediatamente, el capitán Schommer y sus hombres se pusieron en camino. A la entrada del pueblo, el alcalde estaba allí para darles una forzada bienvenida. Sus habitantes habían superado el temor a las represalias de los soldados de las SS, atreviéndose a colocar las sábanas en las ventanas.

Aunque en un primer momento el alcalde se sorprendió de que tan solo llegase un pelotón y dos tanques, Schommer le indicó que el grueso de las tropas se dirigía a otra localidad, aconsejándole al burgomaestre que les telefonease para que se rindieran y evitar así que se produjesen víctimas entre la población civil.

A partir de ese momento, las llamadas comenzaron a realizarse en cadena. Los sorprendidos hombres de Schommer fueron avanzando por una carretera en la que todos los pueblos mostraban banderas blancas. Naturalmente, aunque algún alcalde sospechase el engaño, le era más conveniente continuar con la farsa y exagerar, a su vez, el potencial de las tropas norteamericanas. De este modo, si se descubría la treta, la responsabilidad quedaría diluida entre todos.

Además, muchos alcaldes eran conscientes de la inutilidad de continuar luchando, por lo que cualquier excusa era buena para rendirse y evitar así la destrucción del pueblo y, sobre todo, la pérdida de vidas humanas.

Al poco tiempo todas las localidades de la comarca se habían rendido sin necesidad de que los norteamericanos empleasen sus armas. Los miembros

de las SS, superados por esta repentina rendición masiva y ante el supuesto avance de una fuerza enormemente superior, retrocedieron sin tiempo de realizar acciones de represalia sobre los civiles. La astucia del capitán Schommer había logrado salvar numerosas vidas.

Carrera a la pata coja en Praga

Los últimos días de la guerra en la capital checa supusieron la explosión final de una tensión acumulada durante siete largos años, alimentada por el odio y las ansias de revancha. Desde que Hitler se apoderase del país, los checos habían sufrido todo tipo de humillaciones a manos de sus ocupantes.

Pero en mayo de 1945, cuando las tropas aliadas se encontraban a pocos kilómetros de la capital, los habitantes de Praga dieron rienda suelta a su furia y se levantaron en armas contra los soldados nazis. Estos, conscientes de que el final de la contienda estaba muy próximo, se vieron paralizados, incapaces de reaccionar ante el levantamiento popular. Se dieron también numerosos casos de deserción en las tropas germanas, refugiándose en los bosques cercanos para esperar allí el fin de las hostilidades.

El desafío de los praguenses al dominio alemán había comenzado a gestarse en la mañana del 2 de mayo, cuando las portadas de los periódicos checos destacaban a toda página que Hitler había muerto. Ese mismo día, por la tarde, se produjeron los primeros amagos de revuelta popular en las calles de la capital. Al día siguiente se pudieron ver ya algunas banderas rojas.

Los soldados alemanes, confusos, se mantenían atrincherados en sus cuarteles. Esto fue aprovechado por algunos insurgentes para arrancar indicativos de carretera y rótulos de comercios escritos en alemán, y pintar improvisadamente los nombres en checo.

La tensión en la capital iba en aumento hasta que el día 4 se produjeron los primeros incidentes, con concentraciones de multitudes en las calles, lo que obligó a los alemanes a declarar el estado de excepción.

El amanecer del 5 de mayo se presentó inesperadamente tranquilo, pero en las primeras horas de la mañana se extendió el rumor de que los tanques norteamericanos se acercaban a la ciudad y de que, incluso, aviones aliados estaban aterrizando en un aeródromo próximo.

Aunque resulte extraño, teniendo en cuenta el resentimiento que habían

sembrado, los ciudadanos se dirigían a los soldados alemanes animándoles a compartir su alegría porque la guerra estaba a punto de acabar. El deseo popular era que aquella pesadilla, que ya duraba tanto tiempo, acabase de inmediato y que los alemanes regresasen a su país lo más pronto posible.

Sin embargo, el odiado gobernador nazi de Checoslovaquia, Karl Hermann Frank,[62] ordenó disolver las manifestaciones, disparando sin miramientos contra los que desobedeciesen. La realidad es que la mayoría de los soldados alemanes, conscientes de que era inútil continuar con la ocupación, ignoró esta despiadada orden, pero algunas unidades de las SS sí que la cumplieron a rajatabla, barriendo con sus ametralladoras las calles abarrotadas de gente. Esta carnicería encendió a las masas, que a partir de ese momento dejaron desbordar su ira acumulada durante esos años de humillaciones.

Mientras tanto, grupos armados de comunistas checos aprovechaban la confusión para apoderarse de la emisora de radio local, así como de varios depósitos de armas, disfrazados de soldados alemanes. Desde los aparatos de radio, los resistentes lanzaron proclamas a la población para que se levantase contra los ocupantes.

A partir de aquí, en las calles de Praga pudieron verse escenas terribles; las unidades de las SS eran fusiladas en el acto, los policías germanos eran apaleados hasta morir, las casas en las que vivían alemanes eran saqueadas y sus propietarios apedreados. Para humillarlos, a un grupo de civiles alemanes, en el que había mujeres y niños, se les puso de cara a una pared y cuando estaban convencidos de que iban a ser fusilados se les propinaron varias patadas en el trasero.

Pero las atrocidades no acabarían ese día. La insistencia del gobernador nazi de continuar la lucha, pese a que la decisión más lógica hubiera sido abandonar la capital, provocó el recrudecimiento de las represalias, no solamente sobre los soldados alemanes capturados, sino contra la población germana. Las mujeres fueron víctimas de todo tipo de ultrajes, sin tener en consideración su edad. Se les rapaban los cabellos y se les dibujaba la esvástica en el cuerpo después de despojarlas de sus vestidos. A algunas se les obligó a mantener la boca abierta para que la gente escupiera en ella.

Como se ha ido viendo a lo largo de otros episodios, la tragedia y la comedia suelen ir de la mano. Eso es lo que sucedió la tarde del 6 de mayo en la céntrica plaza de Wenceslao. La multitud concentró a un centenar de

civiles alemanes. Para vengarse de tantos años de sometimiento, les obligaron a dar vueltas a la plaza a la pata coja.

Los desafortunados alemanes tuvieron que participar a la fuerza en esa carrera, aunque debían tener mucho cuidado en no tocar el suelo con la otra pierna, porque en ese caso eran golpeados por la gente, que no paraba de reír y burlarse de ellos. Cuando ya habían saltado durante más de un kilómetro, se decidió poner fin a ese castigo. Pero aún les esperaba una última degradación; fueron encerrados en los urinarios subterráneos de la plaza.

Sin embargo, esos alemanes que participaron en la carrera a la pata coja podían sentirse muy afortunados, porque otros no tuvieron esa suerte. A lo largo de dos semanas, las aguas del río Elba fueron dejando en sus orillas las muestras de la orgía de sangre y venganza que se había vivido en tierras checas. Si los alemanes de Praga habían recibido semejante tratamiento, la población germana que residía en pueblos y aldeas fue objeto de castigos mucho peores.

La corriente arrojó a tierra cadáveres de gente apuñalada o apaleada, e incluso cuerpos a los que se les había arrancado los ojos o la lengua. De todos modos, la imagen más trágica fue la que contempló un párroco alemán, Karl Seifert, que encontró en la orilla del río una balsa de madera en la que iba lo que poco antes había sido una familia entera alemana con hijos, atravesada con gruesos clavos que los mantenían fijados en la embarcación.

Por desgracia, y como también sucede habitualmente, fueron inocentes los que acabaron pagando los crueles excesos de otros. Sin embargo, en esta ocasión, uno de los causantes de esa explosión de odio, el gobernador Frank, sí que tuvo que enfrentarse a la justicia. En 1946, un tribunal checo lo juzgó, condenándolo a muerte, siendo posteriormente ejecutado.

¿Cuándo acabó la guerra en Europa?

Si al principio de estas páginas se señalaba que la fecha en la que dio comienzo la guerra se podría prestar a alguna discusión, algo similar sucede con el día en que finalizó el conflicto en Europa, ya que en este caso hay tres fechas: el 7, el 8 y el 9 de mayo de 1945.

La razón de esta confusión hay que buscarla en el propósito de Estados

Unidos de no enemistarse con los soviéticos, pese a las continuas exigencias de Stalin. Pero retrocedamos en el tiempo, al momento en que los alemanes se vieron forzados a admitir su derrota y aceptar la rendición incondicional.

Tras el suicidio de Hitler el 30 de abril de 1945, el almirante Karl Dönitz se convirtió en Jefe del Estado, tal como figuraba en el testamento del Führer, en el que el máximo responsable de la Kriegsmarine pasaba a ser presidente del Reich y comandante supremo de las fuerzas armadas. Dönitz, en uso de sus atribuciones, envió el 4 de mayo a dos representantes al cuartel general del mariscal Montgomery para negociar la rendición. El famoso militar inglés les indicó que para formalizar la rendición debían acudir al cuartel de Eisenhower, en la ciudad francesa de Reims.

Se avisó a la prensa para que estuviera atenta al momento histórico de la rendición de Alemania. Para ello se escogieron a diecisiete corresponsales y se les trasladó a Reims en avión. Como aún se encontraban enfrascados en las negociaciones, se exigió a los periodistas discreción absoluta hasta el momento en el que se firmase el documento.

Esto no ocurrió hasta las 2.41 de la madrugada del lunes 7 de mayo, hora en la que estamparon su firma los representantes del ejército alemán, por un lado, y los de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética por el otro.

Una vez concluido el acto, a los periodistas se les dijo que esperasen el momento indicado para transmitir al mundo la noticia. A las cuatro de la madrugada se les comunicó que no podrían decir nada hasta las tres de la tarde del martes. Es decir, tendrían que esperar treinta y seis horas.

Naturalmente, los periodistas se indignaron y no entendieron el porqué de esa censura informativa. La explicación había que buscarla en las altas esferas. Desde Washington se habían dado órdenes precisas de retrasar el comunicado de la noticia, para hacerla coincidir con otra ceremonia de rendición que se iba a celebrar el martes en Berlín, en la zona ocupada por los soviéticos.

Los corresponsales no compartían estas razones, considerando que la rendición había sido incondicional y el representante soviético había firmado su aceptación, así que no consideraban necesarias más ceremonias. Sin embargo, fueron puestos bajo vigilancia y se les prohibió hacer pública la noticia hasta que no lo hiciese el mando supremo aliado.

Durante la tensa espera, se extendían por todo el mundo los rumores que hablaban de la rendición, aunque nadie tenía noticias del acto celebrado en Reims. Pero a las dos de la tarde del lunes, una emisora alemana proclamaba la rendición incondicional, aunque sin dar más detalles. Entonces, un periodista norteamericano de los que había asistido al acto de la rendición, Edward Kennedy —sin relación de parentesco con los Kennedy—, decidió que el mundo debía conocer de una vez la noticia más esperada de toda la guerra.

Así pues, el audaz reportero burló la vigilancia, se hizo con una línea telefónica militar, llamó a la oficina de la agencia de noticias de United Press en Londres y explicó con detalle la ceremonia de rendición.

Desde la capital británica se transmitió de inmediato la noticia a todo el mundo y los periódicos se dispusieron a sacar a la calle una edición especial anunciando la victoria en Europa. A partir de aquí estalló un escándalo de enormes proporciones; la agencia fue suspendida y los teléfonos fueron cortados, mientras que el resto de agencias se mostraron muy indignadas porque no habían podido recibir ninguna comunicación. Pero lo más importante era que el mundo sabía ya que la paz había llegado a Europa y por todas partes hubo grandes manifestaciones de júbilo.

Kennedy fue desposeído de su credencial de corresponsal de guerra, una decisión que fue aplaudida por sus colegas, que consideraban que había faltado al compromiso que todos habían adquirido de no dar la noticia hasta recibir el permiso oficial, para disfrutar así del honor de informar de aquella trascendental primicia.

Pero Kennedy, que había actuado motivado por la defensa de la libertad de prensa, no quiso que su nombre quedase manchado por esa acción que él consideraba legítima, por lo que forzó la celebración de un juicio en su país. Durante la vista, se demostró que el mando supremo aliado había dado permiso a la emisora de radio alemana para comunicar la noticia, por lo que se entendía que los corresponsales quedaban ya liberados de mantenerla en secreto por más tiempo.

El periodista, apoyado por la opinión pública norteamericana, fue rehabilitado, aunque nunca conseguiría el respeto y la comprensión de sus compañeros de profesión, que lo seguirían considerando como traidor a la ética periodística. Curiosamente, Edward Kennedy fallecería en 1963, el mismo año en el que su homónimo el presidente John F. Kennedy fue

asesinado.

Tras la confusión provocada por el adelanto de la noticia, se confirmó el motivo del retraso en la comunicación. Efectivamente, los rusos habían exigido que no se conociese la rendición hasta el acto que iban a celebrar en Berlín al día siguiente, 8 de mayo, para ofrecer la sensación de que esta era la ceremonia válida. Al principio los occidentales se negaron, pero al final admitieron participar en esa farsa para no enemistarse con el siempre susceptible Stalin.

Aunque la noticia se supo antes de la teatral representación de Berlín, los soviéticos no vieron arruinada su pretensión de parecer los únicos vencedores, al menos entre sus compatriotas. Lo resolvieron a la manera de Stalin, cortando por lo sano: la controlada prensa rusa solo informaría de la ceremonia berlinesa y no publicó ni una palabra sobre la de Reims.

El mariscal Wilhelm Keitel firmó la rendición incondicional de Alemania ante las potencias aliadas a las 22.43 del 8 de mayo. Sin embargo, la diferencia horaria entre el centro de Europa y Moscú haría que en la capital rusa fueran ya las 0.43 del 9 de mayo cuando el representante del Reich estampó su firma en el documento de rendición. Por lo tanto, desde entonces, el 9 de mayo se conmemora el Día de la Victoria, siendo festivo en Rusia, Ucrania y en la mayoría de antiguas repúblicas soviéticas, mientras que en occidente el Día de la Victoria en Europa se celebra el 8 de mayo.

Rendirse no es tan sencillo como parece

El coronel de las SS Otto Skorzeny, que saltó a la fama tras liberar a Mussolini de su prisión en el Gran Sasso gracias a una brillante operación aerotransportada, experimentaría personalmente las inesperadas dificultades que en ocasiones supone encontrar a alguien a quien rendirse.

El 13 de mayo de 1945, casi una semana después de finalizada la guerra, Skorzeny, acompañado por tres soldados leales, bajó de su refugio en las montañas bávaras para entregarse a las fuerzas aliadas.

En primer lugar, Skorzeny se identificó ante un sargento norteamericano, totalmente ignorante de la gran relevancia del personaje. Lo único que hizo el estadounidense fue convencer a un soldado que se dirigía en Jeep a Salzburgo para que les llevase allí. Además, en ningún momento se les

requirió para que dejasen las pistolas que llevaban consigo.

Una vez en esa ciudad, los cuatro alemanes se dirigieron al cuartel del ejército norteamericano, pero tuvieron que esperar un buen rato fuera del edificio al encontrarse este cerrado porque era la hora de la comida.

Finalmente, un oficial salió a atenderles y tampoco quedó impresionado al conocer la identidad de Skorzeny. Inexplicablemente, le dijo que él no estaba autorizado a detenerle y que debían dirigirse a otro centro militar para seguir sus instrucciones. Los cuatro se dirigieron al lugar indicando, que se hallaba fuera de la ciudad, donde les proporcionaron un documento que debían entregar al anterior oficial para que procediera a su detención.

Mientras regresaban a Salzburgo, algún norteamericano comprobó con estupor que la persona que estaban enviando de un lado a otro de manera absurda era Otto Skorzeny, que había recibido de los aliados el calificativo de *Most Dangerous Man in Europe* (el hombre más peligroso de Europa). Rápidamente se cursaron las órdenes pertinentes al cuartel de Salzburgo para que lo detuvieran de forma inmediata.

Al llegar los cuatro alemanes, sin que sospecharan nada, se les hizo pasar a una sala de espera y les pidieron que entregasen sus pistolas, a lo que accedieron sin ofrecer resistencia. A los pocos segundos, irrumpieron en la estancia, por puertas y ventanas, una decena de soldados armados hasta los dientes, rodeando a Skorzeny y sus hombres, que, con los brazos en alto, no salían de su asombro al ver las metralletas apuntándoles a pocos centímetros de sus rostros.

Los alemanes, lejos de aparentar temor, se miraron unos a otros intercambiando cómplices gestos de incredulidad, mientras que los fieros soldados norteamericanos se mostraban satisfechos por haber capturado a un personaje de la talla de Skorzeny.

Aunque fuera de un modo tan insólito, superando los obstáculos burocráticos que habían ido saliendo a su paso y siendo rodeados finalmente por un aguerrido grupo de soldados, Skorzeny y sus hombres alcanzaron su anhelado objetivo de rendirse.

Kokura, la ciudad más afortunada

La ciudad más afortunada del mundo tal vez pueda ser Kokura, en Japón, al salvarse por muy poco, nada menos, que de ser arrasada por una bomba

atómica. Sus habitantes estuvieron durante unos interminables minutos a punto de quedar volatilizados por una explosión nuclear, pero una coincidencia salvó la vida a todos ellos.

Habían pasado tres días desde que la primera bomba atómica hiciese explosión en Hiroshima. En esa ocasión, Kokura también estuvo cerca de sufrir el ataque, pues, en el caso de que la meteorología no hubiera posibilitado el bombardeo de Hiroshima, tanto Kokura como Nagata y Nagasaki constituían los objetivos secundarios.

Los efectos causados por la bomba sobre Hiroshima no fueron suficientes para acabar con la resistencia del gobierno nipón a aceptar la capitulación, lo que obligó a seguir adelante con los ataques atómicos. La población japonesa apenas tenía idea de lo que había sucedido allí en realidad, al ser difícil de imaginar el hecho de que una ciudad pudiese desaparecer por la explosión de una sola bomba, pero se encontraba en estado de shock por las espeluznantes descripciones que llegaban desde Hiroshima. Sin embargo, los habitantes de Kokura poco podían pensar que ellos eran el siguiente objetivo de la lista.

En la madrugada del 9 de agosto de 1945, un B-29 llamado *Bock´s Car*, al mando del comandante Charles W. Sweeney, se dirigía a Japón para soltar su bomba de plutonio, apodada *Fat Man* (Hombre Gordo), por su abultado aspecto. El objetivo principal era Kokura, mientras que el secundario era Nagasaki, por si el primero se encontraba cubierto de nubes.

Los motivos que habían sido tenidos en cuenta para elegir Kokura eran su capacidad industrial y su localización geográfica. Esta ciudad, aunque solo tenía 51.600 habitantes, contaba con una potente industria de guerra. Además, Kokura se encontraba en el extremo sur de una estrecha faja de tierra que une las dos principales islas de que consta Japón: Houshu y Kyushu.

Sin duda, una malsana curiosidad llevó a los norteamericanos a plantearse lo que podía ocurrir si una bomba atómica destruía la comunicación terrestre entre las dos islas. No se descartaba la posibilidad de que el agua del mar inundase la ciudad, separando de este modo los dos extremos del estrecho, con lo que el desastre geográfico ocasionado por la bomba sería de tal magnitud que obligaría a modificar los mapas de Japón.

Los partes meteorológicos llegados al B-29 durante el trayecto confirmaban que ambos objetivos se encontraban libres de nubosidad y que

en ambas ciudades lucía un sol espléndido. Ese parte suponía la condena a muerte de Kokura; solo un milagro podía salvarla de la hecatombe atómica.

La pantalla de radar del *Bock´s Car* ya señalaba la proximidad de Kokura, aunque la tripulación no podía verla todavía. Las compuertas de la bodega donde estaba alojada la bomba se abrieron. Los miembros de la tripulación se colocaron sus gafas protectoras para no quedar cegados por la luminosidad de la inminente explosión.

Una vez dispuestos todos los preparativos, tan solo faltaba localizar un enorme arsenal situado junto al río, que servía de punto de referencia para arrojar la bomba. Los expertos habían señalado ese lugar como el idóneo para hacer explotar el artefacto. Washington había impartido órdenes precisas de que la bomba cayese sobre ese punto y no otro, para evitar cualquier resultado inferior al previsto.

Si Kokura necesitaba un milagro para librarse del apocalipsis, eso es precisamente lo que ocurrió. Una columna de humo ascendía desde la zona industrial, probablemente causada por algún incendio, impidiendo la visión en el sector en el que se encontraba el arsenal. Confundido por este inesperado obstáculo, el observador de proa gritó: «¡Suspendan el lanzamiento!».

El B-29 acabó de sobrevolar la ciudad y giró para pasar de nuevo sobre ella, pero desde un ángulo distinto para evitar la molesta columna de humo. En este caso siguieron el curso del río para llegar al arsenal, pero, inexplicablemente, no supieron identificar el edificio. El nerviosismo crecía porque el tiempo corría en su contra. Se sabía que los japoneses disponían de cañones antiaéreos pesados. Tan solo necesitaban unos minutos para calcular la altitud y la velocidad del avión y, a partir de ahí, el B-29 sería un objetivo al alcance de las baterías antiaéreas niponas.

No había tiempo que perder. Iban a sobrevolar la ciudad por tercera vez. Comenzaron a remontar de nuevo el río, pero la visión del arsenal seguía escabulléndose. El observador divisó un estadio que en los mapas aparecía cerca del arsenal y propuso lanzarlo en su vertical. Sin embargo, las órdenes de Washington habían sido tajantes: solo se podía arrojar la bomba sobre el arsenal. Todo parecía que se ponía en contra; el fuego antiaéreo ya les había localizado y se aproximaba cada vez más. Por su parte, los habitantes de Kokura contemplaban perplejos las curiosas evoluciones del B-29.

De repente, desde el *Bock´s Car* se detectó actividad en las bandas de

radio japonesas, lo que significaba que se dirigían hacia allí aviones de caza. No se equivocaban; varios Zero estaban ascendiendo para atacarles. Para colmo, la aguja del combustible señalaba que estaban a punto de quedarse sin el suficiente para continuar la misión hacia el objetivo secundario y, de seguir así, no pasaría mucho tiempo hasta que ya no dispusieran del necesario para regresar.

La decisión no podía ya ser otra. El lanzamiento quedaba suspendido. El *Bock´s Car* se alejó de la ciudad, rumbo a Nagasaki, mientras que sus ciudadanos volvían a sus quehaceres cotidianos, pensando que el B-29 que acababan de ver en el cielo había estado sobrevolando Kikura para tomar fotografías aéreas. Si hubieran sabido lo cerca que habían estado de una muerte horrenda, seguramente habrían dado las gracias por aquella pequeña columna de humo que les había salvado la vida.

Si la fortuna había sonreído a Kokura, es evidente que la desgracia se ensañó con Nagasaki. A las once y dos minutos de ese 9 de agosto, *Fat Man* cayó sobre esa ciudad llevándose consigo la vida de unas 73.000 personas.[63]

MacDilda, el fabulador atómico

El teniente norteamericano Marcus MacDilda fue derribado el 7 de agosto de 1945, cuando efectuaba una misión de bombardeo sobre la ciudad nipona de Osaka. Los japoneses lo recogieron en el mar, tras haber saltado en paracaídas, y lo trasladaron a tierra firme.

Mientras iba siendo conducido con los ojos vendados por las calles de la ciudad que unas horas antes había bombardeado, fue recibiendo los insultos de la población civil, que más tarde se convirtieron en puñetazos y patadas, descargando en él toda la ira acumulada durante los continuos bombardeos a los que eran sometidos día y noche. Sangrando, llegó a un edificio en el que iba a ser interrogado.

Sus captores, empleando métodos brutales, querían obtener de él información sobre la base aérea norteamericana situada en Iwo Jima. MacDilda les aseguró que había allí más de trescientos aviones. Esta respuesta le costó una buena paliza, pues los japoneses habían comprobado que en realidad solo había ciento cincuenta; se trataba de una trampa para saber si estaba dispuesto a decirles la verdad.

El interrogatorio continuó, pero MacDilda no les proporcionó ningún dato

que pudiera serles de utilidad, pese a la violencia que emplearon contra él. Aunque lo peor estaba por llegar.

Comenzaron a hacerle preguntas sobre la bomba atómica que había caído sobre Hiroshima el 6 de agosto. Como la operación era ultrasecreta, MacDilda desconocía prácticamente todos los detalles sobre este hecho. Aun así, los japoneses le golpearon una y otra vez, mientras que el norteamericano confesaba su completa ignorancia sobre el tema.

Los japoneses iban a concederle la última oportunidad para hablar. Antes de medianoche, los golpes cesaron y un general entró en la habitación. Sacó su espada y puso el filo sobre el labio del prisionero. Muy lentamente comenzó a deslizar la hoja por el labio, provocándole una herida de la que enseguida brotó sangre. Con la camisa ya teñida de rojo, MacDilda escuchó como el general le aseguraba que, si no hablaba, la próxima vez que entrase por la puerta sería para cortarle la cabeza de un tajo con aquella misma espada, y se marchó.

Sus interrogadores, sonrientes, le preguntaron si estaba ahora dispuesto a hablar. MacDilda valoró la comprometida situación por la que atravesaba y comprendió que no tenía otra opción que explicarles algo sobre la bomba. Recordando que había escuchado a alguien en Iwo Jima hablar de «cargas positivas y negativas» al referirse al funcionamiento de una bomba atómica, MacDilda les refirió este dato tan inútil como absurdo.

Los japoneses dejaron de golpearle, contentos por haber obtenido un atisbo de confesión. El prisionero, animado por este cese de la violencia, abundó en más detalles sobre el mecanismo de la reacción nuclear. Les habló de que, en una bomba de este tipo, «las cargas positivas y negativas están separadas por una barrera de plomo. Cuando se lanza el artefacto, el plomo se derrite y las cargas se unen; este hecho provoca un gran arco de luz que destruye la atmósfera que hay sobre una ciudad» (!).

Los interrogadores, tras escuchar las convincentes explicaciones del intérprete, quedaban asombrados ante ese caudal de conocimientos de física nuclear. MacDilda, satisfecho porque había conseguido salvar la vida, era consciente de que la conservaría mientras siguiera aportando datos considerados vitales, aunque procedieran de su fértil imaginación.

«¿Cuál es el próximo objetivo de esa bomba?», le preguntaron. MacDilda pensó durante unos instantes y con aplomo y seguridad respondió: «Kyoto y Tokio. Está previsto que Tokio sea bombardeado en los próximos días».

Los japoneses, aunque un tanto asustados por el apocalíptico aviso, celebraron esta espectacular confesión e insistieron para que les diera más detalles. El aviador afirmó también que su país contaba con un centenar de bombas atómicas preparadas para ser lanzadas sobre Japón.

Aunque se le presionó para que continuase desvelando informaciones tan valiosas, MacDilda consideró para sus adentros que ya había explicado demasiados embustes. Para evitar entrar en contradicciones o en fabulaciones demasiado fantásticas, se limitó a repetir los datos que les había aportado antes. De todos modos no importaba, ya que la vida de MacDilda pasaba a tener un valor incalculable para los nipones.

El testimonio del piloto norteamericano tendría una gran transcendencia. El 9 de agosto se reunió en Tokio el Consejo Supremo para la Dirección de la Guerra, que lo componían cuatro ministros del Gobierno y dos altos jefes militares del Estado Mayor. Esa era, con toda seguridad, la reunión más importante de las que se habían convocado nunca, al estar sobre la mesa aceptar la rendición que les habían ofrecido los aliados, la llamada Declaración de Potsdam.

En esta propuesta, entre otros puntos, se acordaba «la eliminación para siempre de la autoridad e influencia de los que han engañado y conducido al pueblo del Japón a embarcarse en la conquista del mundo», sin especificar si el emperador quedaba incluido en esa definición.

Además, la declaración anunciaba que «se ocuparán zonas en territorio japonés previamente marcadas por los Aliados» y «se ejercerá una justicia rigurosa sobre todos los criminales de guerra». Finalmente, la alternativa a la rendición era «la pronta y entera destrucción del Japón».

Las posiciones estaban muy enfrentadas; el primer ministro, Kantaro Suzuki, era partidario de poner fin al conflicto, para lo que contaba con el apoyo de otros dos miembros del Consejo. Los otros tres, liderados por el ministro de la Guerra, el general Korechika Anami, no estaban dispuestos a aceptar la rendición y, en todo caso, preferían entablar una dura batalla de desgaste en suelo japonés con vistas a forzar unas condiciones de paz más favorables.

Entre estos dos bandos enfrentados permanecía hierática la figura del emperador Hirohito,[64] que presidía simbólicamente la reunión, pero sin pronunciar palabra.

Durante las agrias discusiones que se sucedían, cada bando intentaba

convencer al otro de su planteamiento, ya fuera el pacifista o el belicista. Los argumentos eran ignorados cuando no coincidían con los propios, pero en un momento de la reunión se pusieron sobre la mesa los informes del interrogatorio al que había sido sometido MacDilda.

Los miembros del Consejo no quedaron impresionados ante los supuestos conocimientos de física nuclear del piloto, pero sí que se quedaron helados cuando leyeron que el próximo lugar sobre el que iba a caer el artefacto atómico era Tokio, la ciudad en la que se encontraban en ese momento. Esta información fue aprovechada por un miembro del bando pacifista, que preguntó: «¿Qué medios existen para defenderse de un ataque con bombas atómicas?».

El general Anami no supo qué contestar. Otro general acertó a decir tímidamente: «Si se tomaran medias antiaéreas, quizás podríamos evitarlos…». Se hizo un espeso silencio en la sala. Los pacifistas vieron la oportunidad de seguir dejando en evidencia las escasas posibilidades de continuar la lucha; siguieron realizando preguntas sobre la capacidad de rechazar un desembarco o de atacar la flota enemiga, cuestiones que quedaban sin respuesta. La reunión ya había tomado el rumbo que el primer ministro Suzuki deseaba. Tan solo faltaba dar el golpe de gracia.

Esa misma mañana, antes de la reunión, Suzuki había hablado con el emperador, que era partidario de la rendición, y acordó con él que en el momento apropiado tomaría la palabra y se declararía favorable a la paz. Ese momento había llegado. Ante la sorpresa de los presentes, que no esperaban que Hirohito se pronunciase, se puso en pie y con voz lenta pero firme se dirigió a todos explicando que no podía soportar ver a su pueblo sufrir durante más tiempo.

Tras describir la desesperada situación por la que atravesaba el país y la inutilidad de continuar con la guerra, Hirohito aseguró que «ha llegado el momento en que debemos soportar lo insoportable». Finalizó su intervención dejando claro que «debemos aceptar los términos que nos ofrece la declaración aliada». Dicho esto, para no ofrecer la posibilidad de que produjese ninguna réplica, se dirigió hacia la puerta y se marchó.

Suzuki, intentando disimular su gran satisfacción, declaró: «La decisión del emperador es también la decisión de esta conferencia». Los partidarios de continuar la guerra se quedaron mudos, incapaces de reaccionar. Se levantó la sesión; los pacifistas habían vencido. Unas horas más tarde, los

operadores de radio del ministerio de Asuntos Exteriores transmitieron a Suiza y Suecia, países neutrales, la decisión de aceptar la rendición, para que desde allí fuera comunicada los aliados.

Mientras tanto, MacDilda permanecía en poder de la policía secreta, que le seguía interrogando. En la mañana del 10 de agosto, el piloto fue sacado de su celda y llevado a una confortable sala, en la que le ofrecieron una taza de té. Ante él se sentó un japonés con aspecto afable. No era un militar o un policía, sino que aparentaba ser un profesor o un científico. En efecto, era un experto en física que venía dispuesto a aprender de los conocimientos del prisionero.

Naturalmente, no pasó ni un minuto antes de que el científico se diera cuenta de que MacDilda era un farsante. Sonriendo, le dijo que no era necesario que continuase, al estar claro que no tenía ni la más remota idea de física nuclear. MacDilda creyó que su juego había terminado. Se despidieron con una intrascendente conversación amistosa y el prisionero fue devuelto a su celda.

Temeroso de que, una vez descubierto, su vida ya no tuviera ningún valor, el piloto creyó que ahora sí que iba a probar el filo de la espada en su cuello. Sin embargo, estaba equivocado. Los golpes cesaron y fue obsequiado con una buena comida. MacDilda no entendía este repentino cambio de actitud, pero no importaba, la paz había llegado y él, sin saberlo, había tenido su protagonismo en esa crucial decisión. Afortunadamente para MacDilda, el bienintencionado científico nipón había asegurado a sus captores que la información que le había proporcionado era de gran valor, lo que supuso salvarle la vida.

Afortunadamente para MacDilda, su internamiento en la infernal prisión de Osaka finalizó, librándose por fin de las garras de la policía secreta. Para esperar la llegada de la paz, fue trasladado al campo de prisioneros de Omori, donde se encontraban varios compañeros suyos, siendo recibido como un héroe.

La libertad definitiva llegaría para MacDilda el 30 de agosto. Él y sus compañeros del campo de prisioneros estallaron de alegría cuando vieron acercarse al 4º Regimiento de Marines, al mando del comandante Stassen.

No obstante, hubo una última dificultad; el oficial japonés que estaba al mando del campo aseguró que no tenía autorización oficial para entregarle a los prisioneros y que debía esperar órdenes de sus superiores. Stassen optó

por superar este tan inesperado como absurdo obstáculo burocrático de forma un tanto expeditiva; propinó una violenta patada en el trasero al japonés y le espetó: «¡Usted no tiene ya ninguna autoridad!», añadiendo una serie de irreproducibles insultos.

Los ya ex prisioneros se abalanzaron sobre los marines para abrazarlos y acabaron todos llorando de emoción. MacDilda, gracias a su fértil imaginación, había sobrevivido a su cautiverio.

Patética rendición

La ceremonia de la rendición de Japón ante los Aliados se llevó a cabo en el acorazado norteamericano *Missouri*, en la bahía de Tokio, el 2 de septiembre de 1945. El acto no pudo ser más amargo para los representantes nipones; la cara prepotente que había mostrado el país del sol naciente desde 1941 se había tornado ahora en una máscara patética que esa mañana conocería los límites de su humillación.

Esa mañana, inesperadamente fría, la delegación japonesa llegó en coche al puerto de Yokohama, bordeando la bahía. Al llegar a los muelles, los antes todopoderosos nipones tuvieron que afrontar la vergüenza de pedir a las fuerzas aliadas que les trasladasen al *Missouri*, anclado a dieciséis millas de distancia, al no disponer de medios para llegar hasta allí.

Aunque pueda resultar increíble, todos los barcos del puerto habían sido hundidos o alcanzados por los bombardeos, por lo que los japoneses no disponían ni de un simple remolcador.

La marina japonesa, que poco antes había controlado las rutas del Pacífico y sometido a sus islas, se encontraba con que ahora le era imposible proporcionar un bote para que los máximos representantes del país pudieran atravesar las aguas de la bahía. Los norteamericanos les proporcionaron un destructor, el *Landsowne*, para que les llevasen al *Missouri*.

El almirante William Halsey había impartido órdenes precisas para que en el barco no se tuviera ningún tipo de cortesía con los nipones, como podría ser invitar a tomar un café o proporcionarles algún cigarrillo. Sin embargo, esta humillante disposición fue enmendada por los superiores de Halsey, que permitieron a los japoneses disfrutar de esos pequeños placeres durante la breve travesía.

La elección del *Missouri* para albergar la histórica ceremonia no había sido casual. Durante la guerra existió una fuerte rivalidad en las fuerzas armadas estadounidenses entre el ejército de Tierra y la Marina, representadas cada una de ellas por MacArthur y Nimitz.

Cada uno de ellos reclamaba el mérito de ser el artífice de la victoria sobre las tropas japonesas. Como MacArthur había sido finalmente el designado por Washington para recibir la rendición nipona, se eligió un barco de la Marina como lugar del acto para reconocer el papel jugado por la Armada, en una decisión que pretendía ser salomónica pero que otorgaba todo el protagonismo al héroe de Filipinas.

A las ocho en punto de ese domingo 2 de septiembre de 1945, el *Missouri* era en ese momento el centro de atención mundial. El almirante Halsey sabía que esa escena sería uno de los momentos más emblemáticos de la historia del siglo XX, por lo que se encargó personalmente de que el barco insignia de su flota, custodiado por 250 buques aliados, luciera sus mejores galas.

Para ello se izó en su mástil la misma bandera que ondeaba en el Capitolio de Washington el día del ataque nipón a Pearl Harbor. Al menos, esto era lo que dijeron los medios de comunicación destacados en el acto y lo que ha quedado para la posteridad.

Sin embargo, la realidad es que aquella bandera no tenía nada que ver con la del Capitolio, sino que procedía del cuarto de banderas del barco. Alguien pensó que tendría un efecto propagandístico mayor si se le otorgaba esa procedencia simbólica, una falsedad que acabaría siendo recogida como cierta en los libros de historia.

Pero no todas las banderas que presidieron la rendición iban a ser de guardarropía. El comandante del buque, el capitán Stuart S, Murray, deseaba que una bandera histórica, la que portaba el barco del comodoro Matthew C. Perry cuando entró en la bahía de Tokio noventa y dos años antes, en 1853, estuviera presente en el acto.

La idea de que esa reliquia —además de su antigüedad, tenía tan solo 31 estrellas— figurase en el atrezzo del acto permitió que un joven teniente de la Academia Naval de Annápolis pudiera participar en un acto al que tan solo cinco días antes nunca hubiera soñado asistir.

Murray había telegrafiado a esa academia, el lugar donde reposaba la bandera, para que la enviasen urgentemente a Tokio. El oficial que recibió

el mensaje, John Breyner, se adjudicó de inmediato el papel de guardián de la bandera y consiguió el permiso para viajar hasta Japón con prioridad máxima.

Aunque no faltaron candidatos a lo largo del viaje para tomar en sus manos la bandera como si de una carrera de relevos se tratase, el teniente Breyner no se separó de ella ni para dormir, consciente de que era su salvoconducto para estar presente en la ceremonia.

El trayecto le llevó desde Washington a San Francisco, y de allí a Hawái y las minúsculas islas de Kwajalein y Guam, para finalmente tocar tierra nipona en Iwo Jima. Desde ese punto tomó un hidroavión que le llevó a la bahía de Sagami, donde una lancha le trasladó hasta el *Missouri*, consiguiendo subir al acorazado justo en el momento en que el primer japonés subía a bordo, cuando faltaban cinco minutos para las nueve de la mañana. En ese momento, el capitán Murray, que temía que la bandera no llegase a tiempo, respiró tranquilo.

No obstante, un rápido examen visual de la tela era suficiente para comprobar que su mal estado no permitiría que fuese izada en un mástil, si no se quería correr el riesgo de que la enseña se rompiese al primer golpe de viento, a la vista de todos. Tras los esfuerzos que había supuesto su traslado, era impensable prescindir en el último momento de ella. Así pues, a toda prisa, un marinero tomó el primer cuadro que encontró y aprovechó su marco para proporcionar a la histórica tela una digna presentación, siendo situada sobre la mesa presidencial.

La delegación japonesa iba llegando al acorazado, por una escalerilla de cuerdas que le unía al destructor y por la que avanzaban con poca agilidad. Su apariencia no podía ser más lamentable. El que iba a ser el encargado de firmar, el ministro de Asuntos Exteriores, Mamoru Shigemitsu, caminaba con dificultad debido a que había perdido una pierna años atrás, en un bombardeo en Shanghái.

Pero la nota más lastimosa era el deslucido chaqué que vestía, además de los guantes y el sombrero de copa, que le daban un carácter tragicómico. Sus colaboradores ofrecían un aspecto similar. Este exagerado formalismo, un tanto fuera de lugar, contrastaba con la informal ropa militar que vestían los norteamericanos, sin corbata ni chaqueta. Algunos ingleses se permitieron incluso acudir al acto en pantalón corto.

El acto se desarrollaría en la cubierta del barco, con la presencia de un

gran número de asistentes. La ceremonia de rendición dio comienzo con unas protocolarias palabras de MacArthur, en las que expresó su deseo de paz para toda la humanidad.

Seguidamente invitó a los japoneses a acercarse a la mesa. Aquí se produjo un momento especialmente tenso; el ministro japonés se sintió desorientado al contemplar todos los papeles que había sobre la mesa. MacArthur, sin muchas contemplaciones, dio una orden en voz alta a su Jefe de Estado Mayor: «¡Muéstrele dónde ha de firmar!».

El militar norteamericano señaló al japonés el lugar en donde debía estampar su firma y el ministro nipón obedeció. Pasaban cuatro minutos de las nueve de la mañana cuando se produjo ese momento histórico. Todos los miembros de la delegación japonesa fueron pasando disciplinadamente por la mesa, firmando sin ni tan siquiera detenerse a leer el papel. No se miraron entre ellos. Hubo varios que tenían los ojos llorosos, conscientes de la humillación que estaban sufriendo. El imperio japonés se había rendido.

A continuación, MacArthur, con gesto displicente, sacó varias plumas estilográficas de su bolsillo y comenzó a firmar las distintas copias del documento. Una de las plumas fue entregada al general Wainwright.[65] Otra fue para el general británico Percival, el defensor de Singapur que rindió la plaza. Curiosamente, entre la delegación nipona se encontraba el coronel Sugita, un oficial que estaba presente cuando se le dictaron a Percival las condiciones para la rendición de Singapur. En este caso, estaba claro que las tornas habían cambiado; ambos se reconocieron y estuvieron mirándose fijamente durante un largo rato.

A las dos plumas siguientes se les reservaba un glorioso destino, como era recordar para siempre esa ceremonia; la tercera sería enviada a la academia militar de West Point, mientras que la cuarta llegaría a los Archivos del Congreso. Pero la última pluma acabó en el bolsillo de la camisa de MacArthur, aunque su intención no era conservarla para él como un recuerdo personal; su ilusión era ofrecérsela a su esposa Jean y su hijo Arthur, que en esos momentos se encontraban en Filipinas.

Nimitz también gozó de su momento de gloria, al firmar la aceptación de la rendición, pero MacArthur ya había logrado acaparar toda la atención. Las delegaciones de los demás países que habían declarado la guerra a Japón también pasaron a firmar, aunque el representante canadiense se equivocó y estampó su rúbrica en un lugar que no le correspondía. Una vez

realizadas las oportunas correcciones, el acto fue dado por concluido.

La ceremonia había sido sorprendentemente corta, pero su trascendencia era enorme. Japón se había doblegado ante los Aliados. Los representantes nipones no deseaban permanecer allí más tiempo que el estrictamente necesario, por lo que tomaron el mismo camino por el que habían llegado.

Pero en el último momento obtuvieron una inesperada atención; a su paso, la delegación recibió los correspondientes saludos militares de los marineros que formaban en la cubierta. Hubo un primer momento de perplejidad entre los japoneses, pero Umezu, tras dudar unos instantes, respondió a la deferencia de sus antiguos enemigos, siendo inmediatamente imitado por el resto de la comitiva.

De todos modos, si los nipones pensaban que las humillaciones habían terminado, estaban equivocados. Cuando se dirigían a la pasarela para subir a bordo del destructor con el que habían llegado, se llevaron una desagradable sorpresa: el viaje de vuelta no sería en ese barco, sino en una pequeña canoa.

Souvenir *sangriento*

El 10 de septiembre de 1945, una vez acabada la guerra, el ex primer ministro de Japón, el general Hideki Tojo, se encontraba en su casa situada en una lujosa zona residencial con vistas al monte Fujiyama.

Aunque los norteamericanos habían comenzado a ocupar militarmente el país, nadie se había dirigido a él para pedirle cuentas por el período en el que dirigió la guerra contra Estados Unidos. De todos modos, Tojo no se hacía ilusiones; poco antes de la rendición había pedido a su médico que le tatuara una marca en el lugar exacto en el que se encontraba el corazón para poder proporcionarse una muerte rápida en caso necesario.

Los días iban transcurriendo pero los hombres de MacArthur no se ponían en contacto con él. Circulaba el rumor de que los norteamericanos esperaban que los principales acusados por crímenes de guerra se fueran suicidando, siguiendo la tradición nipona, ahorrándoles así un engorroso proceso judicial.

Al no tener noticias de que Tojo hubiera tomado esta drástica decisión, los periodistas fueron llegando ese día a su casa, deseosos de obtener alguna primicia, como la esperada detención del general.

Durante ese día Tojo conversó animadamente con los reporteros en el jardín de su casa, asegurándoles que estaba dispuesto a cargar con toda la

responsabilidad de la guerra. No parecía muy afectado por el catastrófico estado en el que había quedado su país tras los ataques aéreos; tan solo se quejó de que los bombarderos habían dañado unos pinares de su propiedad. Tras unas horas de distendida charla,Tojo despidió amablemente a la prensa.

Al día siguiente todo cambiaría. Los corresponsales seguían haciendo guardia en la puerta, bajo un sol implacable. Para hacer más llevadera la espera, los criados de Tojo les proporcionaron bebida fresca. La mañana fue transcurriendo sin novedad, pero el general era consciente de que era una tranquilidad engañosa y que graves acontecimientos iban a suceder. Llamó a su mujer y le pidió que se marchase; esta obedeció y salió por la puerta de atrás, refugiándose en casa de un vecino. Tojo no se equivocaba, porque poco más tarde llegaron a la casa seis soldados norteamericanos al mando del mayor Paul Kraus con la orden de que les acompañase a Yokohama.

El general nipón se indignó al tener que dirigirse a un oficial de rango inferior y le preguntó si tenía autorización para arrestarle. Kraus se mostró inflexible e insistió en que debía presentarse con él en Yokohama. Tojo vio que ya todo estaba perdido y se retiró a su despacho. A los pocos segundos se oyó un disparo. Los hombres de Kraus irrumpieron en la estancia y vieron cómo Tojo, desde el suelo, les apuntaba tembloroso con el revólver que segundos antes había utilizado para intentar suicidarse. «¡Tírelo al suelo!», le gritaron, y el general obedeció.

Tojo no había acertado al apuntarse al corazón. La bala le había perforado un pulmón, sangraba mucho, pero aún estaba con vida. En ese momento, los periodistas, que habían oído el disparo desde el jardín, entraron en el despacho. Con una falta total de respeto por el moribundo, los reporteros se abalanzaron sobre él para obtener un preciado botín; conscientes de que asistían a un momento histórico, sabían que cualquier objeto tendría un valor incalculable en el futuro.

Unos se dedicaron a romperle el pantalón, repartiéndose los pedazos, otro logró apoderarse de su pitillera que, irónicamente, contenía unos cigarrillos con la marca Esperanza. Un reportero llamado Harry Brundidge fue quien se apropió de la bala con la que Tojo había intentado quitarse la vida, que estaba incrustada en un sillón rojo.

La imagen del saqueo de la casa por parte de los periodistas fue indigna. Un fotógrafo de la revista *Yank* fue detenido por un soldado norteamericano

a pocos metros de la casa, al sospechar de él; en efecto, envuelta en un trapo llevaba ni más ni menos que la espada de Tojo.

Mientras que el general se debatía entre la vida y la muerte, los fotógrafos rivalizaban en obtener la mejor instantánea. Para ello no dudaban en pedir que la cabeza de Tojo fuera movida hacia uno u otro lado para conseguir el mejor perfil.

Pero el momento en que la dignidad del ex primer ministro estuvo más pisoteada fue cuando un periodista tuvo la idea de empapar su pañuelo en la sangre que seguía manando del pecho. Tras él, todos los presentes guardaron riguroso turno para mojar sus pañuelos y poderse llevar ese sangriento *souvenir* a casa.

Con la llegada de varios doctores terminaron aquellas deplorables escenas, exigiendo que se marcharan todos de allí. Tojo había perdido la mitad de su sangre y se encontraba muy grave, pero enseguida comenzaron a hacerle transfusiones y a cerrarle la herida, calmándole el dolor con inyecciones de morfina. Rápidamente fue trasladado a un hospital del ejército norteamericano, y allí se inició su notoria mejoría.

Esa misma noche fue visitado por el general Robert Eichelberg. Tojo, incorporándose poco a poco en su cama logró decir:

—He estado a punto de morir. Siento de verdad haberles causado tanta molestia.

El general estadounidense acertó con una inspirada réplica:

—¿Se refiere a esta noche o a los últimos años?

Si Tojo había pretendido dejar a salvo su honor y el de su país quitándose la vida, la verdad es que no lo consiguió; el pueblo japonés se burló de su mala puntería y se avergonzó del siniestro espectáculo que, involuntariamente, había proporcionado a los victoriosos norteamericanos.

El exprimer ministro nipón acabaría encontrando la muerte el 22 de noviembre de 1948, después de que un tribunal internacional, similar al constituido en Núremberg, dictase la máxima pena para Tojo y seis acusados más, mientras que otros dieciséis serían condenados a cadena perpetua.[66]

Celebraciones trágicas

Si todas las muertes que se produjeron durante la Segunda Guerra Mundial

pueden calificarse de absurdas e innecesarias, aún más lo son las que ocurrieron una vez finalizada la contienda, como las ocurridas durante las celebraciones por la victoria.

En Gran Bretaña, para festejar el triunfo sobre la Alemania nazi, los buques de guerra dispararon salvas de fogueo. El público que se agolpaba en los puertos ingleses se quedó sobrecogido por el estruendo de los cañones. Los ciudadanos que se concentraron en la desembocadura del río Wear, en el nordeste de Inglaterra, también disfrutaron de este espectáculo, pero lo que no sabían es que una de las piezas de artillería había disparado por error un proyectil de verdad.

Esto lo pudo comprobar una familia que vivía a más de tres kilómetros del puerto, en la ciudad de Sunderland. Dos de sus miembros murieron al instante a causa de la explosión producida por el impacto en su casa. De forma paradójica, los que habían logrado sobrevivir durante cinco años a los bombardeos enemigos habían acabado por sucumbir ante el fuego propio.

Una tragedia parecida se repetiría tres meses más tarde en Estados Unidos. Al conocerse la rendición de Japón, el 15 de agosto de 1945, el país estalló en una fiesta. La guerra había terminado. Aunque la campaña europea había finalizado con la derrota de Alemania tres meses antes, todavía se veía lejano el fin de la guerra en el Pacífico. Por lo tanto, la noticia de la rendición fue recibida con una inmensa alegría. La escena más famosa es la que se dio en Times Square, en Nueva York, en la que los soldados besaban apasionadamente a las chicas que allí habían acudido; todo eran cánticos, risas y júbilo.

En el resto del país, en cada ciudad y en cada pueblo, por pequeño que fuera, las celebraciones se prolongaron durante todo el día. En Independence, Missouri, la fiesta tuvo un carácter especial; una multitud se dirigió a la casa donde vivía la madre del presidente, Harry S. Truman, y allí fue incansablemente aclamada. En esos momentos su hijo también estaba siendo vitoreado, mientras pronunciaba un discurso victorioso ante las masas que se habían congregado alrededor de la Casa Blanca.

Posteriormente, la gente que se había apiñado en torno a la residencia presidencial se dispersó ocasionando algunos incidentes. No obstante, los eufóricos soldados se limitaban a parar a algunos vehículos para besar a las mujeres que viajaban en su interior, o incluso se atrevían a intercambiarse la

ropa con ellas.

Pero no todas las celebraciones fueron tan pacíficas. La ciudad de San Francisco se encontraba rodeada de instalaciones de la marina, rebosantes de marineros dispuestos a correrse una gran juerga para festejar el final de la guerra. Al conocerse la noticia, la mayoría de ellos se dirigieron a San Francisco, donde comenzaron a beber sin control.

La policía militar intentó, en un primer momento, mantenerlos a raya, pero conforme pasaba el tiempo era evidente que eso era imposible. Algunos marineros ebrios se dedicaron a robar vehículos, con los que atravesaban las calles a toda velocidad, sin importarles que estuvieran llenas de gente. Decenas de personas fueron arrolladas por estos conductores enloquecidos, de las que acabarían muriendo once.

El desorden y el caos se adueñaron de esta ciudad de la costa del Pacífico. Los marineros rompieron escaparates y saquearon tiendas. Sin embargo, la peor parte se la llevaron las mujeres jóvenes de la ciudad. Por lo menos seis de ellas fueron violadas en plena calle, sin que nadie acudiera en su ayuda. Mientras tanto, la policía se encontraba ausente, asustada ante el inesperado cariz que habían tomado los acontecimientos e incapaz de enfrentarse a centenares de soldados borrachos.

La víctima número doce fue un hombre que pasaba por una acera cuando desde un primer piso alguien arrojó una caja de botellas de cerveza que le partió el cráneo. La barbarie continuó durante toda la noche. Al amanecer, la mayoría de marineros se encontraban exhaustos, durmiendo sobre las aceras. Pese a todo, no hubo represalias y se intentó correr un tupido velo sobre estos acontecimientos para no empañar la celebración por la victoria.

El último disparo

Un detalle en el que pocos han reparado es que, tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial, el último disparo fue efectuado por la misma persona. Entre los millones de combatientes que participaron en las dos guerras, parece un guiño del destino el que correspondiese a un solo hombre poner punto final a ambas, lo que convierte a este hecho en el más insólito no solo de ambas guerras, sino de todo el siglo XX. Las probabilidades de que esta coincidencia se produjese eran infinitesimales, pero aun así ocurrió.

Las últimas salvas disparadas por cañones norteamericanos en 1918 fueron ordenadas por un capitán de artillería, al mando de una batería en Verdún, tan solo quince minutos antes de que entrase en vigor el armisticio, curiosamente a las once de la mañana del día 11 del undécimo mes, el día en el que acabó la pesadilla de la Primera Guerra Mundial.

En 1945, el lanzamiento de la última bomba —en este caso atómica— que cayó sobre Japón, el 9 de agosto sobre la ciudad de Nagasaki, había sido ordenado por ese mismo capitán de artillería. Aunque, siendo precisos, esta no fue la última acción armada de la guerra, no hay duda de que simbólicamente sí lo fue, pues forzó al gobierno nipón a aceptar la rendición.

Se trataba de Harry S. Truman, el presidente de Estados Unidos. Por un increíble capricho de la historia, había tenido el honor de poner punto y final a dos guerras mundiales.

Aunque ese «último disparo» que ponía fin a la Segunda Guerra Mundial lo efectuó cómodamente desde su despacho de la Casa Blanca, no se puede poner en duda el valor de Truman y el compromiso que había adquirido con su país.

Tal como relató posteriormente su hija Margaret, cuando Truman era senador, en 1940, se dirigió al general George Marshall para solicitar su vuelta al servicio activo, al conservar el grado de coronel de artillería en la reserva.

El general Marshall se quitó las gafas, miró fijamente a Truman y le preguntó:

—Senador, ¿cuántos años tiene?

—Bueno —respondió en voz baja—, 56 años.

—Usted ya es demasiado viejo para esto. Hágame caso, quédese en casa y siga trabajando en el Senado —le aconsejó el general.

Poco podía imaginar entonces Truman que el futuro le tenía reservado un puesto de honor en la historia, no solo por convertirse en presidente de su país, sino por ser la persona que inauguró la era atómica. De todos modos, los relatos en los que se describían los terroríficos sufrimientos de las víctimas de los artefactos nucleares, cuyos efectos los seguirían padeciendo los supervivientes durante décadas, no quitarían el sueño al presidente.

Truman estaba tan convencido de haber tomado la decisión correcta que llegó a considerar el empleo de estas bombas casi como una misión divina:

«Damos gracias a Dios porque la bomba haya llegado a nuestras manos en lugar de a las de nuestros enemigos. Que él nos guíe para utilizarla de acuerdo a su voluntad».

Aunque se puede discutir éticamente la decisión de arrasar dos ciudades arrojando sobre ellas dos bombas atómicas, causando así la muerte de miles de inocentes, para ahorrar así vidas de soldados norteamericanos, la realidad es que logró concluir una guerra que ya había provocado cincuenta millones de víctimas y que amenazaba con extenderse, como mínimo, a 1946.

Estaba previsto que el 1 de noviembre de 1945 se llevase a cabo un desembarco similar al de Normandía en territorio japonés, pero el lanzamiento de aquella última bomba sobre Nagasaki, ordenado por Truman, lo hizo ya innecesario.

La Segunda Guerra Mundial había llegado a su fin.

Bibliografía

APPLEBAUM, Anne, *Gulag*, Debate, Barcelona, 2004.

ARNOLD-FOSTER, Mark, *El mundo en guerra,* Plaza & Janés, Barcelona, 1975.

ATKINSON, Rick, *Un ejército al amanecer,* Crítica, Barcelona, 2004.

BEEVOR, Antony, *Berlín. La caída: 1945*, Crítica, Barcelona, 2002.

——, *Stalingrado*, Crítica, Barcelona, 2000.

BENDFORD, Timothy, *The World War II Quiz & Fact Book,* Gramercy Books, Nueva York, 1999.

BOURKE, Joana, *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*, Paidós, Barcelona, 2002.

BREUER, William, *Bizarre Tales of World War II,* John Wiley & Sons, Nueva York, 2003.

——, *Secret Weapons of World War II,* John Wiley & Sons, Nueva York, 2000.

——, *Top Secret Tales of World War II*, John Wiley & Sons, Nueva York, 2000.

——, *Undercover Tales of World War II*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1999.

——, *Unexplained Mysteries of World War II*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1997.

BROOKS, Evan, *Military History´s Top 10 Lists,* Nueva York, 2003.

BULLOCK, Alan, *Hitler*, Bruguera, Barcelona, 1972.

CALVOCORESI, Peter y WINT, Guy, *Guerra total*, 2 Vols., Alianza Editorial, Madrid, 1979.

COFFEY, Michael, *Días de infamia. Grandes errores militares del siglo XX*, Salvat, Barcelona, 2000.

CRAIG, William, *La caída del Japón*, Luis de Caralt, Barcelona, 1974.

DOWSWELL, Paul, *True Stories of the Second World War,* Usborne

Publishing, Londres, 2003.
DUNNIGAN, James, *Dirty Little Secrets of World War II,* Morrow, Nueva York, 1994.
——, *Victory and Deceit, Dirty Tricks at War,* Morrow, Nueva York, 1995.
FEST, Joachim, *Los dirigentes del III Reich*, Luis de Caralt, Barcelona, 1971.
FLAGEL, Thomas, *The History Buff's Guide to World War II,* Cumberland House, Nashville, 2005.
GOLDENSHON, Leon, *Las entrevistas de Núremberg*, Taurus, Barcelona, 2004.
HASTINGS, Max, *Armagedón. La derrota de Alemania, 1944-1945*, Crítica, Barcelona, 2005.
——, ed., *Military Anecdotes,* Oxford University Press, Oxford, 1985.
——, *Se desataron todos los infiernos. Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona, 2011.
HAYWARD, James, *Mitos y leyendas de la Segunda Guerra Mundial,* Inédita Editores, Barcelona, 2004.
HEIBER, Helmut, ed., *Hitler y sus generales*, Crítica, Barcelona, 2004.
HISTORIA Y VIDA, revista, «Los más famosos casos del espionaje», Barcelona, 1977.
HISTORIA Y VIDA, revista, «Cárceles y evasiones», Barcelona, 1980.
HOFFMANN, Heinrich, *Yo fui amigo de Hitler*, Caralt, Barcelona, 2003.
JACKSON, Robert, *Unexplained Mysteries of World War II,* Eagle Editions, Londres, 2003.
——, *Commanders and Heroes of World War II,* Airlife Publishing, Londres, 2004.
JENKINS, Roy, *Churchill*, Península, Barcelona, 2002.
KELLY, Brian C., *Best Little Stories from World War II,* Cumberland House, Nashville, 1998.
KERSHAW, Ian, *Hitler. 1889-1936*, Península, Barcelona, 1999.
——, *Hitler. 1936-1945*, Península, Barcelona, 2000.
LEWIS, Jon, ed., *The Mammoth Book of True War Stories,* Robinson, Londres, 2005.
MALONE, John, *The World War II Quiz Book,* Quill, Nueva York, 1991.
MCCOMBS, Don y WORTH, Fred., *World War II. 4,139 Strange and Fascinating Facts,* Wings Books, Nueva York, 1996.

MURRAY, Williamson y MILLETT, Allan, *La guerra que había que ganar*, Crítica, Barcelona, 2002.
OVERY, Richard, *Por qué ganaron los Aliados*, Tusquets, Barcelona, 2005.
PIEKALKIEWICZ, Janusz, *Espías, agentes y soldados,* Círculo de Lectores, 1972.
POPE, Stephen, *Dictionary of the Second World War,* Pen and Sword Books, Barnsley, 2003.
REGAN, Geoffrey, *Military Anecdotes,* André Deutsch, Londres, 2002.
ROEBLING, Karl, *Great Myths of World War II,* Paragon Press, Fern Park, 1985.
SKORZENY, Otto, *Vive peligrosamente*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1971.
TOLAND, John, *Los últimos 100 días,* Bruguera, Barcelona, 1970.
TREVOR-ROPER, Hugh, *Las conversaciones privadas de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2004.
TUNNEY, Christopher, *Biographical Dictionary of World War II,* St. Martin Press, Nueva York, 1972.
VANDIVER, Frank, *1001 Things Everyone Should Know about World War II,* Broadway Books, Nueva York, 2002.
VV.AA., *Crónica militar y política de la Segunda Guerra Mundial*, Sarpe, Madrid, 1982.
VV.AA., *Dictionary Hutchinson of World War II,* Brockhampton Press, Londres, 1997.
VV.AA., *Los grandes hechos del siglo XX*, Vols. 5 y 6, Orbis, Barcelona, 1982.
VV.AA., *El III Reich. Historia total de una época decisiva*, 4 Tomos, Noguer, Barcelona, 1974.
VV.AA., *La aventura del mar.* Vol. 41, Ediciones Folio, Barcelona, 1996.
VV.AA., *El Tercer Reich*, Editorial Rombo, Madrid, 1997.
VV.AA., *La Segunda Guerra Mundial*, Editorial Folio, Barcelona, 1995.
VV.AA., *Gran crónica de la Segunda Guerra Mundial*, Selecciones del *Reader´s Digest*, Madrid, 1965.
VV.AA., *Historias secretas de la última guerra*, Selecciones del *Reader´s Digest*, Madrid, 1973.
VV.AA., *Los grandes enigmas de la Segunda Guerra Mundial*, Los Amigos de la Historia, Madrid, 1969.
VV.AA., *Los grandes enigmas de la guerra secreta*, Los Amigos de la

Historia, Madrid, 1970.
WILLIAMS, Andrew, *La batalla del Atlántico,* Crítica, Barcelona, 2004.

El autor agradecerá que se le haga llegar cualquier comentario, crítica o sugerencia a las siguientes direcciones de correo electrónico:

jhermar@hotmail.com
jesus.hernandez.martinez@gmail.com

1. El término «táctica del salami» no sería acuñado hasta 1948, en Hungría, con el nombre de *szalámitaktika*. El líder comunista húngaro Mátyás Rákosi, cuya fuerza era entonces minoritaria, utilizó esa táctica para eliminar a los opositores, según aseguró, «cortándolos como si fueran salami». Para ello, lanzó una campaña de difamación contra los rivales más anticomunistas, acusándolos de ser simpatizantes fascistas; cuando estos fueron expulsados por sus partidos, la operación se repitió sucesivamente con otros grupos, hasta que al final solo quedaron los que estaban dispuestos a colaborar con los comunistas, quienes crearon un régimen de partido único.

2. Otro conflicto anterior al 1 de septiembre de 1939 fue el conjunto de escaramuzas militares que tuvieron lugar entre el ejército japonés destacado en Manchuria y el ejército soviético por disputas fronterizas. En agosto de 1938 ya hubo el primer choque, pero en mayo y en julio de 1939 se produjeron importantes combates. En este último, conocido como «el Segundo Incidente de Nomanhan», los soviéticos, al mando del entonces desconocido general Georgy Zhukov (seis años más tarde sería el conquistador de Berlín), destruyeron por completo la 23ª División del general Kobayashi. En total los japoneses perdieron 17.405 hombres; y aunque los rusos solo admitieron 9.824 muertos entre sus filas, investigaciones posteriores han elevado esa cifra a unos 19.000, lo que da idea de la magnitud del «incidente».

Esta campaña semidesconocida pudo tener mucha más importancia de la que cabría suponer. Es posible que esta derrota disuadiera posteriormente a los nipones de emprender acciones contra los soviéticos, una vez iniciado el ataque alemán en 1941, y centrar sus objetivos de expansión en el Pacífico sur. El hecho de que los japoneses se mantuvieran al margen permitió a los soviéticos concentrar todo su esfuerzo en defender Moscú, trasladando las tropas que defendían las fronteras orientales.

3. La primera vez en la historia que se arrojaron octavillas sobre el enemigo fue durante las guerras napoleónicas. En 1806, los británicos decidieron incordiar a Napoleón sembrando de panfletos la costa francesa. El encargado de la misión fue el almirante Cochrane; para ello ideó un sistema en el que los paquetes de octavillas iríán atados a la cuerda de una cometa. A su vez, estarían envueltos en una mecha de combustión lenta. Así pues, cuando las cometas con los fardos de papeles llegaban a la costa arrastradas por el viento, la mecha acababa por deshacerse y las octavillas caían sobre suelo francés. Aunque resulte difícil de creer, el plan funcionó tal como Cochrane había previsto.

4. La palabra de origen indio *khaki* significa «color de polvo» y era el nombre de una tela de algodón o lana que empezó a usarse para uniformes militares en la India. Su color podía variar del amarillo ocre al verde oscuro. Los ingleses adoptaron el uso generalizado de esta tela, extendiéndose después a otros ejércitos. Con el tiempo, *kakhi* pasaría a designar el típico color verde grisáceo de los uniformes militares.

5. La ocupación de Noruega daría lugar a un nuevo vocablo para designar a los traidores, cuando los alemanes situaron al noruego Vidkun Quisling (1887-1945) como primer ministro de su país. Quisling, que había sido ministro de Defensa, se ofreció a los nazis ya en diciembre de 1939 para encabezar un gobierno leal al Tercer Reich. Como aval presentaba su partido de extrema derecha, el Nasjonal Samling, fundado en 1933 y que nunca llegó a contar con más de 10.000 afiliados. Tras la invasión, Quisling se autoproclamó jefe del gabinete. Su escaso prestigio entre la población aconsejó su destitución por los alemanes, pero la falta de una alternativa volvió a situarle al frente de ese gobierno títere, responsabilidad que ocuparía hasta el final de la guerra. Procesado por el delito de alta traición, fue condenado a la pena capital y fusilado en la fortaleza de Akershus el 24 de octubre de 1945. Quisling tuvo el dudoso honor de que su apellido se convirtiera en el nombre despectivo para designar a los traidores. Desde entonces, aunque su utilización se encuentra en desuso, a un colaboracionista con los ocupantes extranjeros de su país se le conoce como un *quisling*.

6. Esta es la versión relatada por el historiador norteamericano William B. Breuer en su obra *Top Secret Tales of World War II*. No obstante, si acudimos a la fuente por él apuntada, comprobaremos que probablemente esta historia sucedió de un modo muy diferente. Breuer dice haber tomado el insólito episodio de la biografía del mariscal de la Luftwaffe Erhard Milch, que el historiador británico David Irving publicó con el título de *Rise and Fall of the Lufwaffe; The Life of Field Marshall Erhard Milch*, así como del libro *The Secret Conferences of Dr. Goebbels*, de Willi A. Boelcke, aunque, sorprendentemente, en él no aparece ninguna referencia al asunto. Pero basta dirigirse a la obra de Irving para ver que este hecho no discurrió del modo descrito por Breuer.

Así, David Irving explica que la historia del «hacedor de lluvia» no tuvo lugar durante los preparativos para la campaña del oeste de mayo de 1940, sino mucho antes, a primeros de noviembre de 1939, cuando Hitler estaba a punto de lanzar su ataque contra Francia, finalmente aplazado hasta la primavera. Además, el sentido de la historia podría contradecir totalmente lo referido por Breuer.

Según Irving, el 5 de noviembre Hitler fijó el ataque para el día 12, lo que puso muy nervioso a Göring, quien era consciente de que, con solo una semana de plazo, su Luftwaffe no estaría preparada para emprender una campaña de esas características. Como era necesario contar con cinco días de cielos despejados, y Diesing solo aseguraba un pronóstico de tres días, Göring acudió a ese «hacedor de lluvia», quien decía tener influencia sobre el tiempo gracias a una máquina de su invención. El desesperado jefe de la aviación germana entregó cien mil marcos por adelantado en pago por sus servicios.

¿Cuál fue el encargo de Göring? Irving lo deja en el aire, pero da a entender que el trabajo de Schwefler consistió precisamente en atraer la lluvia para que la invasión tuviera que aplazarse y la Luftwaffe no quedase en evidencia por su preparación insuficiente. En todo caso, Irving da un toque de humor asegurando que hubiera sido igual que Göring hubiera pedido cinco días con buen tiempo o cinco meses con mal tiempo, ya que el ingenio con el que Schwefler decía dominar el tiempo no era más que un aparato de radio doméstico que además estaba estropeado, tal como después se averiguó. Es muy probable que la versión de Irving sea cierta, pues su fuente fue el propio mariscal de la Luftwaffe Erhard Milch, con quien mantuvo conversaciones durante cuatro años para escribir su biografía; concretamente, este episodio le fue narrado en 1968. Además, el relato está apoyado por el propio diario de Milch en su entrada del 9 de noviembre de 1939.

7. El mariscal de campo Ewald von Kleist, durante el proceso de Núremberg, explicó que los franceses «mostraron una actitud muy correcta durante la ocupación; aunque eran fríos en su trato con los alemanes, fueron siempre corteses». Según el militar alemán, cuando llegaba en coche a algún pueblo era recibido con extrema frialdad, pero el paso de los días lograba romper el hielo y la población acababa demostrando una actitud hasta cierto punto amistosa. En defensa de la dignidad de los franceses, Von Kleist afirmó que «pese a su cordialidad, en ningún momento se mostraron obsequiosos ni sumisos».

8. Unos dos mil aviadores derribados sobre Francia, Bélgica y Holanda consiguieron huir del continente y regresar a Gran Bretaña. La principal vía de escape fue la llamada Línea Cometa, organizada por resistentes franceses y belgas con contactos en el País Vasco. La ruta discurría desde Bruselas y París hasta San Juan de Luz. Desde allí franqueaba los Pirineos y posteriormente atravesaba toda la península hasta Gibraltar, donde los fugados se encontraban ya a salvo. Se calcula que unos ochocientos aviadores aliados fueron rescatados gracias a la Línea Cometa.

9. La paternidad del término «comando» para designar este tipo de tropas recae en el teniente coronel Dudley Clarke, oficial del Estado Mayor del Ministerio de Guerra británico. Una vez ideado el proyecto para crear una de estas fuerzas especializadas, inspiradas en los guerrilleros españoles de la Guerra de la Independencia (1808-1814), se encontró con la necesidad de bautizarlas. Para ello se remitió al nombre en afrikaans que empleaban los bóers sudafricanos para sus unidades militares (kommando), formadas por un centenar de hombres bajo el mando de un jefe, aunque el origen último del vocablo podría ser portugués. La propuesta de Clarke fue aceptada por el propio Churchill el 5 de junio de 1940.

10. Hoy día es posible visitar dos de los búnkers que formaban parte del Muro del Atlántico, en perfecto estado de conservación. El primero y más importante es el conocido como Le Grand Bunker y está situado en la ciudad portuaria francesa de Ouistreham, en la costa de Normandía. En realidad fue un puesto de observación con la misión de comunicar a la artillería de costa las coordenadas de los barcos aliados que se acercaban a la bahía del Sena. Su radio de visión era de cuarenta kilómetros. Para que no fuera detectado por los observadores enemigos desde el mar, el búnker se encontraba disimulado tras una mansión que hacía también las funciones de residencia de oficiales. Esta imponente atalaya de hormigón conserva el aspecto que ofrecía el día que fue tomada, el 9 de junio de 1944. El edificio consta de cuatro plantas, en las que se pueden contemplar la sala de máquinas, la enfermería, la sala de los filtros de aire, la centralita telefónica o el depósito de municiones. En las salas más grandes se encuentra una importante exposición sobre el Muro del Atlántico. En ellas se exponen maquetas de las playas del desembarco, así como una gran variedad de armas, cascos y un conjunto de objetos militares recuperados del mar en fechas recientes. En el último piso se encuentra el elemento que daba sentido a esta instalación: un preciso telémetro de grandes proporciones, destinado a calcular con exactitud la posición de los barcos enemigos.

El otro búnker que se conserva en buen estado es el que se encuentra en Batz-sur-Mer, una población costera cercana a Saint-Nazaire. El nombre por el que se lo conoce es Le Grand Blockhaus. Rehabilitado en 1997, consta de cinco plantas, sumando un total de trescientos metros cuadrados. El interior ofrece también el aspecto que tenía el día que fue tomado por las tropas aliadas, el 11 de mayo de 1945, tres días después de que Alemania firmase la rendición. En sus salas se expone material de guerra de los soldados alemanes, además de objetos de la vida cotidiana de los franceses bajo la ocupación nazi o recuerdos personales de los miembros de la Resistencia. Este búnker posee también una amplia vista sobre el mar, pero era difícil de detectar por los barcos aliados porque en su fachada de hormigón los alemanes habían pintado ventanas y balcones para camuflarlo.

11. El pequeño pueblo de Port-en-Bessin alberga el Musée des Épaves Sous-Marines du Débarquement, que muestra el material de guerra que se ha ido recuperando del fondo del mar en las últimas décadas, desde tanques a lanchas del desembarco, pasando por armamento, munición y objetos personales de los soldados.

12. También conocidas como Channel Islands o islas del Canal, se encuentran al oeste de la península de Cotentin. Entre las principales islas del conjunto destacan las de Jersey y Guernsey, que son las más pobladas. Sus 135.000 habitantes se dedican a la ganadería, la agricultura y el turismo.

13. Este método de defensa sería tenido en cuenta por los alemanes cuatro años más tarde, cuando las tornas habían cambiado y los Aliados se preparaban para asaltar las playas francesas. Hitler sentía una especial atracción por todo lo que estaba relacionado con el fuego, por lo que intentó desplegar un sistema para crear una barrera de llamas en la superficie del agua e impedir así el desembarco aliado. La escasez de combustible llevó a plantearse la utilización de algún tipo de aceite para este cometido, pero el plan fue pronto archivado. Más cerca estuvo de llevarse a cabo otra idea de Hitler también relacionada con el fuego. El Führer mostraba un entusiasmo desmedido por los lanzallamas. En la Primera Guerra Mundial había comprobado el tremendo impacto psicológico que causaba enfrentarse a esta arma, por lo que creyó que los lanzallamas podían convertirse en el elemento principal para la defensa de las playas. Su intención era que todos los búnkers contasen con al menos uno, lo que provocaría un gran temor en las tropas asaltantes; según Hitler, el lanzallamas era «el arma más terrible que existe». Los planes para dotar a la infantería de forma masiva con esta arma fracasaron. Estaba prevista la producción de unas diez mil unidades, pero fue imposible acercarse a esa cifra debido a las dificultades crecientes que sufrían las fábricas de armamento y a las rivalidades internas del ejército, ya que los zapadores consideraban los lanzallamas como un arma específica de su cuerpo.

La pasión de Hitler por los lanzallamas le llevó incluso a plantear la posibilidad de su utilización para derribar los aviones que volaban a baja altura, aunque no tardó mucho en desechar esta idea. De todos modos, no todos los planes del Führer eran tan descabellados. Algunas de las tretas empleadas por Rommel para obstaculizar el desembarco aliado, como la colocación de postes en los campos para evitar aterrizajes de planeadores, no fueron fruto del ingenio del Zorro del Desierto, sino que surgieron de la inventiva del dictador germano.

14. John Churchill, duque de Marlborough (1650-1722) fue un brillante militar que pasó a convertirse en el personaje más importante de Inglaterra después de haber estado encarcelado en la Torre de Londres acusado de traición. En sus campañas de Irlanda, Holanda, Alemania y Francia se cubrió de gloria, lo que acabó haciéndole merecedor de entrar en el cancionero popular.

15. La Home Guard (Guardia Nacional) era la organización de voluntarios creada por el secretario de la guerra, Anthony Eden, en mayo de 1940, para colaborar con el ejército ante la amenaza de invasión, aunque al principio se la denominó Local Defence Volunteers (Voluntarios para la Defensa Local), la Home Guard consiguió reclutar medio millón de hombres, entre 17 y 65 años, equipados con armamento británico, norteamericano y canadiense. Cuando pasó el peligro del desembarco alemán, esta organización se encargó de aportar el personal necesario para las defensas antiaéreas y costeras. Fue oficialmente disuelta el 31 de diciembre de 1941.

16. En varias localidades británicas solían correr de boca en boca relatos similares, aunque referidos a supuestos pilotos holandeses, checoslovacos o de cualquier otra nacionalidad, lo que podría cuestionar la veracidad de esta historia.

17. Los túneles del metro se convirtieron en el principal refugio antiaéreo de Londres. Uno de los más importantes fue la estación llamada Down Street, inaugurada en 1907 y clausurada en 1932 al ser escasamente utilizada por el público de la zona, de clase alta, que consideraba poco distinguido usar este medio de transporte. Los andenes fueron demolidos y se construyó un nuevo trazado para el túnel, pasando a ser una estación fantasma. Pero en 1939 esta estación abandonada atrajo la atención del Comité de Emergencia de Ferrocarriles, cuando comenzó a estudiar el uso de la red de metro como refugio en el caso de ataques aéreos. Así pues, a la estación de Down Street —aunque la calle había cambiado su nombre por el de Green Park— se le aplicaron una serie de mejoras destinadas a aumentar su resistencia, como la colocación de puertas de acero, refuerzos de hormigón o sacos de arena.

La calidad del nuevo refugio hizo que incluso fuera utilizado por el Gabinete de Guerra de Churchill para sus reuniones, mientras se acondicionaba el existente en Whitehall. En Down Street se llegaron a construir compartimentos herméticamente cerrados para evitar la entrada de gases, amplios lavabos o una central telefónica.

Aunque no todas las estaciones de metro contaban con estas posibilidades, todas ellas estuvieron preparadas para acoger a los que preferían pasar allí la noche, confiando en la red del suburbano para protegerse de las bombas alemanas. Pese a estar concurridos en exceso, no se solían producir fricciones entre los refugiados, que se mostraban solidarios en unos momentos tan difíciles.

Además de los túneles del metro, los mejores refugios fueron los que pudieron construirse bajo tierra en zonas donde el terreno lo permitía, al ser de naturaleza rocosa. Estos refugios públicos eran completamente seguros, pues podían soportar el impacto directo de una bomba, una característica que la mayoría de instalaciones no podían presentar. Consistían en pasajes subterráneos, de 2,40 m de ancho por 2,40 m de alto, construidos a una profundidad de entre diez y veinte metros. Tenían tres entradas con protección contra explosiones. Estaban equipados con conductos de ventilación, que podían servir también como rutas de escape, y estaban aislados de la humedad, por lo que no afectaban la salud o la comodidad de las personas. Este era otro aspecto a destacar, porque los otros refugios subterráneos solían inundarse con facilidad y eran terriblemente húmedos. Las camas eran tipo litera y los refugiados tenían lavabos y duchas a su disposición. Estos refugios estaban dotados de electricidad, poseían una buena iluminación y tenían una apariencia confortable. En muchos lugares, los pasajes llegaban a alcanzar hasta dos kilómetros de longitud. Como no todas las ciudades tenían la fortuna de contar con refugios de este tipo, algunas personas viajaban en tren de una localidad a otra para poder ir a dormir en ellos.

18. La anécdota, relatada por la hija, Eileen Atkins, fue publicada en el diario británico *Sunday Times* el 15 de marzo de 1970.

19. Ese mismo día, las emisiones experimentales de la BBC en Gran Bretaña quedaron también suspendidas, y ya no se reanudarían hasta 1946.

20. Era difícil intentar ocultar por más tiempo las tragedias sufridas por las ciudades bombardeadas. En la última semana de julio de 1943, Hamburgo fue atacada a diario, seis veces por el día y dos por la noche. La mitad de la ciudad quedó completamente arrasada y murieron unas 40.000 personas, incluyendo más de 5.000 niños. Unas 600.000 personas se quedaron sin hogar. Ante estos datos demoledores, es evidente que cualquier intento de minimizar los daños se daría de bruces con la dura realidad.

21. Hay quien se empeña en añadirle el sonoro «Von» a su apellido, por lo que no es extraño encontrarlo en algunos textos convertido en «Von Paulus», otorgándole un falso origen aristocrático, puesto que en su familia solo había campesinos y pequeños funcionarios.

22. Aunque está comúnmente aceptado que la trascendental derrota de Stalingrado fue responsabilidad de Hitler, quien impidió una retirada que hubiera salvado la vida a cientos de miles de soldados, hay que destacar una voz discrepante, que no tendría mayor relevancia si no fuera porque se trata del mariscal Erich von Manstein, un militar poco sospechoso de adulación al Führer, como lo demuestra el hecho de que fuera destituido por este en marzo de 1944.

Durante el proceso de Núremberg, Manstein aseguró que la decisión de resistir hasta el último hombre en Stalingrado fue acertada. En su opinión, en los primeros días sí que se pudo plantear un abandono de la ciudad, pero al quedar rodeado el VI Ejército era necesario que permaneciesen en Stalingrado todo el tiempo posible, aunque eso entrañase la aniquilación de los hombres de Paulus.

La razón esgrimida por Manstein para argumentar esta sorprendente afirmación era que él solo contaba con dos Ejércitos rumanos para defender el frente sur. En su opinión, si los rusos le hubieran atacado con todas las fuerzas comprometidas en la defensa de Stalingrado, el frente se habría roto y no hubiera sido ya posible frenar al Ejército Rojo en su avance hacia Alemania.

23. Existen dos versiones sobre el motivo de que el artefacto no hiciera explosión. Lo más probable es que, tal como aquí se explica, fuera debido al intenso frío que heló el ácido, una posibilidad que fue confirmada por el propio Von Schlabendorff en unas declaraciones para un documental de televisión en 1975. Sin embargo, en un supuesto diario del mismo Von Schlabendorff, este afirma que el detonador funcionó tal como estaba previsto, pero que falló el explosivo británico, que resultó ser defectuoso.

Las divergencias no se reducen a este punto. Según algunas fuentes, el explosivo, de reducidas dimensiones, iba alojado en el interior de una caja de madera en la que, junto al artefacto, fue colocada una botella de auténtico coñac francés, aunque otros aseguran que eran dos. Muchos otros aspectos de la Operación Flash permanecen sin aclararse. Por ejemplo, los historiadores no se ponen de acuerdo sobre el grado de participación de Von Kluge en la conspiración; mientras que algunos están convencidos de que estaba plenamente involucrado, otros consideran que se mantuvo totalmente al margen, aunque conocía su existencia.

24. Fabian von Schlabrendorff pudo librarse de ser castigado por este intento de acabar con la vida de Hitler, pero fue detenido por su implicación en el atentado, también fallido, del 20 de julio de 1944. Después de ser sometido a terribles torturas por parte de la Gestapo, se le condujo ante el denominado Tribunal del Pueblo para ser juzgado, en una farsa que tan solo podía terminar en la condena a muerte.

Mientras esperaba su turno tuvo la fortuna de que se produjese un repentino ataque aéreo norteamericano; una bomba mató al juez Roland Freisler justo en el momento en que estaba leyendo su expediente. Al tener que ser aplazado el juicio, fue enviado al campo de concentración de Sachsenhausen, pero el avance de las tropas aliadas obligó a que fuera trasladado a otros campos, como Flossenburg, Dachau e Innsbruck, en el que finalmente fue liberado por las tropas norteamericanas.

Reintegrado a la vida civil en la nueva Alemania, gracias a sus estudios de derecho se dedicó a la carrera judicial, consiguiendo llegar a ser juez del Tribunal Constitucional de la República Federal de Alemania desde 1967 a 1975. Falleció en 1980 a los 73 años.

25. La historia del caballo *Kluge Hans* es sumamente curiosa. En 1891, un granjero alemán llamado William von Osten comenzó a mostrar en público las habilidades de su caballo *Hans*. Este era capaz de responder a las preguntas del dueño o de cualquiera de los presentes mediante los golpes que daba con su pezuña en el suelo. Así pues, si alguien le preguntaba por la suma de tres y dos, el equino golpeaba el suelo cinco veces. Cualquier cuestión que pudiera ser respondida por este método era acertada por el caballo.

El fenómeno atrajo la atención de los científicos, que comprobaron que no existía ningún truco. Sin embargo, se dieron cuenta de que el caballo solo era capaz de dar con la respuesta correcta cuando el que realizaba la pregunta se encontraba en su campo visual. Esta circunstancia proporcionó la ansiada explicación; el caballo era capaz de percibir los minúsculos movimientos faciales que efectuaba inconscientemente el interrogador en el momento en que el número de golpes llegaba a la cantidad correcta, deteniéndose entonces y acertando así la respuesta correcta. El análisis de este caso fue muy útil para abrir el campo de investigación de la comunicación no verbal entre los humanos.

26. No hay duda de que Heydrich era un desequilibrado. Según relató años después un testigo, Carl J. Burckhardt, en su libro *Meine Danzinger Mission 1937-1939*: «Heydrich se dio a la bebida, sucumbió al alcohol y con frecuencia era presa de violentos ataques de furia destructiva. En cierta ocasión observó su figura reflejada en un espejo que cubría toda la pared. Molesto por esta visión, disparó dos veces contra su imagen, mientras gritaba: «¡Al fin te tengo, canalla!».

27. Nacido en Braunschweig en 1911, Norbert Schultze fue un compositor de éxito. Antes de componer *Lili Marleen* era ya rico y famoso. Entre sus obras destacan dos óperas, *Schwarzer Peter* (1936) y *Das kalte Herz* (1943), así como varios musicales y bandas sonoras de películas. Colaboró con la propaganda nazi, para la que compuso piezas de inspiración bélica, como «Bombas sobre Inglaterra» y «Rumbo al este». Falleció en la ciudad germana de Bad Tölz el 14 de octubre de 2002.

28. Conflicto armado entre los británicos y los bóers, los habitantes de Sudáfrica de origen holandés llegados en el siglo XVII. El motivo de la disputa eran las minas de diamantes de Orange, lo que provocó la invasión del Transvaal en 1896 por parte de las tropas inglesas. Los bóers acabaron aceptando la soberanía británica, aunque manteniendo una cierta autonomía, con la firma de la Paz de Vereeniging, en 1902.

29. Este relato fue llevado al cine por el director Raoul Walsh en 1951, en la película *Captain Horatio Hornblower*, estrenada en España con el título *El hidalgo de los mares*. Este épico film de aventuras contó con Gregory Peck y Virginia Mayo como protagonistas.

30. Esta declaración de principios anglo-norteamericana consistía en ocho puntos en los que se proclamaba la renuncia a todo espíritu de conquista, la condena de las modificaciones territoriales sin consentimiento de los pueblos interesados, la libertad para escoger la propia forma de gobierno, el libre acceso a todas las fuentes de materias primas, la cooperación económica universal, la importancia de un tratado de paz que garantizase la seguridad de todos los pueblos, la libertad en los mares y, por último, la renuncia al empleo de la fuerza y la necesidad de un desarme progresivo.

31. En 1957 escribió sus memorias, tituladas en alemán *Spion für Deutschland*, aunque en Norteamérica aparecería más tarde como *Agent 146: The True History of a Nazi Spy in America*.

32. Para conocer en detalle cómo fue utilizada la astrología tanto por los alemanes como por los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial, ver Jesús Hernández. *Los magos de Hitler*. Editorial Melusina. Santa Cruz de Tenerife, 2014.

33. La idea original de la película surgió de la imaginación de Murray Burnett, un profesor de enseñanza secundaria que dedicaba su tiempo libre a escribir guiones, soñando con que algún día sus historias pudieran representarse en el teatro o en el cine.

En el verano de 1938, Burnett y su mujer visitaron Austria, recién anexionada por el Tercer Reich, con la intención de ayudar a unos familiares que atravesaban serios problemas, al igual que otros muchos ciudadanos que se veían represaliados por el nuevo régimen impuesto en su país. Poco después, el matrimonio Burnett decidió realizar una visita turística por el sur de Francia. Por azar, asistieron a un típico café en el que se reunían refugiados austríacos y alemanes que habían logrado huir de la represión nazi y que ahogaban sus penas en el alcohol y en la música de jazz que les ofrecía un pianista negro. Inmediatamente, a Burnett se le encendió la chispa de la inspiración; aquel era el escenario ideal para una gran historia.

En cuanto regresó a Nueva York escribió una obra teatral ambientada en Viena, en donde denunciaba la situación por la que atravesaban los represaliados por la barbarie nazi, pero nadie tuvo interés en adquirirla. A principios de 1940 Burnett cambió la localización, trasladando la acción a Francia. Sin embargo, la posterior ocupación alemana obligó a situar el argumento en otro lugar, escogiéndose el Marruecos francés para aprovechar las notas exóticas que podía aportar a la historia.

El guion, titulado *Everybody Comes to Rick's* (Todo el mundo acude al Rick's) fue rechazado en Broadway, por lo que Burnett intentó atraer la atención de alguna productora de Hollywood. El 8 de diciembre de 1941, el día siguiente del ataque japonés a Pearl Harbor, la obra llegó a manos de la Warner Bros., que compró sus derechos el 12 de enero de 1942. El estreno de la película llegaría cerca de un año más tarde, el 26 de noviembre de 1942.



34. Para que el lector pueda distinguir al auténtico Van Loop de los agentes que se hacían pasar por él, las referencias a la autoría de los mensajes emitidos por estos últimos figurarán como «Van Loop».

35. La V1 (*Vergeltungswaffe* o arma de represalia), cuya denominación oficial era Fieseler Fi 103, se había comenzado a desarrollar por la Luftwaffe en 1942. En realidad se trataba de un simple avión a reacción sin piloto que era catapultado mediante una rampa de hormigón. Sus ventajas eran su relativamente bajo coste económico (unos 3.500 marcos) y su facilidad de producción. En cambio, su trayectoria fija permitía a los cazas enemigos o los cañones antiaéreos derribarlo con facilidad. Además, su ruido característico permitía activar con antelación las alarmas.

36. El V2 era un cohete cargado con una tonelada de explosivos y capaz de alcanzar los 1.500 kilómetros por hora, por lo que era totalmente imposible interceptarlo. En su trayectoria se elevaba hasta las capas altas de la atmósfera —90.000 metros de altura— y caía prácticamente en vertical sobre el objetivo. No producía ningún ruido, por lo que no había tiempo de alertar de su llegada.

No obstante, las desventajas eran numerosas. Su coste económico (38.000 marcos) era excesivo; si los fondos destinados a la producción de V2 se hubieran empleado en la construcción de bombarderos pesados, los alemanes hubieran podido contar con más de un millar de aviones similares a los bombarderos Lancaster británicos. Además, los V2 consumían mucho combustible; cada uno requería cinco toneladas de oxígeno líquido, la producción diaria de cada una de las 35 plantas encargadas de fabricarlo. El primer V2 se lanzó en septiembre de 1944. En total se lanzaron unas 3.500 bombas volantes con los V2.

37. La ofensiva contra la Unión Soviética recibió este nombre en recuerdo del emperador Federico I Barbarroja (1123-1190). Al frente del Sacro Imperio, Federico I condujo a sus súbditos a una época de prosperidad. Falleció mientras se bañaba en un río, pero la leyenda asegura que en realidad yace dormido, dispuesto a despertar cuando Alemania le necesite. Su sueño debe de ser profundo, pues la invocación a este emperador mítico no fue suficiente para asegurar el éxito de la invasión.

38. Molotov, que intervino en todas la conferencias interaliadas celebradas durante la guerra, era conocido por los diplomáticos norteamericanos y la opinión pública como Mister Nyet (Señor No), lo que da idea de su duro carácter negociador. En una visita del presidente de Estados Unidos Ronald Reagan a la Unión Soviética, su esposa, Nancy, escuchó la palabra *nyet*, a lo que enseguida contestó, recordando el apodo de Molotov: «Esa palabra sí que la reconozco».

Su aportación más brillante fue el pacto germano-soviético de agosto de 1939 para repartirse Polonia con los nazis. Durante el período estalinista se considera que llegó a ser el segundo hombre más poderoso del régimen, llegándose incluso a bautizar con su nombre un pico de 7.000 m de altitud en la meseta de Pamir. Muerto Stalin, se inició su lento declive; fue enviado como embajador a Mongolia, pero en 1961 fue expulsado del partido. Se retiró para escribir sus memorias, falleciendo en 1986 a los 96 años.

39. Von Schulenburg no quedó con la conciencia tranquila. Realmente se había establecido un clima de confianza entre ambos países durante su estancia en Moscú y sintió profundamente traicionar a sus anfitriones. La prueba de que el diplomático germano no estaba de acuerdo con la decisión de invadir la Unión Soviética es que se distanció de Hitler cada vez más. Su rechazo a esa política agresiva le llevaría a involucrarse en los círculos que buscaban la eliminación del Führer a cualquier precio para iniciar conversaciones de paz con los Aliados. De hecho, los conspiradores que intentaron acabar con la vida de Hitler el 20 de julio de 1944 contaban con él para el cargo de ministro de Asuntos Exteriores, con la misión de alcanzar un armisticio con Stalin, aprovechando la buena relación personal que había tenido con el líder soviético. Una vez descubierta la participación de Von Schulenburg en los hechos, fue entregado a la Gestapo para ser interrogado. Finalmente, fue ejecutado el 10 de noviembre de ese mismo año.

40. Existen algunas disparidades sobre las temperaturas que se dieron en Rusia durante el invierno de 1941-1942. El general Von Bock, comandante del grupo de Ejércitos Centro, dejó escrito en su diario que el 5 de noviembre de 1941 la temperatura bajó a 29 grados bajo cero. Por su parte, el general Zhukov aseguró que en noviembre de ese año las temperaturas en Moscú se mantuvieron estables entre 7 y 10 grados negativos. Unos informes del servicio de meteorología ruso señalaban que en noviembre de 1941 las temperaturas en el área de Moscú fueron de -17.3ºC. Otros informes menos creíbles indican que se llegó a los 40 grados bajo cero y al menos uno asegura que la mínima fue de -53ºC.

En realidad estas discrepancias tienen poca importancia, porque para un soldado sin ropa adecuada, como sucedía en el ejército alemán, cualquier temperatura inferior a 10 grados bajo cero era suficiente para suponer su muerte por congelación.

41. *Escape to Victory*, producida en 1981, contó en sus papeles protagonistas con Michael Caine, Max von Sydow o Sylvester Stallone, aunque el gran atractivo del film era la presencia del jugador brasileño Edson Arantes do Nascimento, *Pelé*.

42. El tristemente célebre barranco de Babi Yar, cercano a Kiev, fue testigo de innumerables fusilamientos llevados a cabo por las SS. En septiembre de 1941, 33.771 judíos fueron asesinados allí en solo dos días por el SS-Sonderkommando 4-a, en una «acción de represalia», según fue calificada por los nazis. La excusa fue un supuesto sabotaje de la NKVD —la policía política soviética—, que había hecho explotar una bomba en un hotel de Kiev. Este drama inspiraría dos sentidas obras literarias; un poema de Yevtushenko y una novela de Kuznetsov, ambas con el título de *Babi Yar*.

Pese a tratarse de un asesinato en masa cometido por las SS, el ejército también colaboró; el comandante local de la Wehrmacht, el general de división Kurt Eberhard, cooperó para convencer a los judíos de Kiev de que iban a ser trasladados a otro lugar, consciente de que su destino era la muerte. Este hecho, unido a otros episodios similares que se dieron durante el avance alemán, pone en duda la tesis defendida por algunos de que el ejército se mantuvo al margen de los abominables crímenes de las SS.

Babi Yar no solo fue el escenario de esa carnicería. En los meses posteriores se repitieron los fusilamientos masivos. Se calcula que en sus fosas comunes se enterraron más de 100.000 cuerpos. Un año más tarde, en Pinsk, se produjo otra matanza; en esta ocasión se acabó brutalmente con la vida de unos 16.000 judíos, empleando granadas, hachas, perros y la caballería de las SS. La orgía de sangre fue de tal consideración que incluso llegó a revolver el estómago al insensible Himmler.

Se calcula que la cifra total de judíos asesinados por los alemanes en la Unión Soviética pudo ascender a unos dos millones.

43. Aunque es difícil aportar datos fiables sobre la cantidad de prisioneros de guerra que hizo el Ejército Rojo, la cifra de soldados alemanes puede rondar los dos millones y medio, además de un millón de combatientes procedentes de los países aliados de los nazis (italianos, húngaros, rumanos, así como voluntarios franceses, holandeses y belgas encuadrados en las SS). En las últimas semanas de la guerra, los soviéticos capturaron a 600.000 japoneses, con lo que la cifra total de prisioneros llegaría a los cuatro millones.

44. Sobre el canibalismo en tiempo de guerra existe una significativa anécdota protagonizada por el famoso antropólogo Bronislav Malinovski, aunque referida a la Primera Guerra Mundial. Según publicó en marzo de 1938 en la revista *Reader´s Digest*, durante la Gran Guerra se encontraba realizando un estudio en una isla del Pacífico. Allí, un nativo que había practicado el canibalismo le preguntó cómo hacían los europeos para poder comer tantas cantidades de carne humana, refiriéndose a los miles de soldados que morían en los campos de batalla, teniendo en cuenta que ellos estaban acostumbrados a comerse a sus enemigos.

Malinovski, sorprendido por la cuestión, le respondió con un gesto de superioridad que los europeos no eran caníbales. El nativo, horrorizado por tanta carne desaprovechada, calificó a los europeos de bárbaros, ya que «se mataban unos a otros sin ninguna finalidad».

45. Las violaciones cometidas por el Ejército Rojo en suelo alemán han sido motivo de controversia. Pese a que tradicionalmente se ha achacado este criminal comportamiento al deseo de venganza, la realidad es que hay elementos que introducen nuevos matices en esta cuestión. Por ejemplo, fue habitual que las mujeres rusas prisioneras de los alemanes que acababan de ser liberadas de los campos de trabajos forzados recibiesen el mismo trato que las germanas, lo que pondría en duda el motivo antes aducido.

Un informe oficial soviético afirmaba: «La noche del 24 de febrero, entraron en el dormitorio de mujeres (rusas) de la aldea de Grutenberg 35 tenientes provisionales y las violaron». En el cuartel general de Bunslau había un centenar de mujeres rusas; «el 5 de marzo —asegura otro informe— irrumpieron en él sesenta hombres, entre oficiales y tropa, y las atacaron. Este no es el único incidente, sucede una noche tras otra». Una de las muchachas, Maria Shapova, dejó escrito: «Me he pasado los días y las noches esperando al Ejército Rojo. Esperaba que me liberasen y ahora nuestros soldados nos tratan peor que los alemanes».

46. Las primeras compañías de cosacos surgieron en el siglo XV, compuestas por hordas guerreras de diversas procedencias, con la misión de defender Rusia de las incursiones tártaras. Afincados en las llanuras de Ucrania y en las orillas del Don, se les reconocieron sus libertades tradicionales en 1654, aunque posteriormente los zares aumentarían su poder sobre las instituciones cosacas. En el siglo XIX se convirtieron en una clase privilegiada dentro del ejército ruso.

El régimen soviético los contemplaba con cierta desconfianza, al haber luchado contra los bolcheviques en la guerra civil de 1918-20, pero en la Segunda Guerra Mundial la mayoría de los cosacos se alistó en el Ejército Rojo.

Los pocos que combatieron junto a los alemanes despertaron la admiración de Hitler, que era un entusiasta de sus coloristas uniformes. Tal como confesó ante sus generales, quizás influido por la literatura de evasión que había consumido de joven —era aficionado a las novelas de pieles rojas de Karl May—, para él resultaba muy emocionante que sus tropas marchasen junto a los míticos soldados cosacos.

47. El único voto contrario a la declaración de guerra fue emitido por la congresista republicana Jeanette Rankin, de Montana. Ya en la Primera Guerra Mundial, cuando se votó la declaración de guerra a Alemania en 1917, esta representante votó en contra. Aunque en aquella ocasión su posición aislacionista obtuvo algunos apoyos más, en 1941 se quedó completamente sola, ante una mayoría casi unánime de 388 votos. Al salir del Capitolio, Rankin se vio obligada a refugiarse en una cabina telefónica para escapar de las preguntas de los periodistas, hasta que fue rescatada por la policía.

48. Desde hace más de un siglo, son numerosos los testigos que aseguran haber visto el fantasma de Abraham Lincoln en la Casa Blanca. Tanto Roosevelt como su esposa Eleonor confesaron haber tenido algún inesperado encuentro con él en diferentes habitaciones y salas, al igual que su sucesor en la presidencia norteamericana, Harry Truman. El general Eisenhower no llegó a verlo mientras fue el inquilino de la Casa Blanca, pero dijo haber sentido su presencia. Quien peor lo pasó fue la reina Guillermina de Holanda, que se desmayó al ver al espectro caminado por un pasillo.

Ya en la década de los noventa, el portavoz de Bill Clinton, Mike McKurry, dijo tener la sensación de que el emblemático edificio estaba encantado, una aseveración que fue corroborada por la secretaria de la presidencia, Capricia Marshall. Pero todo indica que Lincoln no está solo; algunos dicen que un antiguo vigilante, llamado Preston, también suele aparecerse por los rincones más oscuros de la Casa Blanca.

49. Los países que se adhirieron inicialmente fueron: Australia, Bélgica, Canadá, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, El Salvador, Grecia, Guatemala, Haití, Honduras, la India, Luxemburgo, Nicaragua, Noruega, Nueva Zelanda, Países Bajos, Panamá, Polonia, República Dominicana, Sudáfrica y Yugoslavia.

50. Las pérdidas de la flota mercante de Estados Unidos en los primeros meses de 1942 fueron enormes. En enero, los submarinos alemanes hundieron en las costas americanas 48 barcos, en febrero, 73 y en marzo, 95. Aun así, no se adoptaba el sistema de convoyes por falta de buques de guerra para su protección. En abril, finalmente, los norteamericanos se decidieron a formar convoyes en su costa, lo que acabó por expulsar a los alemanes a otras zonas menos protegidas, como el Golfo de México o el Caribe, donde atacaron especialmente a los petroleros.

A partir de julio, el balance de barcos hundidos comenzó a disminuir, mientras que los sumergibles perdidos aumentaron (cuatro en mayo, tres en junio y diez en julio). A partir de ahí, la capacidad industrial norteamericana permitió aumentar considerablemente la flota y se incrementó el control naval y aéreo del mar, por lo que los submarinos nazis se vieron obligados a trasladar su actividad a las aguas del Atlántico Norte.

51. Aunque la Executive Order nº 9066 no estipulaba explícitamente el internamiento de los ciudadanos de origen nipón, autorizaba al secretario de Estado de Defensa y a los jefes militares de las distintas regiones a declarar zona militar una parte del territorio y a prohibir a un grupo determinado de personas a permanecer en él. La aplicación de esta orden en toda la costa del Pacífico, así como en Washington D.C., sí que supuso la creación de estos campos destinados a recluir a la población de ascendencia japonesa.

52. Stilwell era un militar de enorme prestigio. Estaba al mando de las fuerzas nacionalistas chinas al comienzo de la guerra y en 1942 dirigió personalmente los combates del campo de operaciones India-China-Birmania. Sus relaciones tirantes con los británicos, además de su carácter agrio y distante, le hicieron ganarse el apodo de *Vinegar Joe* (Vinagre Joe). En junio de 1945 se hizo cargo del mando del X Ejército en Okinawa, logrando la ocupación total de la isla. Falleció en 1946 a los 63 años.

53. Este plan para asesinar al famoso actor fue revelado por el periodista británico Michael Munn en su libro *John Wayne: The Man behind the Myth*. Su investigación comenzó en 1973, cuando el actor Peter Cushing le habló de una supuesta conspiración entre Stalin y Mao para asesinar a Wayne. Al año siguiente, el periodista preguntó a Wayne sobre esta posibilidad y el actor desveló por primera vez la historia. Aseguró que no había querido dar publicidad a estos hechos para evitar preocupaciones a su familia.

En 1983, el gran cineasta Orson Welles confirmó la existencia de estos planes, recordando que en 1949 un director de cine ruso le había advertido de las intenciones de Stalin.

54. La ocupación nipona de las islas Andamán y Nicobar, en el mar de Bengala, permitió a su aviación atacar la isla de Ceilán el 3 de abril de 1942, concretamente la base naval de Tricomalee. Al día siguiente serían bombardeadas las ciudades indias de Cocanada y Vizagapatam. Los soldados japoneses no pisarían la India hasta mayo de 1943, cuando un destacamento logró internarse 18 kilómetros en su territorio, lo que supondría la máxima expansión del Eje en Asia.

55. El almirante Chester William Nimitz (1885-1966) fue nombrado comandante en jefe de la flota norteamericana del Pacífico en 1941. Dos años después fue designado, además, jefe del área de operaciones de este frente. Suyo es el mérito de reorganizar la Armada, muy debilitada tras el ataque a Pearl Harbor, y de derrotar a los japoneses en la decisiva batalla de Midway. Un total de cinco mil barcos y más de dos millones de hombres estuvieron a sus órdenes durante la guerra.

56. Un caso similar ocurriría en 1964, cuando el presidente norteamericano Lyndon B. Johnson presentó en conferencia de prensa el avión de reconocimiento SR-71 Blackbird, fabricado por la empresa aeronáutica Lockheed. Johnson se confundió al leer la nota, intercambiando las letras y, por lo tanto, mencionando el avión como «RS-71». Para no poner en cuestión la palabra del presidente, se procedió a cambiar el nombre oficial del aparato, por lo que a partir de ese día pasó a ser el RS-71.

El episodio de «Base Isely» recuerda también el de Ulysses S. Grant, el militar norteamericano que fue nombrado presidente de Estados Unidos tras la guerra de Secesión, en 1868, y reelegido en 1872. Su verdadero nombre era Hyrum, pero cuando ingresó en la academia militar de West Point, un error burocrático fue el causante de que en lugar de su nombre auténtico apareciese el de Ulysses. Grant asumió con resignación su nuevo nombre, convencido de que era mucho mejor aceptar este hecho que pretender que el ejército norteamericano corrigiera un error.

57. Esta campaña militar fue breve. Se inició el 8 de junio de 1941, cuando tropas británicas y francesas libres entraron en Siria y Líbano, atacando las guarniciones del gobierno de Vichy. Los franceses leales a Pétain no los consideraron como liberadores, como lo demuestra la encarnizada resistencia que opusieron. El régimen colaboracionista emitió una nota oficial de protesta negando que estuvieran permitiendo a los alemanes utilizar esta zona para atacar las posiciones aliadas en el Mediterráneo. Al día siguiente, los británicos ya cosecharon un éxito, al ocupar la histórica ciudad de Tiro. El 18 de junio, la capital de Siria, Damasco, quedó totalmente rodeada por las fuerzas conjuntas. El general Wilson hizo un llamamiento para que los franceses evacuasen la ciudad, seguido de forma desigual, y se procedió al asedio. Tres días más tarde, los franceses que todavía resistían se rindieron y los británicos permitieron que las tropas de De Gaulle entrasen triunfalmente en Damasco.

58. El *kukri*, que se lleva en el costado derecho, suele tener la empuñadura de madera de nogal y se guarda en una vaina de madera forrada de cuero. Este cuchillo, más parecido a un machete, tiene muchas utilidades además de servir para el combate. Con él se puede cortar vegetación o cavar trincheras, además de clavar clavos o cortar alimentos. Su tamaño se ha ido reduciendo progresivamente para ganar manejabilidad; a principios del siglo XIX podía llegar a medir más de medio metro, pero en las guerras mundiales se redujo a unos cuarenta centímetros y en la actualidad no llega a treinta.

59. «Que sea la última vez que escribo mi nombre aquí.»

60. Jorge II (1889-1947) había tenido que exiliarse tras la invasión alemana de 1941. Se refugió en Creta y después en Egipto, para establecerse finalmente en Londres. En julio de 1943, dirigiéndose por radio a sus compatriotas, se comprometió a llevar a cabo un referéndum en Grecia para que el pueblo eligiese entre monarquía o república cuando el país fuera liberado. Cuando se pudo realizar el plebiscito la voluntad mayoritaria decidió el regreso del monarca. Jorge II volvió en 1946 pero no pudo disfrutar mucho tiempo de su reinado, al fallecer al año siguiente.

61. El mítico puente de Remagen, localidad situada a treinta kilómetros al sur de Bonn, ya no existe en la actualidad. Tras su captura por los Aliados fue objeto de intensos trabajos de reparación, pero acabó desplomándose a las tres de la tarde del 17 de marzo, diez días después de su captura, sin que se dilucidaran con exactitud las causas de su repentina caída. Aun así, ese tiempo fue suficiente para consolidar las posiciones aliadas en la otra orilla del Rin.

Las autoridades alemanas, una vez finalizada la guerra, consideraron que no era necesario reconstruir esa línea ferroviaria, por lo que no volvió a levantarse el puente. Hoy día quedan en pie solamente las enormes torres de ambas orillas, ennegrecidas por el humo de las explosiones, que soportaban la impresionante estructura de trescientos metros de longitud y ochenta de altura. Las torres de la orilla occidental acogen un pequeño museo dedicado a la historia del puente.

62. Es comprensible que Frank no fuera muy popular en Praga. Durante su mandato ordenó arrestar a 3.188 personas y ejecutó a 1.357. Como represalia por el asesinato en 1942 de su antecesor en el cargo, Reinhard Heydrich, se encargó de fusilar a todos los supuestos colaboradores del atentado junto a sus familias, y de tomar como rehenes a diez mil checos. Además, organizó una operación de castigo sobre dos pueblos en los que se sospechaba que los resistentes se habían refugiado.

En la aldea de Lídice se fusiló a sesenta hombres y niños, y se envió a las cámaras de gas a las mujeres adultas, mientras que las niñas eran entregadas en adopción a familias alemanas. Las viviendas fueron dinamitadas y no quedó ni rastro del pueblo. La intención de Hitler era convertir la superficie ocupada por las casas en una finca rural y regalársela a la viuda de Heydrich como desagravio, aunque esta nunca llegaría a tomar posesión de esas tierras. La intención de los nazis de borrar a Lídice de los mapas fracasó; posteriormente, en varios países se eligió ese nombre para denominar nuevas poblaciones y recordar así aquella aldea mártir.

La misma desgracia llegó a Lezaky, donde todos sus habitantes fueron ejecutados. La represión llegó hasta el obispo de Praga, que fue condenado a muerte porque los guerrilleros se habían refugiado en la iglesia de San Cirilo, el lugar en el que acabarían suicidándose al estar rodeados por las SS.

Pese a las atrocidades cometidas por Frank, hay que celebrar que no tomase al pie de la letra los deseos de Hitler. Al parecer, el Führer, llevado por una ira desatada, había ordenado la ejecución inmediata de ¡cincuenta mil checos! Según el testimonio en Núremberg del ministro del Interior Wilhelm Frick, sobre el que hay que mantener las lógicas reservas, Frank apeló a la condición de padres de familia de los que deberían ser ejecutados para aplacar la sed de sangre de Hitler.

Por su parte, el cerebro del asesinato de Heydrich, Rudolf Krzak, había sido oficial del disuelto ejército checo. Tras huir a Francia se enroló en los servicios secretos de su país en el exilio, con los que diseñó la audaz operación. Aunque escapó con vida, sus padres y otros familiares fueron fusilados como represalia. Krzak tuvo problemas para continuar con su carrera militar durante el régimen comunista, pero recibió el reconocimiento de la República Checa democrática. Falleció el 22 de abril de 2004, a los 90 años.

63. En la actualidad es difícil advertir los efectos de la explosión atómica en la ciudad, al haber sido totalmente reconstruida. El principal monumento conmemorativo es el Parque de la Paz, similar al existente en Hiroshima. Pero el elemento que lo distingue es una placa de mármol negro situada sobre una fuente para recordar un trágico suceso. Poco después del ataque, unos niños, atormentados por la sed, bebieron de una fuente cercana a este lugar, sin sospechar que era altamente radiactiva; las tristes consecuencias sufridas al ingerir aquel líquido mortal son apenas imaginables. Los visitantes de la fuente suelen coger agua entre sus manos y la ofrecen al cielo, para homenajear así a aquellos desafortunados niños.

Otro lugar de peregrinación para los visitantes de Nagasaki es la catedral católica de Urakami, el único edificio de la ciudad que logró mantener algunas de sus estructuras en pie. Su meticulosa reconstrucción finalizó en 1981.

64. El emperador Hirohito (1901-1989), pese a que sus súbditos le atribuían un origen divino, concretamente de la diosa Amaterasu, no tenía una figura impresionante. De pequeña estatura, miope, poco corpulento y con voz aflautada, no cumplía con la estética de una divinidad. Aun así, la población nipona lo mantenía a salvo de cualquier posible crítica, sin comparación posible con los simples mortales.

A favor de Hirohito hay que señalar que él mismo se negaba a aceptar ese supuesto origen mítico, consecuencia de la formación moderna que recibió y sus viajes por Europa, algo desacostumbrado en la corte nipona. Esta circunstancia dio lugar a algunos conflictos durante su juventud. A su instructor, el profesor Shiratori, le dejó claro su escepticismo asegurándole que era biológicamente imposible que tuviera ancestros divinos. Sus consejeros, alarmados, intentaron persuadirle para que continuara creyendo en esa tradición, que era la que sostenía la imagen popular de la familia imperial. Se alcanzó una solución de compromiso, por la que Hirohito era libre de expresar en privado sus dudas ante el mito de su origen, pero sin trasladarlas al exterior para no poner en peligro la base en la que se sustentaba el imperio. Desde ese momento, Hirohito abandonó el estudio de la supuesta procedencia divina de su familia y prefirió emplear su tiempo en convertirse en un experto en biología marina.

Proclamado emperador en 1926, con todas las prerrogativas divinas en las que no creía, no se opuso al expansionismo de los militares nipones. Tras la guerra, los norteamericanos le permitieron mantener la «dignidad imperial», pero despojada de todas las características absolutistas que había tenido hasta entonces.

65. Jonathan Wainwright (1883-1953), destinado a las Filipinas en diciembre de 1940, fue el encargado de la defensa del norte de Luzón. Al desembarcar los japoneses en Lingayen, se vio obligado a retroceder hasta la península de Bataan. Cuando MacArthur recibió la orden de salir de las Filipinas, Wainwright pasó a dirigir la defensa de las islas, siendo nombrado teniente general el 19 de marzo de 1942. El 6 de mayo rindió todas las tropas norteamericanas, ante la enorme superioridad de los japoneses. Hecho prisionero, quedó recluido junto a sus hombres en Manchuria hasta el final de la guerra.

Tras su liberación, el reencuentro con MacArthur fue especialmente emotivo. Wainwright acudió por sorpresa el 31 de agosto al hotel donde estaba cenando MacArthur, aunque este, en un primer momento no lo reconoció por el penoso aspecto físico que ofrecía, consecuencia de las terribles condiciones soportadas durante su cautivero. MacArthur dijo más tarde que «tenía los ojos hundidos, el cabello blanco como la nieve y la piel igual que el cuero de un zapato viejo». Tras unos segundos de confusión, MacArthur le dio un prolongado abrazo diciéndole «¡Jim, Jim!», mientras que Wainwright, entre sollozos, le respondía «¡mi general!». Vista la inquebrantable amistad que unía a ambos homnbres, no puede sorprender que la primera estilográfica fuera para él.

66. El 2 de septiembre de 1995 se conmemoró el cincuenta aniversario de la rendición japonesa, pero la celebración en el Reino Unido de esa victoria se vio envuelta en una gran polémica. Mientras las autoridades locales preparaban las ceremonias se descubrió que el gobierno británico había liberado secretamente a centenares de criminales de guerra japoneses en los años cincuenta, varias décadas antes de cumplirse sus sentencias.

La explosiva revelación fue realizada por el profesor Pritchard, un californiano que llevaba veinte años dedicado a reunir en veintiún volúmenes todo lo referente a los juicios británicos contra criminales de guerra nipones. Según este historiador, más de quinientos fueron puestos en libertad, a instancias de Estados Unidos, que pretendía así ganarse la confianza de la sociedad nipona en la década de los cincuenta. El hecho de que el comunismo estuviera avanzando en algunos países del continente asiático y la entonces reciente guerra de Corea, forzaba a los norteamericanos a convertir a Japón en un baluarte contra la creciente influencia china y soviética.

Los documentos existentes en los archivos oficiales confirman este hecho. Naturalmente, esa decisión fue muy discutida en el seno del gobierno británico. En esos papeles, alguno de los presentes califica de «odiosa tarea» la liberación de esos prisioneros. Los criminales japoneses eran clasificados en tres categorías. En la primera de ellas, la Clase A, se encontraban los políticos y dirigentes, como por ejemplo el primer ministro Tojo. Un tribunal aliado en Tokio fue el encargado de juzgarlos. Las otras dos categorías, la B y la C, servían para catalogar a los torturadores, los acusados de genocidio y a los miembros de la temible policía secreta del régimen, la Kempeitai. Estos criminales fueron juzgados por tribunales británicos.

Los quinientos presos liberados pertenecían a esa siniestra categoría. No pasarían ni cuatro años desde el final de la guerra cuando el gobierno del Reino Unido redujo las penas de cadena perpetua a una condena de catorce años. En 1950, MacArthur, que entonces era el comandante supremo de las fuerzas aliadas en el Extremo Oriente, decidió que fueran puestos en libertad todos los condenados a penas de menos de diez años. En realidad esa decisión debía corresponder a Gran Bretaña, pero los ingleses aceptaron la recomendación de MacArthur.

Siguiendo con este vergonzoso proceso, en 1955 se establecieron unas reuniones secretas entre el gobierno británico y el japonés. Fruto de estas conversaciones se decidió que las penas fueran reducidas a la tercera parte y que además se comenzase a contar desde el primer día de arresto. El resultado de estas sumas y restas fue que en abril de 1957 ya no quedaba un solo criminal japonés en la cárcel de los que habían sido juzgados por un tribunal inglés.

La sociedad nipona, lejos de rechazar a esos criminales, les proporcionó respetabilidad. Las asociaciones que reunían a los excarcelados gozaron de gran prestigio y llegaron a tener una gran influencia política en Tokio.

Esta situación exasperó a las víctimas de esos torturadores. Tras las revelaciones de Pritchard, 226 oficiales británicos expresaron su protesta a las autoridades del Reino Unido. Se trataba del grupo de expertos que investigaron durante los años 1946 y 1947 los crímenes de guerra por los que luego serían juzgados sus responsables. Para estos oficiales se había producido una enorme injusticia, que traicionaba el sacrificio hecho por los soldados ingleses en Extremo Oriente.

Primera edición en este formato: julio de 2018

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
info@rocaebooks.com
www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-17167-62-2